

Historia social del conocimiento

De Gutenberg a Diderot

Peter Burke

Peter Burke adopta en este libro un enfoque sociocultural para analizar los cambios producidos en la organización del conocimiento en Europa desde la invención de la imprenta hasta la publicación de la *Encyclopédie* francesa. El libro comienza con una valoración de diferentes sociologías del conocimiento, de Mannheim a Foucault e incluso autores posteriores, y pasa después a debatir el tema de los intelectuales como grupo social y de las instituciones sociales —especialmente universidades y academias— que impulsaron o entorpecieron la innovación intelectual. A continuación, a lo largo de varios capítulos, Burke investiga aspectos como la geografía, la antropología, la política y la economía del conocimiento, poniendo de relieve el papel de algunas ciudades, academias, Estados y mercados en el proceso de recopilación, clasificación, difusión y a veces eliminación de la información. Los capítulos finales tratan del conocimiento desde el punto de vista del lector, del oyente, del contemplador o del consumidor individuales. En estos capítulos se aborda también la fiabilidad del conocimiento, tema objeto de intensos debates durante el siglo XVII. Uno de los rasgos más originales de este libro, que puede interesar tanto a historiadores y sociólogos como al público en general interesado en estos temas, es la consideración de la pluralidad de aspectos del conocimiento. Se centra en el conocimiento impreso, especialmente el académico, pero estudia la historia de la «explosión» del conocimiento posterior a la invención de la imprenta y al descubrimiento del mundo transeuropeo como un proceso de intercambio o negociación entre diferentes tipos de conocimiento, a saber, masculino y femenino,

teórico y práctico, de rango superior y de rango inferior, europeo y no europeo. Escrito básicamente como contribución a nuestra historia social o sociocultural, el texto puede interesar también a historiadores de la ciencia, a sociólogos, antropólogos y geógrafos.



Peter Burke

Historia social del conocimiento Vol. I

De Gutenberg a Diderot

ePub r1.2

Titivillus 12.11.16

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *A Social History of Knowledge*
Peter Burke, 2000
Traducción: Isidro Arias
Editor digital: Titivillus
Aporte original: Spleen
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre, 2016
Conversión a pdf: FS, 2019







Prefacio y agradecimientos

Este libro debe su origen tanto al estudio de los textos modernos tempranos a lo largo de cuarenta años como a la consulta de la bibliografía secundaria reciente. Sin embargo, las notas a pie de página y la bibliografía se refieren sólo a las investigaciones de los estudiosos modernos, dejando la presentación de las fuentes primarias para el cuerpo del texto. Aunque mi estudio se centra en las estructuras y las tendencias más que en los individuos, es imposible abordar un tema como el que nos va a ocupar aquí sin introducir cientos de nombres. Aprovecho la ocasión para comunicar al lector que en el índice analítico final encontrará reunidas tanto las fechas como breves descripciones de cada uno de los personajes mencionados en el texto.

El estudio aquí publicado es el resultado de un proyecto a largo plazo que ha dado lugar a toda una serie de artículos y a ponencias en seminarios impartidos en Cambridge, Delfos, Lovaina, Lund, Oxford, Pekín, Sâo Paulo y San Petersburgo. Después de un largo período de calentamiento, el proyecto entró finalmente en ebullición en virtud de la invitación que recibí para impartir la primera serie de Conferencias Vonhoff en la Universidad de Groninga.

Estoy especialmente agradecido a Dick de Boer por preocuparse de mí en Groninga y recordarme la importancia de los cambios producidos en el sistema de conocimiento durante los siglos XIII y XIV. Gracias también a Daniel

Alexandrov, Alan Baker, Moti Feingold, Halil Inalcik, Alan Macfarlane, Dick Pels, Vadim Volkoff y Jay Winter por las diferentes ayudas que me han prestado, lo mismo que a Joanna Innes por dejarme consultar su artículo clásico —a pesar de no haber visto todavía la luz pública— sobre el uso de la información por parte del gobierno británico.

Por haberse dignado a ofrecerme sus comentarios sobre diversas partes del manuscrito, me siento en deuda con Chris Bayly, Francisco Bethencourt, Ann Blair, Gregory Blue, Paul Connerton, Brendan Dooley, Florike Egmond, José María González García, John Headley, Michael Hunter, Neil Kenny, Christel Lane, Peter Mason, Mark Phillips, John Thompson y Zhang Zilian. Mi mujer, Maria Lúcia, leyó todo el manuscrito, me planteó provechosamente algunas cuestiones delicadas y me sugirió diversas mejoras. A ella le dedico el libro.

Capítulo 1

Sociologías e historias del conocimiento: Introducción

> Todo lo conocido le ha parecido siempre al sujeto cognoscente algo sistemático, demostrado, aplicable y evidente. Por el contrario, todo sistema extraño de conocimiento le ha parecido contradictorio, no demostrado, inaplicable, fantasioso o místico.
>
> FLECK

Hoy estamos inmersos, al menos según algunos sociólogos, en una «sociedad del conocimiento» o «sociedad de la información», dominada por expertos profesionales y sus métodos científicos.[1] Según algunos economistas, vivimos en una «economía de la información», caracterizada por la expansión de las actividades relacionadas con la producción y la difusión del conocimiento.[2] Por otra parte, el conocimiento se ha convertido en un problema político de primer orden, centrado en la cuestión de si la información debería ser pública o privada, tratado como una mercancía o como un bien social.[3] No tendría nada de extraño que los historiadores futuros se refieran al período en torno al año 2000 como a la «edad de la información».

Curiosamente, coincidiendo con la afirmación del conocimiento en la esfera pública, muchos filósofos y otros han puesto en tela de juicio la fiabilidad del mismo de forma cada vez más radical o, por lo menos, con voces cada día más perceptibles. Lo que nosotros solíamos considerar un descubrimiento se describe ahora a menudo como algo

simplemente «inventado» o «construido».[4] De todos modos, los filósofos están de acuerdo con los economistas y los sociólogos en que nuestro tiempo se define en función de su relación con el conocimiento.

Deberíamos ser muy cautos y no dar en seguida por sentado que nuestra época es la primera que toma en serio estas cuestiones. La mercantilización de la información es tan vieja como el capitalismo (expuesto en el capítulo 6). El uso por parte de los gobiernos de información recogida sistemáticamente acerca de la población es, en su sentido literal, historia antigua (en particular, historia antigua de Roma y de China). Por lo que se refiere al escepticismo acerca de las pretensiones del conocimiento, es una postura que ya encontramos en el filósofo griego antiguo Pirrón de Élida.

Con estas observaciones no pretendo sustituir una tosca teoría de la revolución con otra teoría igualmente tosca de la continuidad. Uno de los objetivos centrales de este libro es tratar de definir las peculiaridades de la actual situación de una manera más precisa justamente al contemplarla en la perspectiva de tendencias a largo plazo. Los debates actuales han servido a menudo de estímulo para que los historiadores se planteasen nuevas preguntas acerca del pasado. En la década de 1920, la creciente inflación contribuyó al surgimiento de la historia de los precios. Durante las décadas de 1950 y 1960, el aumento de la población impulsó la investigación en la historia demográfica. En la década de 1990 creció el interés por la historia del conocimiento y de la información.

Dejemos ahora de lado el tema del conocimiento como elemento de la sociedad y centrémonos en el tema opuesto complementario del elemento social en el conocimiento.

Uno de los objetivos de este libro podría resumirse en una palabra: «desfamiliarización». Sería deseable conseguir lo que el crítico ruso Viktor Shklovsky describió con el término *ostranenie*, un tipo de distanciamiento que hace que lo familiar parezca extraño y lo natural arbitrario.[5] Lo decisivo es que todos (escritor y lectores), al describir y analizar sistemas cambiantes en el pasado, tomemos mayor conciencia del «sistema de conocimiento» en que vivimos. Cuando alguien está instalado en un sistema, éste generalmente parece ser de «sentido común». Sólo por comparación puede llegar a verlo como uno de tantos sistemas.[6] Como afirmó en cierta ocasión el científico polaco Ludwik Fleck: «Todo lo conocido le ha parecido siempre al sujeto cognoscente algo sistemático, demostrado, aplicable y evidente. Por el contrario, todo sistema extraño de conocimiento le ha parecido contradictorio, no demostrado, inaplicable, fantasioso o místico».[7]

La insinuación de que el punto de vista de los individuos acerca de lo que es verdad o conocimiento está influido, si no determinado, por su entorno social no es nueva. Mencionaré sólo tres ejemplos famosos de comienzos de la edad moderna que expresan de diferentes maneras esta misma intuición fundamental: la imagen de Francis Bacon de los «ídolos» de la tribu, de la cueva, del foro o del mercado, y del teatro; las observaciones de Giambattista Vico sobre la «jactancia de las naciones» (en otras palabras, etnocentrismo); y finalmente, el estudio de Charles de Montesquieu sobre la relación entre las leyes de diferentes naciones y sus climas y sistemas políticos respectivos.[8] En cualquier caso, a menudo el paso de la intuición al estudio organizado y sistemático resulta una tarea difícil y puede necesitar siglos para hacerse realidad. Esto fue, de hecho, lo que sucedió con lo que ahora se describe como la

«sociología del conocimiento».

Orígenes de la sociología del conocimiento

Como iniciativa organizada, la sociología del conocimiento tiene su origen a comienzos del siglo XX.[9] Para ser más exactos, por lo menos tres iniciativas parecidas echaron a andar en tres países diferentes: Francia, Alemania y Estados Unidos de Norteamérica. El hecho de que en estos tres países existiese un especial interés por la relación entre conocimiento y sociedad constituye en sí mismo un interesante problema en la sociología de la sociología.

En Francia, donde Auguste Comte ya había abogado por una historia social del conocimiento, una «historia sin nombres propios», Émile Durkheim y sus continuadores, especialmente Marcel Mauss, estudiaron el origen social de categorías fundamentales o «representaciones colectivas», tales como espacio y tiempo, lo sagrado y lo profano, la categoría de la persona, etcétera; en otras palabras, categorías que resultan tan fundamentales que la gente no se percata de que las mantiene.[10] Aquí, las novedades fueron, por una parte, el examen sistemático de categorías «primitivas» sobre las cuales habían hecho comentarios esporádicos viajeros y filósofos en siglos anteriores y, por otra parte, la conclusión general de que las categorías sociales representan proyecciones sobre el mundo natural, de tal manera que la clasificación de las cosas reproduce la clasificación de las personas.[11]

Este interés durkheimiano por las representaciones colectivas dio origen a toda una serie de importantes estudios, entre ellos varios sobre la antigua Grecia, y al libro acerca de las categorías fundamentales del pensamiento chino escrito por el sinólogo francés Marcel Granet.[12] Partiendo de un enfoque parecido, los historiadores Marc Bloch y Lucien Febvre llevaron a cabo análisis famosos de algunas «mentalidades colectivas» o supuestos compartidos. Bloch adoptó este punto de partida en su estudio de la creencia en los poderes curativos de los reyes de Francia e Inglaterra. Por su parte, Febvre lo aplicó en el análisis del llamado «problema de la increencia» a lo largo del siglo XVI, sosteniendo que el ateísmo era impensable en esa época.[13]

En Estados Unidos, Thorstein Veblen, más conocido por sus teorías del consumo ostentoso y de la «clase ociosa», se interesó también por la sociología del conocimiento. Como correspondía a un antiguo alumno de Charles Peirce y a un colega de John Dewey, dos filósofos pragmatistas que habían criticado reiteradamente la supuesta «correspondencia» entre la realidad y nuestras afirmaciones acerca de la misma, Veblen se interesó por la sociología de la verdad. Le preocupó especialmente el problema de la relación que tienen con el conocimiento determinados grupos e instituciones sociales. En este campo realizó tres contribuciones importantes.

La primera de ellas, publicada en 1906, reflexionaba sobre el lugar de la ciencia en la civilización moderna y sostenía que el moderno «culto a la ciencia», como él decía, incluida la predilección por las explicaciones impersonales frente a las explicaciones antropomórficas, era la consecuencia del desarrollo de la industria y de la tecnología maquinista. En un estudio del mundo académico norteamericano, Veblen se

atrevió a iluminar con su antorcha sociológica los lugares oscuros del sistema universitario, comparando a los académicos con otros «guardianes» de «conocimiento esotérico» tales como «sacerdotes, chamanes, hombres-medicina» y señalando que dentro del grupo en cuestión este conocimiento esotérico es contemplado como una verdad universal, «aunque para cualquier observador externo resulta evidente que tanto la naturaleza, como el objetivo y el método de dicho conocimiento proceden de los hábitos vitales del grupo».

Finalmente, en un ensayo sobre la preeminencia intelectual de los judíos en la Europa moderna («The Intellectual Pre-eminence of Jews in Modern Europe», 1919), Veblen sugirió que esta preeminencia o creatividad había sido mayor durante el siglo XIX, coincidiendo justamente con el tiempo en que muchos judíos trataban de asimilarse a la cultura cristiana. En su opinión, esta asimilación todavía era incompleta, en el sentido de que muchos intelectuales judíos rechazaban su propio legado cultural sin haber asimilado plenamente el de los gentiles. La situación de estos intelectuales en la frontera de dos mundos culturales les había hecho escépticos «en virtud de las circunstancias», ya que si, por una parte, los ídolos de su propia tribu se habían «derrumbado», por otra parte no se sentían mínimamente incentivados a aceptar los ídolos de los gentiles. Su desapego de las ideas aceptadas de manera natural y espontánea en el propio entorno cultural representó un fuerte estímulo para que estos intelectuales de extracción judía se convirtieran en innovadores intelectuales.

En este último caso, la intuición de Veblen procedió sin duda de su propia situación marginal, en parte escogida deliberadamente y en parte debida al hecho de que él era

hijo de campesinos noruegos inmigrantes, un trasfondo étnico y social nada frecuente entre los intelectuales norteamericanos de su tiempo.[14] Naturalmente, el francotirador Veblen no dejó escuela en sentido estricto, aunque de hecho sus ideas inspiraron a algunos autores posteriores, como veremos más adelante.[15]

En esta misma época, en Alemania el interés por la sociología de las ideas era mayor, a veces siguiendo y a veces negando las ideas de Karl Marx. Por ejemplo, el estudio de Weber de lo que él denominó la «ética protestante» (publicado por primera vez en 1904) situaba este sistema de valores en un contexto social y, al mismo tiempo, proponía una teoría acerca de sus consecuencias económicas. Su teoría de la burocracia representó también una contribución a la sociología del conocimiento, a pesar de no haber sido expuesta como tal. También en esa época otros sociólogos alemanes, especialmente Max Scheler y Karl Mannheim (que empezó su carrera en Hungría y la terminó en Inglaterra), sostenían, igual que Weber, que las ideas tienen un «contexto» social y se forman a partir de determinadas visiones del mundo o «estilos de pensamiento». Estos estilos de pensamiento estaban asociados con épocas, con naciones y (para Mannheim, aunque no para Scheler) con generaciones y clases sociales.

Por ejemplo, Mannheim comparó dos estilos de pensamiento desarrollados durante los siglos XVIII y XIX. Por una parte, el estilo francés, liberal y universalista, que juzgaba la sociedad desde el punto de vista de una razón inmutable. Por otra parte, el estilo alemán, conservador e «historicista», en el sentido de que experimentaba el mundo como cambio y utilizaba la historia antes que la razón o la religión para dotar de sentido a la experiencia. El objetivo de

Mannheim no fue alabar o condenar ninguno de esos estilos; simplemente quiso poner de relieve el hecho de que los intereses sociales de un grupo determinado posibilitan que sus miembros se muestren sensibles a ciertos aspectos de la vida social. Partiendo de esta base, ellos desarrollan una «ideología» particular.[16]

A pesar de todo, según Mannheim, los intelectuales constituyen un «estrato relativamente desclasado». Son una «intelectualidad que flota libremente» (*freischwebende Intelligenz*), expresión que Mannheim tomó de Alfred Weber, que, aunque no alcanzó la fama de su hermano Max, fue un importante sociólogo por su propio trabajo. El hecho de que los intelectuales vivan relativamente distanciados de la sociedad —los críticos de Mannheim olvidan a veces esta reserva del distanciamiento «relativo»— les permite ver las tendencias sociales más claramente que a las demás personas.[17]

El grupo alemán bautizó su iniciativa como «sociología del conocimiento» (*Soziologie des Erkennens*), «sociología del saber» (*Wissensoziologie*), descripciones con extrañas resonancias y que sin duda pretendieron provocar una reacción en el público. Es relativamente fácil de aceptar la idea de una historia o una sociología de la ignorancia, a pesar de que todavía son algo escasos los estudios en este campo.[18] Tampoco resulta difícil de aceptar un análisis social de los obstáculos que se interponen en el camino de nuestro descubrimiento de la verdad, al estilo de lo que en su día hiciera Francis Bacon. Lo más perturbador es la idea de una sociología del conocimiento, por la sencilla razón de que conocer es lo que los filósofos denominan un «verbo de éxito»: lo que conocemos, por oposición a lo que creemos, es verdadero por definición. Esta idea de una explicación social de la verdad, al estilo de las explicaciones propuestas por

Karl Marx y Friedrich Nietzsche, sigue impresionándonos todavía con fuerza, como demostró en la década de 1980 el debate suscitado por Michel Foucault en torno a los «regímenes de la verdad». Todavía en la década de 1990, atreverse a estampar sobre un libro sobre la ciencia del siglo XVII el título de «historia social de la verdad» constituía una auténtica provocación.[19]

RENOVACIÓN DE LA SOCIOLOGÍA DEL CONOCIMIENTO

Tras estos extraordinarios comienzos, el estudio del conocimiento prácticamente languideció o de todos modos no fue capaz de competir en creatividad con otros campos de la sociología en ninguno de los tres países antes mencionados. La única figura señera entre las décadas de 1930 y 1960 fue el escritor norteamericano Robert Merton, cuya obra sobre la relación existente entre puritanismo y ciencia, a pesar del mayor interés concedido a instituciones como la Royal Society, fue esencialmente un desarrollo de las ideas de Max Weber sobre protestantismo y capitalismo.[20] El sociólogo polaco Florian Znaniecki, que emigró a Estados Unidos, siguió los pasos de Veblen y publicó un estudio sobre el papel social del intelectual (*Social Role of the Man of Knowledge*, 1940), pero después se dedicó a otras cosas. En París, el *émigré* ruso Georges Gurvitch pareció dispuesto a retomar el tema a comienzos de la década de 1960, pero murió cuando apenas había trazado su programa de investigación.[21] *La construcción social de la realidad* (1966), obra escrita en colaboración por un sabio norteamericano y otro austríaco, Peter Berger y Thomas Luckmann, fue muy bien recibida y seguramente ejerció cierto influjo, pero sus autores no la completaron con estudios de peso dentro del amplio enfoque a la sociología del conocimiento que ellos mismos habían auspiciado. Los principales impulsos en favor de la renovación procedieron

de fuera de la sociología, especialmente de la antropología, con la obra de Claude Lévi-Strauss, de la historia de la ciencia, con la obra de Thomas Kuhn, y de la filosofía, con la obra de Michel Foucault.

Lévi-Strauss renovó el interés por la clasificación en sus estudios sobre el totemismo y más generalmente sobre lo que él denominó «el pensamiento salvaje» (*la pensée sauvage*), definido como concreto en vez de abstracto. Donde, por ejemplo, los occidentales distinguen entre «naturaleza» y «cultura», los mitos amerindios, según Lévi-Strauss, están construidos en torno a la oposición entre lo «crudo» y lo «cocido».[22] Foucault, que se había formado en la historia de la medicina y en la filosofía, amplió gradualmente sus intereses. Renovó ampliamente el vocabulario —«arqueología», «genealogía», «régimen», etc. — para debatir la relación existente entre conocimiento y poder en diferentes niveles, desde el micronivel representado por la familia hasta el macronivel del Estado, y al mismo tiempo para analizar los diversos espacios o «sitios» del conocimiento, como clínicas, escuelas, etc.[23] Por su parte, Kuhn conmocionó o estimuló a sus colegas con la afirmación de que las revoluciones científicas son un hecho recurrente en la historia y presentan parecida «estructura» o ciclo de desarrollo: tienen su origen en el malestar que en un determinado momento provoca una teoría o «paradigma» ortodoxo y desembocan en la invención de un nuevo paradigma que con el tiempo es considerado como «ciencia normal» hasta que otra generación de investigadores experimenta, a su vez, que esta sabiduría convencional no le resulta satisfactoria.[24]

El tema del conocimiento ha atraído la atención de algunos de los teóricos sociales y culturales más influyentes de la última generación. En el tramo final de su carrera,

Norbert Elias, un antiguo ayudante de Mannheim, estudió el proceso de desapego intelectual y propuso lo que él mismo denominó «una teoría de los estamentos científicos».[25] Jürgen Habermas investigó la relación existente entre conocimiento, intereses humanos y la esfera pública.[26] Pierre Bourdieu ha devuelto el conocimiento al campo de la sociología en una serie de estudios acerca del «ejercicio teórico», el «capital cultural» y el poder de algunas instituciones como las universidades en la determinación de lo que cuenta y lo que no cuenta como conocimiento legítimo.[27]

Bourdieu se formó como antropólogo, y otros antropólogos han realizado importantes contribuciones en este campo. Clifford Geertz, por ejemplo, ha dedicado varios ensayos a problemas relacionados con el conocimiento, la información y el sentido común locales, situándolos bajo el microscopio en el sentido de que los analiza en el contexto de comunidades concretas sobre las que él ha realizado estudios de campo.[28] Jack Goody ha examinado sendas alternativas al conocimiento en culturas orales y alfabetizadas, mientras que un colega suyo, el tardío Ernest Gellner, analizaba las cambiantes relaciones entre las esferas económica, política e intelectual, que él ha descrito como sistemas de producción, coerción y conocimiento.[29] Sería fácil engrosar esta lista de nombres, y también de disciplinas, yendo desde la geografía hasta la economía.[30]

Como sucede a menudo en las tentativas renovadoras, los participantes en la llamada «nueva sociología del conocimiento» exageran a veces la distancia que los separa de sus predecesores.[31] Foucault, Bourdieu y Lévi-Strauss deben mucho a Durkheim y al interés de este último por las categorías y la clasificación, a pesar de que, como la mayoría de los pensadores creativos, todos ellos se mueven dentro de

múltiples tradiciones y se distancian de sus maestros. El debate sobre la relación entre conocimiento e intereses sigue vivo.[32] El enfoque «microscópico», por nuevo que pueda parecer, ya fue recomendado encarecidamente por Karl Mannheim y practicado por Ludwik Fleck antes de la Segunda Guerra Mundial.[33] Por lo que se refiere al poder para determinar cuál es el tipo de conocimiento legítimo, puesto de relieve en la obra de Bourdieu, su importancia ya le resultaba obvia al satírico victoriano que puso en boca de Benjamin Jowett la siguiente afirmación: «¡Lo que yo no conozco no es conocimiento!».

A pesar de estas reservas, hay que decir que la segunda ola de la sociología del conocimiento se diferencia de la primera ola en, por lo menos, los cuatro puntos siguientes. En primer lugar, el acento se ha desplazado de la adquisición y transmisión del conocimiento a su «construcción», «producción» o incluso «manufactura». Y este desplazamiento forma parte de un giro general postestructuralista o posmoderno que ha afectado a la sociología y a otras disciplinas.[34] El acento se pone menos en la estructura social y más en los individuos, en el lenguaje y en prácticas como la clasificación y el experimento. Se insiste menos en la economía y más en la política del conocimiento y en los «titulares» o «poseedores del conocimiento».[35]

En segundo lugar, estos titulares del conocimiento son vistos como un grupo mayor y más variado de lo que generalmente se acostumbra. Los sociólogos, especialmente los pertenecientes a la llamada escuela «etnometodológica», suelen tomar ahora en consideración tanto los conocimientos prácticos, locales o «de cada día», como las actividades de los intelectuales.[36]

Un tercer punto en que la nueva sociología del conocimiento se diferencia de la antigua es el mayor interés de la primera por la microsociología, por la vida intelectual cotidiana de pequeños grupos, círculos, redes o «comunidades epistemológicas», considerados las unidades básicas que construyen el conocimiento y controlan su difusión a través de determinados canales.[37] Siguiendo el ejemplo de Foucault, estas comunidades epistemológicas son estudiadas a menudo a través de los microespacios en que actúan, desde laboratorios hasta bibliotecas.[38] En este sentido, el nuevo enfoque se acerca a la antropología y, de hecho, la expresión «antropología del conocimiento» se ha empezado a utilizar de manera regular.[39]

En cuarto lugar, cuando los sociólogos de la escuela alemana afirmaban que el conocimiento surgía en un contexto social, estaban pensando sobre todo en la clase social (aunque Mannheim, por lo menos, también tuvo en cuenta las generaciones).[40] Por otra parte, en la fase actual se presta más atención al género y a la geografía.

En el ámbito del género, se ha realizado una serie de estudios sobre la «carrera de obstáculos» a que tienen que enfrentarse las mujeres que aspiran a ser algo en el campo de las humanidades o de las ciencias. En cualquier caso, se hace necesario un estudio comparativo de hasta qué punto se ha excluido a las mujeres de la vida intelectual en diferentes lugares, épocas y disciplinas.[41] Desde un punto de vista positivo, las feministas han defendido que el género contribuye a formalizar la experiencia, de suerte que hay que contar con «maneras específicamente femeninas de conocer».[42]

Los geógrafos han empezado a interesarse por el tema de la distribución espacial del conocimiento y, lo que no es

menos importante, por los fallos en su distribución, por su restricción a determinados grupos en determinados lugares.[43] Paradójicamente, la contribución más notoria a la geografía del conocimiento se la debemos a un crítico literario. En un estudio que suscitó considerable debate, Edward Said, siguiendo el ejemplo de Foucault, analizó el «orientalismo» —es decir, el conocimiento que se tiene en Occidente de Oriente Próximo— como una institución al servicio del imperialismo.[44]

Aunque su autor es un historiador social y cultural, este libro pretende echar mano de muchos de estos enfoques con el fin de corregir la especialización y consiguiente fragmentación tan característica de nuestro propio mundo de conocimiento.

HISTORIA SOCIAL DEL CONOCIMIENTO

Hasta este momento ha habido pocos historiadores que se hayan tomado en serio la sociología del conocimiento. Una de las excepciones fue James Harvey Robinson, uno de los promotores del movimiento que a comienzos del siglo XX abogó en Norteamérica por una «nueva historia». Robinson era amigo de Thorstein Veblen. Su aprobación de una tesis doctoral defendida por Martha Ornstein sobre el papel de las sociedades científicas durante el siglo XVII obedeció a que él mismo se planteaba la pregunta de «qué parte habían tenido los antiguos y venerables centros de enseñanza —las universidades— en el progreso del conocimiento. En el interrogante había seguramente algo de premeditación, cierta previsión de aquella obra largamente retenida sobre la enseñanza superior, *The Higher Learning*, de su amigo Veblen» (el libro en cuestión había sido escrito en 1908, pero no vería la luz pública hasta 1918).[45]

Sin embargo, Robinson no tuvo más seguidores en esta dirección. Entre los años veinte y cincuenta, algunos eruditos marxistas, entre ellos el ruso Boris Hessen y el inglés Joseph Needham, trataron de escribir historias sociales de la investigación científica, pero sus esfuerzos terminaron siendo más o menos claramente marginados por la corriente dominante de los historiadores de la ciencia. Sólo a partir de la década de 1960 se consideró normal analizar la ciencia desde un punto de vista social. Aún se

había escrito mucho menos desde esta perspectiva sobre las ciencias sociales y menos todavía sobre las humanidades, y lo escrito giraba sobre todo en torno a los siglos XIX y XX, más que al comienzo de la edad moderna.[46]

La toma de conciencia de este vacío dentro de la literatura científica fue una de las razones que me movieron a escoger este tema. Es un ensayo, o una serie de ensayos, sobre una materia tan amplia que cualquier informe de conjunto que conscientemente no adopte una forma provisional representaría no sólo una tentativa pretenciosa, sino además imposible de llevar a cabo. Personalmente, he de confesar que siento predilección por los estudios cortos de materias amplias, que traten de establecer conexiones entre diferentes lugares, asuntos, épocas o individuos, de reunir pequeños fragmentos para formar un gran cuadro. Sin embargo, la necesidad de un libro de estas características se deja sentir de manera particular en un área de la que normalmente no se ofrece una visión de conjunto, sino que más bien se ve como una colección de disciplinas o subdisciplinas, como bibliografía, historia de la ciencia, historia de la interpretación, historia intelectual, historia de la cartografía e historia de la historiografía (mi tema original de investigación).

Cualquiera que sostenga que el conocimiento surge en un contexto social sentirá seguramente la necesidad de autopresentarse. Algunas de mis predisposiciones, relacionadas con la clase, el género, la nación y la generación a que pertenezco, se pondrán en seguida, sin duda, de manifiesto. Aquí me limitaré simplemente a confesar que con el título de este libro pretendí rendir homenaje a Mannheim, cuya obra despertó mi interés por el tema hace ya cuarenta años, aunque personalmente he ido

distanciándome de manera gradual del enfoque del sabio alemán. El libro trata de presentar una historia social vertebrada por una teoría, las teorías «clásicas» de Émile Durkheim y Max Weber, pero también las formulaciones más recientes de Foucault y Bourdieu. Los capítulos 2 y 3 ofrecen una especie de sociología retrospectiva del conocimiento, el capítulo 4 presenta una geografía del conocimiento y el capítulo 5 una antropología. El capítulo 6 aborda el tema de la política del conocimiento, el capítulo 7 el de la economía, el capítulo 8 adopta un enfoque más literario y la conclusión plantea algunas cuestiones filosóficas.

A pesar de estas incursiones en otras disciplinas, los lectores percibirán sin dificultad que este estudio es obra de un historiador, esencialmente un historiador de la Europa moderna temprana. Los límites de este libro son el Renacimiento y la Ilustración. En ocasiones sobrepasaré estas fronteras, tanto las espaciales como las temporales, para poder llevar a cabo comparaciones y contrastes, pero el libro continúa siendo una historia del conocimiento en la Europa «moderna temprana».

Por época moderna temprana se entiende aquí de manera más precisa los siglos que van desde Gutenberg hasta Diderot o, en otras palabras, desde la invención de la imprenta de tipos móviles en Alemania en torno al año 1450 hasta la publicación de la *Encyclopédie* a partir de 1750. La *Encyclopédie* constituyó una especie de suma de la información disponible en su tiempo, a la vez que una ilustración perfecta tanto de la política como de la economía del conocimiento. Por lo que a las relaciones entre conocimiento e imprenta se refiere, en más de una ocasión serán objeto de debate en las páginas que siguen. Aquí tal vez baste con decir que la importancia del nuevo medio no

sólo radicó en el hecho de dar una difusión más amplia al conocimiento y de hacer de dominio público saberes que hasta entonces habían pertenecido al ámbito de lo relativamente privado o incluso secreto (desde secretos técnicos hasta secretos de Estado). La imprenta facilitó además la interacción entre diferentes conocimientos, un tema recurrente en este estudio. Uniformó el conocimiento al posibilitar que lectores situados en muy diferentes lugares leyesen idénticos textos o analizasen las mismas imágenes. Por otra parte, impulsó el escepticismo, como se sugerirá en el capítulo 9, al permitir que la misma persona comparase y contrapusiese relatos antagonistas e incompatibles del mismo fenómeno o acontecimiento.[47]

¿A QUÉ NOS REFERIMOS CUANDO HABLAMOS DE CONOCIMIENTO?

La pregunta acerca de qué es el conocimiento resulta casi tan difícil de responder como la pregunta más famosa acerca de qué es la verdad. A Mannheim se le ha criticado a menudo por describir categorías, valores y observaciones como algo socialmente determinado sin hacer distinciones entre unos y otros. Por otra parte, necesitamos distinguir entre conocimiento e información, entre «saber instrumental» y «saber objetivo», así como entre lo que es explícito y lo que se da por supuesto. Por razones prácticas, en este libro el término «información» se referirá a todo aquello que se presenta como relativamente «crudo», específico y práctico; en cambio, utilizaremos el término «conocimiento» para designar aquello que ha sido «cocido», procesado o sistematizado por el pensamiento. Evidentemente, sólo se trata de una distinción relativa, puesto que nuestros cerebros procesan todo lo que percibimos. De todos modos, el tema de la importancia de la elaboración y clasificación del conocimiento lo presentaremos más adelante (especialmente en el capítulo 5).

En las páginas de este libro se hablará acerca de qué era lo que los primeros modernos —más que el autor o los lectores actuales— consideraban como conocimiento. Por lo tanto, se hablará también del conocimiento de la magia, de la brujería, de los ángeles y los demonios. Las concepciones modernas tempranas que se refieren al conocimiento resultan

obviamente centrales para la historia social del conocimiento y más adelante serán objeto de un análisis detallado. De momento me contentaré con señalar cómo aquellos europeos dejaron constancia de la conciencia que tenían de diferentes tipos de conocimiento en el uso de distinciones como, por ejemplo, *ars* y *scientia* (para traducir estos conceptos hoy deberíamos recurrir a la distinción entre «práctica» y «teoría», más que a lo que en nuestro lenguaje se designa como «arte» y «ciencia») o en el uso de términos como «estudio», «filosofía», «curiosidad» y sus equivalentes en distintas lenguas europeas. Partidarios entusiastas de los nuevos tipos de conocimiento, calificados a veces de «conocimiento real», rechazaron en ocasiones el conocimiento tradicional como «jerga» vacía o «pedantería» inútil. Una historia de los conceptos, lo que los alemanes designan como *Begriffsgeschichte*, constituye una parte indispensable de esta empresa. Esta historia no debería ocuparse sólo de la aparición de palabras nuevas como indicador de los nuevos intereses y actitudes, sino también de los cambios en el significado de términos más antiguos, resituándolos en sus campos lingüísticos, analizando los contextos sociales en que fueron utilizados y recuperando las asociaciones originales de cada uno de ellos.[48]

Un supuesto tradicional que personalmente trataré de evitar en las páginas que siguen es el del progreso intelectual o, como prefieren decir otros, del «desarrollo cognitivo». Este concepto puede ser útil cuando se aplica al conjunto de una sociedad, a lo que diferentes personas —por ejemplo, los colaboradores en una enciclopedia— conocen entre todas ellas. Sería difícil negar un elemento acumulativo en la historia del conocimiento en la Europa moderna temprana. Se multiplicaron los libros de consulta, se ampliaron las bibliotecas y las enciclopedias, y con cada

nuevo siglo aumentaron los recursos puestos a disposición de quienes se esforzaban por conocer un determinado tema (véase el capítulo 8).

Por otra parte, la sabiduría no es acumulativa, sino que cada individuo ha de aprenderla a través de un proceso más o menos doloroso. Incluso en el caso del conocimiento, a escala individual se dieron y se siguen dando retrocesos, lo mismo que progresos. En concreto, por ejemplo, la creciente especialización en las escuelas y universidades a lo largo del último siglo ha producido estudiantes con un conocimiento mucho más limitado que antes (al margen de que esta menor amplitud se haya visto compensada con una mayor profundidad). Hoy, conocimientos alternativos tratan de captar nuestra atención y cada elección tiene su precio. Cuando se quiere actualizar una enciclopedia, se prescinde de cierta información que aparecía en ella para poder incorporar nueva información. Así, por ejemplo, para ciertos tipos de consulta es preferible recurrir a la undécima edición de la *Encyclopaedia Britannica* (1910-1911) que a la edición actual. En la Europa moderna temprana, la «explosión del conocimiento» se produjo como consecuencia de la invención de la imprenta, de los grandes descubrimientos, de la llamada Revolución científica y de otros factores. Sin embargo, esta acumulación de conocimientos creó problemas al mismo tiempo que solucionó otros, nuevo tema que aparecerá de vez en cuando en las páginas que siguen.

Ni que decir tiene que mi propio conocimiento del conocimiento es incompleto y que será necesario limitar esta iniciativa tanto cronológica como geográfica y socialmente. El libro tuvo su origen en una serie de conferencias y pretende ofrecer una visión de conjunto de un dilatado ámbito intelectual. Es un ensayo, más que una enciclopedia. La virtual restricción de este libro a formas dominantes de

conocimiento merece una explicación más pormenorizada.

LA PLURALIDAD DE CONOCIMIENTOS

Fundamentalmente, este libro está basado en textos publicados en los siglos XVI, XVII y XVIII. Tratará de evitar tanto el grafocentrismo, sometiendo a debate el conocimiento oral, como el logocentrismo, tratando las imágenes (mapas incluidos) como vías de comunicación de conocimiento e incluyendo ilustraciones. De vez en cuando se mencionarán también objetos materiales, desde conchas hasta monedas y desde caimanes disecados hasta estatuas, puesto que en ese período se coleccionaron con entusiasmo, se clasificaron y se expusieron en vitrinas y museos.[49] En la definición de conocimiento se incluirán también prácticas no verbales, como la construcción, el arte de cocinar, la tejeduría, el arte de curar, la caza, el cultivo de la tierra, etc. A pesar de todo, sigue sin respuesta una gran pregunta: ¿a quién pertenecía el conocimiento objeto de este estudio?

En la Europa moderna temprana, las élites identificaron a menudo el conocimiento con su propio conocimiento y en ocasiones sostuvieron, como hace el cardenal Richelieu en su *Testament politique*, que al pueblo llano no se le debía comunicar el conocimiento para que no se desencantase del puesto que le había tocado en la vida. El humanista español Luis Vives defendía una postura relativamente poco frecuente cuando afirmaba que «los agricultores y las artesanos conocen la naturaleza mejor incluso que muchos filósofos» (*melius agricolae et fabri norunt quam ipsi tanti*

philosophi).[50]

Actualmente, tras lo que podríamos llamar la «rehabilitación» del conocimiento local y del conocimiento relacionado con la vida cotidiana, debería ser obvio que en toda cultura hay una pluralidad de «conocimientos» y que la historia social, como la sociología, debe interesarse «por todo aquello que en la sociedad pasa por conocimiento».[51] Un criterio que puede servirnos para distinguir los conocimientos es el uso o la función de cada uno de ellos en la vida. El sociólogo Georges Gurvitch, por ejemplo, distinguió siete tipos de conocimiento: perceptivo, social, cotidiano, técnico, político, científico y filosófico.[52]

Otro enfoque, más cercano a la historia social, podría distinguir entre los conocimientos producidos y transmitidos por diferentes grupos sociales. Los intelectuales son dueños de algunos tipos de conocimiento, pero grupos sociales como los burócratas, los artesanos, los agricultores, las comadronas y los curanderos populares cultivan otros ámbitos de la experiencia y del «saber hacer». Estos campos de conocimiento implícito han merecido recientemente cierta atención por parte de los historiadores, especialmente en el contexto del imperialismo y de la contribución realizada por los indígenas a unos conocimientos que los gobernantes, cartógrafos y médicos europeos consideraban suyos.[53]

La mayor parte de los estudios sobre el conocimiento se refiere al conocimiento de las élites, mientras que los estudios de cultura popular (incluido el que yo mismo publiqué en 1978) tienen relativamente poco que decir sobre su dimensión cognitiva, que habría que enmarcar dentro del ámbito del conocimiento popular o cotidiano.[54] Siguiendo las fuentes, en este libro también se pondrá énfasis en las

formas dominantes o incluso «académicas» de conocimiento, en el «aprender», como se decía frecuentemente a comienzos de la época moderna. De todos modos, se hará un esfuerzo destacado por situar el conocimiento académico dentro de un marco más amplio. La competencia, los conflictos e intercambios entre los sistemas intelectuales de las élites académicas y lo que podríamos denominar «conocimientos alternativos» serán un tema recurrente en este estudio.[55] Los conflictos son particularmente claros en el caso de la medicina, tal como la practicaban charlatanes, curanderos itinerantes, moriscos o mujeres.[56] Como ejemplo concreto podríamos fijarnos en las *Observations diverses* publicadas en 1609 por la comadrona parisiense Louise Bourgeois, que se describió a sí misma como «la primera mujer de mi oficio que ha echado mano de la pluma para describir el conocimiento que Dios me ha dado».

Si personalmente quisiera llamar la atención, llegado a este punto afirmaría que las llamadas revoluciones intelectuales de la Europa moderna temprana —Renacimiento, Revolución científica e Ilustración— no fueron otra cosa que el afloramiento a la luz pública (y más especialmente en forma de letra impresa) de determinados tipos de conocimiento práctico y popular convenientemente legitimados por algunos estamentos académicos. Esta afirmación, por exagerada que pueda parecer, no sería menos unilateral que la presunción más convencional que identifica el conocimiento con el aprendizaje de los sabios. Por ejemplo, el conocimiento recopilado por los europeos en otros continentes no fue siempre resultado de la observación directa de la naturaleza o la sociedad, sino que dependió de informadores locales (véase más adelante, en el capítulo 4).

Para un ejemplo de interacción entre sabios y artesanos

podríamos buscar en la Italia del Renacimiento. En la Florencia de la primera parte del siglo XV, por ejemplo, el humanista Leonbattista Alberti mantuvo frecuentes diálogos con el escultor Donatello y con el ingeniero Filippo Brunelleschi. Sin la ayuda de estos expertos le habría resultado difícil escribir sus tratados sobre la pintura y la arquitectura. Algunos especialistas en la arquitectura del Renacimiento han analizado la interacción entre las tradiciones artesanales de maestros albañiles y el conocimiento humanista de los patronos, que algunas veces hacían los encargos de construcción de sus casas con reproducciones de Vitruvio en las manos. Realmente, es difícil imaginar cómo el texto de este antiguo tratado romano sobre la arquitectura habría podido ver la luz pública, con ilustraciones incluidas, como sucedió en la Italia del Renacimiento, sin cierta colaboración entre expertos en latín clásico y expertos en el arte de la construcción. El texto fue editado y traducido por el patricio veneciano Daniele Barbaro, en 1556, gracias a la ayuda del arquitecto Palladio, que se había formado como cantero.[57]

En diversos campos, hombres o mujeres dotados de sentido práctico, igual que algunos sabios, contribuyeron en cierta medida al conocimiento que difundiría la imprenta.[58] El libro del humanista Georg Agricola sobre la minería (1556) recogió, obviamente, muchos datos del conocimiento oral de los mineros de Joachimsthal, donde vivió ejerciendo el oficio de médico. Montaigne llegó a afirmar en su famoso ensayo sobre los caníbales que un «hombre sencillo y rústico» (*homme simple et grossier*) podía ofrecer un testimonio más fidedigno de sus experiencias en el Nuevo Mundo que *les fines gens*, con sus sesgos y prejuicios.

Volviendo a las humanidades, el origen de la economía

como disciplina independiente no se debió a una invención puramente casual. No sólo implicó la elaboración de nuevas teorías, sino también el otorgamiento de respetabilidad académica al conocimiento práctico de los comerciantes, que originalmente había sido de naturaleza oral pero empezó a circular de manera creciente en letras impresas durante los siglos XVI y XVII, en tratados como el de sir Josiah Child, *Discourse of Trade* (1665), escrito por un comerciante londinense que con el tiempo llegaría a ser presidente de la Compañía de las Indias Orientales.

Parecidos intercambios se produjeron entre la teoría y la práctica políticas, aunque por pasar estas fronteras se pagó también un precio. Maquiavelo provocó un verdadero escándalo al afirmar de forma explícita y teórica una serie de reglas que algunos hombres de negocios habían debatido a veces en encuentros personales y que algunos gobernantes habían seguido a menudo en la práctica. *El príncipe*, un documento confidencial presentado por Maquiavelo a un miembro de la familia de los Medici con la esperanza de afianzar su carrera, vio la luz pública en 1532, algunos años después de la muerte del autor.[59] Al afirmar, en su *Advancement of Learning* (1605), que «la sabiduría en lo que respecta a la negociación o el negocio todavía no se ha recogido por escrito», Francis Bacon estaba haciendo una perspicaz observación general, aunque el autor inglés era algo injusto con su predecesor Maquiavelo.

Una vez más, el conocimiento de la pintura y sus técnicas, que en inglés terminó designándose con el nombre de *connoisseurship* (literalmente, «calidad de conocedor»), se transmitió al principio oralmente y sólo en el siglo XVI empezó a ponerse por escrito, concretamente en las *Vidas* de los artistas de Giorgio Vasari, obra publicada por primera

vez en 1500. En el vocabulario filosófico se ha conservado un recuerdo de las interacciones entre teoría y práctica en este período. «Empirismo» se deriva de «empírico», término tradicional con el que se designaba en inglés (*empiric*) a los practicantes de la medicina alternativa, hombres y mujeres desprovistos de teoría. En su *Advancement of Learning*, Francis Bacon, por una parte, condena a los «médicos empíricos» que no conocen ni la verdadera causa de una enfermedad ni el auténtico método para curarla, pero, por otra parte, critica también severamente a los filósofos escolásticos que deducen sus conclusiones sin prestar atención al mundo de cada día. Según el *Novum Organum* (1620) de Bacon, «el auténtico camino, todavía inexplorado», consiste en seguir no a la hormiga empírica, que recoge datos tontamente, ni a la araña escolástica, que teje una tela desde dentro de sí misma, sino a la abeja, que, a la vez que recoge, digiere. Lo importante era empezar «a partir de los sentidos y las cosas particulares», para luego avanzar por estadios hasta alcanzar conclusiones generales (aforismos XIX, XCV). Esta vía media, que estudiaremos más adelante (véase el capítulo 9), es lo que hoy se denomina «empirismo» —*empiricism* en inglés y *empirisme* en francés, término acuñado en 1736 y presentado en el artículo que dedica a dicho tema esa iniciativa baconiana que fue la *Encyclopédie.*

Existe un vínculo entre la epistemología empirista de Bacon y su convicción —compartida con Luis Vives, que había tratado de reformar el sistema de conocimientos un siglo antes— de que incluso las personas cultas podían aprender algo de la gente sencilla. La Royal Society de Londres continuó la tradición baconiana y publicó relatos acerca de los secretos o conocimientos especializados de diferentes profesiones y oficios. La cuestión era, como

señaló el polifacético Gottfried Leibniz con una frase en que se mezclan términos latinos y alemanes, *theoricos empiricis felici connubio zu conjungiren*, es decir, «unir a teóricos y a empíricos en un feliz matrimonio».

Denis Diderot fue otro admirador de las ideas de Bacon. Su interés por el conocimiento tanto de los artesanos como de los *philosophes* es evidente en la *Encyclopédie*. Por ejemplo, en el artículo «Art», la distinción entre artes liberales y artes mecánicas (véase más adelante, en el capítulo 5) se califica de desafortunada porque rebaja el rango de personas dignas de estimación y útiles. Como la Royal Society, Diderot y sus colaboradores hicieron públicos conocimientos propios de los artesanos en la *Encyclopédie*, un libro que al parecer se utilizó en determinadas situaciones prácticas. Por ejemplo, el artículo sobre la fundición de cañones («Alésoir») fue utilizado por un consejero militar del sultán otomano cuando éste trató de renovar su artillería en la década de 1770.[60]

Sin olvidar la realidad de todos estos tipos de intercambios, mi libro tratará de concentrarse en las formas dominantes de conocimiento, particularmente en el conocimiento que poseían los intelectuales europeos. Pero ¿quiénes eran los intelectuales en estos primeros siglos de la Europa moderna? Es el problema que se estudia en el siguiente capítulo.

Capítulo 2

Profesionales del conocimiento: La intelectualidad europea

> Conocer [...] una profesión [...] que nos dota de luz para ver más lejos que otros hombres.
>
> BARROW

> Primero me presento yo; mi nombre es Jowett.
> No hay conocimiento, pero yo lo conozco.
> Yo soy maestro de este colegio.
> Lo que yo no conozco no es conocimiento.
>
> H. C. BEECHING

Este capítulo está dedicado a los principales descubridores, productores y difusores de conocimiento en la Europa moderna temprana. A menudo, estos descubridores, productores y difusores quedan comprendidos bajo el calificativo de «intelectuales». Karl Mannheim los describió como aquellos grupos sociales de toda sociedad «cuya tarea especial es ofrecer una interpretación del mundo a su sociedad» respectiva. Con una expresión famosa, citada anteriormente, los calificó de «intelectualidad que flota libremente», un «estrato sin anclajes, relativamente desclasado».[61]

CONTINUIDADES Y DISCONTINUIDADES

Se ha afirmado con frecuencia que el intelectual surgió por primera vez en la Rusia de mediados del siglo XIX, cuando se acuñó el término *intelligentsia* para referirse a aquellos hombres de letras que o no quisieron o no fueron capaces de ganarse un puesto en la burocracia. Según otra opinión, el origen del grupo habría que situarlo a finales del siglo XIX, en el contexto del debate que se desencadenó en Francia en torno a la culpabilidad o la inocencia del capitán Dreyfus, concretamente con ocasión del *Manifeste des intellectuels* a favor del capitán.[62] Algunos historiadores, concretamente Jacques Le Goff, hablan de los intelectuales en la Edad Media, al menos en el contexto de las universidades.[63] Estas discrepancias giran en parte en torno a definiciones o conceptos, pero también revelan una profunda diferencia de opinión sobre la importancia relativa del cambio y la continuidad en la historia cultural europea.

Según una visión ampliamente difundida de los intelectuales modernos, éstos son descendientes de la intelectualidad radical del siglo XIX, la cual es continuadora de los *philosophes* de la Ilustración, que, a su vez, son o bien una versión secular de la clerecía protestante o bien los descendientes de los humanistas del Renacimiento. Tal visión muestra un sesgo excesivamente «actualizador», en el sentido de que explora el pasado con la única preocupación de encontrarse con gente más o menos parecida a nosotros.

Michel Foucault no fue el primero en señalar el carácter problemático de esta visión actualizadora y continuista, aunque de todos modos ha sido el crítico más radical de estos supuestos aceptados de manera generalizada.

Una historia foucaultiana de los intelectuales está en condiciones de poner en tela de juicio la discontinuidad entre la *intelligentsia* decimonónica, que deseaba subvertir el antiguo régimen en que vivían, y los *philosophes* del siglo XVIII, que deseaban reformar el suyo. Por otra parte, puede señalar la brecha entre los *philosophes* anticlericales y los clérigos puritanos ingleses del siglo XVII, que han sido descritos como el primer ejemplo en la historia de «intelectuales radicales» en una sociedad tradicional, «liberados de conexiones feudales».[64] Sin embargo, la auténtica vocación o «llamada» general que sentían personalmente estos puritanos no era ni el saber ni la actividad política, que simplemente les servían de medios para un fin más elevado: la religión. Su ideal era el del «santo», y este objetivo condujo a algunos de ellos a expresar ciertas actitudes antiintelectuales.[65] Otra discontinuidad es la que existe entre el clero protestante y sus predecesores, los humanistas del Renacimiento, y otra finalmente es la que separa a los humanistas de los filósofos escolásticos a quienes tan frecuentemente denostaban, pero que según Le Goff serían los intelectuales medievales.

Para evitar confusiones, no sería mala idea seguir el ejemplo de Samuel Coleridge y Ernest Gellner y describir a los especialistas en saber o conocimiento como una «clerecía».[66] En adelante emplearé este término de vez en cuando para designar a grupos sociales cuyos miembros se consideran a sí mismos, aunque de diversas maneras, «hombres sabios» (*docti, eruditi, savants, Gelehrten*) u

«hombres de letras» (*litterati, hommes de lettres*). En este contexto *lettres* significa «saber» y no tanto «literatura» (de ahí la necesidad de añadir un adjetivo, como en la expresión francesa *belles-lettres*).

Del siglo XV al siglo XVIII, los sabios suelen autopresentarse como ciudadanos de la «República de las letras» (*Respublica litteraria*), una frase que expresaba su sentido de pertenencia a una comunidad que sobrepasaba las fronteras nacionales. Se trataba esencialmente de una comunidad imaginada, pero que, de todos modos, daba lugar a usos propios como el intercambio de cartas, libros y visitas, por no mencionar las formas ritualizadas con que los sabios más jóvenes ofrecían sus respetos a los colegas mayores que podían ayudarles de algún modo en sus carreras.[67]

El objetivo de este capítulo es someter a debate lo que un conocido ensayo sociológico de 1940 describió como «el papel social del hombre sabio».[68] Hoy, esa expresión nos plantea irresistiblemente la cuestión acerca de las mujeres sabias de la época. Como apuntó el filósofo francés del siglo XVII Poulain de la Barre en su tratado *Sobre la igualdad de los dos sexos* (1673), las mujeres se vieron más o menos «excluidas» de la búsqueda del saber.

Es verdad que a lo largo de ese período existieron mujeres de letras o «mujeres sabias», aunque el término *bluestocking* [«marisabidilla»] no se acuñó hasta finales del siglo XVIII. Entre estas mujeres famosas algunas de las más conocidas fueron: Christine de Pisan, autora en el siglo XV de la obra *La ciudad de las damas*, Marie Le Jars de Gournay, que editó los *Ensayos* de Montaigne, estudió alquimia y escribió un tratado sobre la igualdad de hombres y mujeres; la sabia universal Anne-Marie Schuurman, que vivió en la República holandesa, asistió a conferencias en la Universidad de

Utrecht y escribió un tratado sobre la aptitud de las mujeres para el estudio; y, finalmente, la reina Cristina de Suecia, que invitó a su corte de Estocolmo a René Descartes, Hugo Grocio y otros sabios y después de su abdicación fundó la Academia Físico-Matemática en Roma.

A pesar de todo, las mujeres no pudieron participar en la república de las letras en las mismas condiciones que los varones. Sólo en casos muy contados pudieron realizar estudios universitarios. Tal vez lograban estudiar latín con la ayuda de familiares o de tutores privados, pero si, por ejemplo, trataban de introducirse en el círculo de los humanistas, se veían generalmente rechazadas, como en el caso de las eruditas italianas Isotta Nogarola y Cassandra Fedele. Isotta optó por entrar en un convento después de experimentar cómo los hombres ridiculizaban sus pretensiones intelectuales.[69]

También hubo mujeres implicadas en la Revolución científica y en la Ilustración. Margaret Cavendish, duquesa de Newcastle, asistió a los encuentros de la Royal Society y puso por escrito sus opiniones filosóficas. Voltaire escribió su *Essai sur les moeurs* para la marquesa de Châtelet tratando de convencerla de que la historia era una materia tan digna de estudio como la filosofía natural, más del gusto de la marquesa. También en estas áreas la posición de las mujeres era marginal. Bernard de Fontenelle escribió sus diálogos sobre la pluralidad de mundos pensando en una audiencia femenina y Francesco Algarotti publicó un tratado titulado *Il newtonianismo per le dame* partiendo del supuesto un tanto paternalista de que las mujeres inteligentes podrían comprender la nueva ciencia siempre que se la explicasen con palabras sencillas.[70]

La Edad Media

El ejemplo de Eloísa, que había sido alumna de Abelardo antes de convertirse en su amante, nos recuerda que ya en el siglo XII nos podíamos encontrar con mujeres sabias. Precisamente en esa época, por primera vez desde el final de la Edad Antigua, hizo acto de presencia en el mundo una clerecía europea fuera de los monasterios. Este desarrollo, igual que el de las universidades, fue el resultado de la creciente división del trabajo, un fenómeno asociado con el auge de las ciudades.

Esta clerecía incluía un grupo de varones laicos cultos, generalmente médicos o juristas. El derecho y la medicina constituyeron las dos profesiones seculares cultas. Ambas tenían su lugar dentro de la universidad y, al mismo tiempo, gozaban de prestigio en el mundo extrauniversitario.[71] Se trataba de grupos corporativos, organizados a veces en colegios (como el Colegio de Médicos de Londres, fundado en 1518), preocupados por el mantenimiento del monopolio del conocimiento y la práctica de los médicos frente a los competidores extraoficiales.

Sin embargo, durante la Edad Media la mayoría de profesores y estudiantes universitarios eran miembros del clero y a menudo pertenecían a órdenes religiosas, sobre todo a los dominicos, que contaron con personalidades como Tomás de Aquino, el más famoso profesor medieval. Incluso investigadores de la naturaleza como Alberto el Grande y

Roger Bacon fueron frailes. Los estudiantes pasaban a menudo de una universidad a otra, de forma que llegaron a formar un grupo internacional, conscientes —como muestran sus cantos en latín— de las diferencias que los separaban de los habitantes normales de la ciudad donde residían temporalmente. Por lo que a los profesores se refiere, eran principalmente filósofos y teólogos que hoy solemos describir con el adjetivo de «escolásticos», aunque ellos mismos no utilizaban esta terminología y preferían calificarse de «hombres de letras» (*viri litterati*), «clérigos» (*clerici*), «maestros» (*magistri*) o «filósofos» (*philosophi*). Algunos de estos hombres de letras, como el inglés Juan de Salisbury en el siglo XII, se movieron también por las cortes de la época.[72]

Por lo que al término «escolásticos» (*scholastici*, es decir, «hombres de escuela») se refiere, fue una expresión despectiva inventada por los partidarios de un currículo universitario de nuevo estilo: las «humanidades» (véase más adelante, en el capítulo 5). Los profesores de este nuevo currículo fueron calificados de «humanistas» (*humanistae*) y luego el término se extendió primero por Italia y posteriormente por otras partes de Europa. Estos humanistas constituyeron una nueva forma de clerecía. Algunos habían recibido las órdenes sagradas, pero muchos otros eran laicos; enseñaban en escuelas o universidades o ejercían de tutores privados o estaban al servicio de generosos mecenas. Por lo menos para algunos de ellos, la enseñanza fue más un destino fatal que una vocación. Un humanista italiano, por ejemplo, escribía tristemente a otro a finales del siglo XV: «Yo, que hasta hace poco he gozado de la amistad de los príncipes, ahora, debido a mi mala estrella, he abierto una escuela». Los sueldos relativamente bajos de los profesores en las escuelas y universidades, en particular

en las facultades de derecho, hacen que, sin tener que recurrir a algunas estrellas, comprendamos sin el menor esfuerzo semejante reacción. La enseñanza ofrecía la posibilidad de vivir del saber, aunque no se tratase de una vida muy desahogada.[73]

La aparición del término «humanista» sugiere que, por lo menos en las universidades, enseñar humanidades contribuyó a desarrollar el sentido de una identidad común entre los profesores. Otras iniciativas que sugieren la emergencia de una identidad colectiva fueron las sociedades o academias fundadas por estos humanistas (de estas instituciones se hablará en el capítulo 3).[74]

CONSECUENCIAS DE LA IMPRENTA

Una de las consecuencias más importantes de la invención de la imprenta fue la de ampliar el abanico de posibilidades profesionales abierto a esta nueva clerecía. Algunos se convirtieron en impresores de libros eruditos, como Aldus Manutius en Venecia.[75] Otros trabajaron para la imprenta, por ejemplo corrigiendo pruebas, elaborando índices, realizando traducciones o escribiendo libros nuevos por encargo de impresores editores. Se hizo más fácil, aunque continuaba siendo difícil, seguir la carrera de un «hombre de letras». Por lo menos con sus libros Erasmo tuvo el éxito suficiente como para independizarse económicamente de sus patrocinadores. De hecho, Norbert Elias, siguiendo el esquema de Mannheim, ha pintado a los humanistas en general y a Erasmo en particular como ejemplos de intelectuales que flotan libremente, con una actitud desapegada que dependía del hecho de que gozaban de la posibilidad de «distanciarse personalmente» de todos los grupos sociales existentes en su mundo.[76]

En Venecia en particular, a mediados del siglo XVI un grupo de escritores con educación humanista consiguió ganarse dignamente la vida con la pluma, escribiendo tanto y sobre temas tan variados que recibieron el nombre de *poligrafi* (véase más adelante, en el capítulo 7). También en París, Londres y otras ciudades, a finales del siglo XVI podían encontrarse figuras de estilo parecido, que entre otras

publicaciones producían cronologías, cosmografías, diccionarios y otras guías para el conocimiento.

Oportunidades en Iglesias y Estados

Los grupos mencionados hasta aquí no agotan las oportunidades abiertas a los hombres de letras en el siglo XVI. La Reforma añadió otras. Al principio, la idea de Martín Lutero del sacerdocio de todos los fieles pareció que hacía superfluo al clero. Andreas Karlstadt, colega de Lutero en la Universidad de Wittenberg, defendió posturas aún más radicales, llegando a sugerir la abolición sin más de los títulos académicos. De todos modos, Lutero reaccionó a tiempo y apoyó la idea de un clero bien formado, destinado a predicar el Evangelio al pueblo. Esta última postura fue la que apoyaron Jean Calvino y otros reformadores protestantes. Por parte católica, la fundación de seminarios desde mediados del siglo XVI en adelante demostró idéntico interés por la educación de los sacerdotes destinados a dirigir las parroquias.[77] Al parecer, algunos clérigos educados en estas instituciones descubrieron que para ellos el trabajo intelectual podía ser una auténtica vocación, al mismo tiempo que prestaban sus servicios a las parroquias. Tal fue el caso del pastor luterano Paul Bolduan, pionero en la compilación de bibliografías temáticas. De esta manera se puede afirmar que, sin pretenderlo expresamente, las Iglesias consolidaron la figura del erudito plenamente entregado al trabajo intelectual.

El incremento del número de estudiantes durante el siglo XVI y la primera parte del XVII se debió, entre otras

razones, a esta nueva función asumida por la universidad como institución donde se formaba el clero destinado a las parroquias y también a la creciente demanda por parte de los gobiernos de funcionarios con estudios de derecho. A mediados del siglo XVII, la oferta de estudiantes empezó a superar la demanda de sus servicios y un número importante de graduados comenzó a ver frustradas sus aspiraciones. En Nápoles, los estudiantes tomaron parte en la famosa revuelta contra España en 1647-1648. En cierta ocasión, trescientos estudiantes armados desfilaron por las calles en protesta contra el aumento de las tasas de los doctorados. En el caso de Inglaterra, se ha llegado a sugerir incluso que estos «intelectuales alienados» fueron, en parte, los responsables de la Revolución inglesa.[78]

Algunos hombres de letras con formación universitaria encontraron trabajo como secretarios de gobernantes, aristócratas u hombres de saber. Una serie de destacados humanistas italianos, como Leonardo Bruni, Poggio Bracciolini y Lorenzo Valla, fueron secretarios de los Papas. No era una ocupación nueva, pero el número de tratados, especialmente italianos, que explicaban cómo se tenía que cumplir el oficio sugiere que en este período alcanzó una importancia creciente, de la misma manera que aumentaron también los trámites administrativos para gobernantes y nobles (véase más adelante, en el capítulo 6).[79] En Suecia, la última parte del siglo XVI ha pasado a la historia como la época del «gobierno de los secretarios», hombres de humilde nacimiento como Jöran Persson, hijo de un clérigo. Persson, más un consejero que un funcionario, fue la mano derecha del rey Erik XIV hasta que sus enemigos, los aristócratas, lograron que fuera condenado a muerte. En España, donde el gobierno de los secretarios se hizo incluso más patente en esta época, el reinado de Felipe II, el término *letrado*

(derivado de la palabra latina *litteratus*) se utilizó para referirse a los juristas que trabajaban al servicio del rey, hombres de letras por oposición a los hombres de armas que tradicionalmente se habían movido alrededor del rey. El papel de estos juristas era dar buen consejo, una función política primordial de la clerecía en muchas culturas.[80]

Algunos sabios empezaron también a disponer de secretarios o amanuenses. Erasmo, por ejemplo, contó con la ayuda de Gilbert Cousin, que también era un sabio, mientras que entre los secretarios de Francis Bacon hay que incluir al joven Thomas Hobbes. También los embajadores contaron con asistentes, a veces hombres de letras como Amelot de la Houssaie, secretario del embajador francés en Venecia, que aprovechó su puesto para enterarse de las maniobras secretas del Estado veneciano, información que posteriormente haría pública. Antes del siglo XVII la función de secretario de una sociedad científica ya existía. Bernard de Fontenelle actuó de secretario para la Academia Francesa de las Ciencias; Henry Oldenburg, para la Royal Society; Formey, para la Academia de Berlín; y Per Wilhelm Warentin, para la Academia Sueca. A veces el puesto conllevaba un sueldo, como en el caso de Oldenburg.

Desde mediados del siglo XVII, escritores y sabios pudieron, de forma cada vez más clara, aunque todavía con riesgos, ganarse la vida con el mecenazgo y la publicación de sus obras. Un análisis de quinientos cincuenta y nueve escritores franceses activos entre 1643 y 1665 sugiere que, si se adoptaban las estrategias adecuadas, en aquel momento era posible vivir de la literatura en el sentido amplio de la palabra, que incluía tanto diccionarios y obras de historia como las obras teatrales de Racine y los poemas de Boileau.[81]

La ruptura con la tradición no debe exagerarse. Las

pensiones reales continuaron siendo una importante fuente de ingresos. Por ejemplo, Luis XIV otorgó generosas pensiones no sólo a Boileau, Racine y otros poetas, sino también al astrónomo Gian-Domenico Cassini y al filólogo Charles Du Cange. Juristas como Nicholas de Peiresc y John Selden y médicos como Theodor Zwinger y Ole Worm continuaron haciendo importantes aportaciones a la investigación científica en sus ratos libres. El número de escritores que eran clérigos o vivían en contacto con el clero siguió siendo significativo. A decir verdad, en la época de Luis XIV a buen seguro eran mayoría.[82] Hasta el final de este período, e incluso con posterioridad al mismo, gran parte de las obras publicadas las escribieron personas pertenecientes al clero.

DIFERENCIACIÓN ESTRUCTURAL

Hacia 1600 ya era claramente perceptible el proceso de diferenciación social que estaba en marcha en la clerecía europea. Los escritores constituían un grupo semiindependiente y su creciente autoconciencia quedaba reflejada, como en la Francia del siglo XVII, por el uso también creciente de términos como *auteur* y *écrivain*.[83] Utilizando una expresión de nuestros días, podríamos decir que entonces ya existía un grupo pequeño, pero influyente, cuyos miembros actuaban como «agentes de cambio de la información» (*brokers*), porque promovieron en diferentes lugares el contacto directo entre los escritores, o «gestores del conocimiento», ya que trataron de organizar y de recoger diversos tipos de material informativo. Algunos de sus nombres aparecerán en estas páginas. Entre otros se encuentran: Francis Bacon, Jean-Baptiste Colbert, Denis Diderot, Samuel Hartlib, Gottfried Wilhelm Leibniz, Marin Mersenne, Gabriel Naudé, Henry Oldenburg y Théophraste Renaudot.[84]

También los profesores universitarios empezaron a formar un grupo aparte, especialmente en el mundo de habla germánica, en el cual a finales del siglo XVIII había más de cuarenta universidades, además de otras instituciones de educación superior. A menudo se trataba de personas laicas, que solían ser hijos o yernos de otros profesores. El sentimiento que tenían de poseer una identidad propia

queda reflejado en su creciente preocupación por los uniformes y los títulos académicos, así como por el aumento de galerías que exhibían retratos de profesores en la Universidad de Uppsala y en otros lugares. Como en el siglo XIX, en Oxford, Benjamin Jowett, rector del Balliol College desde 1870 hasta 1893 (y blanco de los versos que sirven para encabezar este capítulo), a comienzos de la edad moderna el profesorado encarnaba a la autoridad intelectual.

A principios de la edad moderna, los sabios empezaron a contemplar su trabajo como una vocación. En la Inglaterra de finales del siglo XVII, más de dos siglos antes de las famosas reflexiones de Max Weber sobre el tema, Isaac Barrow, rector del Trinity College de Cambridge, presenta la dedicación intelectual como una vocación o «llamada» en su tratado *Of Industry*, defendiendo la idea de que la «ocupación» de los académicos era «encontrar la verdad» y «lograr conocimiento». Por «conocimiento» Barrow entiende no información acerca de «asuntos obvios y vulgares», sino «temas sublimes, abstrusos, complejos y espinosos, alejados de la observación y el sentido común». Algunos miembros de determinadas profesiones intelectuales contemplaron su trabajo como una llamada, entre ellos el historiador alemán Johann Sleidan y el historiador francés Henri de La Popelinière.[85]

Con esta diferenciación social, en el mundo del aprendizaje surgieron los conflictos entre los diferentes grupos. Por ejemplo, desde mediados del siglo XVII se produjeron cada vez más con más frecuencia duros ataques contra lo que en inglés se denominaba *priestcraft* [literalmente, «superchería sacerdotal»], en otras palabras, un ataque contra la autoridad de un grupo de hombres de letras con la disculpa de que éstos engañaban a la gente

sencilla.[86] Tales ataques habrían sido innecesarios si el clero no hubiese continuado siendo una fuerza poderosa en el mundo del aprendizaje, pero al mismo tiempo habrían sido imposibles sin la existencia de un sólido grupo de sabios laicos comprometidos con un nuevo ideal, el del distanciamiento o, como ellos decían en su tiempo, la «imparcialidad», en el sentido de mantenerse a una distancia prudente de los partidos tanto en la Iglesia como en el Estado (sólo a finales del siglo XVIII algunos empezaron a aplicar el calificativo de «objetivo» al conocimiento). También fueron objeto de estos ataques, como versiones laicas del clero, los juristas y los médicos, que defendían sus monopolios echando mano de unos lenguajes ininteligibles para sus clientes.[87]

Por otra parte, desde mediados del siglo XVII la insistencia de los franceses en las *lettres* y lo vernáculo contrastó con el interés puesto por los alemanes en la cultura latina y la *Gelehrtheit* [literalmente, «erudición»]. Los alemanes pensaban que los franceses eran superficiales y los franceses acusaban a los alemanes de pedantes. Algunos nobles aficionados o *virtuosi*, como se decía en Italia (y en Inglaterra a finales del siglo XVII, al margen de que estudiasen arte, antigüedades o fenómenos de la naturaleza), miraron en ocasiones por encima del hombro a los profesores y escritores profesionales. Con palabras que nos recuerdan a Mannheim (pero que fueron escritas casi trescientos años antes), Thomas Sprat, historiador de la Royal Society recientemente fundada, defendía la importancia del papel de los caballeros en la investigación de temas de filosofía natural precisamente porque estas personas eran «libres y no confinadas». Las descripciones de algunos sabios franceses como *curieux* daban la impresión —y sin duda esto era lo que se pretendía— de que lo que

impulsaba a estas personas era una curiosidad intelectual desinteresada.[88]

A partir, aproximadamente, de 1700 fue posible ejercer profesiones intelectuales distintas de las de profesor o escritor, por ejemplo, como miembros asalariados de determinadas organizaciones dedicadas al acopio de conocimientos, concretamente las Academias de Ciencias fundadas y financiadas en París, Berlín, Estocolmo y San Petersburgo, aun contando con que los limitados fondos de que se disponía obligaban a los interesados a complementar sus sueldos con otros tipos de empleo. Al margen de que a estos hombres podamos calificarlos de «científicos» (término acuñado en el siglo XIX), la génesis de este grupo representó seguramente un momento significativo en la historia de la intelectualidad europea. Algunos miembros del grupo escogieron su ocupación prefiriéndola conscientemente a la carrera universitaria tradicional.[89]

Individuos de la talla de Gottfried Leibniz e Isaac Newton dirigieron sociedades científicas, compaginando estos puestos con otras ocupaciones. Leibniz, por ejemplo, trabajó como bibliotecario, otra carrera que creció ininterrumpidamente en importancia a comienzos de la edad moderna. Otros bibliotecarios sabios fueron Bartolommeo Platina en el Vaticano en el siglo XV, Hugo Blotius en Viena en el siglo XVI, Gabriel Naudé en Roma y París en el siglo XVII, Daniel Morhof en Kiel en el siglo XVII, Burkhard Struve en Jena en el siglo XVIII y el historiador Ludovico Muratori en Módena en el siglo XVIII. Algunos bibliotecarios de este período han sido descritos como «mediadores» cruciales en la República de las letras. Verdaderos sabios muchos de ellos, tuvieron además el mérito de hacer que sus colegas dispusieran de la información y se mostraron más

reacios que la mayoría de sus colegas a abandonar el ideal del conocimiento universal.[90]

Otra alternativa al trabajo en las universidades fue servir como consejero o historiador oficial de un gobernante. Puestos de trabajo de este tipo ya se conocían en la Edad Media, pero su número fue creciendo con el desarrollo de Estados más centralizados a comienzos de la edad moderna. A este grupo pertenecieron sabios tan conocidos como Jean Racine (historiador al servicio de Luis XIV), John Dryden (historiador de Carlos II de Inglaterra), Samuel Pufendorf (historiador de los gobernantes de Prusia y Suecia) e incluso Voltaire (al servicio de Luis XV). A éstos habría que añadir un grupo más reducido de hombres de letras que actuaron como consejeros gubernamentales en lo que podríamos llamar «asuntos culturales» o «propaganda». Por ejemplo, en la Francia de Luis XIV el poeta y crítico Jean Chapelain, Charles Perrault (mejor conocido actualmente como escritor de cuentos de hadas) y otros formaron una «pequeña academia» que estudiaba el tema de cómo presentar de la mejor manera la imagen pública del monarca.[91] Algunos sabios alemanes, como Herman Conring y Burkhard Struve, compaginaron las tareas de profesor universitario y consejero de un príncipe local. Como a los funcionarios chinos, se les permitió compartir una parcela concreta de poder en virtud del prestigio intelectual de que gozaban. Estaba empezando a nacer el cuerpo de los mandarines alemanes.[92]

IDENTIDADES DE GRUPO

La publicación de libros sobre el hombre de letras, como el del jesuita italiano Daniello Bartoli *L'huomo di lettere difeso e emendato* (1645, reeditado a menudo y traducido a varios idiomas) o el *Essay* del marqués d'Alembert sobre este mismo tema (1752), muestra que la identidad de grupo de los intelectuales, a pesar de la diferenciación creciente y los conflictos, fue fortaleciéndose ininterrumpidamente. La *Encyclopédie* incluía una entrada sobre el tema, «Gens de lettres», que subrayaba la idea de que los literatos no eran especialistas de miras estrechas, sino personas «capaces de pisar esos diferentes campos, aunque de hecho no los pueden cultivar todos» (*en état de porter leurs pas dans ces différentes terrains, s'ils ne peuvent les cultiver tous*). En el siglo XVIII, el médico suizo Simon Tissot incluso escribió un libro sobre los riesgos de la salud específicos de la profesión de los hombres de letras (1766).

Por su parte, los mandarines alemanes preferían el título de «eruditos» (*Gelehrte*) o «polifacéticos» (*Polyhistor*). Durante el siglo XVII, en Alemania a estas personas se las describe a veces como una clase o categoría social (*der Gelehrten Stand*) aparte. Una prueba de su autoconciencia colectiva fue la publicación de la obra de Daniel Morhof, *Polyhistor* (1688), una guía de las profesiones intelectuales de la época, reeditada a menudo, como su rival, *Introduction to the Knowledge of Learning* (1704), de Burkhard Struve. Otra

prueba fue la aparición de colecciones de biografías, por ejemplo, el *Gelehrten-Lexicon* («Diccionario de eruditos», 1715), publicado por el profesor Johann Burchard Mencke, y *Ehrentempel der Deutsche Gelehrsamkeit* («Panteón de la erudición alemana», 1747), publicado por el filósofo Jakob Brucker. Una tercera señal de la autoconciencia del grupo la tenemos en la afirmación del crítico Johann Christoph Gottsched de que los eruditos eran en su acción tan libres como los gobernantes, «sin reconocer como superior a nadie más que a la razón y a una pluma más poderosa» (*die Ver nunft und eine mächtigere Feder*).[93] Al final de este período, el joven Goethe, a la razón estudiante en la Universidad de Leipzig, se muestra impresionado por la elevada posición social de los profesores del centro.

La intelectualidad europea se autodefinió también como ciudadanos de la República de las letras, expresión creada en el siglo XV que desde mediados del siglo XVII se empleó con mayor frecuencia cada vez. *Nouvelles de la République des Lettres* fue el título de un periódico fundado en 1684, así como de un número creciente de revistas eruditas o culturales que se publicaron a partir de 1660 y que contribuyeron a crear una nueva identidad en sus lectores: el *Journal des Savants* (1665), las *Philosophical Transactions* de la Royal Society (1665), el *Giornale de' letterati* de Roma (1668), los *Acta Eruditorum* de Leipzig (1682) y muchas otras.[94]

El editor del periódico *Nouvelles* era Pierre Bayle, considerado un intelectual arquetípico de la época. Bayle era un profesor calvinista francés que había emigrado a la República holandesa para huir de la persecución desencadenada por el régimen de Luis XIV contra los protestantes. Durante algún tiempo enseñó en Rotterdam, pero posteriormente reanudó sus actividades como escritor

para ganarse la vida. Gracias al lugar que ocupa en la historia de los diccionarios y en la historia de las notas a pie de página, así como en la historia del escepticismo, el nombre de Bayle aparecerá citado en repetidas ocasiones en este libro.[95]

Como Bayle, en este momento también emigró de Francia un número indeterminado de pastores calvinistas a consecuencia de la revocación en 1685 del edicto real que había concedido a los protestantes la libertad de culto. Al constatar que la oferta de clérigos calvinistas superaba la demanda de pastores y predicadores, algunos volvieron al ejercicio de su profesión literaria, en particular a la prensa periódica (véase más adelante, en el capítulo 7). Estos antiguos pastores se contaron entre los primeros *journalists* —es decir, «periodistas»—, un término que empezó a utilizarse hacia 1700 en francés, inglés e italiano para designar a los escritores que colaboraban en los periódicos eruditos o literarios, por oposición a los *gazetiers* («gaceteros», «gacetilleros»), de rango inferior, que redactaban noticias cortas, de alcance diario o semanal. De esta manera, la imprenta continuaba generando nuevas profesiones.[96]

A lo largo del siglo XVIII los periodistas ejercieron cada vez mayor influencia a medida que proliferaban los periódicos. También aumentaron las gratificaciones para los hombres de letras más destacados, incluidos algunos historiadores (véase más adelante, en el capítulo 8). En Inglaterra, Alexander Pope fue presentado como el primer hombre de letras independiente, seguido de cerca por Samuel Johnson.[97] En Francia, *philosophes* como Diderot y otros colaboradores en la redacción de la *Encyclopédie* siguieron el ejemplo de Bayle y Johnson produciendo un libro de consulta con el fin de

poder vivir de lo que escribían, aunque el recurso a una enciclopedia para apoyar un proyecto político representó una novedad de primer orden.

Los ejemplos de todos conocidos de éxito literario no deberían hacernos olvidar la «clandestinidad literaria» o *Grub Street*, como se designó en Inglaterra a lo largo del siglo XVIII, en otras palabras, el mundo de los escritores fracasados y empobrecidos, descritos por Voltaire como *la canaille de la littérature*.[98] De todos modos, desde un punto de vista comparativo, lo que resulta sorprendente es que a mediados del siglo XVIII en la mayor parte de Europa haga acto de presencia un grupo de hombres de letras más o menos independientes con ideas políticas propias, concentrados en algunas grandes ciudades, concretamente en París, Londres, Amsterdam y Berlín, y en contacto regular entre ellos. La referencia a la «mayor parte de Europa» pretende recordarnos el hecho de que en el mundo del cristianismo oriental ortodoxo la intelectualidad era, casi en su totalidad, clerical, con la excepción de un reducido grupo de hombres de letras «occidentalizados» como Dimitri Cantemir (príncipe de Moldavia y miembro de la Academia de Berlín) o Mihail Lomonosov, el gran sabio polifacético ruso, que empezó su formación en un seminario pero luego, en 1736, pasó al colegio de la Academia de Ciencias de San Petersburgo.

EL ISLAM Y CHINA

Naturalmente, la intelectualidad europea no era la única. Por ejemplo, en el islam los *'ulama* (es decir, los especialistas en *'ilm*, «conocimiento») habían disfrutado desde hacía mucho tiempo de una posición respetable en la sociedad, ya fuera como maestros en las escuelas (*madrasas*) adjuntas a las mezquitas, ya como jueces o consejeros de los gobernantes. Como en el Occidente medieval, esta intelectualidad estaba asociada con la religión (incluida la ley sagrada). No eran clérigos en el sentido cristiano porque los musulmanes niegan la posibilidad de mediación entre el individuo y Dios.[99] Algunos sabios adquirieron renombre internacional, como Ibn Sinā («Avicena») e Ibn Rušd («Averroes»), ambos conocidos en Occidente durante la Edad Media.

En el Imperio Otomano de comienzos de la edad moderna, como sucediera en Europa occidental, los estudiantes esperaban encontrar empleo en la *'ulama* o «jerarquía de letrados» al acabar los estudios, y la frustración de tales expectativas a mediados del siglo XVII desencadenó conflictos sociales en Estambul, igual que en Oxford o Nápoles.[100] Lo que supuso una diferencia significativa entre los sabios musulmanes y sus colegas de la Europa moderna temprana fue la diversidad de los medios de comunicación de que dispusieron unos y otros. Como hemos visto, la imprenta ofreció múltiples posibilidades a los hombres de letras

europeos. Por el contrario, el mundo del islam rechazó la imprenta y hasta aproximadamente el año 1800 continuó sirviéndose en esencia de la comunicación oral y manuscrita.[101]

En China, la posición de los *shen-shih* o «pequeña aristocracia letrada» fue incluso más destacada, si tenemos en cuenta que este grupo (en competencia a veces con los eunucos y otros) gobernó el Estado en nombre del emperador durante casi dos mil años. La mayor parte de ese tiempo, la élite política, los magistrados o mandarines, fue seleccionada tras superar rigurosos exámenes a diferentes niveles (de distrito, de prefectura, de provincia y, finalmente, de la metrópoli). Se aislaba a los aspirantes en cabinas individuales dentro del recinto donde se hacía el examen. Sus respuestas, habitualmente comentarios a textos clásicos confucianos, eran calificadas por examinadores que no conocían la identidad de los candidatos. Era un sistema más cercano a la «meritocracia» que cualquier otro utilizado a comienzos del mundo moderno.[102]

El interés creciente de los occidentales por China incluyó una viva curiosidad —no exenta de cierta envidia— por sus intelectuales (conocidos en Europa como *literati*). En su famosa *Anatomía de la melancolía* (1621), Robert Burton, profesor en Oxford, ofreció lo que él mismo calificó de «una utopía de mi propia cosecha». En esta república ideal, los magistrados habrían de ser seleccionados por medio de exámenes, «como los *literati* en China». Un colaborador de la revista *Philosophical Transactions* (julio de 1666), publicada por la Royal Society, planteaba estas mismas cuestiones fundamentales cuando, al dar cuenta de una nueva descripción de China, observaba que «su nobleza se asienta en el saber y el conocimiento, sin tener en cuenta la sangre o el parentesco». Por esta razón, el reformador

francés del siglo XVIII François Quesnay deseó imitar el sistema chino de exámenes, mientras que Voltaire se contó entre los admiradores de los mandarines, a los que calificó de *fonctionnaires lettrés*. El sistema chino pudo muy bien haber sugerido la idea de introducir los exámenes para los aspirantes a entrar en el servicio civil en Francia, Prusia e Inglaterra en el siglo XIX.[103]

Espero que esta breve reseña del papel de los intelectuales en la Europa de comienzos de la edad moderna —el tema merecería sin duda un estudio mucho más amplio— baste al menos para mostrar lo difícil que resulta definir su identidad sin tener en cuenta los diferentes tipos de instituciones en que desarrollaron su actividad. Examinar estas instituciones y su contribución al conocimiento es el objetivo del siguiente capítulo.

Capítulo 3

Institucionalización del conocimiento: Viejas y nuevas instituciones

> En las costumbres e instituciones de escuelas, academias, colegios y cuerpos por el estilo destinados a servir de morada de hombres de ciencia y al cultivo del estudio, todo parece oponerse al progreso del conocimiento.
>
> BACON

> *Gutenberg war nicht Privatdozent, Columbus nicht ordinarius.*
>
> (Gutenberg no era profesor universitario, ni Colón catedrático numerario).
>
> SCHÖFFLER

Como ya dijimos, según Karl Mannheim, las creencias de la «intelectualidad que flota libremente» (*freischwebende Intelligenz*) sufren menos presiones sociales que las de otros grupos. Esta afirmación provocó la toma de posición del economista Josef Schumpeter, según el cual el intelectual de Mannheim no era otra cosa que «un manojo de prejuicios».[104] Al margen de quién tenga razón, nosotros hemos de hacer constar el hecho indudable de que la mayor parte de la «clerecía» de comienzos de la edad moderna, igual que los intelectuales modernos, no flotó de forma plenamente libre, sino amarrada a instituciones, por ejemplo a las universidades. El contexto institucional del conocimiento es una parte esencial de su historia.[105] Las instituciones desarrollan impulsos sociales propios aunque estén sometidas a presiones externas. El instinto de innovar y el instinto contrario de oponerse a la innovación son de

especial relevancia para este estudio de la historia social del conocimiento.

Antes de fijarnos en la Europa de comienzos de la edad moderna, podría resultar esclarecedor introducir en el debate dos teorías generales, relacionadas respectivamente con la sociología de la innovación intelectual y de la reproducción cultural. La primera, asociada con Thorstein Veblen, centra su atención en los francotiradores, en individuos y grupos que se mueven al margen de la sociedad. En su ensayo sobre «La preeminencia intelectual de los judíos en la Europa moderna», como ya hemos visto, Veblen explicaba esta preeminencia por la posición de los intelectuales judíos en la frontera de dos mundos culturales, posición que reforzaba el escepticismo y el distanciamiento, capacitándolos de ese modo para convertirse en lo que otro sociólogo, el italiano Vilfredo Pareto, calificó de «especuladores» intelectuales.[106]

Pareto comparó a estos especuladores con el tipo social contrario, los «rentistas» intelectuales, que trabajan en el marco de una tradición. La segunda teoría, asociada con el nombre de Pierre Bourdieu, se refiere a la producción de rentistas de este tipo por las instituciones académicas y a la tendencia de esas mismas instituciones a autorreproducirse, acumulando y transmitiendo lo que él denomina un «capital cultural». En otras palabras, las instituciones desarrollan «intereses creados». Parecida valoración hizo Norbert Elias en términos de «estamentos» (*establishments*). En un ensayo breve pero profundo, Elias describió los departamentos académicos como instituciones dotadas de «algunas de las características de los Estados soberanos» y a continuación analizó su búsqueda competitiva de recursos y sus tentativas de implantar monopolios y de excluir a los francotiradores.[107] Algunas estrategias parecidas de monopolización y

exclusión son evidentes en la historia de las profesiones: el clero, los juristas y los médicos, a los que en el siglo XIX se añadieron ingenieros, arquitectos, contables, etcétera.

Naturalmente, sería insensato dar por sentado que ambas teorías, que por otra parte parecen encajar bastante bien, son aplicables universalmente, sin reserva alguna. De todos modos, merecería la pena que no las olvidásemos del todo en el curso de este breve recorrido por la organización del saber entre 1450 y 1750.

En la baja Edad Media, la teoría de Bourdieu y de Elias parece funcionar bastante bien. Como ya hemos visto, el desarrollo de las ciudades y de las universidades se produjo paralelamente en Europa desde siglo XII en adelante. Las instituciones de Bolonia y París sirvieron de modelo a las de Oxford, Salamanca (1219), Nápoles (1224), Praga (1347), Pavía (1361), Cracovia (1364), Lovaina (1425) y a muchas otras. Hacia 1451, fecha de la fundación de Glasgow, estaban abiertas y funcionando unas cincuenta universidades. Todas eran corporaciones. Gozaban de privilegios legales, incluido el de la independencia y el monopolio de la educación superior en la respectiva región, y se reconocían las titulaciones unas a otras.[108]

En esa época se daba por supuesto, y, por tanto, sin razonarlo expresamente, que las universidades tenían que concentrarse en la transmisión del conocimiento y no tanto en el descubrimiento del mismo. De igual manera, se presuponía que las opiniones e interpretaciones de los grandes sabios y filósofos del pasado no podían ser igualadas o refutadas por la posteridad, de modo que la tarea del profesor era comentar los puntos de vista de las autoridades (Aristóteles, Hipócrates, Tomás de Aquino, etc.). Las disciplinas que podían estudiarse estaban determinadas,

al menos oficialmente: las siete artes liberales y los tres cursos de posgrado en teología, derecho y medicina.

A pesar de estos supuestos se fomentaba el debate, especialmente la «disputa» formal, un sistema de confrontación semejante a un tribunal de justicia en que diversos individuos defendían o negaban una determinada «tesis». El ejemplo de Tomás de Aquino nos demuestra que los «modernos» podían convertirse a su vez en autoridades, si bien es cierto que Tomás de Aquino lo consiguió elaborando una síntesis de elementos procedentes de diferentes tradiciones más que ofreciendo algo completamente nuevo. La tenacidad de la oposición al uso, por parte de Tomás de Aquino, del pensador pagano Aristóteles en el debate sobre la teología muestra lo equívoco que podría resultar describir estas instituciones en términos de absoluta conformidad intelectual. En este mismo sentido hablan las controversias que surgieron entre diferentes escuelas filosóficas en las universidades tardomedievales, concretamente los conflictos entre «realistas» y «nominalistas». A decir verdad, al comienzo de la edad moderna no se criticaba a las universidades medievales por ser demasiado aquiescentes, sino por su talante excesivamente dado al debate. De todos modos, los protagonistas en estos debates compartían tantas cosas que sus controversias se limitaban generalmente a unos pocos puntos concretos, como el valor lógico de los enunciados generales o «universales».[109]

Como ya hemos dicho en el capítulo 2, en la Europa medieval los profesores universitarios pertenecían casi en su totalidad al clero. La universidad, una institución relativamente nueva que se desarrolló en el siglo XII, estaba encajada en otra institución mucho más antigua: la Iglesia.

No tiene nada de extraño, pues, que casi se haya convertido en un tópico la afirmación de que la Iglesia medieval ejerció una forma de monopolio del conocimiento.[110] En cualquier caso, como se ha señalado en el capítulo 1, no deberíamos olvidar la pluralidad de conocimientos, es decir, los diferentes saberes de los artesanos (que disponían de instituciones propias para su formación, de talleres y gremios propios), los caballeros, los agricultores, las comadronas, las amas de casa medievales, etc. Todos estos conocimientos se transmitieron principalmente de forma oral directa. Sin embargo, en el momento de la invención de la imprenta, la alfabetización de los legos ya tenía una larga historia en Europa occidental (por el contrario, en Europa oriental, donde estaba implantado el cristianismo ortodoxo y se utilizaba la escritura cirílica, la alfabetización de los legos apenas había avanzado). Los herejes, cuyo número se multiplicó coincidiendo más o menos con la época de desarrollo de las universidades, han sido descritos como «comunidades textuales» que se mantuvieron unidas gracias a que sus puntos de vista sobre temas debatidos fueron puestos por escrito en forma de libros.[111]

La diversidad de conocimientos, a veces enfrentados y hasta opuestos, nos ayuda a explicar el cambio intelectual. Sin embargo, siguen sin resolverse importantes cuestiones. Los herejes y otros francotiradores ¿llegaron realmente a formar parte del estamento intelectual? En caso afirmativo, ¿cómo sucedió? Los cambios incorporados al sistema ¿se produjeron de forma oficial o extraoficial? ¿Nacieron del convencimiento o fueron consecuencia de alianzas políticas? ¿Condujo la innovación intelectual a la reforma de las instituciones o, por el contrario, fue necesario crear nuevas instituciones en las que, a modo de nichos ecológicos, pudiera florecer dicha innovación?[112] Estas cuestiones ya se

debatieron a veces en su momento histórico, concretamente por parte de Francis Bacon. Como Jean-Baptiste Colbert, ministro de Luis XIV, una generación más tarde, Bacon tuvo una conciencia aguda de la importancia en la historia del saber de factores materiales como edificios, fundaciones y dotaciones económicas. Y, de hecho, fueron sus seguidores ingleses quienes, a mediados del siglo XVII, propusieron una amplia serie de proyectos para promover lo que ellos denominaban la «reforma del aprendizaje».[113]

En los siguientes apartados se examinará el tema del cambio intelectual producido a lo largo de los siglos XV, XVI y XVII, centrándolo en los tres movimientos culturales más importantes del período: el Renacimiento, la Revolución científica y la Ilustración. En este análisis se prestará especial atención al lugar que ocupan en el proceso de innovación intelectual las instituciones, al margen de que éstas se hayan de interpretar como ayudas o como impedimentos. El desarrollo y la consolidación de nuevas disciplinas se estudiarán más detalladamente en el capítulo 5 como parte de una reclasificación del conocimiento.

El Renacimiento

El movimiento humanista asociado con el Renacimiento no buscó directamente la innovación, sino más bien la recuperación de cierto pasado, concretamente de la tradición clásica. A pesar de todo, fue un movimiento innovador de manera consciente, en el sentido de que se opuso a muchas formulaciones de la sabiduría convencional de los «escolásticos», es decir, de los filósofos y teólogos que dominaron las universidades de la «Edad Media». Los mismos términos «escolásticos» y «Edad Media» fueron creaciones de los humanistas de esta época. Con ellos trataban de definirse a sí mismos más claramente en contraste con el pasado.

La mayoría de los humanistas había estudiado en las universidades que criticaban. A pesar de todo, merece la pena dejar constancia del hecho de que algunos de los personajes más creativos pasaron buena parte de sus vidas fuera del sistema. Petrarca, por ejemplo, fue un hombre de letras que en cierta medida llevó una vida errante. Lorenzo Valla abandonó bajo sospecha la Universidad de Pavía después de haber criticado a las «autoridades» intelectuales, poniéndose al servicio del rey de Nápoles y posteriormente del Papa. Leonardo Bruni fue canciller de Florencia y escribió cartas en nombre de la república. Marsilio Ficino fue un médico que trabajó para los Medici. Más creativo, si cabe, y también más marginal fue Leonardo da Vinci, que se había

formado como pintor y se convirtió en un hombre universal autodidacta. Fuera de Italia, Erasmo, el humanista más famoso de todos, se negó a permanecer mucho tiempo en una universidad, a pesar de las numerosas ofertas de empleo permanente que recibió desde París hasta Polonia.

Los humanistas desarrollaron sus ideas sometiéndolas a debate, pero sus debates no se escenificaron en general en el entorno de las universidades, donde los grupos bien asentados se mostraron a menudo hostiles a los nuevos temas, sino más bien en un nuevo tipo de institución creada por los mismos humanistas: la «academia». Inspirada en Platón, la academia estaba más cerca del antiguo simposio (con bebida incluida) que del moderno seminario. Más formal y duradera que un círculo (por ejemplo, el de los discípulos de Petrarca), pero menos formal que una facultad universitaria, la academia representó una forma social ideal para indagar los procesos de innovación. Poco a poco, estos grupos dieron lugar a instituciones con afiliaciones y estatutos regulados y con reuniones en tiempos fijados de antemano. Hacia 1600, sólo en Italia se habían fundado ya casi cuatrocientas academias, pero se habían difundido también por otras partes de Europa, desde Portugal hasta Polonia.[114]

El debate sobre ideas no era un monopolio de las academias. En la Florencia de comienzos del siglo XV, como ya hemos visto, el humanista Leonbattista Alberti mantuvo frecuentes diálogos con el escultor Donatello y el ingeniero Filippo Brunelleschi. Otro miembro del círculo de Alberti fue el matemático Paolo Toscanelli, que entre otras cosas se interesaba por la geografía, especialmente por las rutas hacia las Indias. Toscanelli obtuvo información sobre este tema preguntando a los viajeros que pasaban por Florencia

después de volver a Europa, y tal vez estuvo en contacto con Colón.[115]

Lo que Toscanelli hacía de manera informal en Portugal y España se realizaba más oficialmente. Durante el siglo XV, «A Casa da India» de Lisboa (Portugal) fue el lugar de destino de informaciones y de bienes procedentes de Asia. En Sevilla, «La Casa de Contratación», fundada en 1503, fue también un centro de este tipo donde se almacenó la información acerca del Nuevo Mundo. También funcionó como escuela de entrenamiento para pilotos, bajo la dirección del *piloto mayor* (*sic*), cargo que en su día ocuparían Américo Vespucio (forma castellana de su nombre italiano: Amerigo Vespucci) y posteriormente Sebastiano Caboto. La instrucción se impartía a veces en el hogar del piloto y a veces en la capilla de la Casa de Contratación. Esta primera escuela de navegación de Europa adquirió pronto reputación internacional (como atestigua el piloto inglés Stephen Borough, que la visitó en el año 1558).[116]

El apoyo regio fue decisivo para el establecimiento de las Casas de Indias y de Comercio, lo mismo que de otras instituciones. A comienzos del siglo XVI, en París los humanistas, que contaban con la oposición decidida de la Facultad de Teología, apelaron al rey Francisco I, quien fundó el Colegio de los Lectores Reales para impulsar el estudio del griego y el hebreo. Más tarde, durante ese mismo siglo, el rey Enrique III fue el patrocinador de una academia palaciega en la que se dieron conferencias sobre las ideas de Platón (un lazo de unión con la llamada «Academia platónica» de Florencia).[117]

El apoyo regio también fue importante para los humanistas porque en algunos círculos intelectuales se les dispensó una acogida hostil. La dureza de la oposición varió

de unas universidades a otras. Por ejemplo, fue notable en Leipzig a comienzos del siglo XVI y en Oxford, donde un grupo hostil al estudio del griego se dio a conocer como los «Troyanos». Que la oposición al humanismo fue menos vigorosa en instituciones más recientes, que al menos de momento se vieron libres de la presión de hacer lo que «siempre» se había hecho en el pasado nos lo sugiere el caso de las universidades de reciente creación, como Wittenberg, Alcalá y Leiden.[118]

Wittenberg, fundada en 1502, fue organizada al principio según criterios completamente tradicionales por sabios que se habían formado en Leipzig y Tubinga. Sin embargo, al cabo de cinco o seis años los humanistas empezaron a tener un papel extraordinariamente importante en la universidad. Es probable que a los aspirantes a innovadores les resultase más fácil tomar el control de instituciones recientes que de otras más antiguas, por lo que seguramente no fue casual el hecho de que la Reforma la iniciara el profesor Lutero en un momento en que su universidad apenas contaba con quince años de existencia. Un año más tarde, Philip Melanchthon entró a formar parte del claustro como profesor de griego, con la aprobación de Lutero y otros miembros de la facultad, como parte de un programa de reforma. A finales del siglo XVI su reforma del currículo en artes fue aceptada como modelo por los demás profesores de las universidades protestantes, tales como Marburgo (fundada en 1527), Koenigsberg (1544), Jena (1558) y Helmstedt (1576), todas ellas instituciones nuevas, con escasas tradiciones y menor hostilidad hacia el humanismo que en otros ambientes.[119]

Alcalá abrió sus aulas en 1508, seis años más tarde que Wittenberg. Su fundación no puede interpretarse como un triunfo del humanismo, puesto que sus creadores se

inspiraron conscientemente en el modelo de París y se nutrió de profesores que de una u otra manera en su día tuvieron vinculaciones con París o Salamanca.[120] Sin embargo, como en Wittenberg, el pulso entre el humanismo y el escolasticismo se decidió a favor del primero. En Alcalá se fundó un colegio «trilingüe» para impulsar el estudio de las tres lenguas bíblicas —latín, griego y hebreo— algunos años antes de que, en 1517, iniciase sus actividades otro colegio de parecidas características en la veterana Universidad de Lovaina. En Alcalá, entre 1514 y 1517, un equipo de sabios, entre los que se incluía el conocido humanista Antonio de Nebrija, preparó e imprimió la famosa edición políglota de la Biblia.[121]

Al contrario que Wittenberg y Alcalá, Leiden se fundó, en 1575, por razones esencialmente ideológicas, como una universidad calvinista. El primer presidente del consejo universitario, Janus Dousa, impulsó el desarrollo de la institución con métodos que hoy se han hecho familiares entre nosotros: ofreciendo elevados salarios a cambio de cargas docentes reducidas con el fin de atraer a sabios de primera línea. Entre otros, aceptaron su oferta los botánicos Rembert Dodoens y Charles de l'Écluse y el filólogo clásico Joseph Scaliger. Aunque Leiden no representó una novedad por su estructura formal, pronto destacaron en ella, hasta adquirir una importancia notable, dos materias relativamente nuevas dentro de la facultad de artes: la historia y la política. La historia la enseñó un humanista descollante, Justus Lipsius. Desde el punto de vista puramente cuantitativo, el éxito que tuvo la política fue mayor si cabe: entre 1613 y 1697 pasaron por Leiden 762 estudiantes de esta especialidad.[122]

Estos ejemplos no nos sirven, desde luego, para sostener que todos los profesores de las nuevas universidades fueron

innovadores y menos aún que las nuevas ideas fueron el monopolio de instituciones de reciente fundación. No fueron las universidades, sino grupos muy concretos dentro de ciertas universidades los que se opusieron al humanismo. La fundación de cátedras de retórica en Lovaina (en 1477) y Salamanca (en 1484) denota simpatía hacia los *studia humanitatis*, igual que la creación de puestos de profesores adjuntos en historia en las Universidades de Oxford y Cambridge a comienzos del siglo XVII. Las ideas de los humanistas calaron poco a poco en las universidades, especialmente en el sentido de que influyeron para que se introdujesen cambios en los currículos extraoficiales, y no tanto en las normativas oficiales.[123] Sin embargo, entonces había pasado ya la fase más creativa del movimiento humanista. Ahora el desafío a lo establecido provenía de la «nueva filosofía» o, en otras palabras, de lo que nosotros llamamos «ciencia».

LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICA

La llamada «nueva filosofía», «filosofía natural» o «filosofía mecánica» del siglo XVII representó un proceso intelectual de talante innovador más autoconsciente aún que el Renacimiento, puesto que implicó el rechazo de tradiciones tanto clásicas como medievales, incluida la visión del mundo basada en las ideas de Aristóteles y Tolomeo. Las nuevas ideas estuvieron asociadas con un movimiento que habitualmente se conoce (aunque es verdad que crecen las dudas acerca de la idoneidad de esta etiqueta) como la Revolución científica.[124] Como los humanistas, pero en mayor escala, los partidarios de este movimiento trataron de incorporar conocimientos alternativos al aprendizaje. Por ejemplo, la química debió mucho a la tradición artesana de la metalurgia y la botánica se desarrolló a partir del conocimiento de jardineros y sanadores populares.[125]

Aunque algunas figuras descollantes de este movimiento trabajaron en universidades —Galileo y Newton entre otros —, los círculos académicos se mostraron notablemente hostiles a la nueva filosofía (una excepción importante, pero que no hace más que confirmar la regla, la constituyó la nueva Universidad de Leiden, que se convirtió en centro clave de la innovación médica durante el siglo XVII).[126] Como reacción a esta oposición, los partidarios del nuevo enfoque fundaron sus propias organizaciones, sociedades como la Accademia del Cimento en Florencia (1657), la

Royal Society de Londres (1660) o la Académie Royale des Sciences de París (1666). Esas organizaciones eran en gran parte herederas de las academias humanistas, con la diferencia de que ahora se ponía más énfasis en el estudio de la naturaleza.

El argumento según el cual la hostilidad de las universidades hacia la nueva filosofía condujo a la creación de «sociedades científicas» como marco institucional alternativo fue expuesto por Martha Ornstein en un libro publicado en 1913. Según Ornstein, «si exceptuamos las facultades de medicina, las universidades contribuyeron poco al desarrollo de la ciencia» durante el siglo XVII. Es una afirmación que se ha repetido a menudo.[127] En el caso de Inglaterra, por ejemplo, algunos historiadores han vinculado la fundación de la Royal Society con las críticas que William Dell, John Webster y otros lanzaron a mediados del siglo XVII contra las Universidades de Oxford y Cambridge.[128] Webster, por ejemplo, que compaginó su condición de clérigo con el ejercicio de la cirugía y la alquimia, criticó las universidades en su *Examination of Academies* (1654) como baluartes de una filosofía escolástica interesada en «estúpidas y estériles especulaciones» y sugirió que los estudiantes deberían pasar más tiempo estudiando la naturaleza y «poner seriamente manos a la obra». Se ha señalado a menudo que en Cambridge no hubo cátedra de matemáticas hasta 1663.

La visión tradicional según la cual las universidades se opusieron a la «nueva filosofía» o, en el mejor de los casos, apenas la fomentaron ha sido puesta en tela de juicio en una serie de estudios publicados desde finales de la década de 1970 hasta el día de hoy. Sus autores sostienen que el estudio de las matemáticas y la filosofía natural tuvo un

lugar importante en las universidades y que las críticas contemporáneas lanzadas contra esas mismas universidades obedecieron o bien a una información deficiente o bien a simples errores de apreciación. En el caso de Oxford, se ha señalado en diversas ocasiones la fundación de las cátedras de astronomía y geometría, en 1597 y 1619 respectivamente. Se ha puesto de relieve el interés de los círculos universitarios por las nuevas ideas. Por ejemplo, los puntos de vista de Descartes se pusieron a debate a veces en la Universidad de París, los de Copérnico en la de Oxford y los de Newton en la de Leiden. Por lo que se refiere a las críticas de los contemporáneos contra las universidades, se ha destacado que la Royal Society se hizo publicidad y trató de ganarse el apoyo del público para sus planes, mientras que Dell y Webster, ambos protestantes radicales, tenían también sus propios compromisos, por lo que sus críticas no pueden tomarse al pie de la letra.[129]

A medida que las aguas de la controversia volvían a su cauce, se vio más claramente que hubiese sido erróneo limitarse a contraponer el progresismo de las academias al conservadurismo de las universidades. Es difícil medir la importancia relativa de las universidades y otras instituciones, puesto que muchos sabios pertenecieron a ambos mundos. Como sucede tan a menudo en este tipo de debates, es necesario distinguir —entre diferentes universidades, diferentes momentos, diferentes disciplinas y diferentes cuestiones— si las universidades fueron incapaces de plasmar nuevas ideas, se mostraron remisas a la hora de difundirlas o se opusieron activamente a ellas.[130] No obstante todos estos problemas, parece posible sacar algunas conclusiones provisionales.

En primer lugar, como sucediera en el movimiento humanista, la proliferación de nuevos tipos de instituciones

parece demostrar que un considerable número de defensores del movimiento a favor de la reforma de la filosofía natural percibió las universidades como obstáculos para la reforma, al menos en los primeros estadios de dicho movimiento. Estos escenarios ofrecieron microentornos apropiados o bases materiales para las nuevas redes, pequeños grupos o «comunidades epistemológicas» que a menudo han desempeñado un papel muy importante en la historia del conocimiento (véase el capítulo 1).

En segundo lugar, en algunos casos las distinciones entre estas nuevas formas de institución son lógicas. Algunas de ellas se fundaron dentro de las mismas universidades: por ejemplo, los jardines botánicos, las aulas de anatomía en forma de teatro, los laboratorios y los observatorios, todos estos ejemplos constituían islas de innovación dentro de estructuras más tradicionales. La nueva Universidad de Leiden tuvo su jardín botánico en 1587, un aula de anatomía en 1597, un observatorio en 1633 y un laboratorio en 1669. La Universidad relativamente reciente de Altdorf contó con un jardín botánico en 1626, con un aula de anatomía en 1650, con un observatorio en 1657 y con un laboratorio en 1682.

Algunas instituciones las fundó desde abajo un grupo de personas que, compartiendo una misma mentalidad, se decidieron a formar una sociedad, como los filósofos naturales o «linces» (*Lincei*) en la Roma del siglo XVII, o un individuo que convertía parte de su casa en museo o «gabinete de curiosidades», donde se podían exhibir piedras, conchas, animales exóticos (por ejemplo, caimanes) o «caprichos de la naturaleza». La creación de museos de este tipo durante el siglo XVII es una clara señal de la difusión de una concepción menos logocéntrica del conocimiento, de un

interés por las cosas y también por las palabras, como recomendaba el pedagogo reformista checo Jan Amos Comenius.[131]

Otras instituciones las fundaron desde arriba gobiernos cuyos recursos fueron necesarios para proyectos a gran escala y equipamientos costosos. El famoso observatorio del astrónomo Tycho Brahe en la isla de Hveen (véase la figura 1) se fundó en 1576 y lo costeó el rey de Dinamarca. La Academia Francesa de las Ciencias fue otra fundación regia. El Observatorio de París (1667) lo fundó Luis XIV, y el Observatorio Real de Greenwich (1676) Carlos II para competir con su poderoso rival.



FIGURA 1. Grabado. *El observatorio de Hveen*, en Tycho Brahe, *Astronomiae Instauratae Mechanica* (1598).

Las mismas cortes de algunos príncipes ofrecieron oportunidades para la práctica de la filosofía natural, como

en el caso de Praga en tiempos del emperador Rodolfo II (fascinado también por estos estudios) o Florencia en la época del gran duque Cosimo II. Un animador de proyectos innovadores como Johann Joachim Becher, interesado en la alquimia, la mecánica, la medicina y la economía política, se encontraba seguramente más a gusto en el mundo de la corte de Viena de mediados del siglo XVII que en una universidad de la época.[132] Con todo, estas oportunidades tuvieron en ocasiones su precio. Galileo se vio obligado a hacer de cortesano en Florencia, mientras que la Academia Francesa de las Ciencias, por instigación del gobierno, dejó de lado la investigación de «curiosidades», descartadas como un «juego», para dedicarse a «investigar cosas útiles relacionadas con el servicio del rey y del Estado».[133]

Por otra parte, algunas instituciones nuevas fueron exclusivistas, como la Academy of Sciences y en menor medida la Royal Society, mientras que otras trataron de llegar con las nuevas ideas a un público cada vez más amplio. En Londres, por ejemplo, las conferencias en el Gresham College, que dieron comienzo a principos del siglo XVII, estuvieron abiertas a todo el mundo y en general se dieron en inglés, no en latín, como era habitual en las universidades. En París, Théophraste Renaudot organizó conferencias sobre un variado abanico de temas para un público amplio en su Bureau d'Adresse a partir de 1633. El Jardín Real de París, abierto al público en 1640, ofreció conferencias públicas sobre temas de anatomía, botánica y química.[134]

El interés por la llamada «filosofía mecánica» mostrado por los grupos y las organizaciones citados en los últimos párrafos, y el éxito de esta filosofía en el siglo XVIII no deberían hacernos olvidar la «filosofía oculta», rival de la

anterior. El interés creciente por lo oculto, que fue otra forma de innovación a comienzos de la época moderna, se dejó sentir claramente en algunas cortes (concretamente en la de Rodolfo II) y, por otra parte, generó sus propias instituciones y asociaciones, como los Rosacruces, una sociedad secreta cuya vida giraba en torno al conocimiento secreto.

Las nuevas instituciones de las que se ha hablado en los párrafos anteriores no se limitaron al ámbito de la filosofía natural. La Royal Society, por ejemplo, en las orientaciones dadas a los viajeros, no se interesaba sólo por la fauna y la flora de diferentes partes del mundo, sino también por las costumbres de sus habitantes. Cuando, hacia 1670, Leibniz proyectó una sociedad científica alemana, tomó como modelos la Academy of Sciences y la Royal Society, aunque acentuó, más que las instituciones inglesas, la importancia de lo que él llamó la *res litteraria*, es decir, las humanidades. Los museos y los gabinetes de curiosidades no contenían exclusivamente conchas y animales disecados, sino también monedas romanas u objetos de países lejanos como China o México. Algunas de las más famosas sociedades científicas del siglo XVII se interesaron por el lenguaje, concretamente la Crusca de Florencia (que publicó un diccionario en 1612), la Fruchtbringende Gesellschaft alemana, fundada en 1617 [literalmente, «Sociedad productiva o provechosa»], y la Académie Française (1635). De este mismo estilo fueron los salones informales que florecieron en París, aproximadamente entre 1610 y 1665, bajo el mecenazgo de mujeres cultas de la aristocracia en el palacete de Rambouillet y en otros lugares.[135]

Otras sociedades se interesaron por la historia, como la Society of Antiquaries en Londres (fundada en la década de

1580) o el Antikvitetskollegiet en Uppsala (1666). Bibliotecas y laboratorios se convirtieron a veces en lugar de encuentro de sabios. Los conventos de las órdenes religiosas sirvieron también en ocasiones de marco para proyectos científicos colectivos, como las vidas de santos que escribieron los bolandistas en la casa de los jesuitas de Amberes o las ambiciosas obras históricas que redactaron los mauristas en el monasterio benedictino de Saint-Germain-des Prés, lugar de encuentros semanales de debate en los que algunos han visto una de tantas «academias».[136]

Todas estas nuevas «sedes y lugares de saber», como las llamó Bacon (o «sedes de conocimiento», en palabras del baconiano Thomas Sprat, historiador de la Royal Society), compartieron un rasgo común: representaron otras tantas oportunidades para la innovación —nuevas ideas, nuevos enfoques, nuevos temas— y también para los innovadores, al margen de la relevancia académica de los mismos. Otra cosa que habría que destacar es el hecho de que en estos lugares se impulsó el debate científico. Los debates intelectuales deben mucho a las formas de sociabilidad y, consecuentemente, a los marcos sociales en que se desarrollan, desde el aula en que tiene lugar un seminario hasta la cafetería. En la primera etapa de la Europa moderna, las sociedades científicas contribuyeron a crear una identidad colectiva en la «clerecía» e impulsaron el desarrollo de comunidades intelectuales, desde grupos pequeños e íntimos con predominio de las relaciones personales hasta la comunidad más amplia de la República de las letras, conectadas por medio de visitas y especialmente a través de la correspondencia. En pocas palabras, no debería olvidarse lo que se ha denominado «la importancia de estar institucionalizado».[137]

La Ilustración

Desde un punto de vista institucional, el siglo XVIII señala un momento decisivo en la historia del conocimiento europeo por diversas razones. En primer lugar, el monopolio virtual de la educación superior ejercido por las universidades fue puesto en tela de juicio en ese momento. En segundo lugar, asistimos al nacimiento del instituto de investigación, del investigador profesional y, en realidad, de la idea misma de «investigación». En tercer lugar, la intelectualidad, especialmente en Francia, se involucró más profundamente que nunca en proyectos de reforma económica, social y política o, en otras palabras, en la Ilustración. Es necesario estudiar estos tres puntos más detalladamente, uno a uno.

En 1700 ya existían algunas instituciones alternativas dedicadas a la educación superior. Aunque los artistas continuaron recibiendo buena parte de su formación en talleres, la instrucción que éstos ofrecían se completó cada vez más a menudo asistiendo a determinadas academias en Florencia, Bolonia, París y otras ciudades. En Sorø (1586), Tubinga (1589), Madrid (1629) y otras ciudades se fundaron academias para que los hijos de la nobleza estudiaran matemáticas, sistemas de fortificación, lenguas modernas y otras habilidades consideradas útiles para su carrera en el ejército o la diplomacia. Hacia 1600, en Sedan y Saumur se fundaron, para los calvinistas franceses, academias o

cuasiuniversidades que desempeñaron un importante papel en la vida intelectual hasta su supresión en 1685. En Amsterdam, el Athenaeum (fundado en 1632) subrayó la importancia de nuevas asignaturas, como la historia y la botánica.

Sin embargo, justamente en el siglo XVIII se multiplicaron estas iniciativas. Se fundaron academias para las artes en Bruselas (1711), Madrid (1744), Venecia (1756) y Londres (1768). En Berlín (1705) y en muchos otros lugares se erigieron nuevas academias nobles. Entre 1663 y 1750, en Londres y sus cercanías, así como en varias ciudades provinciales como Warrington en Lancashire (donde uno de los profesores fue el filósofo naturalista Joseph Priestley), se fundaron cerca de sesenta academias para «disidentes» de la Iglesia de Inglaterra, que habían sido expulsados de Oxford y Cambridge.

Las academias disidentes impartieron un currículo menos tradicional que las universidades, pensado para futuros hombres de negocios y no tanto para caballeros, que dedicaba especial atención a la filosofía moderna (por ejemplo, a las ideas de Locke), la filosofía natural y la historia moderna (un manual utilizado por muchas de ellas fue la historia política de Europa escrita por el jurista alemán Samuel Pufendorf). A veces la enseñanza se impartía en inglés y no en latín.[138] En Europa central se fundaron colegios para enseñar el arte de gobernar a los futuros funcionarios, por ejemplo la Karlschule en Stuttgart. También se fundaron nuevas instituciones, correspondientes a lo que posteriormente serían los colegios de tecnología, para enseñar ingeniería, minería, metalurgia y silvicultura: por ejemplo, el Collegium Carolinum en Kassel (fundado en 1709), las academias de ingeniería de Viena (1717) y Praga

(1718), la escuela de silvicultura fundada en 1763 en los montes Harz y las academias de minería de Selmecbánya en Hungría y Freiberg en Sajonia (1765).

El segundo desarrollo importante que tuvo lugar durante el siglo XVIII fue la fundación de organizaciones destinadas a promover la investigación. El término inglés *research* (*recherche* en francés, *ricerca* en italiano, etc.) se deriva, como es obvio, de *search* [«buscar»] y aparece ya en los títulos de algunos libros durante el siglo XVI: por ejemplo en francés en el título de la obra de Étienne Pasquier, *Recherches de la France* (1560). Se utilizó preferentemente en plural y desde finales del siglo XVII su uso se generalizó, y más aún a finales del siglo XVIII, refiriéndose entonces tanto a las artes como a las ciencias, a los estudios históricos como a los de tema médico. Juntamente con la palabra *research*, se empezaron a utilizar de forma más general otros términos, como «investigación» (*investigation* y su equivalente italiano: *indagine*), que a partir de entonces abarcó un significado más amplio que el que tenía en su contexto legal original, y «experimento» (*experiment, cimento* en italiano), que restringió su sentido original de prueba o comprobación en general para referirse en concreto a la prueba o comprobación de las leyes de la naturaleza. En parecido sentido, el famoso panfleto de Galileo *Il Saggiatore* utilizaba la metáfora del «ensayo» o «comprobación».

Considerado globalmente, este conjunto de términos sugiere una toma de conciencia creciente en algunos círculos de la necesidad de que el conocimiento fuera sistemático, profesional, útil y de talante cooperativo. La Accademia del Cimento de Florencia publicó relatos anónimos de sus experimentos, como si tuviera en mente lo que el sociólogo Auguste Comte llamaría posteriormmente

la «historia sin nombres». Por todas estas razones, es legítimo afirmar que en torno al año 1700 se produjo un desplazamiento desde la «curiosidad» hacia la «investigación», como queda reflejado en el memorándum en que Leibniz recomienda la fundación de una academia en Berlín, señalando que los objetivos de la misma no han de limitarse a satisfacer la mera curiosidad (*Appetit zur Curiosität*). Este sentido de búsqueda o investigación estuvo relacionado con la idea de que la provisión de conocimiento no era constante, ni en calidad ni en cantidad, sino susceptible de «progresar» o «mejorar», tema en el que nos detendremos más adelante.

Existe un nexo evidente entre esta conciencia y el desarrollo de organizaciones destinadas a fomentar la investigación. La famosa visión de Bacon de la «Casa de Salomón» en su novela filosófica *La Nueva Atlántida* (1626) describió un instituto de investigación con una plantilla de treinta y tres científicos (sin contar los ayudantes), entre los cuales se contaban «comerciantes de luz» (que viajaban para traer de vuelta el conocimiento), observadores, experimentadores, compiladores, intérpretes, etc. Algo parecido a esto, aunque en menor escala, existía ya en unos pocos lugares de Europa. La visión de Bacon tal vez deba más de lo que generalmente se piensa a determinadas instituciones contemporáneas: la Academia de los Lincei de Roma, de la que formó parte Galileo; el observatorio de Tycho Brahe en Uraniborg, con su complejo de edificios y su cuerpo de ayudantes; o la Casa de Contratación de Sevilla, donde se recogían datos y se actualizaban las cartas de navegación.

A su vez, la descripción de Bacon probablemente estimuló a otras instituciones para que cambiasen. La Royal Society, en la que abundaban los admiradores de Bacon, esperaba

contar con un laboratorio, un observatorio y un museo. La misma institución sufragó la investigación de Robert Hooke y Nehemiah Grew por medio de suscripciones. A escala mucho mayor, Colbert, ministro de Luis XIV, gastó 240 000 libras en investigación en el marco de la Academia de las Ciencias, en parte para pagar a algunos sabios, los *pensionnaires*, los sueldos que les permitieron llevar a cabo proyectos colectivos como una historia natural de las plantas.[139]

Estas iniciativas de la década de 1660 se vieron incrementadas en el siglo XVIII, la época de la academias, que generalmente estuvieron subvencionadas por los gobernantes. Los sueldos que en este contexto recibieron algunos sabios les permitieron dirigir sus investigaciones y, de esa manera, desarrollar sus carreras, por lo menos a tiempo parcial, fuera de las universidades. El científico profesional del siglo XIX surgió a partir de una tradición semiprofesional. Durante el siglo XVIII se fundaron unas setenta sociedades científicas interesadas total o parcialmente en la filosofía natural. Entre ellas, las más famosas fueron las academias de Berlín, San Petersburgo y Estocolmo (Kungliga Svenska Vetenskapsakademie); en cambio, la Academia Francesa de Ciencias se creó en 1699. Con un vigoroso presidente (como Banks en Londres o Maupertuis en Berlín) y un activo secretario (como Formey en Berlín o Wargentin en Estocolmo), estas sociedades consiguieron resultados verdaderamente notables. Organizaron expediciones para recoger información científica, otorgaron premios y, gradualmente, formaron una verdadera red internacional, intercambiando visitas, cartas y publicaciones y en ocasiones desarrollando proyectos en común, participando, así, en el «negocio» y «comercio» del saber recomendado por Leibniz: *einen Handel und*

Commercium mit Wissenschaften.[140]

Esta organización cada día más formalizada del conocimiento no fue exclusiva del estudio de la naturaleza. Durante el siglo XVIII algunos monasterios, especialmente benedictinos, se convirtieron, siguiendo el ejemplo de los mauristas de finales del siglo XVII, aunque poniendo más de relieve la investigación colectiva, en importantes centros de saber histórico en Francia y en la Europa de habla germánica.[141] Leibniz sugirió que una de las tareas de la nueva Academia de Berlín debería ser la investigación histórica. Esta investigación la emprendieron en serio algunas academias provinciales en Francia y Alemania. En Francia, concretamente, el gobierno la costeó a través de los salarios concedidos a los miembros de la Academia de Inscripciones de París, reorganizada en 1701 según el modelo de la Academia de Ciencias.[142] Para el estudio de la política se crearon dos academias: la de París, por iniciativa del ministro de Asuntos Exteriores, el marqués de Torcy (1712), y la de Estrasburgo, obra del profesor Johann Daniel Schöpflin (hacia 1757).[143] La investigación, incluida la de tema histórico, fue importante en la nueva Universidad de Gotinga, fundada en la década de 1730.

El siglo XVIII fue una época especialmente favorable para las asociaciones voluntarias de los tipos más diversos, muchas de ellas dedicadas al intercambio de información e ideas, a menudo al servicio de la Reforma. Tres ejemplos tomados de las islas británicas pueden servirnos para ilustrar el creciente interés por el conocimiento útil: la Sociedad para la Mejora de la Agricultura, de Dublín (1731); la Sociedad de Artes, de Londres (1754), fundada para estimular el comercio y las manufacturas; y la Sociedad Lunar, de Birmingham (1775), para el intercambio de información científica y

técnica.[144] El desarrollo de logias masónicas en la primera parte del siglo XVIII en Londres, París y otros lugares refleja esta nueva tendencia, así como una tradición más antigua de conocimiento secreto.

Incluso organizaciones más informales, como el salón y la casa de café, tuvieron un papel en la comunicación de ideas durante la Ilustración. En París, los salones han sido descritos como los «espacios efectivos del proyecto de la Ilustración». Por ejemplo, bajo la dirección de madame de Tencin se reunieron periódicamente para debatir temas de interés común Fontenelle, Montesquieu, Mably y Helvétius. Por su parte, madame de L'Espinasse actuó como huésped de D'Alembert, Turgot y otros miembros del grupo que publicó la *Encyclopédie*.[145] Las casas de café desempeñaron un importante papel en la vida intelectual en Italia, Francia e Inglaterra a partir de la última parte del siglo XVII. En Londres, en Douglas's y en la casa de café Marine se dieron conferencias sobre matemáticas, en Child's se reunían libreros y escritores, Will's fue el lugar de encuentro del poeta John Dryden y sus amigos, mientras que los refugiados protestantes franceses se congregaban en el Rainbow. En París, Diderot y sus amigos se reunían en la casa de café Procope, fundada en 1689. Los propietarios de estas casas de café solían poner a disposición del público revistas y diarios como un gancho para atraer nuevos clientes, y de esta manera estimularon el debate público de las noticias, el desarrollo de lo que a menudo se ha llamado «opinión pública» o «la esfera pública». Todas estas instituciones facilitaron el encuentro entre ideas y, naturalmente, también entre los individuos.[146]

La prensa, especialmente la de carácter periódico, ha de verse también como una institución. Su importancia para la

vida intelectual europea no dejó de crecer a lo largo del siglo XVIII, contribuyendo a la difusión, la cohesión y el poder de la comunidad imaginaria de la República de las letras. Entre 1600 y 1789 se tienen noticias de la fundación de no menos de mil doscientos sesenta y siete diarios en francés; de ellos, ciento setenta y seis lo fueron entre 1600 y 1699, y el resto con posterioridad a esta última fecha.[147]

Resumiendo lo dicho hasta aquí, el ejemplo de las instituciones de aprendizaje en los primeros siglos de la Europa moderna parece confirmar las ideas tanto de Bourdieu sobre la reproducción cultural como las de Veblen sobre el vínculo existente entre marginalidad e innovación. Las universidades continuaron realizando, probablemente con eficacia, su función tradicional de enseñar, pero, hablando en general, en el ambiente universitario no se desarrollaron las nuevas ideas. En general, estuvieron aquejadas de lo que se ha llamado «inercia institucional», lo que las llevó a mantener sus tradiciones corporativas, aunque al precio de un progresivo aislamiento de las nuevas tendencias.[148]

A largo plazo, lo que nosotros percibimos son ciclos de innovación seguidos de lo que Max Weber solía denominar *Veralltäglichung*, es decir, «trivialización» o «rutinización». Thomas Kuhn lo calificó de «ciencia normal». En Europa, estos ciclos son identificables desde el siglo XII, cuando las nuevas instituciones llamadas universidades sustituyeron a los monasterios como centros de saber, hasta nuestros días. Los grupos creativos, marginales e informales de un período se convierten generalmente en organizaciones formales, mayoritarias y conservadoras de la siguiente generación o de la generación que sigue a la siguiente. Esto no significa que la reforma o la renovación de las organizaciones

tradicionales sea imposible. El nuevo papel desempeñado por el monasterio benedictino, una institución sin duda antiquísima, en el desarrollo de la investigación a lo largo del siglo XVIII demuestra lo contrario. De manera parecida, en la organización de la investigación a lo largo del siglo XIX las universidades, especialmente en Alemania, recobrarían una vez más la iniciativa y se pondrían de nuevo por delante de las academias.

CONCLUSIONES Y COMPARACIONES

Los ciclos de creatividad y trivialización ¿representan un fenómeno general o se circunscriben más bien a determinados períodos en la historia de Occidente? Una comparación evidente es la que podemos establecer entre el sistema europeo de comienzos de la edad moderna y el sistema de *madrasas* en el mundo islámico, especialmente en Bagdad, Damasco y El Cairo durante los siglos que los occidentales denominamos «Edad Media» y en el Imperio Otomano durante los siglos XVI y XVII.

Aunque en el islam no existe el clero propiamente dicho, las *madrasas*, instituciones docentes vinculadas a las mezquitas, muestran rasgos llamativamente parecidos a los de las instituciones educativas europeas dominadas por la Iglesia. Las principales materias de estudio en esas escuelas eran el Corán, el Hadith (los dichos del Profeta) y la ley islámica. Los *khans* donde vivían los estudiantes, los sueldos de los profesores, los estipendios de los estudiantes y las fundaciones o *wakfs* libres de impuestos que sostenían el sistema, todo ello nos recuerda la organización colegial que hoy todavía existe en Oxford y Cambridge, y hasta puede que este sistema islámico haya ejercido cierto influjo en la organización de los colegios ingleses durante el siglo XII. La disposición formal del argumento en la *munazara* se parecía a la disputa occidental, mientras que la *ijaza* o licencia para enseñar que un maestro concedía a sus alumnos es

comparable a la *licentia docendi* europea medieval.[149]

El historiador que estableció estos paralelismos y apuntó la posibilidad de un préstamo directo consciente de parte de los musulmanes no negaba la existencia de diferencias significativas entre ambos sistemas. Sin embargo, investigaciones más recientes sugieren que dicho historiador sobrevaloró la organización formal del conocimiento y la educación en la Edad Media, y que el «sistema» —si lo podemos llamar así— era de naturaleza fluida. La *ijaza* era una licencia personal, no el título que concedía una institución. Lo que verdaderamente importaba en la carrera de un profesor no era dónde había estudiado, sino con quién lo había hecho. El lugar central para el aprendizaje era un círculo de estudio informal (*halqa*), en realidad un semicírculo a una respetuosa distancia del maestro (*shaykh*), o bien en la casa de éste o en la mezquita. No había un currículo establecido de antemano. Los estudiantes pasaban de un maestro a otro siempre que querían. De hecho, el mismo término «estudiante» no siempre es apropiado, puesto que algunos miembros de los círculos de estudio sólo lo eran a tiempo parcial, incluidas las mujeres. No es de extrañar, pues, que un historiador reciente de la *madrasa* hable de «informalidad persistente».[150]

El contraste entre los mundos educativos cristiano y musulmán no debería acentuarse excesivamente. Durante la primera etapa de los tiempos modernos, las universidades occidentales no fueron tan formales como lo serían después de 1800.[151] De todos modos, la prolongada resistencia islámica a la congelación institucional es impresionante. Sigue sin resolverse la cuestión de si la fluidez institucional estuvo asociada a un sistema intelectual más abierto. Evidentemente no. Un estudiante podía dejar a un maestro e irse con otro, pero siempre se le pedía que siguiese las ideas

de un sabio de mayor edad que la suya, y no que se lanzase a interpretaciones privadas y a proponer visiones personales. [152]

La *medrese* (forma turca de la palabra árabe *madrasa*) otomana siguió pautas similares. La mezquita que el sultán Mehmed II fundó en Estambul poco después de conquistar la ciudad tenía seis colegios vinculados a ella. Durante el siglo XVII había en la ciudad noventa y cinco colegios, que pasaron a ser doscientos en el siglo XVIII. Las clases eran abiertas, pero los estudiantes que deseaban alcanzar un grado elevado dentro del *ulema* como jueces, consejeros o maestros (*müderris*) necesitaban contar con el apoyo de un maestro particular. Hacia 1550, el hecho de haber estudiado en algunos colegios prestigiosos, el llamado grupo «íntimo», era un requisito previo para acceder a cargos elevados. Poco a poco se fueron introduciendo diplomas y exámenes como señal de que el sistema se iba haciendo cada vez más formal. [153]

En este sistema, tanto en la modalidad árabe como en la otomana, el estudio de la naturaleza era secundario. Se realizaba fundamentalmente fuera de los colegios. La enseñanza de la medicina tenía lugar en los hospitales, fundaciones con una larga historia en el mundo musulmán. A su vez, la astronomía se estudiaba en observatorios especializados. El primer observatorio conocido se fundó en 1259 y en 1577 —un año después del de Uraniborg— el sabio Takiyyüddin fundó otro en Galata con el apoyo del sultán Murad III. Este último sería destruido en 1580 por un grupo de soldados, lo que demuestra que el conocimiento de la naturaleza no sólo era institucionalmente marginal, sino que incluso se consideraba irreligioso en algunos ambientes.[154] Sin embargo, como ya hemos visto, la marginalidad puede constituir a veces una ventaja. De todos modos, la medicina

y la astronomía, a la vez que áreas marginales de conocimiento, funcionaron como enclaves de innovación en el mundo del islam.

El ejemplo del mundo musulmán, y más especialmente el del Imperio Otomano, parece confirmar en algunos aspectos las teorías de Veblen y Bourdieu, aunque la persistencia de un sistema informal durante un lapso de tiempo prolongado muestra que la institucionalización es un aspecto que no puede darse por sentado. Una comparación y un contraste entre los mundos islámico y cristiano (en su modalidad católica y más especialmente protestante, pues apenas se ofrecen datos sobre el mundo de la ortodoxia) ponen de relieve la relativa fuerza de la oposición a la innovación intelectual en el islam, incluida la oposición a la nueva tecnología de la inteligencia: la imprenta. La hipótesis de que la imprenta, que sin duda dio a conocer más ampliamente los conflictos intelectuales, impulsó también el distanciamiento crítico se ve en parte confirmada por análisis históricos comparativos.[155]

En términos generales, parece que al individuo marginal le resulta más fácil dar con ideas nuevas y brillantes. Por otra parte, para llevar estas ideas a la práctica es necesario contar con instituciones. En el caso de lo que nosotros llamamos «ciencia», por ejemplo, las innovaciones institucionales del siglo XVIII parecen haber tenido importantes efectos en la práctica de las disciplinas.[156] Con todo, es virtualmente inevitable que antes o después las instituciones se anquilosen y se conviertan en obstáculos para ulteriores innovaciones. Se convierten en sedes de intereses creados, pobladas por grupos que han invertido en el sistema y que, consecuentemente, temen perder su capital intelectual. Existen razones sociales y no sólo intelectuales

para el predominio de lo que Kuhn llama la «ciencia normal».

De esta manera, la historia social del conocimiento, como la historia social de la religión, es la historia del paso de las sectas espontáneas a las Iglesias establecidas, un paso que se ha repetido muchas veces en el transcurso del tiempo. Es una historia de la interacción entre francotiradores e integrados, entre aficionados y profesionales, entre emprendedores intelectuales y rentistas intelectuales. Se produce también una interacción entre innovación y rutina, fluidez y fijeza, «tendencias licuantes y tendencias congelantes», conocimiento oficial y oficioso. Por una parte, vemos redes o círculos abiertos; por la otra, instituciones con afiliación fija y esferas de competencia oficialmente definidas, levantando y manteniendo barreras que separan a los miembros de sus rivales y también de los profanos.[157] El lector tal vez sienta la tentación de ponerse de parte de los innovadores, en contra de los que mantienen la tradición, pero es probable que en la larga historia del conocimiento ambos grupos hayan desempeñado papeles igualmente importantes.

Capítulo 4

Localización del conocimiento: Centros y periferias

Vérité au deçà des Pyrénées, erreur au delà.

(Verdad de este lado de los Pirineos, error del otro lado).

PASCAL

De este modo sucede al viajar: un hombre ha de ser portador de conocimiento, si de verdad pretende volver al hogar cargado de conocimiento.

DOCTOR JOHNSON

En 1654, un sinólogo italiano católico se encontró en Leiden con un arabista holandés protestante. El encuentro fue difícil, pero muy provechoso. Ambos personajes —como muchos de sus contemporáneos— se interesaban por los problemas que planteaba la cronología comparada, más exactamente, por el sincronismo. Jacob Golius, profesor de árabe en Leiden, desconocía totalmente el chino, pero sospechaba que la cronología del sabio musulmán Ulugh Beg (siglo XV) dependía de fuentes chinas. Martino Martini, el jesuita italiano que había pasado buena parte de su vida como misionero en China y había estudiado algunas de estas fuentes chinas, desconocía el árabe. Sin embargo, una vez que ambos hubieron traducido sus textos a una lengua común, el latín, los lazos entre el islam y China quedaron al descubierto.

Esta historia revela una serie de rasgos característicos de la República de las letras de aquel momento. Por ejemplo,

confirma la idea de que la cooperación intelectual trascendía las diferencias religiosas, al menos en ciertas ocasiones. Además, nos habla de la importancia de la localización en la historia del conocimiento.



FIGURA 2. Mapa de la provincia de Nanking, en M. Martini, *Novus Atlas Sinensis* (Amsterdam, hacia 1655), págs. 96 y 97; copia en la Biblioteca de la Universidad de Cambridge (atlas 3.65.12).

En primer lugar, la importancia de los encuentros personales, importancia que no está limitada a la transferencia de tecnología, aunque en ese ámbito del conocimiento tales encuentros pudieran ser incluso más importantes que en otros.[158] Los encuentros personales fueron más eficaces que los intercambios de cartas, como en el caso de Golius y Martini. Por otra parte, el efecto de los mismos era más profundo. Lorenzo Magalotti escribió acerca de China después de encontrarse en Florencia con el misionero alemán Johan Greuber, mientras que la pasión de Leibniz por los estudios chinos surgió también tras un encuentro en Roma con otro misionero, C. F. Grimaldi.

En segundo lugar, la historia del encuentro de Leiden nos recuerda la función de las ciudades como encrucijadas y lugares de reunión. Las vidas de Golius y Martini eran tan difíciles de sincronizar como sus cronologías. Martini volvía

de China a Roma para informar sobre su misión. Durante el viaje cayó en manos de los holandeses, pero se le permitió embarcar en una nave destinada a Amsterdam, donde tenía previsto entregar su atlas de China a la conocida imprenta de los Blaeu, que se había especializado en la impresión de mapas (véase la figura 2).[159] El barco en que viajaba Martini hizo escala en Bergen en diciembre de 1653, lo que dio pie para que el sabio Ole Worm de Copenhague se enterase de las intenciones del jesuita. Worm, cuyos múltiples intereses abarcaban también a China, escribió a su hijo, a la sazón residente en Leiden, y le pidió que le comunicase a Golius la noticia de la próxima llegada de Martini. Acto seguido Golius escribió a Martini en Amsterdam y le pidió que tomase la barcaza para Leiden. Ambos personajes se encontraron de nuevo en Amberes algunas semanas más tarde, después de que la universidad de Golius le concediese permiso para estar ausente durante unos días.[160]

Los sabios necesitaron superar este cúmulo de obstáculos para encontrarse simplemente porque el conocimiento no estaba desparramado de manera uniforme a lo largo y ancho de Europa a comienzos de la edad moderna. Este capítulo analizará su geografía. La idea de una geografía de la verdad es tan chocante como la idea de una historia social de la misma. De hecho, esta idea ya fue explotada con este mismo fin por Montaigne, quien escribió en sus *Essais* (libro 2, n.º 12) acerca de «la verdad que circunscriben estas montañas, y que es mentira para el mundo situado más allá» (*quelle vérité que ces montagnes bornent, qui est mensonge au monde qui se tient au delà*). Pascal fue más lacónico todavía al referirse a esta idea en sus *Pensamientos* (n.º 60): «Verdad de este lado de los Pirineos, error del otro lado» (*Vérité au deçà des Pyrénées, erreur au delà*).

El tema de este capítulo —siguiendo algunos trabajos

recientes en geografía y en historia de la ciencia— es esencialmente la «distribución espacial» del conocimiento, los lugares donde se descubrió, se almacenó o elaboró y finalmente se difundió el conocimiento.[161]

Lo que conocía la gente estaba estrechamente relacionado con el lugar donde cada uno vivía. Por ejemplo, el monje Máximo Greco, que había residido varios años en Italia, al parecer fue el primero que informó a los rusos, hacia 1518, de los descubrimientos de Colón. En cambio, el mapa dibujado por el almirante turco Piri Reis en 1513 ya mostraba América (se había inspirado en la copia, procedente de un cautivo español, de un mapa dibujado por Colón en su tercer viaje).[162]

Al utilizar la expresión «la geografía del conocimiento», es importante distinguir dos niveles. En el micronivel se encontraban las «sedes del conocimiento», a algunas de las cuales ya he hecho referencia en el capítulo anterior. A algunos lugares tradicionales, como el monasterio, la universidad, la biblioteca y el hospital (y, para las noticias, la taberna y la barbería), hubo que añadir otros nuevos, como el laboratorio, la galería de arte, la librería, la biblioteca, el aula de anatomía, el despacho y la casa de café.[163] Por ejemplo, el taller de impresión, que a la vez funcionaba como librería, era un lugar para encontrarse y charlar, así como para echar un vistazo a las nuevas publicaciones. Erasmo solía frecuentar la imprenta del sabio-impresor Aldus Manutius en Venecia. Paolo Sarpi y sus amigos se reunían en una tienda llamada «El Barco» en la Venecia de comienzos del siglo XVII, mientras que Orazio Grassi, el enemigo de Galileo, frecuentaba «El Sol» de Roma, y James Boswell se vio por primera vez con Samuel Johnson en el recibidor trasero de la librería de Tom Davies en Londres.

La biblioteca creció en importancia y naturalmente en tamaño después de la invención de la imprenta. Dentro de la universidad, se convirtió en rival de la sala de lectura, al menos en algunos lugares. Todavía en 1639, la Universidad de Lovaina defendía que no era necesario disponer de una biblioteca «porque los profesores son bibliotecas vivientes». En cambio, en Leiden la biblioteca abría dos veces por semana y los profesores dejaban a veces a los estudiantes su llave personal.[164] Fuera de la universidad, algunas bibliotecas públicas o privadas, de las que hablaré más adelante, se convirtieron en centros de trabajo científico, lugares de docta sociabilidad y de intercambio de información e ideas, así como de lectura de libros. La obligación del silencio en las bibliotecas habría sido imposible y hasta tal vez inimaginable en aquel tiempo. Como la librería y la casa de café, la biblioteca dio un impulso a la comunicación a la vez oral y escrita. No es extraño, pues, que la reforma de las bibliotecas estuviera incluida en la reforma baconiana del aprendizaje diseñada en Inglaterra a mediados del siglo XVII. Según John Durie, uno de los reformadores, los bibliotecarios deberían ser «agentes al servicio del fomento del saber universal». El alcance práctico de estas palabras sería para nosotros un poco más claro si, como habían esperado algunos reformistas, Samuel Hartlib, amigo de Durie, hubiera sido nombrado bibliotecario de la Bodleyana en la década de 1650.[165]

Las sedes o focos del saber se multiplicaron y se fueron especializando cada vez más en ciudades relativamente grandes como Venecia, Roma, París, Amsterdam y Londres, ciudades a las que por este motivo dedicaré especial atención en las páginas que siguen. Los espacios públicos de las ciudades facilitaron la influencia mutua entre hombres de

negocios y hombres de letras, caballeros y artesanos, y entre el campo y el estudio, en pocas palabras, entre diferentes tipos de conocimiento. Las formas de sociabilidad influyeron —y siguen influyendo— en la distribución e incluso la producción del conocimiento.

También en el macronivel las ciudades desempeñaron un importante papel como escalas en las «redes de larga distancia» que unían Europa con China y las Américas. Entre las ciudades asiáticas habría que mencionar Goa, Macao y Nagasaki; entre las americanas, Lima y México; y entre las europeas, Sevilla, Roma, Amsterdam y Londres.[166] No es extraño, pues, que el «memorial en favor de un aprendizaje universal», que a mediados del siglo XVII pidió a «confidentes» (*intelligencers*) profesionales que enviasen información a Inglaterra desde el extranjero, especificase que estos «confidentes» tenían que residir en «los mejores y más céntricos lugares».[167]

En este macronivel, a veces la historia del conocimiento a comienzos de la edad moderna se contempla en términos puramente expansionistas como la difusión de información, y en particular de información científica, desde Europa hacia otras partes del globo. Este modelo basado en las ideas de centro y periferia ha sido criticado por diversos motivos. Por ejemplo, por pasar por alto la política del imperialismo y por no tener suficientemente en cuenta los flujos de conocimiento de la periferia al centro y en sentido contrario, del centro a la periferia.[168]

De hecho, en este capítulo se prestará más atención al movimiento desde la periferia de Europa hacia su centro. El tema de la política del conocimiento queda para el capítulo 6. Sin olvidar otros tipos de conocimiento, el énfasis de la exposición recaerá sobre la conciencia creciente por parte de

los europeos del mundo que se extiende más allá de Europa. A menudo esta toma de conciencia estuvo impulsada por intereses religiosos, económicos y políticos, pero también incluyó conocimiento por el valor intrínseco del mismo. La contraposición entre conocimiento instrumental y curiosidad desinteresada no debe agudizarse.[169] De todos modos, la distinción sigue siendo útil.

En la exposición que sigue, el tema principal será la creciente centralización del conocimiento, vinculada a mejoras en la comunicación física y también al origen del libro impreso. A su vez, estos avances están vinculados al origen de una economía mundial, al desarrollo de un pequeño número de grandes ciudades (a menudo sede de bibliotecas importantes) y, sobre todo, a la centralización del poder. Sin embargo, la centralización del conocimiento fue hasta cierto punto autónoma, como resultado de los intercambios intelectuales asociados con la República de las letras.

La República de las letras

La República de las letras o «Comunidad literaria» (*Respublica Literaria*) fue una expresión utilizada cada vez con más frecuencia durante los primeros siglos de la Europa moderna para referirse a la comunidad internacional de sabios.[170] La misma geografía de esta república fue una realidad cambiante durante el período. Suecia, por ejemplo, a pesar de la fundación de la Universidad de Uppsala en 1477, sólo entró efectivamente a formar parte de la misma en el siglo XVII, cuando la reina Cristina invitó a Descartes y otros sabios a Estocolmo y el aristócrata y soldado Carl Gustaf Wrangel, que vivía en su casa de campo en Skokloster cerca de Uppsala, estaba al tanto de acontecimientos recientes en filosofía natural a través de una red de corresponsales en Hamburgo, Amsterdam, Londres, Varsovia, Viena y otros lugares. Norteamérica entró durante el siglo XVIII, cuando algunos hombres de letras como Cotton Mather y Jonathan Edwards intentaron mantenerse en contacto con lo que en ese momento estaba sucediendo en la escena cultural europea suscribiéndose a periódicos ingleses como *History of the Works of the Learned*.[171]

Rusia entró a formar parte de la comunidad europea de sabios algo más tarde que Suecia y un poco antes que Norteamérica, hacia el final del reinado del zar Pedro el Grande. Un noble ruso, Alexandr Menshikov, fue elegido miembro de la Royal Society en 1714, el mismo año en que

se abrió la primera biblioteca pública en Rusia. Leibniz, que se preocupó de lo que él mismo llamaba el «trasplante» de las artes y ciencias a Rusia, se encontró con el zar en diversas ocasiones para explicarle sus ideas. Pedro, que según parece quedó impresionado por los argumentos del filósofo alemán, le pagó un sueldo de consejero y cuando, en 1724, fundó la Academia de Ciencias de San Petersburgo, se inspiró en el modelo de la Academia de Berlín, planificada por Leibniz algunos años antes. En el año de la muerte del zar, 1725, el astrónomo francés Joseph-Nicholas Delisle llegó a San Petersburgo, donde pasaría los veinte años siguientes formando a astrónomos rusos. En la siguiente generación, Mihail Lomonosov estudiaría química en Marburgo, se cartearía con Voltaire y colaboraría en la fundación de la Universidad de Moscú.[172]

El llamado «descubrimiento ruso de Europa» coincidió con el descubrimiento europeo de Rusia. Antes de 1550, era muy escasa la información en letra impresa que se podía obtener acerca de «Muscovy», que era como entonces se conocía a Moscú. La situación cambió poco a poco a partir de 1550 y rápidamente después de 1697, fecha de la «Gran embajada» de Pedro el Grande a Occidente, durante la cual unos doscientos cincuenta rusos, entre ellos el mismo zar, viajaron para realizar estudios a la República holandesa, Inglaterra, Francia, Italia y otros lugares. Como contrapartida, en virtud de estos acontecimientos, también los europeos occidentales se hicieron más conscientes de Rusia. Entre los libros que introdujeron a los lectores europeos occidentales en la cultura rusa podríamos mencionar: *Present Condition of the Muscovite Empire*, de J. Crull (1699), *Three Years' Travels*, de E. Y. Ides (1704), *State of Russia*, de J. Perry (1716), y *Das veränderte Rußland*, de F. C. Weber (1721), que muy pronto se tradujo del alemán al

inglés y al francés.[173]

El conocimiento de la geografía está lejos de identificarse con la geografía del conocimiento. No obstante, hay un cruce de caminos en que ambos temas se encuentran, a saber, en la geografía de la geografía.[174] Como caso práctico, podría ser revelador analizar el conocimiento que se tenía del mundo extraeuropeo en la República de las letras en una época en que empezaba a disponerse de nuevos e importantes canales de información.[175]

Nagasaki y Deshima

Como ejemplo dentro de este caso práctico consideremos el ejemplo de Japón. Antes de aproximadamente 1550, los europeos sabían muy pocas cosas de Japón. En el siglo XIII, el viajero Marco Polo había hablado de «Cipangu», pero sin dar apenas detalles. El misionero jesuita Francisco Javier llegó en 1549 a un país que les era totalmente extraño a él y a sus compatriotas. Desde finales del siglo XVI, el puerto de Nagasaki se convirtió en el punto de partida de la ruta que traía la información acerca de Japón hacia Occidente. En 1580 un noble convertido al cristianismo hizo donación de la ciudad a los jesuitas. Éstos perdieron el control de Nagasaki en 1587, pero la misión continuó allí y, entre otras cosas, se instaló una imprenta.

La misión cristiana en Japón constituyó todo un éxito. En realidad, el éxito fue excesivo y tuvo consecuencias negativas, puesto que la difusión del cristianismo alarmó a los gobernantes de Japón y, además de provocar la persecución de los misioneros y los convertidos, inspiró una política de «aislamiento nacional» (*sakoku*), que perduró desde aproximadamente 1630 hasta la década de 1850. El país no se cerró completamente a los extranjeros, pero las relaciones con estos países, incluidas las comerciales, fueron mínimas y siempre bajo estricto control. En este período, los comerciantes holandeses tomaron el relevo de los jesuitas portugueses en la función de canal principal de

comunicación entre Japón y Occidente, y en lugar de Nagasaki empezó a funcionar la vecina isla de Deshima.

Deshima era una isla artificial, que se extendía apenas unas decenas de metros en cada dirección. Fue construida en la bahía de Nagasaki precisamente para mantener controlados a los peligrosos occidentales. Los comerciantes holandeses, miembros de la Compañía de las Indias Orientales (la VOC), estuvieron confinados en este microespacio de intercambio. Todo el comercio entre Japón y Occidente pasó por Deshima desde 1641 hasta la década de 1850, cuando Japón se vio forzado por una flota estadounidense a abrir sus puertos a Occidente.[176] Deshima fue también un microentorno para el intercambio de conocimiento, a pesar de los obstáculos oficiales. El gobierno de Japón prohibió la exportación de mapas del país y no facilitó las cosas para que los extranjeros aprendiesen japonés. A pesar de todo, estos obstáculos pudieron superarse y entre los occidentales que residieron algún tiempo en Deshima tres de ellos escribieron descripciones de Japón que encontraron amplio eco en Europa. El primero fue François Caron, que estuvo al frente del establecimiento de la VOC durante los años 1639-1640.[177] El segundo fue Engelbert Kaempfer, un alemán que trabajó en Deshima para la VOC entre 1690 y 1692. El tercero, ya al final de nuestro período, fue Carl Peter Thunberg, un botánico sueco que ejerció la medicina al servicio de la VOC y vivió en Deshima entre 1775 y 1776.

EL CAMPO Y EL ESTUDIO

Nagasaki era una ciudad importante y, por lo tanto, desde el punto de vista europeo, el centro de una periferia. Tampoco debería olvidarse la función mediadora de imprentas situadas en ciudades esparcidas por la distante periferia de Europa, como Goa, Macao, Batavia, ciudad de México y Lima.

Algunas de las grandes ciudades europeas fueron todavía más importantes en el proceso de transmisión de conocimientos acerca de otras partes del mundo a Occidente. Diferentes tipos de ciudad —puertos, capitales, ciudades universitarias— desempeñaron diversas funciones al respecto, como veremos a su debido tiempo. Sin embargo, en las páginas que siguen se pondrá el acento en la interacción entre periferias y centros o, más concretamente, entre el campo y el estudio. Los temas gemelos serán, por una parte, la «importación» de conocimiento en Europa y, por otra parte, su posterior «procesamiento»: compilación, cálculo, clasificación y crítica.

Entre los europeos que se distinguieron como recolectores de conocimientos exóticos en el campo habría que mencionar a Pierre Belon, que exploró el Oriente Próximo entre los años 1546 y 1550 a la búsqueda de nuevas especies de pájaros y peces, y a Francisco Hernández, que pasó los años 1570-1577 en México enviado por el rey de España para estudiar los animales, las plantas y los minerales de la zona.

[178] La enorme cantidad de información acerca de la historia natural de otras partes del mundo que fluyó hacia Europa a comienzos de la edad moderna es algo que no se debe olvidar. Sin embargo, en mi exposición destacaré el conocimiento de otras culturas y sus religiones, lenguas y costumbres; por ejemplo, las descripciones de Thunberg del pueblo japonés, más que sus descripciones de flores japonesas.

Conocimiento de importación

El título de esta sección pretende ser un recordatorio de la importancia del comercio y, más en particular, de los puertos en la difusión de la información, como fue el caso de Nagasaki. Los habitantes de los puertos solían acercarse a los muelles para hablar con los marinos de los barcos que acababan de llegar. Los puertos fueron centros del comercio en los astrolabios, las cartas de navegación, los mapas y las esferas. También desempeñaron un importante papel como lugar de encuentro entre diferentes tipos de conocimiento y de personas. Estos encuentros serán ilustrados con ejemplos tomados de la historia de los puertos europeos más destacados de la época: Lisboa, Sevilla, Venecia y Amsterdam.

La importancia de Lisboa en la historia del conocimiento, especialmente durante los siglos XV y XVI, dependió del hecho de ser la capital de un imperio volcado hacia el mar como el portugués. La Casa da India («Casa de Indias») y el Armazém de Guiné («Almacén de Guinea») recibían información y bienes de Goa, Macao, Salvador, África occidental y de otros lugares. En este sentido, el historiador João de Barros, que trabajó durante gran parte de su vida en la Casa da India, gozó de incomparables oportunidades para recoger información sobre Asia. Sobre la India en concreto realizó consultas con soldados, administradores y, naturalmente, comerciantes que habían vuelto de Goa. Para

informarse acerca de Persia, pudo hablar con hombres que habían comerciado en Ormuz. Sobre Japón y Siam, sus informaciones provenían de viajeros como Mendes Pinto y Domingo de Seixas. Por lo que a China se refiere, Barros se compró un esclavo para que le tradujese los textos que él no entendía.[179]

La ventaja de Sevilla como centro de información, especialmente durante los años de mayor prosperidad del siglo XVI, se debió al hecho de ser el único lugar oficial de entrada de la plata que llegaba a España desde México y Perú. La llegada anual de la flota de la plata traía información sobre el Nuevo Mundo. Que el médico Nicolás Monardes fuera capaz de escribir sus famosos libros sobre las drogas de América sin dejar su Sevilla natal demuestra las oportunidades informativas que ofrecía esa ciudad.

Como ya he señalado en el capítulo 3, la Casa de Contratación de Sevilla era un depósito de conocimientos, especialmente acerca de las rutas marinas. Allí se guardaba una carta de navegación modelo, el llamado *padrón real (sic)*, que se actualizaba regularmente cuando los pilotos volvían de sus viajes con nueva información. La Casa contaba entre sus empleados con algunos «cosmógrafos» (que combinaban conocimientos de geografía y astronomía). Las colonias de comerciantes extranjeros, concretamente los genoveses, estaban bien informadas acerca de las otras partes del mundo por donde andaban comerciando sus familiares y compatriotas.[180] La ciudad fue también un importante centro impresor. Entre 1500 y 1520 se publicaron en sus imprentas por lo menos trescientos libros, algunos de ellos por inmigrantes alemanes. En esta época la importación de libros extranjeros en España se realizaba principalmente por Sevilla. La importancia de la ciudad como centro de

conocimiento se vio realzada por el establecimiento de la biblioteca de Fernando Colón (el hijo de Cristóbal Colón), que contaba con aproximadamente veinte mil volúmenes, y también de una serie de academias eruditas que florecieron durante los siglos XVI y XVII.[181]

Por lo que a Venecia se refiere, un historiador francés la describió hace ahora medio siglo como «la más importante agencia de información de comienzos del mundo moderno».[182] La ventaja de Venecia durante los siglos XV y XVI fue su posición de agente de Bolsa entre Oriente y Occidente. Del imperio marítimo veneciano formaron parte también Dalmacia, Chipre (hasta 1570) y Creta. El Imperio Otomano era un vecino poderoso, por lo que el conocimiento de la personalidad y las políticas de los sultanes y grandes visires, así como del movimiento de las tropas y galeras turcas era algo necesario para la supervivencia política de Venecia. Al oficial veneciano conocido como el *bailo* se le enviaba a Estambul no sólo para defender los intereses de la colonia de mercaderes venecianos establecidos en la ciudad, sino también para que tuviese informado al dux y a sus consejeros de las noticias de interés político (obtenidas a menudo de los intérpretes y médicos del sultán).

La superviviencia económica de muchos venecianos dependía también de la última «noticia sobre el puente de Rialto». Las cartas enviadas a sus casas por los mercaderes estacionados en el extranjero funcionaban como una especie de «banco de datos» para el negocio familiar. Regularmente llegaba información de Aleppo, Alejandría y Damasco, donde también se habían establecido mercaderes venecianos, y de forma irregular de lugares situados más al Oriente. Tres venecianos en particular contribuyeron al conocimiento de Birmania por parte de Occidente: Nicolo Conti en el siglo XV,

y Cesare Federici y Gasparo Balbi en el siglo XVI.[183] Cuando en 1501 llegó a Venecia la noticia de que en Lisboa se iban a recibir especias de la India, el gobierno reaccionó enviando un agente secreto a Portugal para que comprobase qué era lo que estaba pasando y le informase a su vuelta. Este informe todavía se conserva. La noticia del descubrimiento de América llegó a Venecia más tarde que a Roma, París y Florencia, pero durante el siglo XVI los venecianos se interesaron mucho por el Nuevo Mundo.[184]

Durante el siglo XVII, los centros comerciales de Lisboa, Sevilla y Venecia perdieron en cierto modo la importancia que habían tenido en otro tiempo. Les tomaron la delantera los puertos de Amberes (por breve tiempo, a mediados del siglo XVI), Amsterdam y Londres. Amberes fue un centro clave en el comercio del conocimiento y de otras mercancías, un centro de cartografía, especialmente en tiempos de Abraham Ortelius, y de publicación de relatos de países lejanos, desde el que hizo Hernán Cortés acerca de México (1522) hasta las cartas que los jesuitas enviaban desde Japón (desde 1611 hasta 1632).

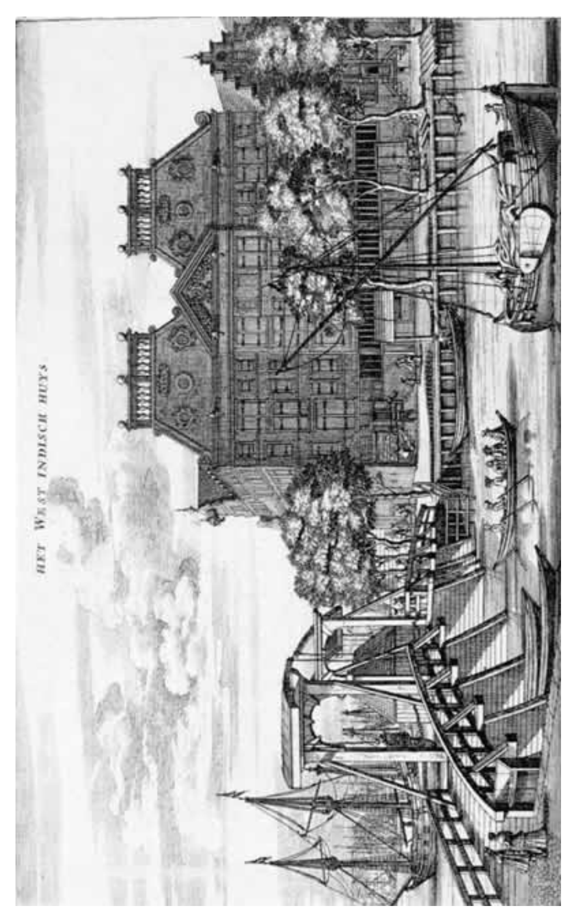


FIGURA 3. Grabado. *Oost Indisch Huis*, en P. Zesen, *Beschreibung von Amsterdam* (Amsterdam, 1664), copia en la Biblioteca Británica (1300 d. 7).

En Amsterdam, la Casa de las Indias Orientales (véase la figura 3) y la Casa de las Indias Occidentales tomaron el relevo de casas de comercio más antiguas, cuyo modelo imitaron. A la Casa de las Indias Orientales llegaban los informes anuales de las oficinas que la VOC tenía en Batavia, que abarcaban el conjunto de las actividades de la compañía en el Oriente asiático. La Bolsa de Amsterdam (véase la figura 4), especialmente sensible a las noticias acerca de suministros de especias y otras mercancías, fue otro de los centros de información sobre ultramar.[185] Algunas minorías étnicas (como los judíos españoles y

portugueses, los marinos escandinavos y los refugiados religiosos ingleses y franceses) fueron importantes fuentes de información en Amsterdam, como lo habían sido los griegos, los eslavos, los españoles y los turcos en Venecia, los españoles y los italianos en Amberes y los genoveses en Sevilla. La información que llegaba al centro financiero de la ciudad a través de sus canales volvía a salir de nuevo con notable rapidez a través de algunos periódicos y otros medios de comunicación. De esta manera, Amsterdam se convirtió en «una central de intercambio de informaciones para toda Europa».[186]



FIGURA 4. E. de Witte, *Bolsa de Amsterdam* (1653), Rotterdam, Museo Boymans-Van Beuningen.

Capitales del conocimiento

Los puertos no monopolizaron las oportunidades informativas. Algunas capitales, especialmente Roma, París y Londres, compitieron muy seriamente con los puertos, de manera especial, aunque no exclusiva, en el ámbito de las noticias políticas.

Roma había rivalizado durante mucho tiempo con Venecia como centro de información.[187] En primer lugar, el Vaticano era el cuartel general del mundo católico, el centro donde presentaban sus credenciales embajadores de Japón, Etiopía y Tibet, así como de los países europeos, y donde enviaban regularmente sus informes los nuncios, embajadores del Papa. En segundo lugar, Roma era el cuartel general de las órdenes misioneras, como los dominicos, los franciscanos y sobre todo los jesuitas. Estos últimos adoptaron el sistema de informar regularmente por medio de las «cartas anuales» que todas sus casas y colegios alrededor del mundo tenían que enviar al general en Roma. Durante el siglo XVII, la Congregación para la Propagación de la Fe (cerca de la escalinata de la plaza de España) fue otro centro de información del campo de las misiones.

Las *Relazioni universali* de Giovanni Botero, redactadas en Roma en la década de 1590, se basaron en las noticias provenientes de la red jesuítica. Por ejemplo, Botero citó a Possevino sobre Rusia, a Gonzalvo de Silva sobre Monomotapa en África y a Michele Ruggiero sobre China,

de donde había regresado recientemente. Aunque decidió presentar su material en forma de tratado, algunas veces Botero transmitió noticias relativamente candentes, interrumpiendo su narración de la historia de China para decir a sus lectores que, «mientras yo escribía esto, llegó a mis oídos la noticia de que dos padres que habían permanecido en aquel reino habían sufrido diversas persecuciones».[188]

Roma fue también un centro de información erudita. Sus organizaciones educativas, famosas en toda Europa, incluían La Sapienza, el Collegio romano y una serie de colegios donde los estudiantes extranjeros se formaban como misioneros: entre otros, el Colegio germánico (1552), el Colegio griego (1577), el Colegio inglés (1578), el Colegio maronita (1584) y el Colegio irlandés (1628). Roma albergaba también academias como los Lincei y los Umoristi y otras instituciones menos formales como los círculos del anticuario Fulvio Orsini, del *connoisseur* Cassiano del Pozzo y del polifacético Athanasius Kircher. Roma atraía a sabios de Francia, España, Alemania y otros lugares.

París (con su ciudad satélite Versalles, desde finales del siglo XVII) fue otro centro de información política. Las embajadas turca, persa, marroquí y siamesa en la época de Luis XIV son otras tantas pruebas de que los intercambios diplomáticos no se limitaban a Europa. Durante el siglo XVII, la creciente centralización del Estado francés estuvo acompañada de un aumento del flujo de información hacia París (más adelante volveré sobre este tema).

París fue también un centro de información erudita, recogida y debatida en instituciones oficiales como la Biblioteca Real, el Jardín Real, la Academia de Ciencias, el Observatorio y la Academia de las Inscripciones. En París

abundaron también las sociedades o academias no oficiales. Los sabios humanistas se reunían en la casa de los hermanos Dupuy, en la rue des Poitevins, sede de la famosa biblioteca del historiador Jacques-Auguste de Thou, que los Dupuy habían heredado en 1617. Entre 1619 y 1648, los representantes de la filosofía naturalista, incluidos Descartes, Pascal y Gassendi, se reunían en el convento de Marin Mersenne, cerca de la place Royale (en la actualidad place des Vosges). Entre 1632 y 1642, Théophraste Renaudot organizó conferencias en francés sobre diversos asuntos para todos aquellos que tuvieran interés por el tema en su Bureau d'Adresse, situado en la rue de la Calandre, cerca de Notre-Dame.[189]

Por lo que a Londres se refiere, su importancia se debió al hecho de compaginar las funciones de puerto y de capital. El centro financiero de la ciudad albergaba las sedes de la Compañía de Rusia (fundada en 1555), la Compañía de Levante (fundada en 1581), la Compañía de las Indias Orientales (fundada en 1599) y la Compañía de África (fundada en 1672). Buena parte de la información procedente del extranjero la enviaban a Londres comerciantes particulares, pero también se preocupaban de recogerla los cuarteles generales de las diversas compañías: por ejemplo, la Casa de Muscovy (Moscú), donde sabios como John Dee y Richard Hakluyt se reunían con comerciantes para establecer mapas y rutas. La Casa de las Indias Orientales, en Leadenhall Street, cumplía algunas de las funciones de su rival holandesa. Allí se guardaban mapas, cartas de navegación y cuadernos de bitácora de barcos, mientras que las cartas enviadas a esa dirección proporcionaban información acerca de los precios de productos de la India y otros muchos asuntos.

La información que llegaba a Londres de esta manera no

era puramente comercial. En su prefacio al tercer año de las *Philosophical Transactions*, el secretario de la Royal Society, Henry Oldenburg, ponía de relieve la información que, gracias al comercio, llegaba a «esta famosa metrópoli» de las «colonias americanas» y de muchos otros lugares.[190] De manera parecida, el historiador de la Royal Society, Thomas Sprat, consideraba que Londres, «cabeza de un poderoso imperio», era «la sede más apropiada para el avance del conocimiento», el «lugar de residencia tan conveniente para ese conocimiento que se tiene que alcanzar a partir de los informes y las noticias de todos los países».

La Royal Society fue un importante escenario para el intercambio de información, aunque tuvo rivales. Desde finales del siglo XVI, en el Gresham College, situado en Bishopsgate Street, se dieron conferencias públicas sobre filosofía natural y otros temas. Lo mismo sucedió en el Colegio de Médicos, en Warwick Lane, que un médico que escribía en 1657 describió como una genuina Casa de Salomón. Para las humanidades estaba la Sociedad de Anticuarios, que desde más o menos 1586 hasta aproximadamente 1608 se reunía para discutir sobre temas de la historia de Inglaterra en el Herald’s Office de la Derby House, cerca de la catedral de San Pablo. En sentido literal, Londres careció de universidad, pero algunos han descrito como una tercera universidad la sede de los Colegios de Abogados, escuelas donde se formaban los juristas.[191]

Inmigrantes procedentes de otras partes de Europa desembarcaron en Londres cargados con su conocimiento y de esta manera se acrecentaron las posibilidades del saber en la ciudad. El mismo Oldenburg era originario de Bremen y su conocido Hartlib, de Elbing (hoy Elblag, en Polonia). Como en el caso de Amsterdam, algunos refugiados

protestantes franceses, entre los que había algunos hombres de letras, se establecieron en Londres en el último cuarto del siglo XVII.

Geografía de las bibliotecas

El predominio de algunas ciudades europeas en el mundo del saber se verá confirmado si examinamos la geografía de las grandes bibliotecas. Hemos de admitir que la correlación no es perfecta: la Biblioteca Bodleyana de Oxford, por ejemplo, fue una gran biblioteca ubicada en una pequeña ciudad universitaria y la Biblioteca de El Escorial estaba situada lejos de cualquier ciudad. Sería imposible explicar la localización de una y otra sin conocer los intereses de dos personas ricas: Felipe II, que fundó El Escorial, y sir Thomas Bodley, que donó su colección de libros a la Universidad de Oxford.

Por otra parte, en Italia y Francia las mejores bibliotecas las encontraremos en las mayores ciudades. En Italia, las ciudades clave fueron Florencia (con la Biblioteca Laurenziana), Venecia (con la Biblioteca Marciana), Milán (con la Biblioteca Ambrosiana) y sobre todo Roma (con la Biblioteca Vaticana, la biblioteca universitaria de La Sapienza, la biblioteca de los Jesuitas en el Collegio romano y la Biblioteca Angelica, inaugurada en 1614). En Roma había, además, importantes bibliotecas privadas, como las de las familias Barberini, Cesi y Spada, y la de la reina Cristina de Suecia. Las guías de Roma informaban a los viajeros acerca de estas bibliotecas. La descripción más completa, en forma de tratado, fue la del sacerdote italiano Carlo Piazza, que hablaba de las famosas bibliotecas de Roma (1698).

Nápoles era otra ciudad italiana dotada de buenas bibliotecas, entre ellas la del jurista Giuseppe Valletta, que hacia 1700 contenía unos diez mil volúmenes. Sin embargo, como centro de conocimiento, a finales del siglo XVII la ciudad había entrado en decadencia, como explicó un sabio local a Gilbert Burnet, un visitante inglés que se quejó por escrito de la Inquisición y de la dificultad que había para hacerse con libros de Inglaterra y de la República holandesa.

Como ilustración de los problemas que experimentaba la dedicación a las letras en Nápoles a finales del siglo XVII y comienzos del XVIII podemos echar mano del caso de Giambattista Vico. Como autor de una ambiciosa obra de historia comparada necesitaba, evidentemente, estar bien informado. Vico había crecido durante el último cuarto del siglo XVII y entonces Nápoles era un centro de vivos intercambios intelectuales, con la posibilidad de acceder a nuevos libros en latín. Sin embargo, al hacerse mayor, tanto Vico como Nápoles se aislaron progresivamente. El francés y el inglés, lenguas que él no dominaba, fueron haciéndose cada vez más necesarias para los ciudadanos de la República de las letras. Una señal, entre otras muchas, del creciente aislamiento de Vico lo tenemos en el hecho de que en la edición definitiva de su obra maestra, *Principi della scienza nuova*, publicada en 1744, se hable de Japón sin hacer referencia al importante estudio que Engelbert Kaempfer había publicado unos veinte años antes.[192]

Los parisienses fueron más afortunados. Como ciudad de bibliotecas, hacia finales del siglo XVII, o tal vez antes, París superaba incluso a Roma. Sus recursos incluían la biblioteca del siglo XII de San Víctor, catalogada alfabéticamente hacia el año 1500 y abierta oficialmente al público en el siglo XVII; la biblioteca de la universidad; la biblioteca del colegio

jesuita de Clermont (rebautizado como Luis el Grande, en honor de Luis XIV); la biblioteca del cardenal Mazarino, que después de su muerte fue abierta al público; y la biblioteca real, trasladada de Blois a París en la década de 1560 y a la que durante los siglos XVII y XVIII el público pudo acceder cada vez con mayor facilidad (véase el capítulo 8). Una guía de París enumeraba en 1692 no menos de treinta y dos bibliotecas a las cuales podían acudir los lectores «como un favor». A éstas había que añadir las tres bibliotecas públicas: la de Mazarino, la de San Víctor y la del Jardín Real.

Las ciudades mencionadas hasta aquí no estaban distribuidas regularmente por toda Europa, sino que se apiñaban en el sur y el oeste. Es hora de que volvamos nuestros ojos a la situación del centro, norte y este del continente. Europa central estaba relativamente bien dotada de universidades, con una red que databa de los siglos XIV y XV, entre otras las de Praga, Cracovia, Viena, Leipzig y Pozsony (actualmente Bratislava). Durante el reinado del emperador Rodolfo II, desde 1576 hasta 1612, su corte de Praga fue un centro intelectual que atrajo a los astrónomos Tycho Brahe y Johann Kepler, a los alquimistas Michael Maier y Michael Sendivogius y al humanista húngaro Johannes Sambucus.[193] A largo término, la ciudad más importante sería Viena, sede no sólo de una universidad, sino también de la biblioteca imperial, la Hofbibliothek, que hacia el año 1600 poseía ya unos diez mil volúmenes, en la década de 1660 la describió minuciosamente el bibliotecario Peter Lambeck, hacia 1680 disponía de unos ochenta mil volúmenes, a comienzos del siglo XVIII fue reconstruida con gran magnificencia y poco después fue abierta al público.

Por otra parte, el norte y el este de Europa estaban menos densamente poblados y generalmente sus ciudades eran

pequeñas (a excepción de Moscú) y estaban más alejadas que las del sur o el oeste. Las instituciones académicas, excepto en el caso de Uppsala (fundada en 1477), llegaron tarde: por ejemplo, a Vilna en 1578, a Dorpat (Tartu) y Kiev en 1632, a Lund en 1668, a LVIV (Lvov) en 1661, en Moscú en 1687 (una academia de teología) y a San Petersburgo en 1724. En esta amplia zona escasearon las imprentas y las bibliotecas, aunque a finales del siglo XVII asistimos a un modesto desarrollo de las mismas. Los libros impresos en Amsterdam para el mercado de la Europa oriental representaron al mismo tiempo una ventaja para los lectores y un obstáculo para el desarrollo de un comercio local en materia de conocimiento.[194] Las grandes bibliotecas fueron muy raras en esta zona, aunque la biblioteca ducal de Wolfenbüttel tenía veintiséis mil volúmenes en 1661, la biblioteca universitaria de Gotinga cincuenta mil volúmenes en 1760 y la biblioteca real de Berlín ochenta mil volúmenes en 1786.

Hay dos hechos que nos sugieren que el acceso al conocimiento era más difícil en estas regiones que en la Europa occidental. En primer lugar, la emigración de sabios hacia Occidente, ya fuese para gozar de las facilidades en el uso de las bibliotecas, como fue el caso de los alemanes y escandinavos que durante el siglo XVII visitaron la Biblioteca Bodleyana en Oxford, o para vivir durante años, como el sabio bohemio Jan Amos Comenius en Londres o Amsterdam. En segundo lugar, la tentativa de los gobiernos de Prusia y Rusia a comienzos del siglo XVIII de convertir Berlín y San Petersburgo en centros del saber, importando —según los consejos de Leibniz— a sabios extranjeros, entre otros a matemáticos como Nicolas y Daniel Bernoulli, Leonhard Euler y Pierre Maupertuis.

Con ciertas limitaciones, en la Europa oriental o central-

oriental fue posible seguir una carrera de sabio en pequeñas ciudades. Por ejemplo, el historiador Matthias Bél pasó su vida en Pozsony, pero trabajó en temas de historia de su propia región. Bartholomeus Keckermann pasó la mayor parte de su vida en Danzig (Gdansk) y, sin embargo, publicó más de veinticinco libros, aunque en este caso se trató fundamentalmente de un sistematizador de disciplinas académicas que apenas necesitó recurrir a informaciones inaccesibles.

La misma adquisición de los conocimientos científicos básicos suponía mayores esfuerzos para los europeos que no tuviesen como lengua materna el italiano, el español, el francés, el alemán, el neerlandés o el inglés. Sólo muy poco a poco empezaron los europeos centrales y orientales a producir libros de consulta en sus propias lenguas vernáculas: la *Enciclopedia húngara* de Apáczai Csere János (1653) o la primera enciclopedia en polaco, la *Nowe Ateny* de Chmielowski, publicada a mediados del siglo XVIII.

Como ejemplo llamativo de los problemas a que se vieron enfrentados los sabios más alejados de los centros del saber podemos considerar el caso de Carlos de Sigüenza y Góngora en México. La ciudad donde vivía era grande y tenía universidad, en la que él mismo enseñaba matemáticas, e incluso impulsaba la creación de imprentas. No obstante, al escribir acerca de la historia y las antigüedades de su propio país, incluida la escritura pictográfica utilizada antes de la conquista española, Sigüenza no tuvo más remedio que referirse a libros de autores europeos como Samuel Purchas y Athanasius Kircher. Sólo en estos libros extranjeros era posible estudiar entonces las ilustraciones impresas de estos pictogramas. Incluso para echar un vistazo a los manuscritos, que llevaron a Europa los españoles y estaban

dispersos en varias bibliotecas, Sigüenza hubiera tenido que visitar ciudades tan alejadas de México como Roma y Oxford.[195]

La ciudad como fuente de información acerca de sí misma

El crecimiento de los servicios de información en las ciudades a comienzos de la edad moderna fue, en parte, consecuencia de la división urbana del trabajo y, en parte, una respuesta a la creciente demanda de información, demanda que en realidad era una reacción al sentido de desorientación generado por la vida en las grandes ciudades de Europa. Estas ciudades empezaban a producir cantidades crecientes de información acerca de sí mismas.

Por ejemplo, la estructura ocupacional de las grandes ciudades incluyó de forma cada vez más clara especialistas en diferentes tipos de comunicación oral. Entre estos especialistas podríamos señalar los *corredors d'orella (sic)* de la Lonja de Barcelona, que escuchaban las conversaciones y ponían a unos comerciantes en contacto con otros; los «corredores» que en el siglo XVIII anunciaban servicios matrimoniales clandestinos en Londres o informaban de las llegadas de barcos a los aseguradores en la casa de café de Lloyd; y los romanceros que iban y venían por la ciudad o se paraban en determinados lugares como el Pont Neuf de París o la Puerta del Sol de Madrid, donde cantores ciegos, estratégicamente situados entre las oficinas de la *Gazette* oficial y la parada final del servicio postal —Correos—, vendían almanaques, periódicos y edictos oficiales.[196]

Los avisos oficiales se daban a conocer en las esquinas de

las calles o en las puertas de las iglesias. Por ejemplo, en Florencia el nuevo *Índice de libros prohibidos* se expuso en 1558 en las puertas de las iglesias de la ciudad. En tiempos de Carlos II, en Londres las obras de teatro se anunciaban por medio de letreros colocados en las calles. A un visitante suizo de Londres le impresionó, en 1782, que las tiendas tuvieran nombres y no tanto signos de identificación. Los nombres de las calles se escribieron cada vez con mayor frecuencia en las paredes (en París, a partir de 1728). Los números en las casas empezaron a ser algo común en las ciudades más grandes durante el siglo XVIII. Un visitante inglés de Madrid observó en la década de 1770 que «los nombres de las calles aparecían pintados en las esquinas de las mismas» y que «todas las casas estaban numeradas».

Todo turista sabe por experiencia que cuanto mayor es una ciudad más se llega a echar de menos un guía —es decir, una persona— o una guía —es decir, un libro—. A comienzos de la edad moderna, en Europa ya había cierta demanda de guías profesionales —*ciceroni*— para enseñar la ciudad a los visitantes, especialmente en Roma, Venecia y París. También se buscaban guías en forma de libro. Fueron particularmente abundantes las guías impresas de la ciudad de Roma, empezando con la obra anónima «Maravillas de la ciudad de Roma», que ya había circulado durante la Edad Media. En sucesivas ediciones impresas, esta guía, que en un principio informaba sobre las reliquias, las indulgencias y los Papas, terminó incluyendo datos sobre aspectos más seculares, como las antigüedades, el servicio de correos y los pintores. La guía de Venecia de Francesco Sansovino, publicada por primera vez en 1558, se convirtió en un *best-seller* hasta que a finales del siglo XVII fue sustituida por la «Guía para extranjeros» de Vincenzo Coronelli y, posteriormente, por «El extranjero ilustrado», una descripción del siglo XVIII en

la que al visitante se le proponían seis itinerarios guiados, de un día cada uno, por la ciudad y sus alrededores.

Estos modelos fueron imitados posteriormente por las guías que se editaron de Amsterdam, París y otras ciudades. Escribieron guías de Amsterdam Pontanus (1611), Dapper (1663), Zesen (1664) y Commelin (1693). Además, hubo una guía anónima de la ciudad en francés (1701) que se reimprimió y revisó varias veces. La guía de Nápoles escrita por Bacco se publicó por primera vez el año 1616 y a lo largo del siglo llegó a tener ocho ediciones. Otras guías rivales fueron la de Mormile (1617), Sarnelli (1685), Celano (1692), así como la «Descripción de la ciudad de Nápoles» (1788) de Sigismondo, destinada especialmente para los extranjeros. La «Descripción de París» (1684) de Germain Brice, un guía profesional, alcanzó su octava edición en 1727. Tras ella vinieron «Estancia en París» (1727), de Neimetz, y otras competidoras. Las primeras guías de Londres datan de 1681 (fecha de publicación de los relatos contrapuestos de Nathaniel Crouch y Thomas de Laure). Durante el siglo XVIII se publicó, aproximadamente, una docena más de guías de la ciudad.

A las descripciones de iglesias y obras de arte, a lo largo del siglo XVIII, estas guías añadieron algunas informaciones prácticas, por ejemplo sobre cómo negociar con los cocheros de alquiler o qué calles había que evitar de noche. Había también una literatura especializada en los estafadores de la ciudad y sus trucos: *The Frauds of London* [«Los fraudes de Londres»] y obras por el estilo. La información práctica quedaba en seguida desfasada, de manera que no es extraño que encontremos una guía de Madrid para extranjeros que a partir de 1722 se publicó anualmente: el *Calendario anual y guía para extranjeros.*

Algunas ciudades publicaron guías especializadas sobre el mundo de la prostitución. La *Tariffa delle puttane* («Tarifa de las putas»), publicada en Venecia hacia 1535, era un diálogo en verso con los nombres, las direcciones, los atractivos, los aspectos criticables y los precios de ciento diez cortesanas. El siguiente catálogo, de 1570, contenía doscientos diez nombres. Posteriormente se publicaron imitaciones de estas guías dedicadas a explicar los atractivos de Amsterdam (1630) y Londres: *Commonwealth of Ladies* (1650), sobre las putas que trabajaban cerca de New Exchange (Lonja nueva), y *List of Covent-Garden Ladies*, obra de Harris, que a partir de 1760 se reeditó anualmente. No siempre sabemos con certeza si estas guías estaban destinadas a los extranjeros o a los nativos, ni si los datos que contenían eran exactos, ni si, de hecho, la intención de sus autores era ofrecer información práctica o bien pornografía.

A decir verdad, incluso los nativos de las grandes ciudades experimentaron cada vez más la necesidad de orientación, de información acerca de las diversas formas de emplear el tiempo libre o sobre cómo encontrar determinados productos y servicios. El problema se solucionó en parte con el uso de los carteles. Por ejemplo, para anunciar las representaciones teatrales. Estos anuncios pegados a las paredes tuvieron su origen en España, a finales del siglo XVI, momento en que inició su despegue el teatro comercial. La palabra española *cartel* se tradujo al italiano como *manifesto*, al francés como *affiche*, al alemán como *Plakat* y al inglés como *bill*. En 1662 Pepys se refiere a carteles (*bills*) que anuncian representaciones teatrales y que están fijados a postes en el edificio del Temple y en otros lugares. A finales del siglo XVIII, este tipo de carteles tuvo un importante papel en la vida urbana de París. Eran objeto de un estricto control oficial y los cuarenta «carteleros» (*afficheurs*) oficiales

llevaban una insignia especial como demostración pública de su categoría. La información que pegaban a las paredes incluía desde anuncios referentes a charlatanes, perros perdidos y predicadores hasta decretos del Parlamento de París.

Para responder a algunas de estas necesidades, Théophraste Renaudot, más conocido aún como editor del periódico oficial, la *Gazette*, fundó a principios del siglo XVII en París el llamado Bureau d'Adresse, situado cerca del Pont Neuf (más tarde pasaría al Louvre). El objetivo de esta oficina o despacho era relacionar (previo pago de unos honorarios) a personas (por ejemplo, sirvientes y empleadores) que no se habían conocido anteriormente, combatiendo de este modo el anonimato de la gran ciudad. Como refería un visitante inglés del Louvre, «bajo la larga galería hay un lugar llamado el Bureau d'Adresse. Aquí un hombre tiene un libro con los nombres de sirvientes y lacayos». Esta oficina llegó a ser tan conocida que en 1631 y 1640 se convirtió en tema de algunos bailes de la corte, un medio de comunicación que de este modo hizo publicidad en favor de otro.[197]

Esta versión de las páginas amarillas propia del siglo XVII no duró mucho, pero la idea la recogió de nuevo a finales de ese mismo siglo un médico-boticario llamado Nicolas de Blegny, quien presentó el material en forma de libro, esta vez bajo el título de «Libro práctico de direcciones en París» (1692). Contenía información acerca de ventas, puestos vacantes, bibliotecas, conferencias públicas, baños, profesores de música, horarios y lugares de audiencias con el arzobispo de París o chismes sobre la corte real. Al autor le pareció prudente esconder su nombre bajo el pseudónimo «Abraham du Pradel». De hecho, esta obra de consulta no

tardó mucho en ser suprimida debido a que algunos personajes importantes y bien vistos, cuyas direcciones figuraban en la lista, se quejaron de que suponía una invasión de su vida privada.[198]

Sin embargo, la demanda de este tipo de información persistía, y el proyecto se trató de llevar una vez más a la práctica en el siglo XVIII. El caballero de Mouchy (más conocido como autor de unas hojas informativas manuscritas) organizó también, hacia 1750, un Bureau d'Adresse en la calle Saint-Honoré. Durante el siglo XVIII, ofrecían información sobre actividades de tiempo libre en París periódicos como *Affiches de Paris* (1716), *Journal des Spectacles de la Cour* (1764) y más tarde el *Journal des Théâtres* (1777) y *Calendrier des Loisirs* (1776). A partir de 1751, en el «Bureau d'Adresses et recontres» de la calle Baillette se publicó el periódico *Affiches* juntamente con la *Gazette.* En él se ofrecía información sobre representaciones teatrales, sermones, decretos del Parlamento de París, la llegada de mercancías, libros impresos recientemente, etc. De manera parecida, el *Diario de Madrid* (desde 1758) incluía *noticias particulares de Madrid* (*sic* en el original), anuncios para compartir un viaje en diligencia hasta Cádiz y una sección titulada «Objetos perdidos» (perros, rosarios, etc.).

En Londres, la idea de ofrecer información práctica a los habitantes de la ciudad fue recogida en el siglo XVII por Samuel Hartlib, cuya Oficina de información o Agencia para el saber universal trató de compaginar los servicios prácticos que proporcionaba Renaudot con un proyecto más ambicioso de recogida y difusión internacional de conocimientos sobre todo tipo de materias.[199] Como extranjero que era, Hartlib seguramente experimentó con especial intensidad la necesidad de información en una gran

ciudad. Su proyecto, como el de Renaudot, fue efímero, pero, también como el de Renaudot, suscitó imitadores: por ejemplo, la «Oficina de orientación pública» de Londres (1657), que, además de publicar el semanario *Publick Adviser*, ofrecía también mediación personal; o el servicio de información que hacia 1680 organizó un tal T. Mayhew en Londres en La pava real (The Pea Hen), frente a Somerset House, que se preocupaba de llevar el registro de los inmigrantes.

Durante el siglo XVIII, en Londres no dejó de crecer el número de agencias de trabajo u «oficinas de empleo» para criados. En 1751, el novelista y magistrado Henry Fielding propuso organizar una «Oficina-Registro universal», señalando que «las ciudades grandes y muy pobladas» necesitaban «un método que permitiera que sus habitantes se comunicasen entre sí las diversas carencias y talentos de cada uno», y registros de las propiedades que estaban en venta, de las habitaciones que se alquilaban, de los prestamistas de dinero, de los puestos vacantes, de los servicios de viaje, etc. Era, en pocas palabras, lo que un dramaturgo de la época llamó un «almacen de informes» o «depósito de noticias». Fielding se preocupó de que no se registrase a ningún sirviente «que no pueda presentar un informe fidedigno del último lugar donde haya vivido de hecho». No nos sorprenderá saber, pues, que Fielding fue también el responsable de la puesta a punto en 1749, en la Oficina de la Bow Street, de lo que se ha llamado la «primera fuerza detectivesca de Inglaterra». Para Fielding la información constituía un arma contra los criminales y fue partidario de llevar un registro de informes acerca de robos.

La elaboración del conocimiento

La sistematización del conocimiento en las ciudades y en otros lugares formó parte de un proceso más largo de elaboración o «procesamiento» que incluía la recopilación, la comprobación, la edición, la traducción, el comentario, la crítica, la síntesis y, como se decía entonces, «el compendio y la metodización». Este proceso podría describirse comparándolo con una cadena o línea de montaje. A medida que las unidades mínimas de información avanzaban por el camino que llevaba del campo a la ciudad, eran muchos los individuos que añadían su granito de arena personal. De esta manera «se producía» el conocimiento, en el sentido de que la nueva información se transformaba en lo que entonces era considerado —por la clerecía, al menos— como conocimiento. Sería absurdo pensar que esta nueva información llegaba libre de conceptos o categorías, por muchas «materias primas» que se importasen a la metrópoli de las colonias. Por ejemplo, en el caso de las hierbas y medicinas procedentes de las Indias Orientales y Occidentales, es evidente que el conocimiento había sido elaborado localmente por sabios indígenas antes de su llegada a Europa.[200]

A pesar de todo, para ser utilizado eficazmente este conocimiento tenía que pasar por un proceso de asimilación o adaptación a las categorías de la cultura europea. No obstante algunos ejemplos famosos que parecen sugerir lo

contrario, como las actividades de Montaigne y Montesquieu en sus propiedades rústicas (véase más adelante, en el capítulo 8), este proceso de asimilación generalmente se produjo en entornos urbanos. Las ciudades han sido descritas como «centros de cálculo». En otras palabras, las ciudades fueron los lugares donde la información local procedente de diferentes regiones que abarcaba diferentes temas se transformó en conocimiento general en forma de mapas, estadísticas, etc. Un ejemplo temprano nos lo ofrece la antigua Alejandría, con su famosa biblioteca, en la que sabios como el geógrafo Eratóstenes transformaron el conocimiento local en conocimiento general.[201]

Las ciudades de comienzos de la edad moderna pueden describirse igualmente como centros de cálculo, crítica y síntesis. Los atlas de este período ilustran claramente tales síntesis: por ejemplo, los de Mercator (producidos en Amberes), o los de Blaeu (Amsterdam), Coronelli (Venecia), Homann (Hamburgo) o d'Anville (París). Los papeles del cartógrafo Jean-Baptiste d'Anville han sobrevivido y frecuentemente nos lo muestran en el momento de dibujar a partir de los informes orales o escritos de diferentes tipos de viajeros, como mercaderes y diplomáticos, en un intento por lograr la propia síntesis.[202] La adaptación de conocimientos locales o incluso «periféricos» a los intereses del centro se vio estimulada por el uso de cuestionarios, que, como las estadísticas, facilitaron el establecimiento de comparaciones y contraposiciones.

La elaboración del conocimiento a través de todos estos pasos fue una tarea colectiva en la que participaron sabios junto a burócratas, artistas e impresores. Este tipo de colaboración sólo fue posible en ciudades lo suficientemente grandes como para albergar un amplio abanico de profesiones especializadas. Diferentes ciudades

contribuyeron de manera específica a esta división internacional del trabajo. Cuando Lutero lanzó su desafío al Papa, la ciudad alemana oriental de Wittenberg, donde él enseñaba en la nueva universidad, se encontraba al margen de la cultura alemana (de la misma manera que la Ginebra de Calvino se encontraba al margen de la cultura francesa).[203] Sin embargo, gracias a estos dos reformadores, Wittenberg y Ginebra se convirtieron en ciudades sagradas, centros de conocimiento religioso, equivalentes a Roma en los mundos luterano y calvinista respectivamente.

Una vez más, Florencia, Roma y París fueron otros tantos centros de maestría; y también algunas ciudades universitarias, gracias a sus bibliotecas y profesores, tuvieron un papel en la elaboración del conocimiento que fue desproporcionado para su tamaño. Por citar algunos ejemplos, Padua y Montpellier durante el siglo XVI en el caso de los conocimientos médicos, Leiden durante el siglo XVII para la botánica y los estudios árabes, y Gotinga en el transcurso del siglo XVIII para la historia y los estudios sobre Rusia.

Las minorías lingüísticas, realmente prominentes en ciertas ciudades europeas, desempeñaron un papel importante en el proceso de elaboración, vinculando de esta manera la microgeografía del conocimiento con su macrogeografía. En Venecia, por ejemplo, los griegos y los «eslavos» (*Schiavoni*, principalmente de la costa dálmata) colaboraron en la producción de libros, textos griegos clásicos en el primer caso y textos litúrgicos en el segundo. En Amberes, italianos, españoles, ingleses, franceses y representantes de otras minorías trabajaron activamente en la edición, traducción e impresión de libros en sus propios idiomas. Otro tanto se puede decir de Amsterdam, que

contaba con grupos rusos y armenios, así como con minorías más amplias, como la de habla francesa y los judíos de habla española o portuguesa. La traducción al latín de relatos originarios de Moscú, China o Japón, que contribuyeron a que los sabios de toda Europa conocieran más ampliamente estas culturas, a menudo se llevó a cabo en ciudades con colegios jesuitas (entre otras Amberes, Colonia, Maguncia, Dillingen y Munich), compaginando, así, el interés de los jesuitas por las misiones y por la literatura neolatina.

La puesta a punto de diccionarios de lenguas no europeas puede ser un indicador práctico del creciente interés de los europeos por otras partes del mundo y a la vez del creciente conocimiento de las mismas. Ciudades españolas publicaron los primeros diccionarios del árabe (1505) y de lenguas indígenas amerindias como el guaraní (1639). En Amsterdam se publicaron diccionarios malayos e indonesios en 1603, 1623, 1640 y 1650, sin duda para uso de la Compañía holandesa de las Indias Orientales (VOC). Como centro del esfuerzo misionero, Roma se convirtió en lugar natural de publicación de diccionarios de lenguas como el etíope, el turco, el armenio, el georgiano, el árabe, el persa y el vietnamita.

Personas individuales, como escritores o empresarios intelectuales, desempeñaron un importante papel en el procesamiento de la información. Entre los ejemplos bien conocidos podríamos incluir al holandés Johannes de Laet, al francés Jean-Baptiste du Halde y a los alemanes Bernhard Varenius y Athanasius Kircher. Estos hombres no salieron nunca de Europa, pero los cuatro publicaron descripciones de Asia. De Laet escribió sobre los Imperios Otomano y del Gran Mogol, Varenius sobre Japón y Siam, y Kircher y Du Halde sobre China.[204] Por regla general, todas las grandes ciudades contaron con sabios sedentarios de este tipo, cuyo

trabajo complementó la obra de recolectores itinerantes de conocimiento como Hernández, Kaempfer o Martini. De Laet trabajó en Leiden y pudo consultar libremente una importante colección de libros y manuscritos orientales que, como se ha podido demostrar después, fueron esenciales para su descripción del Imperio del Gran Mogol. Varenius trabajó en Amsterdam. Kircher residió cuarenta años en Roma, lo que le permitió acceder a la información que traían consigo los misioneros que volvían de Oriente, como Michael Boym y Martino Martini de China, Heinrich Roth de la India y Filippo Marini de Tonkín y Macao. También Du Halde, que vivió en París, habló con misioneros que habían vuelto de China y publicó sus informes por medio de una serie de «cartas edificantes» (*Lettres édifiantes*).

Sin pretender menoscabar los logros de estos hombres o de sus colegas (Giovanni Battista Ramusio en Venecia, João Barros en Lisboa, Giovanni Botero en Roma, Richard Hakluyt en Londres, Jean-Baptiste d'Anville y Denis Diderot en París o Caspar Barlaeus, Olfert Dapper y Jan Blaeu en Amsterdam), sí se ha de decir que todos ellos supieron aprovechar las oportunidades que les brindaba el hecho de vivir en un centro importante de información.

Trabajadores de «campo» como el jesuita italiano Martino Martini, con quien abríamos este capítulo, comprendieron muy bien la necesidad de mantenerse en contacto con estos centros. Concretamente, Martini tuvo contactos regulares con Roma y, como ya hemos visto, visitó Amsterdam para entregar algunos de sus mapas al impresor Jan Blaeu. François Bernier, un médico que entre 1655 y 1668 vivió la mayor parte del tiempo en la India, envió por correspondencia información a sus amigos de París y a su vuelta a Europa publicó un libro sobre la India. La información recogida por Bernier la utilizarían más tarde

John Locke y Charles de Montesquieu para apoyar sus teorías generales acerca de temas tan diversos como las leyes y los fantasmas.[205]

Distribución del conocimiento

Una vez procesado en la ciudad, el conocimiento se distribuyó o reexportó a través de la imprenta, un medio que debilitó las barreras geográficas, «dislocando» los conocimientos de sus ambientes originales. Las principales ciudades europeas mencionadas en este capítulo fueron importantes centros de impresión. La trascendencia de Venecia, Amsterdam y Londres en este sentido es bien conocida; más adelante volveremos de nuevo a este tema con más detalles desde un punto de vista económico. Roma fue otro centro impresor de primer orden, y también París, con sus tiendas de impresión concentradas en el barrio universitario, más concretamente en la calle Saint-Jacques. La ciudad de Sevilla fue descrita como «de lejos y con mucho el centro más importante de impresión de noticias» en la España de comienzos del siglo XVII.[206] La red de distribución de libros tendió a seguir rutas comerciales establecidas, al menos originalmente, pero terminó creando algunas rutas propias.[207]

Como caso práctico de este proceso podemos examinar el conocimiento occidental de medicinas alternativas de otros continentes. Al parecer los médicos occidentales se mostraron más abiertos a estas alternativas a comienzos de los tiempos modernos que en la época siguiente de la medicina científica y profesional. En el siglo XVI se publicaron dos textos clave sobre hierbas y drogas exóticas:

el primero sobre la India, obra del médico portugués García d'Orta, publicado primero en Goa, y el segundo sobre América, obra del médico español Nicolás Monardes, publicado por primera vez en Sevilla. Ambos textos llegaron a ser ampliamente conocidos en toda Europa, debido en parte a su traducción al latín. Durante el siglo XVII, el conocimiento de la medicina oriental se vio enriquecido por una serie de textos publicados por empleados de la Compañía holandesa de las Indias Orientales. De la medicina india se ocuparon, por ejemplo, Jacob de Bondt en «Medicina de las Indias» (1642), Hermann Grimm en «Compendium» (1679) y los doce volúmenes de Hendrik van Rheede sobre las hierbas, «Jardín indio de Malabar» (1678-1703), compilado en Goa, pero impreso en Amsterdam. Merece la pena poner de relieve que esta compilación, lejos de constituir un ejemplo de descubrimiento occidental de una información anteriormente desconocida para todo el mundo, se basó en tradiciones indígenas ayurvédicas. El manuscrito incluso fue revisado por algunos médicos hindúes en Goa antes de ser enviado a Europa para su publicación.[208]

Más hacia el este, Andreas Cleyer (aprovechando las notas de Michael Boym, un jesuita misionero en China) publicó un libro sobre la medicina china, «Espécimen de medicina china» (1682), en el que se estudiaban temas como la manera de tomar el pulso que se utilizaba en aquel país. Y Willem ten Rhijne, en un libro publicado en Londres en 1683, examinaba temas de la medicina (acupuntura, moxibustión) y la botánica (especialmente las plantas del té y del alcanforero) tradicionales japonesas.

La obra de Monardes también se vio completada durante el siglo XVII, aunque de forma menos elaborada que la de

Orta. La información recogida por el médico español Francisco Hernández, que había sido enviado a México por Felipe II, se publicó en Roma en 1628 en latín. A su vez, Willem Piso, médico de la expedición holandesa a Pernambuco de la década de 1630, publicó un tratado sobre la medicina amerindia, titulado «La medicina de Brasil» (1648). Recientemente, algunos sabios europeos han reconocido la deuda de las taxonomías de plantas exóticas con respecto a clasificaciones no occidentales: por ejemplo, de Orta con respecto a los árabes o de Hernández con respecto al sistema náhuatl.[209]

EL DESCUBRIMIENTO EN SU CONTEXTO GLOBAL

El descubrimiento por parte de Europa de un mundo más amplio formó parte de un fenómeno global que incluyó, además, el descubrimiento tanto de América como de Europa por parte de Asia. Por ejemplo, en el caso del Imperio Otomano, ya hemos hablado del interés que mostró el almirante turco Piri Reis por América. Una historia de las Indias Occidentales escrita para el sultán Murad III utilizó la obra de López de Gómara, Oviedo y Zárate. El *Atlas* de Mercator fue traducido al turco a mediados del siglo XVII y el *Atlas* de Blaeu en la década de 1670 (por orden del sultán Mehmed IV).[210] Estas traducciones no pasaron del estadio de manuscritos, pero entre el puñado de libros que salieron de la imprenta durante el breve período que ésta estuvo autorizada en el Imperio Otomano en 1727 se encontraba una traducción de López de Gómara.

Naturalmente, Europa ya había sido descubierta por los árabes antes de 1450. Para poder hablar de interés por una Europa previamente desconocida, se hace necesario volver la vista al lejano Oriente. En China, a finales del siglo XVI el misionero jesuita italiano Matteo Ricci desplegó en su alojamiento un mapa del mundo de estilo europeo. Atrajo cierta atención. El emperador poseía una copia y el mapa fue reproducido en los tratados chinos de geografía, aunque el hecho parece que no tuvo mucha influencia en la tradición

cartográfica china.[211]

El tibio interés por Occidente manifestado por los chinos contrasta con la situación en Japón. A pesar de —o tal vez debido a— la política gubernamental de «aislamiento», algunos japoneses desarrollaron un vivo interés por la cultura extranjera, especialmente a partir de finales del siglo XVIII. Los intérpretes de Nagasaki constituyeron uno de los primeros grupos en manifestar su interés por el saber occidental, identificado en aquel momento con el «saber holandés» (*Rangaku*, de «Oranda», término japonés para designar Holanda). Un biombo japonés construido hacia 1625 muestra un mapa del mundo inspirado en el mapa de Plancius de 1592, pero el shŏgun poseyó muy pronto un mapa del mundo de Blaeu de 1648. La curiosidad creció y algunos sabios japoneses empezaron a visitar Nagasaki para aprender más acerca de Occidente. Por ejemplo, Arashiyama Hoan estudió en esa ciudad la medicina occidental y en 1683 publicó un manual sobre la materia. Una sección de la traducción holandesa de la geografía de Hübner se publicó en japonés en 1772. Un grupo de médicos japoneses tradujo del holandés un manual de anatomía y lo publicó en 1774. Después de haber visitado Nagasaki, el sabio Otsuki Gentaku publicó una introducción al saber occidental en 1788. Hasta el año 1800 los especialistas no descubrieron en Rangaku que el holandés no era necesariamente la lengua occidental más útil entre las que podían estudiarse.[212]

Como les sucediera a los europeos, los chinos y los japoneses se enfrentaron a un saber exótico al intentar traducirlo a sus propias categorías y encontrarle un lugar en sus propios sistemas de clasificación. El próximo capítulo estará dedicado, justamente, a los problemas que plantea la clasificación del conocimiento.

Capítulo 5

Clasificación del conocimiento: Currículos, bibliotecas y enciclopedias

> Las categorías del pensamiento humano no están nunca fijas de una forma definitiva; se hacen, se deshacen y se rehacen incesantemente: cambian con los lugares y los tiempos.
>
> DURKHEIM

Uno de los aspectos más importantes de la elaboración del conocimiento descrita en el capítulo anterior era el relativo a su clasificación. Ha llegado el momento de abordar este tema de forma detallada. Para ello disponemos de dos caminos: podemos fijarnos en los intentos por encajar el nuevo conocimiento dentro de los marcos tradicionales o, por el contrario, estudiar cómo a la larga fueron cambiando estos marcos a medida que se repitieron las tentativas por acomodar las novedades a ellos. Como observó Durkheim, los sistemas de clasificación «se hacen, se deshacen y se rehacen incesantemente».[213]

LA ANTROPOLOGÍA DEL CONOCIMIENTO

Si el capítulo anterior nos ofreció una geografía del conocimiento a comienzos de la edad moderna, en éste intentaré esbozar lo que podría llamarse su «antropología», dado que a partir de Durkheim los antropólogos se han mantenido fieles al compromiso de, por una parte, tomar en serio las categorías o clasificaciones de otros pueblos y, por otra parte, de investigar los contextos sociales de las mismas. Dentro de esta tradición se enmarcan algunos estudios clásicos como las obras de Marcel Granet, *La pensée chinoise* (1934), y de Claude Lévi-Strauss, *La pensée sauvage* (1962). Granet, por ejemplo, describió algunas categorías chinas como el yin y el yang como ejemplo de pensamiento concreto o «prelógico». Lévi-Strauss rechazó la idea de lo «prelógico», pero también acentuó las categorías concretas de los llamados pueblos primitivos como los indios americanos, que hacían una distinción próxima a lo que nosotros contraponemos como «naturaleza» y «cultura» sirviéndose de las categorías de lo «crudo» y lo «cocido».[214]

Los sistemas de categorías occidentales de comienzos de la edad moderna son tan diferentes de los nuestros que requieren un enfoque antropológico, como comprendió Michel Foucault en la década de 1960. Nosotros hemos heredado en parte la terminología, por ejemplo palabras como «magia» o «filosofía», pero estos términos han cambiado de significado a medida que también ha cambiado

el sistema intelectual. Para evitar que estos «falsos amigos» defrauden nuestra confianza, necesitamos desfamiliarizarnos de las categorías europeas, aprender a contemplarlas como algo no menos extraño o artificial que, pongamos por caso, las categorías chinas. Foucault hizo esta observación con la ayuda de una fábula tomada de Jorge Luis Borges sobre las categorías de animal que un lector puede encontrar en una enciclopedia china: animales pertenecientes al emperador, animales dibujados con un delicado pincel de pelo de camello, animales que vistos desde lejos parecen moscas, etc. Esta fábula ilustra vivamente la evidente arbitrariedad de cualquier sistema de categorías cuando se contempla desde fuera.[215]

En la última generación, una serie de historiadores culturales, muchos de ellos trabajando sobre los comienzos de la edad moderna, ha vuelto al estudio de los sistemas de clasificación.[216] Por otra parte, la Europa de entonces ya se interesó intensamente por la taxonomía, como demuestran, entre otros, los sabios Conrad Gesner, suizo, en su *Historia animalium* («Historia natural de los animales») (1551), y Ulisse Aldrovandi, de Bolonia. El botánico sueco Carl von Linneo fue seguramente el máximo y más sistemático de los taxonomistas intelectuales, pero no fue el único que se interesó por el tema.[217] De todos modos, el tema central de este capítulo lo constituye la taxonomía del conocimiento en sí mismo, la taxonomía de las taxonomías. Aunque se prestará especial atención al conocimiento académico, se tratará de situarlo en el contexto de conocimientos alternativos.

VARIEDADES DE CONOCIMIENTO

En la Europa de comienzos de la edad moderna, diversos grupos clasificaron el conocimiento de distintas maneras. En este apartado se comentarán algunas de las distinciones más comunes, sin perder nunca de vista el hecho de que las categorías cambiaron con el tiempo y también que a menudo fueron impugnadas, implícita o explícitamente, por diferentes individuos o grupos que formularon sus distinciones en distintos lugares. La distinción entre conocimiento más o menos cierto se expondrá en el capítulo 9.

Una distinción recurrente era la que se establecía entre conocimiento teórico y conocimiento práctico, entre conocimiento de los filósofos y conocimiento de los empíricos o, como decían algunos, entre «ciencia» (*scientia*) y «arte» (*ars*). Un ejemplo esclarecedor de la utilización de estas categorías en un contexto práctico nos lo ofrece la construcción de la catedral de Milán en torno al 1400. Durante su construcción se suscitó una disputa entre el arquitecto francés y los maestros albañiles locales. Un acuerdo de los albañiles sostenía que «la ciencia de la geometría no debería inmiscuirse en estas materias, puesto que la ciencia es una cosa y el arte otra». A este razonamiento replicó el arquitecto encargado de la obra afirmando que «el arte sin ciencia» (en otras palabras, la práctica sin teoría) «no es nada» (*ars sine scientia nihil est*). [218]

Otra distinción frecuente era la que se establecía entre conocimiento público y conocimiento «privado» (no tanto en el sentido de conocimiento «personal» cuanto en el de información reservada a un grupo elitista particular). En este sentido, el conocimiento privado incluía tanto los secretos de Estado (*arcana imperii*), de los que se hablará en el próximo capítulo, como los secretos de la naturaleza (*arcana naturae*). El estudio de estos últimos se calificó a veces de «filosofía oculta». Los secretos de la alquimia, por ejemplo, se transmitieron, a veces en lenguaje cifrado, a través de redes informales de amigos y colegas o en el interior de sociedades secretas. Los secretos técnicos constituyeron un saber compartido dentro de los gremios de artesanos, pero del que se excluía a los extraños. El nexo entre «misterios» y *métiers* («oficios» en francés) no fue exclusivamente etimológico.[219]

La cuestión de qué tipos de conocimiento debían hacerse públicos suscitó controversia y las respuestas que se dieron a la misma fueron diversas, dependiendo de las diferentes generaciones y de las distintas partes de Europa. La Reforma fue, entre otras cosas, un debate en torno al conocimiento religioso en el que Lutero y otros sostuvieron que los legos tenían derecho a compartir dicho conocimiento. En Italia, Inglaterra y otros lugares, los reformadores del derecho sostuvieron la idea de que las leyes debían traducirse a la lengua vernácula, a fin de liberar a la gente ordinaria de «la tiranía de los juristas».[220] Algunas sociedades de sabios fueron más o menos secretas, mientras que otras, como la Royal Society de Londres, se propusieron dar publicidad al conocimiento. A largo plazo, el arranque del ideal del conocimiento público fue claramente perceptible a comienzos de la edad moderna, coincidiendo con la invención y el desarrollo de la imprenta.[221]

Se hizo una distinción parecida a ésta entre conocimiento legítimo y conocimiento prohibido, los *arcana Dei*, conocimiento que debía permanecer secreto no sólo para el público general, sino también para la humanidad entera. Que la curiosidad intelectual constituyese una actitud legítima más que una muestra de «vanidad» o un simple pecado fue también objeto de debate. Por ejemplo, el reformador Juan Calvino, siguiendo a san Agustín, condenó la curiosidad, pero en el siglo XVII, como ya hemos visto anteriormente, la palabra «curioso» se utilizó a menudo en sentido positivo para referirse a los sabios, especialmente si éstos eran caballeros.[222]

La distinción entre conocimiento superior y conocimiento inferior (*scientia superior* e *inferior*) defendida por el dominico Giovanni Maria Tolosani en la década de 1540 es una reminiscencia de la importancia de la jerarquía en la organización intelectual del conocimiento en este período.[223] El conocimiento masculino, que incluía el conocimiento de la esfera pública, fue considerado, al menos por los varones, superior al conocimiento femenino, más o menos limitado a la piedad y al ámbito doméstico.

La distinción entre conocimiento «liberal» y conocimiento «útil» tenía ya tras de sí una larga historia. A comienzos de la edad moderna se siguió considerando válida, aunque la valoración relativa de uno y otro tipo de conocimiento inició un proceso de cambio, al menos en algunos círculos. El conocimiento «liberal», como podría ser el conocimiento de los clásicos griegos y latinos, disfrutaba de gran consideración social en 1450, o incluso en 1550, mientras que el conocimiento puramente «útil», por ejemplo de tipo comercial o sobre los procesos de producción, tenía una consideración social baja, justamente como los

comerciantes y los artesanos que lo poseían. De acuerdo con una clasificación medieval que aún mantenía su vigencia a comienzos de la época moderna, las clases superiores veían en los artesanos a practicantes de las siete «artes mecánicas», que tradicionalmente eran las siguientes: fabricación de paños, construcción de barcos, navegación, agricultura, caza, curación y actuación (en el teatro).[224]

Por ejemplo, el matemático inglés John Wallis recordaba en su autobiografía que a comienzos del siglo XVII su disciplina era considerada generalmente como parte no de los «estudios académicos, sino más bien mecánicos», y se la asociaba con «mercaderes, hombres de mar, carpinteros o inspectores». La supuesta superioridad del conocimiento liberal frente al conocimiento útil nos proporciona un vivo ejemplo de las consecuencias intelectuales del predominio del antiguo régimen en lo que Veblen llamó una «clase ociosa». Sin embargo, como veremos, esta superioridad se vio amenazada durante dicho período.

El conocimiento especializado se contrapuso a menudo al conocimiento general o incluso universal. El ideal del «hombre universal» se tomó muy en serio en algunos círculos en la Italia del siglo XV, como testimonia Matteo Palmieri en su tratado en cuatro tomos *Della vita civile*. Según Palmieri, «un hombre es capaz de aprender muchas cosas y de hacerse universal (*farsi universale*) en muchas artes excelentes». El poeta y sabio florentino Agnolo Poliziano fue un defensor de este ideal, como lo demuestra en su pequeño tratado sobre el conocimiento universal, el *Panepistemon*. También lo fue el humanista Giovanni Pico della Mirandola, como se puede ver por la lista de las novecientas tesis que este atrevido sabio, todavía joven, propuso defender en público debate en Roma en 1487. A

Pico lo describió un personaje del diálogo *Ciceronianus* (1528) de Erasmo como un «ingenio hecho a todo» (*ingenium ad omnia factum*).

Conocerlo todo, o al menos conocer algo acerca de todo, siguió constituyendo un ideal a lo largo de este período. Era el ideal del «aprendizaje general», de la *polymathia* o *pansophia*. Esta última fue una palabra clave en los escritos del reformador educativo checo Jan Amos Comenius y sus seguidores. Como afirmó el profesor de Cambridge Isaac Barrow en su tratado *Of Industry*, «difícilmente puede ser un auténtico sabio quien no sea un sabio universal». El conocimiento general se hizo necesario por la «interconexión de las cosas y la dependencia de los conceptos», de tal manera que «una parte del aprendizaje confiere, de hecho, luz a la otra». Este ideal del conocimiento mayoritario estuvo representado por algunos individuos notables como el magistrado francés Nicolas de Peiresc, que se interesó por temas de derecho, historia, matemáticas y egiptología; el académico sueco Olaus Rudbeck, que trabajó en campos como la anatomía, la botánica, la medicina y la historia; el jesuita alemán Athanasius Kircher, que escribió, entre otras cosas, sobre magnetismo, matemáticas, minería, música y filología; y Daniel Morhof, cuyo libro sobre el *polyhistor* (1688) contribuyó a que se extendiera el uso de este término para describir el ideal del conocimiento general.[225]

A pesar de todo, este ideal fue quedando gradualmente en el olvido. El escritor religioso Richard Baxter ya observaba con pena la creciente fragmentación del conocimiento en su *Holy Commonwealth* (1659): «Nosotros fragmentamos las artes y las ciencias de acuerdo con la estrechez de nuestras capacidades, y no somos tan pansóficos como para ver el conjunto *uno intuitu*». El artículo sobre los «literatos» (*Gens*

de lettres) de la *Encyclopédie* mostraba una actitud más resignada, declarando que «el saber universal ya no está al alcance del hombre» (*la science universelle n'est plus à la portée de l'homme*). Lo único que se podía hacer era tratar de evitar una especialización de cortas miras dando alas a un «espíritu filosófico».

El «conocimiento libresco», como se decía a veces, se diferenció en ocasiones, incluso por parte de miembros de la intelectualidad, del conocimiento directo de las cosas. Comenius, por ejemplo, recalcó la importancia de estudiar cosas más que palabras. Una distinción parecida a ésta subyacía ya a la crítica de palabrería y sofistería —la «jerga de las escuelas»— que los humanistas lanzaban contra los filósofos escolásticos.[226] El conocimiento cuantitativo se distinguió del conocimiento cualitativo y cada vez se tomó más en serio. Como afirmara Galileo en una declaración famosa, el libro de la naturaleza está escrito en el lenguaje de las matemáticas. Desde mediados del siglo XVII, la información útil para el Estado se ordenó cada vez más en forma de «estadísticas».

Llegamos a un punto que es central en este capítulo: el conocimiento académico y sus diversos campos. «Campo» es una metáfora reveladora de conocimiento y ya tiene tras de sí una larga historia en la cultura occidental, remontándose por lo menos hasta Cicerón. En el artículo de la *Encyclopédie* citado anteriormente, se recomienda a las *gens de lettres* que penetren en diversos «campos», aunque no puedan cultivarlos todos. El término empleado en francés, *terrain*, evoca en nosotros una imagen de campesinos-sabios que defienden su terruño intelectual contra las usurpaciones de sus vecinos de disciplina. El «imperativo territorial» fue —y todavía es— tan importante

en el mundo intelectual como en el ámbito de la política y de la economía. El tema de este capítulo podríamos describirlo también acertadamente como una geografía histórica de la «academia» a comienzos de la edad moderna y sus diversos «dominios» o, como diría Linneo, sus «reinos» (*regna*).[227]

Otra metáfora clave del siglo XVI, y ya antes de la Edad Media, para representarse el sistema del conocimiento fue la del árbol y sus ramas. Además de árboles del conocimiento como el *Arbor Scientiae* de Ramon Llull (véase la figura 5), escrito en torno al 1300 pero reimpreso varias veces en la primera parte de la época moderna, hubo árboles de la lógica (el llamado «Árbol de Porfirio»), árboles genealógicos, árboles de la gramática, árboles del amor, árboles de batallas e incluso un Árbol de los jesuitas (a imitación del Árbol de Jesé, con Ignatius en la raíz).[228] Lo que nosotros calificaríamos como un «organigrama» del gobierno francés fue descrito en 1579 como «El árbol de los estados y los oficios de Francia» (véase la figura 6), mientras que en 1612 el jurista alemán Ludwig Gilhausen publicó un tratado titulado *Arbor Judiciaria* («El árbol de los juicios»).

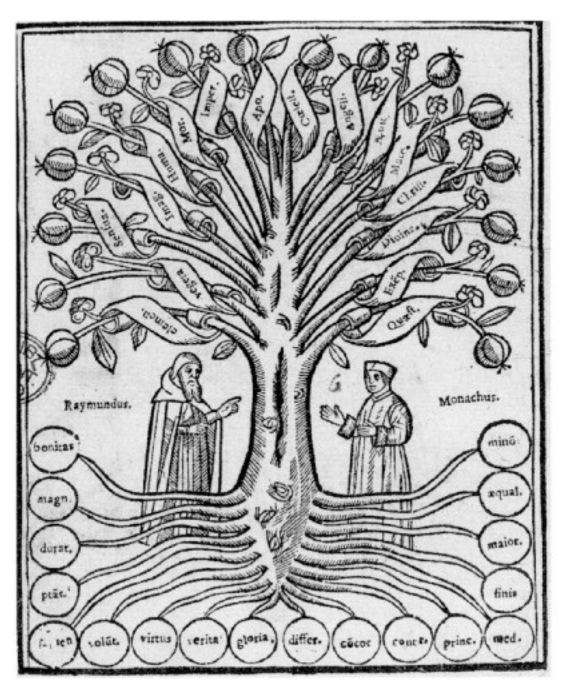


FIGURA 5. *Árbol del conocimiento*, cubierta del *Arbor Scientiae*, de R. Llull (1515; reimpresión 1635). Copia de la Biblioteca de la Universidad de Cambridge (Pryme 3.52).

La idea del árbol sugería una distinción entre dominante y subordinado, entre tronco y ramas. Llull y Gilhausen siguieron la metáfora en sentido descendente hasta las raíces y en sentido ascendente hasta las ramitas, flores y frutos. La imagen del árbol ilustra un fenómeno central en la historia cultural: la naturalización de lo convencional o la presentación de la cultura como si se tratase de naturaleza, del invento como si fuese un descubrimiento. Esto implica negar que los grupos sociales son responsables de las clasificaciones, con lo cual se refuerza la reproducción cultural y se opone resistencia a la innovación.

En lugar del «árbol», durante el siglo XVII se empezó a utilizar un término más abstracto para describir la organización del conocimiento. Este término (relacionado con los antiguos filósofos estoicos) fue «sistema», aplicado

tanto a disciplinas específicas como al conjunto del conocimiento, como en el caso del «sistema de sistemas» que presentaron Bartholomaeus Keckermann y Johann Heinrich Alsted.[229] Trescientos cincuenta años antes que Foucault, en 1612, Alsted utilizó la metáfora de la «arqueología» para describir el análisis de los principios subyacentes al sistema de disciplinas. Para conocer cómo se introdujo la clasificación del conocimiento académico en la práctica cotidiana de las universidades europeas, tal vez merezca la pena analizar sucesivamente tres subsistemas, una especie de trípode intelectual compuesto de currículos, bibliotecas y enciclopedias.

No debería darse por sentado que cualquiera de los tres sistemas fuese un reflejo directo y sin problemas de categorías mentales generales o ideas sobre la organización del conocimiento. Sin duda sería posible ofrecer explicaciones interiorizadas o locales de los desarrollos de cada área. Por ejemplo, el currículo se ha visto afectado a veces por la micropolítica de las universidades: posible fundación de una nueva cátedra como resultado de una campaña coronada por el éxito. Por otra parte, el currículo puede cambiar en respuesta a algo que se percibe como una necesidad pedagógica, como sucedió, por ejemplo, en el siglo XVIII en Aberdeen, donde se desplazó la lógica de los primeros cursos de carrera en razón de que el conocimiento concreto (como había defendido Comenius) debía preceder a las abstracciones.[230]

A su vez, la organización de las bibliotecas estuvo obviamente sujeta a dos tipos de limitaciones, las financieras y las arquitectónicas.[231] Las enciclopedias fueron productos que se vendieron en el mercado libre y, por lo tanto, estuvieron sujetas a las presiones de dicho mercado, tema

sobre el que insistiremos en otro capítulo. Sin embargo, donde los tres sistemas se solapan, las categorías fundamentales expresan probablemente los supuestos de la población universitaria, si no de la población en general, o, como solía decir el historiador francés Lucien Febvre, su «bagaje intelectual» (*outillage mental*).

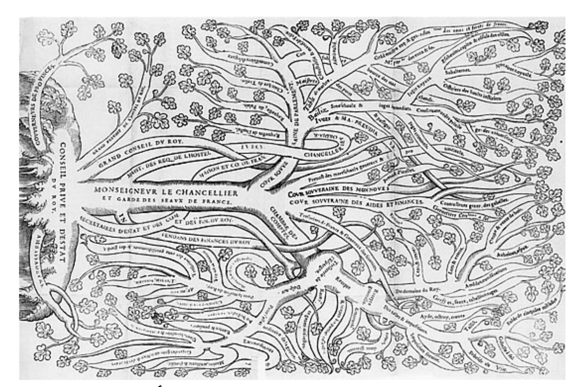


FIGURA 6. Árbol de los oficios franceses, en Charles de Figon, *Discours des États* (París, 1579), Biblioteca de la Universidad de Cambridge (Pryme D. I, lámina plegable).

Disciplina y enseñanza

El currículo es una metáfora extraída del atletismo clásico. Como la «carrera», es el camino que los estudiantes tenían que seguir. Era un orden o sistema de «disciplinas». En la antigua Roma, las artes y la ley ya fueron descritas —por ejemplo, por Cicerón y Varrón— como *disciplinae*, una palabra derivada de *discere*, «aprender». A comienzos de la época moderna, el humanista español Luis Vives, por ejemplo, utilizó esta misma palabra en un contexto académico.[232] No se trataba de un término neutral. En el mundo clásico, la disciplina se asociaba con el atletismo, con el ejército y con la filosofía de los estoicos, que subrayaban la importancia del autocontrol. Durante la Edad Media, la disciplina se asoció con monasterios, con penitencia y con flagelación. En el siglo XVI, los calvinistas en particular hablaron de la disciplina eclesiástica, mientras que algunos escritores laicos, concretamente Maquiavelo, se refirieron a la disciplina militar, como en la época romana. Todas estas asociaciones se deben tener en cuenta cuando se habla sobre el conocimiento porque el siglo XVI asistió a un movimiento «disciplinario» —los alemanes hablaban de *Disziplinierung*— en las escuelas, las universidades y las iglesias.

Al hablar de «disciplinas» en plural se corre el peligro de proyectar los conflictos disciplinarios de una época posterior en los primeros siglos de la época moderna. Las disciplinas científicas en particular han sido descritas como una

«invención» de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX.[233] El anacronismo es un peligro constante. Sin embargo, también hay que tener en cuenta el peligro opuesto de distinguir de forma excesivamente marcada —como en el caso del debate sobre la «profesionalización»— entre los primeros siglos de la edad moderna y los siglos posteriores. Lo realmente nuevo en torno al año 1800 no fue tanto la idea de una disciplina cuanto su institucionalización en forma de «departamentos» (término utilizado por primera vez en inglés en 1832, según el *Oxford English Dictionary*) académicos. Estos departamentos tampoco fueron en realidad una invención nueva, sino más bien la elaboración de lo que la universidad medieval llamó «facultades», un término flexible que podía aplicarse tanto a una habilidad como a una rama del saber y a un grupo corporativo.

Sería fácil tomar el lenguaje de las «facultades» demasiado literalmente y de esa manera exagerar la importancia de las fronteras existentes entre materias en la «academia» de comienzos de la edad moderna. Un pequeño grupo de hombres dotados de talento asintió gustosamente a enseñar diversas materias y el sistema académico se lo permitió. El «químico» Andreas Libavius enseñó historia y poesía en Jena, mientras que el «científico político» Herman Conring enseñó medicina en Helmstedt. El filósofo naturalista holandés Herman Boerhaave dividió sus conocimientos en cátedras de medicina, botánica y química al mismo tiempo en la Universidad de Leiden. El problema de la «autonomía», otra metáfora reveladora que confirma las analogías de Elias entre departamentos universitarios y naciones-Estados, todavía no se había planteado, al menos de forma crítica. Por ejemplo, las matemáticas y la astronomía han sido descritas como materias

«semiliberadas» en Oxford y Cambridge. En principio, continuaron formando parte de la filosofía, aunque en la práctica gozaron de cierta independencia.[234]

ORGANIZACIÓN DE LOS CURRÍCULOS

En 1450 el currículo de las universidades europeas, una red que se extendía desde Coimbra hasta Cracovia, era notablemente uniforme, lo que permitía que los estudiantes pasasen con relativa facilidad de una institución a otra (práctica conocida como la *peregrinatio academica*).[235] El primer título era la licenciatura y las artes en las que el estudiante podía convertirse en licenciado eran las siete «artes liberales», divididas en dos secciones: la más elemental, el *trivium*, dedicada al lenguaje (gramática, lógica y retórica), y la más avanzada, el *quadrivium*, dedicada a los números (aritmética, geometría, astronomía y música). En la práctica, también había un lugar para las «tres filosofías»: la ética, la metafísica y la conocida como «filosofía natural». El estudio de esta última materia se hacía con especial referencia a dos obras de Aristóteles: la *Física* y el tratado *Del alma*.[236]

Una vez obtenido el primer título o grado, el estudiante podía seguir una carrera en una de las tres facultades superiores: teología, derecho (o «ley») y medicina. Este esquema ternario no resultaba extraño en la Edad Media, cuando la sociedad se repartía entre los que oraban, los que combatían y los que labraban la tierra, y en el otro mundo se distinguían el cielo, el infierno y el purgatorio. El derecho —o ley— abarcaba las «dos leyes», la civil y la canónica. Generalmente gozó de un rango social superior que la

medicina, pero inferior que la teología, conocida como la «reina de las ciencias». Las facultades «superiores» fueron consideradas más «nobles», otro término que revela la proyección de la jerarquía social en el mundo de la inteligencia. Como veremos más adelante, este sistema medieval se extendió a comienzos de la edad moderna europea, pero propiamente no se reconstruyó. Los diez (3+4+3) elementos básicos conservaron su lugar, pero gradualmente se vieron obligados a compartirlo con un número creciente de recién llegados, como la historia y la química.

A pesar de algunos paralelismos evidentes evocados ya en el capítulo 3, este sistema difería en aspectos cruciales de su equivalente en el mundo del islam. En el sistema musulmán se establecía una distinción fundamental entre las «ciencias extrañas» (esencialmente aritmética y filosofía natural) y las «ciencias islámicas», que, además del estudio del Corán y de los dichos del profeta (*hadith*), incluían el derecho musulmán (*fiqh*), la teología, la poesía y la lengua árabes. En el cristianismo, no obstante el elevado rango de la teología, nunca se introdujo dentro del sistema una distinción entre disciplinas cristianas y no cristianas. De manera parecida, los cristianos utilizaron la palabra *scientia* para referirse indistintamente al conocimiento religioso o secular, mientras que los musulmanes distinguieron el conocimiento religioso (*'ilm*) de los estudios laicos (*'ulum*, «conocimientos» en plural, o *ma'rifa*).[237]

Ordenación de las bibliotecas

La apariencia «natural» del sistema tradicional de disciplinas estuvo reforzada por el segundo pie del trípode: la ordenación de los libros en las bibliotecas. Naturalmente, era de esperar que el «orden de los libros» (*ordo librorum*), como Gesner lo denominó, reprodujese el orden del currículo universitario.[238] Éste, a su vez, también reforzó el sistema de clasificación, como lo sigue haciendo todavía, materializándolo física y espacialmente. Las bibliotecas que han sobrevivido nos permiten estudiar la «arqueología del saber» en el sentido literal de la famosa frase de Foucault, examinando los restos físicos de los antiguos sistemas de clasificación. Los catálogos de bibliotecas públicas y privadas y la organización de bibliografías (que se presentaban como bibliotecas imaginarias, utilizando a menudo el título de *Bibliotheca*) utilizaron con frecuencia el mismo criterio de ordenación, con pequeños cambios y modificaciones.[239] Por ejemplo, el catálogo de la Biblioteca Bodleyana, publicado en 1605, repartía los libros en cuatro grandes grupos —artes, teología, derecho y medicina—, con un índice general de autores e índices especiales de comentadores de Aristóteles y de la Biblia.

La primera bibliografía impresa (1545), un impresionante logro del saber cuya compilación exigió años de trabajo y estudio, fue obra de Conrad Gesner, que se interesaba tanto por la clasificación de libros como por la de animales. Los

títulos de libros registrados fueron unos diez mil, de tres mil autores. Un segundo volumen, titulado *Pandectas* (1548), abordaba la clasificación por temas o, como decía Gesner, los «órdenes universales y particulares» (*ordines universales et particulares*). El volumen comprendía veintiuna secciones. Empezaba con el *trivium* y seguía con la poesía, el *quadrivium*, la astrología; adivinación y magia; geografía; historia; artes mecánicas; filosofía natural; metafísica; filosofía moral; filosofía «económica»; política; y concluía con las tres facultades superiores: derecho, medicina y teología.[240]

Las comparaciones tienen la ventaja de recordarnos que esta manera de ordenar los libros no era la única posible. Por ejemplo, en China la clasificación predominante de los libros entre los siglos VII y XIX, como podemos comprobar en los «Cuatro tesoros» del emperador Qianlong y en otros textos, era muy sencilla, puesto que no comprendía más de cuatro grupos: clásicos, historia, filosofía y literatura.[241] El jurista islámico Ibn Jama'a recomendaba ordenar los libros siguiendo un orden jerárquico diferente del utilizado por los cristianos: «Si entre los libros hay un Corán, éste debería ocupar el primer lugar [...], vendrían a continuación los libros de *hadith*, luego las interpretaciones del Corán, después las interpretaciones de *hadith*, después la teología y después *fiqh*. Si dos libros pertenecen a la misma rama del saber, debería darse la precedencia a aquel que contuviese más citas del Corán y del *hadith*».[242]

La disposición de las enciclopedias

El tercer pie del trípode era la enciclopedia.[243] El término griego *en kyklos paideia*, literalmente «ciclo de aprendizaje», se refirió originalmente al currículo educativo. El término se aplicó finalmente a ciertos libros que en su organización seguían paso a paso los contenidos del sistema educativo, ya fuese para ayudar a alumnos que cursaban sus estudios en instituciones superiores o bien para sustituir a dichas instituciones, es decir, como un libro de autoayuda. No debería sorprendernos comprobar que, en una época en que el ideal del saber universal seguía considerándose al alcance del ser humano, las enciclopedias fueran compiladas a veces por profesores universitarios. Citaré sólo dos ejemplos: Giorgio Valla, que enseñó en Pavía y Venecia, y Johann Heinrich Alsted, que fue profesor en Herborn, Alemania.

Las enciclopedias y sus categorías pueden entenderse como expresiones o personificaciones de una determinada visión del saber, es más, de una visión del mundo (después de todo, de la Edad Media en adelante el mundo ha sido descrito con frecuencia como un libro).[244] De ahí que sea sin duda significativo el hecho de que las enciclopedias medievales se siguieran utilizando a comienzos de la edad moderna e incluso que en algunos casos fueran reimpresas. Por ejemplo, el *Speculum* —es decir, el «Espejo»— de Vincent de Beauvais fue reimpreso en Venecia en 1590 y de nuevo en Douai en 1624. En esta última ocasión, adaptando

la metáfora del título al momento de la impresión, el libro se tituló *Bibliotheca Mundi*.

La enciclopedia de Vincent estaba dividida en cuatro partes, dedicadas respectivamente a los mundos de la naturaleza, la doctrina, la moralidad y la historia. Las enciclopedias del siglo XVI también estaban organizadas temáticamente, correspondiendo a menudo las principales categorías a las diez disciplinas de la universidad medieval. La enciclopedia de Gregor Reisch, por ejemplo, publicada por primera vez en 1502 y reimpresa en múltiples ocasiones a lo largo del siglo XVI, estaba dividida en doce libros que resumían los contenidos del *trivium* y del *quadrivium*, la filosofía natural y la filosofía moral. Por otra parte, Giorgio Valla, como buen humanista, combinó el *trivium* con la poesía, la ética y la historia en su enciclopedia (1501).[245]

Llegados a este punto, puede ser instructivo volver a la organización de las enciclopedias chinas, tal como aparecen en los textos impresos de las dinastías Ming y Qing más que en la vivaz imaginación de Borges. Una organización habitual de los contenidos era la siguiente: fenómenos celestes, geografía, emperadores, naturaleza y conducta humanas, gobierno, ritos, música, ley, burocracia, rangos de nobleza, asuntos militares, economía doméstica, propiedad, vestido, vehículos, herramientas, alimentos, utensilios, oficios, ajedrez, taoísmo, budismo, espíritus, medicina e historia natural. Merece la pena poner de relieve la contraposición que existe entre la complejidad de este sistema y la sencilla clasificación de las bibliotecas chinas.[246]

TEMAS COMUNES

Hasta aquí nuestras consideraciones sobre la organización intelectual del conocimiento se han movido siempre en lo que podríamos llamar el macronivel. También hay algo que decir acerca del micronivel. En su *Organon* (literalmente «instrumento»), Aristóteles había expuesto un sistema de diez categorías generales (sustancia, cantidad, cualidad, relación, lugar, tiempo, posición, condición, acción y pasión). Estas categorías eran ampliamente conocidas y utilizadas (a decir verdad, las seguimos utilizando todavía, aunque hoy han perdido su carácter de sistema cerrado). En su tratado sobre la lógica, el humanista holandés del siglo XV Rudolf Agricola dedujo de las categorías aristotélicas veinticuatro temas que permitirían dar con el razonamiento preciso más rápidamente. Los temas podrían utilizarse como «casilleros» (*niduli*), al decir de Erasmo.[247]

Sobre esa pauta iniciada por Agricola, Philipp Melanchthon, amigo y colega de Lutero, publicó un manual de teología que alcanzó amplia difusión con el título de *Loci communes rerum theologicarum* (1521). Distribuía la materia de acuerdo con sus «lugares» (*loci*) o «apartados» (*capita*) específicos, o, como diríamos nosotros sirviéndonos de las mismas metáforas, por «temas» y «títulos» tales como Dios, creación, fe, esperanza, caridad, pecado, gracia, sacramentos, etc. Por su parte, los católicos pudieron recurrir al tratado *De locis theologicis* (1563), del dominico español Melchor

Cano. De manera parecida, el jesuita español Francisco Labata ofreció, en *Instrumentum predicatorum* (1614), una lista alfabética de temas comunes morales y teológicos tales como las virtudes, los siete pecados mortales y los cuatro novísimos (muerte, juicio, infierno y gloria). También en otras disciplinas, concretamente en derecho y filosofía natural, se hicieron esfuerzos por desarrollar este mismo tipo de manuales. A menudo se yuxtapusieron aspectos opuestos como laboriosidad y ociosidad, sin duda porque se juzgaba que esta drástica contraposición impulsaba la adquisición del conocimiento, tema sobre el que se darán más detalles en el capítulo 8.[248]

El médico suizo Theodor Zwinger reunió todos estos temas comunes específicos de cada disciplina con otros más generales en una ambiciosa enciclopedia de temas titulada «Teatro de la vida humana» (1565). Se basaba en los manuscritos —probablemente libros sobre temas comunes— que le había legado otro sabio suizo, Conrad Lycosthenes, pero que Zwinger reordenó por su cuenta. La segunda edición, publicada en 1586-1587, fue ampliada hasta alcanzar cuatro volúmenes. En el siglo XVII, la obra del protestante Zwinger, revisada y ampliada de nuevo por el católico flamenco Laurentius Beyerlinck, que le dio un matiz religioso diferente, fue publicada con el mismo título en ocho volúmenes en Lovaina en 1656. Una simple ojeada a la *Cyclopedia* de Chambers muestra que la tradición de los temas comunes seguía viva en pleno siglo XVIII.[249]

Reorganización del sistema

Es evidente que los pies del trípode se apoyaban el uno en el otro, fomentando de esa manera la reproducción cultural al hacer que las categorías pareciesen algo natural y las alternativas antinaturales o incluso absurdas. La pervivencia de ciertas concepciones tradicionales del conocimiento podemos ilustrarla comparando dos libros donde se trata de los conflictos de precedencia entre las facultades universitarias. El primero de esos libros lo escribió el humanista florentino Coluccio Salutati a comienzos del siglo XV; el segundo es de Immanuel Kant, casi tres siglos posterior. Ambos se centran en los conflictos entre teología, derecho y medicina porque estas facultades «superiores» siguieron ejerciendo su predominio a lo largo de los primeros siglos de la edad moderna. A pesar de todo, entre el Renacimiento y la Ilustración se produjeron importantes cambios en el sistema del conocimiento académico, todos con la intención de «trazar de nuevo el mapa del conocimiento» así como de «remodelar las instituciones». [250]

El equilibrio entre continuidad (o reproducción) y cambio fue desplazándose gradualmente en favor del último. En el plano teórico, este desplazamiento se puso de manifiesto en la cantidad de esquemas o proyectos presentados para reformar la clasificación del conocimiento. Algunos de estos esquemas los propusieron filósofos famosos como Bacon, Descartes, Locke y Leibniz. En concreto, Leibniz se interesó

por la reforma de las bibliotecas y de las enciclopedias.[251] Otros esquemas fueron obra de personajes a quienes la posteridad ha tomado menos en serio, de «sistematizadores» profesionales como Ramus, Keckermann, Alsted y Kircher.

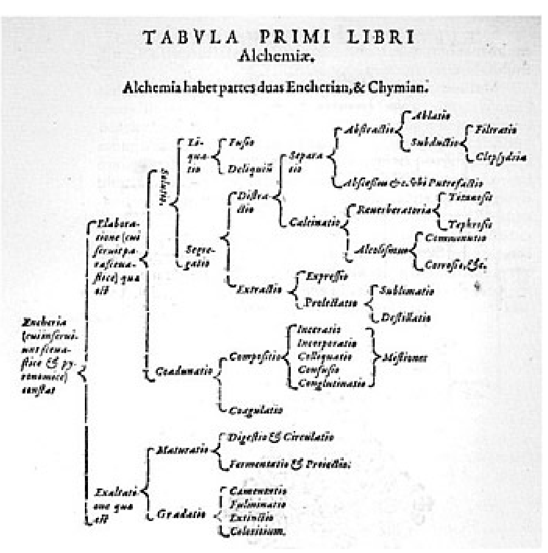


FIGURA 7. *Tabula primi libri*, en Andreas Libavius, *Alchemia* (Francfort, 1597), sig. b2, verso; copia en la Biblioteca de la Universidad de Cambridge (L. 4.14).

El académico francés Petrus Ramus criticó las clasificaciones utilizadas y recomendadas por Aristóteles y Cicerón, afirmando que la propuesta por este último era confusa y había entremezclado las artes. Ramus trazó de nuevo la frontera entre lógica y retórica. En su propio sistema, algunas oposiciones binarias presentadas de forma esquemática desempeñaban un papel de primer orden.[252] Sus seguidores aceptaron estas «dicotomías» en enciclopedias como el «Teatro» de Zwinger y también en libros de texto. Por ejemplo, Andreas Libavius, que por cierto se opuso a Ramus en otras cuestiones, presentó la química de la manera que ilustra la figura 7. A su vez, en la década de 1580 Thomas Frey (Freigius) y Abraham Fraunce aplicaron el análisis de Ramus a la ley: el primero de ellos a

la ley civil y el segundo a la ley común. Una descripción de la Toscana que publicó en 1605 el inglés Robert Dallington incluía nada menos que un «análisis del discurso» que seguía estas mismas coordenadas.

El francés Christofhe de Savigny utilizó un esquema ovalado para presentar una clasificación más fluida o flexible de «todas las artes y las ciencias» (véase la figura 8). La forma ovalada está determinada por una cadena continua en cuyas dieciocho argollas mayores se enuncian, junto a las disciplinas del *trivium* y del *quadrivium*, las tres facultades superiores, la poesía, la óptica, la geografía, la cosmografía, la física, la metafísica, la ética y la cronología. En el centro de la imagen flotan otros setenta y cinco óvalos, atados por cuerdas como si de ristras de globos se tratase, en los que se explicitan subdivisiones de las dieciocho disciplinas principales. El gráfico muestra de una forma más flexible que las dicotomías de Ramus las conexiones interdisciplinarias (o, en palabras del mismo Savigny, *la suite et liaison* de todas las artes y ciencias).

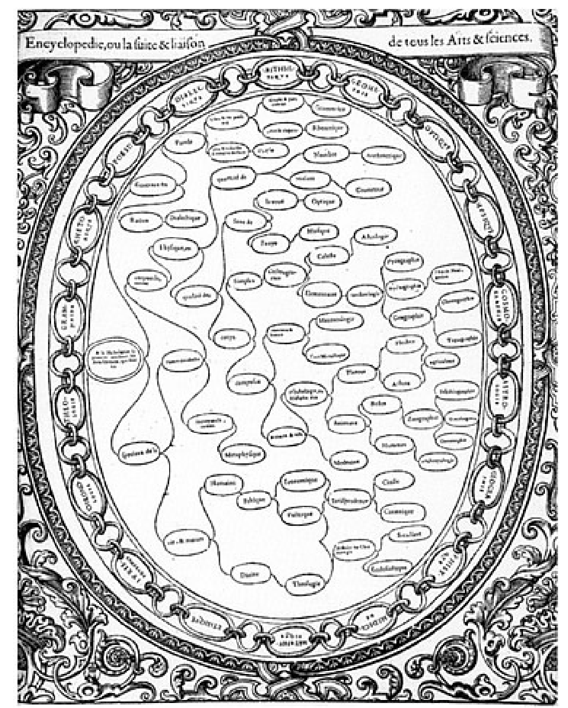


FIGURA 8. Ch. Savigny, *Tableaux accomplis*, 1587, París, Biblioteca Nacional.

Las sugerencias de Ramus no fueron bien acogidas por todos. Su crítica de Aristóteles, por ejemplo, a algunos de sus contemporáneos les pareció una especie de crimen de lesa majestad, algo que Christopher Marlowe escenificó en su drama *The Masacre at Paris* [«La matanza en París», 1591-1592], cuando el duque de Guisa, a punto de matar a Ramus por herético, le pregunta: «¿No fuiste tú quien se mofó del *Organon* /, afirmando que era un manojo de frivolidades?». A pesar de estas reservas, algunas de las críticas de Ramus tuvieron una amplia aceptación y se hicieron tentativas para incorporarlas en soluciones eclécticas al problema de la clasificación del conocimiento. Alsted, por ejemplo, trató de combinar Aristóteles con Ramus y también con Ramon Llull, a cuyo árbol del conocimiento he aludido ya en páginas anteriores. La obra de Kircher *Ars magna scientiae* [«El gran

arte del conocimiento»] representó otro intento de una nueva síntesis, una vez más utilizando a Llull. También Leibniz debatió tanto la obra de Llull como la de Alsted.[253]

La solución de Francis Bacon a este problema fue extraordinariamente atrevida, propia de un hombre que manifestó su intención de reemplazar a Aristóteles al escoger para una de sus obras el título de *Novum Organon.* Bacon convirtió las tres facultades mentales —memoria, razón e imaginación— en la base de su esquema, asignando, por ejemplo, la historia a la categoría de la «memoria», la filosofía a la «razón» y la poesía a la «imaginación».[254] Un estudio que investigase la situación de currículos, bibliotecas y enciclopedias durante los siglos XVII y XVIII sugeriría que la clasificación de Bacon fue la que tuvo más éxito de los diversos intentos que se hicieron entonces.

El currículo reorganizado

La reorganización del currículo parece haber seguido ciertas pautas. Hay una tendencia recurrente a la diferenciación, la especialización e incluso a lo que podríamos llamar la «balcanización».[255] Las nuevas disciplinas consiguen su autonomía tras un proceso de fragmentación, como las nuevas naciones surgidas a finales del siglo XX. En su historia de la Academia Francesa de las Ciencias (1709), su secretario, Bernard de Fontenelle, comparó el estado que presentaba la física en 1650 con el de «un gran reino desmembrado» (*un grand royaume démembré*), en el cual «provincias» como la astronomía, la óptica y la química se habían «independizado virtualmente». Hemos vuelto al problema de la territorialidad.

La reorganización del currículo adoptó formas diferentes en las distintas universidades, aunque se pueden percibir claramente algunas tendencias generales. En algunos lugares, como en las Universidades de Bolonia y Roma, el cambio fue gradual: poco a poco el equilibrio entre el *trivium* y el *quadrivium* se fue perdiendo en beneficio del último.[256] En muchas universidades un sistema alternativo del *trivium* y del *quadrivium* invadió o impregnó el currículo. Así se ha de considerar el sistema de los *studia humanitatis*, que abarcaba cinco materias: gramática y retórica (como en el *trivium*) y además poesía, historia y ética. A veces las materias nuevas penetraron en el currículo

tranquilamente, pero en otras ocasiones, como sucedió con la poesía en la Universidad de Leipzig hacia el año 1500, se desencadenaron amargos conflictos.

El afianzamiento de la historia en particular se vio estimulado por las vinculaciones seculares de esta materia con el derecho y la política (entendida ésta como una carrera, y no como una simple disciplina). Por ejemplo, en el siglo XVIII, si no antes, el estudio de la historia internacional se consideró un buen entrenamiento para diplomáticos en París. Se enseñaba en la academia política fundada en 1712 en París por Torcy, ministro de Asuntos Extranjeros, y en Estrasburgo en la década de 1750. La fundación de las cátedras regias de historia en Oxford y Cambridge a comienzos del siglo XVIII tuvo parecidas motivaciones.[257]

La geografía, también conocida como cosmografía, fue otra de las disciplinas que empezaron a ganar peso en la universidad a comienzos de la época moderna, así como en los colegios de los jesuitas.[258] En Heidelberg, en la década de 1520, Sebastian Münster, que posteriormente se daría a conocer como autor de un famoso tratado de cosmografía (1544), dio clases de geografía. En Oxford, en la década de 1570, las impartió Richard Hakluyt, antes de hacerse famoso como editor de libros de viaje. La necesidad de ampliar los conocimientos en geografía en una época de descubrimientos y de expansión imperialista era evidente y, como ya hemos dicho, en la Casa de Contratación de Sevilla se enseñó cosmografía a los navegantes. El hecho de que los antiguos griegos y romanos, como Tolomeo y Estrabón, hubieran tomado en serio esta materia también contribuyó a que la geografía ganase respetabilidad. En el mismo sentido actuó el nexo existente entre geografía y astronomía, entre el globo terrestre y el globo celeste. En algunos casos la

geografía la enseñaron profesores de astronomía, lo que nos da a entender que la nueva asignatura se introdujo en la universidad más fácilmente por llegar pegada a los talones de una disciplina ya establecida. De todos modos, el hecho de que a Philipp Cluverius se le concediera un puesto pagado de investigador en geografía en la Universidad de Leiden en 1616 puede ser una señal de la dificultad de encajar la geografía en el currículo, así como del interés de la universidad por la investigación, un interés que no era normal en aquella época.[259]

La «filosofía natural» se fue independizando gradualmente del *quadrivium* para después fragmentarse en materias virtualmente independientes, tales como física, historia natural, botánica y química. Por ejemplo, la primera cátedra de historia natural se fundó en Roma en 1513. Las siguientes lo fueron en Ferrara y Pisa. Leiden dispuso de una cátedra de botánica en 1593, Oxford en 1669 y Cambridge en 1724. La química llegó algo más tarde: a Cambridge en 1702, a Uppsala en 1750 y a Lund en 1758. En los casos de la botánica y la química, su reconocimiento como nuevas asignaturas otorgó una respetabilidad académica a ciertas formas tradicionales de conocimientos alternativos, el de la «gente mañosa» y el de los alquimistas. Las nuevas materias universitarias de cirugía y farmacia también representan un nivel determinado de reconocimiento de conocimientos alternativos, ya que durante el siglo XVII a los aprendices de estas «artes» se les permitió asistir a las clases en algunas facultades universitarias de Francia.[260]

Lo que podríamos describir como el «principio de subirse al carro de otro» también actuó aquí, pues tanto la botánica como la química lograron hacerse un hueco en la universidad gracias a su estrecha vinculación con la antigua

facultad de medicina como materias «auxiliares», literalmente «criadas» al servicio de la disciplina «dueña», gracias a los poderes curativos de ciertas hierbas y preparados químicos. Por ejemplo, Cesare Cesalpino realizó su trabajo botánico mientras era profesor de medicina en Pisa y Rembert Dodoens enseñó botánica cuando ocupaba una cátedra de medicina en Leiden. En 1609 se fundó una cátedra de química médica en la Universidad de Marburgo. Georg Stahl dio clases de química en la Universidad de Halle, a pesar de haber sido contratado para enseñar medicina, y ya nos hemos referido a la forma en que Boerhaave compaginó la medicina con la botánica y la química.[261]

Incluso es posible que la vinculación con la medicina contribuyese a que otra disciplina nueva, la política, entrase en el currículo. Las imágenes contenidas en expresiones como «cuerpo político», «médico del Estado», «anatomía política», etc., eran algo más que simples metáforas, especialmente antes de 1700. Cuando Conring enseñó medicina y política en la Universidad de Helmstedt a mediados del siglo XVII, esta combinación de materias no debía de resultar entonces tan extraña como lo es ahora. Después de todo, el alquimista Johann Joachim Becher, que había recibido formación médica, afirmaba tener derecho a hablar sobre política porque el lema de ambas materias era «el bienestar del pueblo es la ley suprema» (*salus populi suprema lex*).[262]

Sin embargo, en el caso de la política y la economía fue una disciplina ya establecida, la filosofía, la que contribuyó a la entrada de ambas en el currículo académico. Keckermann reformó el currículo en el gimnasio de Danzig añadiendo en el tercer año clases sobre ética, política y «economía»

(*disciplina oeconomica*), en el sentido griego antiguo de «gobierno de la casa». En Halle, a finales del siglo XVII, Christian Thomasius enseñó política y economía, que para él no eran otra cosa que «filosofía práctica» (*philosophia practica*).[263]

La consolidación de la política y, más lentamente, de la economía política se vio secundada también por las necesidades del Estado centralizador. La política se consideraba cada vez menos un «arte», que se había de aprender por la práctica, y más una «ciencia» (*scientia, Wissenschaft*), que podía sistematizarse y enseñarse de forma académica. Conring, por ejemplo, utilizó la expresión *scientia politica.* En los países de habla alemana, a partir del último cuarto del siglo XVII, se puso de moda la palabra *Polizeywissenschaft* («ciencia política»), que otros sustituían por *Statsgelartheit* o *Staatswissenschaft.* Esta materia se enseñó fuera de las universidades, en colegios especiales para funcionarios, antes de que en 1727 se fundasen cátedras de la asignatura en las Universidades de Halle y Francfort del Oder.

Por lo que a la «economía política» se refiere, se desarrolló a partir de la administración doméstica en un momento en que se consideraba que el Estado era una enorme casa familiar. Al parecer, la expresión la acuñó el dramaturgo protestante francés Antoine de Montchrestien en su *Traité de l'économie politique* (1615). Sin embargo, la entrada de esta nueva disciplina en el sistema académico no se produjo hasta el siglo XVIII, lo cual supuso el reconocimiento y la teorización del conocimiento práctico de mercaderes, banqueros y especuladores de la Bolsa. Fue muy apropiado que Carl Ludovici, autor de una importante enciclopedia sobre el comercio, se hiciera cargo de una

cátedra de «conocimiento del mundo» (*Weltweisheit*) en la Universidad de Leipzig a partir de 1733 (el hecho de que pudiera fundarse una cátedra con semejante título parece indicar que esa universidad tenía una actitud abierta respecto a la innovación en ese punto).

La introducción de la economía en el ambiente académico no fue siempre sencilla y sin problemas. Adam Smith, que había sido contratado por la Universidad de Glasgow como profesor de filosofía moral, no estuvo en condiciones de escribir la obra *La riqueza de las naciones* hasta que no renunció a su cátedra para convertirse en el tutor ambulante de un aristócrata, aunque es verdad que tuvo la oportunidad de poner a prueba sus ideas sobre «los principios generales de la ley y el gobierno» de manera informal en una clase «privada» en la universidad durante los años 1762-1764.

Smith habría encontrado un ambiente académico más favorable a sus ideas de haber vivido en el mundo de habla alemana o en Nápoles. Por ejemplo, en 1727 en Halle y en Francfort del Oder se fundaron cátedras de la asignatura que entonces se conocía como *Cameralia Oeconomica*. A éstas siguieron otras: en Rinteln (1730), en Viena (1751), en Gotinga (1755), en Praga (1763) y en Leipzig (1764). En Nápoles se creó en 1754 una cátedra de «economía política» —la primera de Europa con este nombre— para Antonio Genovesi, mientras que en la Universidad de Moscú, fundada un año más tarde, la economía (conocida como *kameralija* o *kameral'nykh nauk*) formó parte del programa académico virtualmente desde el comienzo.[264] Entonces la nueva disciplina estaba ya lo suficientemente establecida como para echarle una mano a la química: en las universidades alemanas y suecas las cátedras de química se ubicaron en la facultad de *Kameralistik*. Además, entonces la economía también había empezado a fragmentarse dando

lugar a especialidades como la silvicultura o ciencia forestal (*Forstwissenschaft*), que basaba sus aspiraciones por gozar de consideración científica en el empleo de los métodos cuantitativos más recientes.[265]

Reorganización de las bibliotecas

Asimismo, en relación con las bibliotecas se suscitó el interés por la reclasificación, en parte como resultado de los cambios que se habían producido en la organización de las universidades y también como consecuencia de la multiplicación de los libros que siguió a la invención de la imprenta. El torrente de libros alarmó a algunos sabios. Un escritor italiano, Antonfrancesco Doni, ya se quejaba en 1550 de que había «tantos libros que no tenemos ni tiempo de leer los títulos». Comenius se refería a «la enorme cantidad de libros» (*granditas librorum*) y un sabio francés de finales del siglo XVII, Basnage, al «diluvio» de libros.[266] Antes que el orden de los libros, lo que muchos contemporáneos percibían era el «desorden de los libros» que tenía que ser sometido a control. Incluso Gesner, que acuñó la expresión *ordo librorum* («fila/hilera de libros»), se quejaba de «esa confusa e irritante multitud de libros» (*confusa et noxia illa librorum multitudo*).[267]

En este ámbito, la frontera intelectual era necesariamente más abierta que en el caso del currículo, puesto que, al tratarse de objetos materiales, los libros tenían que colocarse en algún lugar y podía suceder muy bien que no encajasen dentro de ninguna categoría tradicional. Por ejemplo, los libros sobre política proliferaron en este período, como queda claramente reflejado en bibliografías temáticas como el *De studio politico ordinando* (1621), del académico alemán

Christoph Colerus, o la *Bibliographia politica* (1633), del sabio y bibliotecario francés Gabriel Naudé. Las bibliografías, una forma de libro de consulta cuyo uso se difundió sin cesar en este período, han sido descritas como «bibliotecas sin muros» capaces de viajar a través de toda Europa.[268]

Los catálogos opusieron sin duda menor resistencia a la novedad que los currículos. Por ejemplo, la bibliografía general de Gesner de 1548 ya dedicaba un espacio a la política junto a materias como filosofía económica, geografía, magia y artes mecánicas. Esta biblioteca imaginaria sirvió de base para los catálogos de bibliotecas concretas, como la biblioteca imperial de Viena en la época en que estuvo de bibliotecario el humanista Hugo Blotius. El sabio español Francisco de Aráoz propuso un sistema nuevo y complejo en el tratado titulado *Cómo organizar una biblioteca* (1631). Aráoz distribuyó los libros en quince «predicamentos» o categorías. Cinco de estas categorías eran religiosas: teología, estudios bíblicos, historia eclesiástica, poesía religiosa y las obras de los padres de la Iglesia. Diez eran de tipo secular: diccionarios, obras sobre temas comunes, retórica, historia civil, poesía profana, matemáticas, filosofía natural, filosofía moral, política y derecho.

Una solución más sencilla para este problema es la que refleja un grabado que representa el interior de la biblioteca de la Universidad de Leiden en 1610 (véase la figura 9). En él se muestran los libros distribuidos en siete categorías: las facultades tradicionales de teología, derecho y medicina, juntamente con matemáticas, filosofía, literatura e historia. El catálogo de esta misma biblioteca, publicado en 1595, utiliza las siete categorías citadas, mientras que el catálogo de 1674 añadió una octava categoría: «libros orientales» (en

ese momento la universidad ya era ampliamente conocida por su contribución a los estudios orientales).

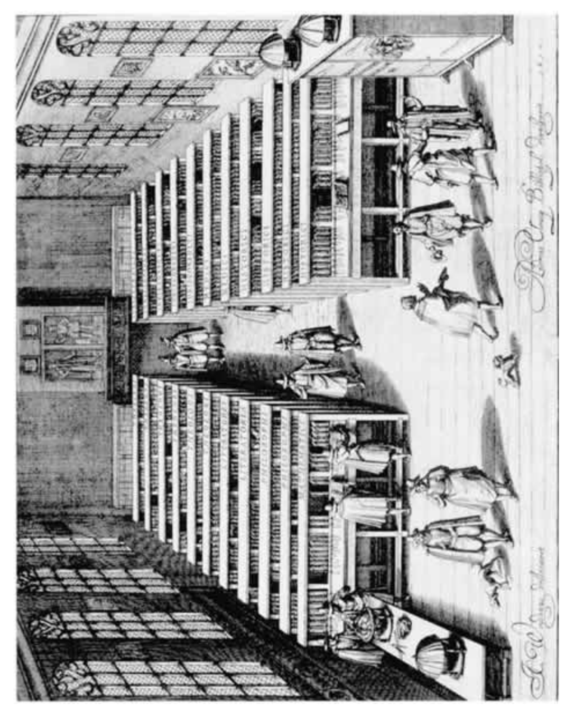


FIGURA 9. J. C. Woudanus, *Biblioteca de la Universidad de Leiden* (1610), grabado de W. Swanenburgh, Biblioteca de la Universidad de Leiden.

Otra solución sencilla fue la sugerida por Gabriel Naudé. En su *Advis pour dresser une bibliothèque* (1627), cuyo séptimo capítulo está dedicado a la cuestión de la clasificación, Naudé declaraba que un montón de libros no era una biblioteca, de la misma manera que una masa de soldados no era un ejército, y criticaba la famosa Biblioteca Ambrosiana de Milán por carecer de una clasificación temática y porque sus libros «están amontonados confusamente» (*peslemelez*). También criticó los «caprichosos» esquemas de clasificación porque lo decisivo de un esquema era simplemente encontrar libros «sin fatiga, sin dificultad y sin confusión». Por esta razón, él recomendaba seguir el orden de las facultades de teología, de

medicina y de derecho, juntamente con «la historia, la filosofía, las matemáticas, las humanidades y otras».[269]

Estas soluciones eran de tipo pragmático. Barajaban las cartas de las diversas disciplinas, pero dejaban en suspenso otros problemas más fundamentales. Parafraseando a Platón, me atrevería a decir que para poner orden en el mundo de los libros se requieren o bien filósofos bibliotecarios o bien bibliotecarios filósofos, combinando los talentos del filósofo pragmatista John Dewey con los de Melvil Dewey, el creador del famoso sistema decimal de clasificación.[270] A finales del siglo XVII este ideal lo encarnó por breve tiempo la persona de Leibniz, que fue el encargado de la biblioteca ducal de Wolfenbüttel. Gracias a este impulso, Leibniz, que en una carta de 1679 escribió que «una biblioteca debería parecerse a una enciclopedia» (*il faut qu'une Bibliothèque soit une Encyclopédie*), ideó un «Plan para ordenar una biblioteca» (*Idea bibliothecae ordinandae*). Leibniz dividía el conocimiento en nueve apartados, tres de los cuales correspondían a las facultades superiores tradicionales de teología, derecho y medicina. Los restantes apartados correspondían a la filosofía, las matemáticas, la física, la filología, la historia y miscelánea. De manera parecida, *Acta Eruditorum* de Leipzig, un periódico que publicaba regularmente recensiones de libros nuevos, los catalogaba dentro de siete categorías: teología (incluida la historia eclesiástica), derecho, medicina (incluida la física), matemáticas, historia (incluida la geografía), filosofía (incluida la filología) y «miscelánea».[271]

Merece la pena que a la categoría etiquetada como «miscelánea» le prestemos algo más de atención de lo que habitualmente se ha hecho. A decir verdad, podría afirmarse que un estudio de los diferentes asuntos que han sido

adscritos a esta categoría a lo largo de los siglos representaría una aportación significativa a la historia intelectual, al destacar todo aquello que se ha resistido a las sucesivas modalidades de clasificación. Samuel Quiccheberg, autor de una guía para ordenar colecciones, utilizó la «filología» como su categoría miscelánea, incluyendo en ella asuntos como la guerra y la arquitectura. El bibliógrafo francés La Croix denominó «mezclas» (*mélanges*) a una de sus siete categorías. Abarcaba los siguientes temas: las memorias, las lecturas recreativas, el paraíso, el purgatorio, el infierno y el fin del mundo. Alsted incluyó en su *Encyclopaedia* (1630) una amplia sección miscelánea (*farragines*), que agrupaba la historia y el arte de la memoria.

La organización de los museos

Los problemas de la clasificación fueron mayores en el caso de los museos que en el de las bibliotecas, debido a que los propietarios o los conservadores de los museos no contaron con una tradición medieval que pudiesen seguir o adaptar. Los museos o «gabinetes de curiosidades» proliferaron durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Algunos fueron famosos en toda Europa: no sólo los gabinetes de príncipes (Rodolfo II en Praga, por ejemplo, o Luis XIV en París), sino también de particulares, como el del clérigo Manfredo Settala en Milán, el del profesor Ulisse Aldrovandi en Bolonia, el del boticario Basilius Besler en Nuremberg, el de los médicos Pierre Borel en Castres y Ole Worm en Copenhague o el del virtuoso Hans Sloane en Londres. Sólo del siglo XVIII y en París tenemos noticias de no menos de setecientas veintitrés colecciones. Hacia 1700 el objeto más popular entre los coleccionistas eran las medallas, pero el siglo XVIII asistió al nacimiento de un competidor, las conchas, lo que nos sugiere el paso de un interés de aficionado por la erudición clásica a un interés por la filosofía natural.[272]

Para reconstruir la organización de estas colecciones hemos de basarnos en material gráfico de la época, aunque cabe la posibilidad de que el artista pretendiera dibujar un cuadro alegórico más que realista.[273] Es probable que las pinturas y los grabados del siglo XVII produzcan en los

contempladores actuales una impresión no sólo de abundancia, sino también de heterogeneidad. Por ejemplo, en el grabado coetáneo del museo de Worm llama nuestra atención la estatua de un hombre que está flanqueado por una chaqueta, unas botas y unas espuelas, pero también los peces disecados colgados del techo (al lado de un osito) y las cornamentas de ciervo expuestas en la pared al lado de varios vasos con forma de cuerno. El catálogo revela un abanico todavía más amplio de objetos, entre ellos una momia egipcia, una antigua fíbula romana, dinero de Java, manuscritos de Etiopía y Japón y tabaco y pipas de Brasil, así como muchas antigüedades nórdicas: arpones de Groenlandia, un arco de Laponia, esquís de Finlandia y un antiguo escudo de Noruega.

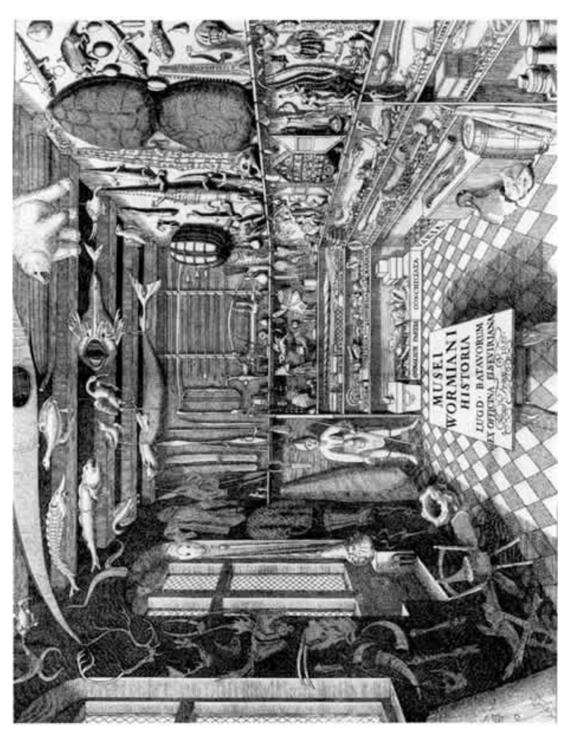


FIGURA 10. Grabado G. Wingendorp, frontispicio para *Museum Wormianum* (1655); Biblioteca de la Universidad de Cambridge (M. 13.24).

Sin embargo, observadas más atentamente las cosas expuestas, la aparente heterogeneidad de las mismas revela un deseo clasificador. El museo de Worm incluye cajones cuidadosamente etiquetados: «Metal», «Piedra», «Madera», «Conchas», «Hierbas», «Raíces», etc. Los vasos de cuerno están expuestos al lado de las cornamentas de ciervo porque son del mismo material. La descripción de la colección, publicada por el hijo de Worm, está repartida en cuatro libros, dedicados respectivamente a las piedras y los metales, las plantas, los animales, y los objetos construidos por el hombre (*artificiosa*). En otras palabras, las piezas expuestas en el museo, ya se trate de objetos naturales o artificiales, no han sido clasificadas de acuerdo con el lugar de donde proceden o la época a que pertenecen, sino de acuerdo con las sustancias de que están hechas. Manfredo Settala de Milán adoptó esta misma clasificación según la materia prima, reforzándose de esta manera la impresión de que el museo era un microcosmos, un universo en miniatura.

Por su parte, Aldrovandi trató de ordenar su colección repartiéndola en sesenta y seis cajones (*cassette*), subdivididos en no menos de siete mil compartimientos. Un «Índice» que ocupaba dos amplios volúmenes facilitaba la tarea de encontrar un objeto concreto. Durante el siglo XVII se publicaron los catálogos de algunas de estas colecciones, incluidas las de Settala y Worm, y en ellos queda clara la lógica que había presidido las soluciones museísticas adoptadas.[274]

Parecidos problemas se plantearon a la hora de ordenar las colecciones de imágenes. Aldrovandi, por ejemplo, encargó a algunos pintores que captasen en sus cuadros la apariencia física de animales y pájaros. Otro ejemplo famoso es el «museo de papel» (*museo cartaceo*) del virtuoso romano

Cassiano del Pozzo, que exhibía imágenes de la antigüedad clásica y otras muchas cosas. El tercer ejemplo, representado por una obra impresa, es la serie de volúmenes «La antigüedad explicada en figuras» (desde 1719), publicada por el sabio benedictino Bernard de Montfaucon, con mil ciento veinte láminas que ilustran diferentes aspectos del mundo antiguo: dioses, cultos, vida cotidiana, guerra, tumbas, etc. [275]

La importancia de la ordenación de los objetos también se pone de manifiesto en textos como los siguientes: Samuel Quiccheberg, «Inscripciones» (1565); Jacques Oisel, «Tesorería de monedas antiguas» (1677) y John Evelyn, *Discourse of Medals* (1693). Quiccheberg, por ejemplo, aconsejaba dividir el contenido de los museos en cinco categorías, una de las cuales era «naturaleza». Oisel dividió las monedas clásicas en las diez clases siguientes: emperadores, provincias, dioses, virtudes, guerra, juegos, apoteosis, edificios públicos, sacerdotes y miscelánea. Evelyn dedicó algunas páginas de su tratado, dirigido a posibles coleccionistas, al «método para ordenar, clasificar y colocar» medallas, observando, por ejemplo, que las veinte mil medallas del gabinete del rey de Francia estaban «ordenadas por sus fechas». El interés de Evelyn por los aspectos metodológicos de la organización de los museos —él hablaba de *methodizing*— parece provenir de Ramus y también de Gabriel Naudé, cuyo debate sobre cómo ordenar los museos tradujo Evelyn al inglés.

No tiene nada de extraño, pues, que en el desarrollo aparentemente irresistible de los museos en esta época se haya querido ver no sólo un indicio de la expansión de la curiosidad, sino también un intento por controlar la «crisis de conocimiento» que se produjo tras la riada de objetos nuevos que llegaron a Europa desde el Nuevo Mundo y otros

lugares: caimanes, armadillos, tocados de plumas, momias egipcias recientemente descubiertas, porcelanas chinas, etc. Estos objetos no encajaban fácilmente en las categorías tradicionales.[276]

ENCICLOPEDIAS ALFABETIZADAS

En el caso de las enciclopedias, lo que impulsó el cambio fue, una vez más, la invención de la imprenta. El desarrollo de la industria editorial tuvo dos consecuencias importantes en este terreno. En primer lugar, hizo que, en efecto, las enciclopedias estuvieran más fácilmente al alcance de la mano, y además para un público más amplio. En segundo lugar, hizo que las enciclopedias fueran más necesarias que antes de la invención de la imprenta. Para ser más exactos, una de las funciones de este tipo de libros se hizo cada vez más necesaria: la de guiar a los lectores a través del bosque —por no decir jungla— en continua expansión del conocimiento impreso.

Los redactores de enciclopedias adoptaron una actitud cada vez más audaz en sus modificaciones del sistema de categorías tradicional. *Syntaxes* (1575-1576), el atrevido intento de Pierre Grégoire de compendiar «todas las ciencias y las artes», dedicó secciones especiales a las artes mecánicas, además de estudiar por separado el tema de la pintura y los restantes temas tradicionales en torno a la elaboración de paños, la guerra, la navegación, la medicina, la agricultura, la caza y la arquitectura. La clasificación de Bacon parece que ejerció un influjo especial. Por ejemplo, el debate de Naudé sobre la formación de una biblioteca adoptó una estructura baconiana. El obispo italiano Antonio Zara puso en práctica lo que Bacon proclamaba con su sistema de

treinta y seis materias ordenadas dentro de las tres categorías básicas de la memoria, la inteligencia y la imaginación. Ephraim Chambers dividió el conocimiento en productos de los sentidos, de la razón y de la imaginación.[277] D'Alembert debatió las ideas de Bacon en su discurso preliminar de la *Encyclopédie*.

Sin embargo, desde comienzos del siglo XVII pudo percibirse un cambio todavía más profundo en la organización de las enciclopedias: el orden alfabético. Este tipo de ordenación ya se había conocido en la Edad Media. Lo nuevo en el siglo XVII fue que este método para ordenar el conocimiento dejó de ser un sistema subordinado de clasificación y se convirtió en el sistema fundamental. Hoy puede parecernos algo obvio, incluso «natural», pero por lo visto se adoptó, al menos originalmente, a partir del sentimiento de fracaso frente a las fuerzas de la entropía intelectual en un momento en que el nuevo conocimiento entraba en el sistema con excesiva rapidez para ser digerido o metodizado. Sobre su difusión gradual volveré con más detalles en el capítulo 8.

El progreso del saber

A lo largo de este capítulo se ha hecho mención de una serie de cambios en las concepciones del conocimiento, entre otros el creciente interés por las cifras. El uso de cifras o «estadísticas» se asoció con el nuevo ideal del conocimiento impersonal o imparcial, de lo que más tarde se llamaría «objetividad». A comienzos de la edad moderna se producen otros dos cambios que también merecen destacarse.

En primer lugar, se produjo un desplazamiento en la importancia relativa del conocimiento liberal y del conocimiento útil. Subrayaron el valor de este último Descartes, Bacon y Leibniz, y muchos seguidores de Bacon, como John Durie, Samuel Hartlib, Robert Boyle, Joseph Glanvill y Hans Sloane. El *Essay toward Promoting All Necessary and Useful Knowledge* [«Ensayo con vistas a la promoción de todo conocimiento necesario y útil»], publicado en 1697 por Thomas Bray, fue típico de esta época. Aunque era tradicional la reclamación retórica de la utilidad, el énfasis en los usos del conocimiento práctico representaba una novedad. Invirtiendo el dicho del arquitecto francés de la catedral de Milán en 1400, los baconianos en 1700 podrían haber dicho muy bien que «la teoría no es nada sin la práctica», *scientia sine arte nihil est.*

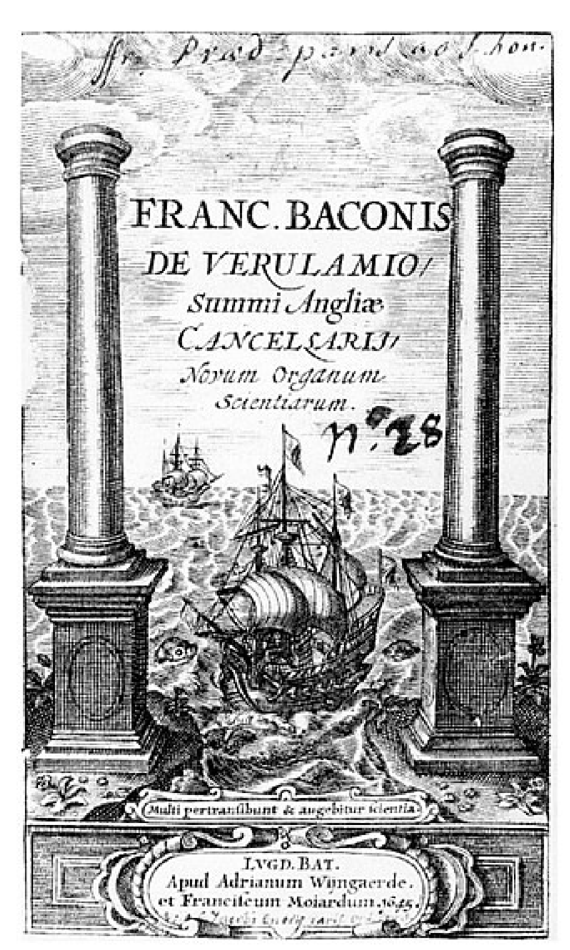
En el siglo XVIII el conocimiento útil había ganado respetabilidad. Con arreglo a su nueva constitución de 1699,

la Academia Francesa de las Ciencias puso más énfasis en la ingeniería y en otras ciencias aplicadas. Esta nueva orientación de la academia culminó en la obra en varios volúmenes «Descripción de artes y oficios» (1761-1788).[278] Un biógrafo del economista y alquimista Johann Joachim Becher lo describió, en el título mismo del libro, como «modelo de sabio útil» (*Das Muster eines Nützlich-Gelehrten*). El *Gentleman's Magazine* observaba, en mayo de 1731, que «nuestro conocimiento debería abarcar, en primer lugar, lo que es más útil y después lo que es más elegante y decoroso para un caballero». Ese mismo año se fundó en Dublin una sociedad «para el progreso de la agricultura». Su meta era «sacar el conocimiento práctico y útil de las bibliotecas a la luz del día». Por toda Europa se fundaron entonces sociedades agrícolas con el fin de difundir aquellos conocimientos que pudieran ser útiles a los granjeros. La Academia de Ciencias Útiles de Erfurt, fundada en 1754, persiguió parecidos objetivos, igual que las sociedades que se fundaron en Filadelfia (1758), Virginia (1772) y Nueva York (1784). Diderot y los sabios franceses que colaboraron en la *Encyclopédie* compartieron estos mismos puntos de vista.

En Rusia, el conocimiento occidental que con tanto celo trató de introducir Pedro el Grande estuvo representado eminentemente por las escuelas que el mismo zar fundó para enseñar matemáticas y el arte de la navegación, así como por el hecho de que el primer libro laico impreso en Rusia fuese la «Aritmética» (1703) de Leonty Magnitsky. Para designar este tipo de conocimiento práctico se acuñó un nuevo término en ruso: *nauka.* Esta palabra, que generalmente se traduce con el término inglés *sciences*, es la que se utilizó para describir la nueva Academia de Ciencias de San Petersburgo. Las asociaciones originales del término

nauka no eran académicas, sino más bien militares, navales, tecnológicas y económicas.

Mirando hacia atrás, resulta tentador describir la primera mitad del siglo XVII como una transitoria «edad de la curiosidad». Precisamente entonces las palabras «curioso», *curious, curiosus* o *curieux* se empezaron a utilizar con mucha mayor frecuencia. Las críticas religiosas contra la «curiosidad» desaparecieron finalmente, al menos de forma virtual, de la esfera secular, mientras que las críticas seculares contra el conocimiento «inútil» no eran todavía muy ruidosas. En segundo lugar, las concepciones del conocimiento experimentaron un desplazamiento que, para utilizar la famosa expresión de Alexandre Koyré, las condujo «desde el mundo cerrado al universo infinito», una nueva visión acumulativa del conocimiento. La novedad dejó de tener asociaciones peyorativas y se convirtió en una recomendación en los títulos de obras como la *Astronomia Nova* de Kepler y *Discorsi e dimostrazioni matematiche intorno a due nove scienze* [«Consideraciones y demostraciones matemáticas sobre dos nuevas ciencias»], de Galileo.[279]



FIGURAS 11a, 11b. Grabados de frontispicios. F. Bacon, *Instauratio Magna* (1620), París, Biblioteca de La Sorbona, Foto de Jean-Loup Charmet (Fondos V. Cousin, 5525 Rés.); y *Sylva Sylvarum* (1627), Biblioteca de la Universidad de Cambridge (LE 24.25).



La expresión más conocida de esta visión de progreso es la que nos ofrece Francis Bacon en un libro que justamente se titula *Advancement of Learning* (1605). En la portada y en el texto de más de uno de sus libros (véanse las figuras 11a y 11b) Bacon utilizó una imagen sorprendente que simboliza su deseo de cambiar el sistema. Se trata de la imagen del «mundo intelectual» (*mundus intellectualis*), ilustrada por medio del grabado de un globo terráqueo o, alternativamente, de una nave que traspasa las Columnas de

Hércules en busca de nuevos territorios. «Sería algo de lo que deberíamos avergonzarnos», escribió Bacon en *Refutation of Philosophies*, «ahora que los amplios espacios del universo material, las tierras y los mares han sido descubiertos y explorados, si los límites del universo intelectual quedaran fijados por los exiguos descubrimientos de los antiguos.» El baconiano inglés Joseph Glanvill adoptó el lema del emperador Carlos V, PLUS ULTRA («más allá» —se entiende— de las Columnas de Hércules), como título de uno de sus libros y también Leibniz estampó estas mismas palabras en la cabecera de un manuscrito en el que estuvo trabajando en la década de 1670 y que trataba sobre el progreso de las ciencias.

Bacon ambicionaba claramente ser un Colón intelectual dispuesto a «trazar de nuevo el mapa del saber». Como ejemplo concreto de este avance del saber, tomemos de nuevo en consideración los mapas de la época. Los atlas, igual que las enciclopedias, tendieron a aumentar incesantemente de tamaño en las sucesivas ediciones. Ortelius pidió a sus lectores que le enviasen información que pudiera mejorar sus atlas, y algunos lectores respondieron positivamente.[280] La idea de progreso o «mejora» del conocimiento reaparece una y otra vez en Inglaterra, conectando el entusiasmo milenarista de la década de 1650 con las esperanzas más limitadas de la década de 1660 y años posteriores, expresadas en obras como *Plus Ultra* (otra alusión a las Columnas de Hércules) de Joseph Glanvill y *Essay Concerning Human Understanding* [«Un ensayo sobre el entendimiento humano», 1690] de John Locke. Otro ejemplo ilustrativo nos lo ofrece un corto tratado sobre la función del «conservador de bibliotecas» publicado por John Durie en 1650; este autor sostiene que un bibliotecario de universidad está obligado a rendir anualmente «cuentas» de

«su ganancia en este comercio», es decir, del volumen de sus adquisiciones, descritas como «la provisión de conocimiento».[281] Durante el siglo XVIII, el ideal de la exploración intelectual se expresó a veces de forma sumaria con una cita de Horacio, sacada de su contexto original y convertida en el lema «¡Atrévete a conocer!» (*sapere aude*).[282]

El ideal académico moderno puede considerarse como la cristalización normalizada de estas aspiraciones de los siglos XVII y XVIII. Entre las funciones básicas que hoy se atribuyen a las instituciones de educación superior está la innovación intelectual, más que la transmisión de la tradición, de forma que normalmente se espera que los titulados superiores universitarios hayan hecho una «contribución al conocimiento». En este mismo sentido, a los académicos se les apremia —a pesar de que no faltan presiones en sentido contrario, que han sido descritas anteriormente en el capítulo 3— para que colonicen nuevos territorios intelectuales, más que para que continúen cultivando territorios antiguos.

CONCLUSIÓN

La *Encyclopédie* nos ofrece una excelente panorámica de lo que D'Alembert (siguiendo a Bacon) llamó el «mapa» del saber al final de nuestro período.[283] Las sucesivas ediciones de este libro —y sus rivales— revelan una conciencia cada vez más aguda del progreso del saber. De todos modos, la clasificación del conocimiento que propuso D'Alembert en su «discurso preliminar» y que Diderot explicó de forma esquemática mantiene el equilibrio entre tradición e innovación. Visto retrospectivamente desde la época actual, este esquema parece tradicional, en particular la idea del árbol del conocimiento y sus ramas, la distinción entre artes liberales y artes mecánicas y el debate del *trivium* formado por la gramática, la lógica y la retórica.

Por otra parte, visto ese mismo esquema desde 1500, podría haber quedado fuera una serie de innovaciones. El árbol del conocimiento había sufrido una poda.[284] Las matemáticas pasaron a ocupar el primer lugar y su estudio precedió al del *trivium*. La teología se subordinó a la filosofía, trastocando la jerarquía tradicional (y suscitando la sorpresa de quien hizo la recensión del libro en la revista *Journal des Savants*). Como ponen de manifiesto tanto los grabados como el texto, las artes mecánicas se tomaron más seriamente en consideración incluso que en las enciclopedias de Alsted y Zara, mostrando así el creciente acercamiento entre los saberes académicos y los no

académicos.

Finalmente, la disposición de los artículos o entradas fue alfabética, si bien es cierto que el elaborado sistema de referencias cruzadas de que se dotó al libro servía en cierta manera de contrapeso a dicha disposición alfabética. Al margen de las razones prácticas que tuvieron los autores para adoptarlo, el orden alfabético reflejaba y simultáneamente estimulaba el paso de una visión del mundo jerárquica y orgánica a otra de tipo individualista e igualitario. En este sentido, es lícito que hablemos del «contenido de la forma», que reforzaba los ambiciosos deseos de los editores de subvertir la jerarquía social al menos en algunos puntos. En efecto, la *Encyclopédie* fue a la vez un proyecto político e intelectual. La política del conocimiento será examinada con todo detalle en el próximo capítulo.

Capítulo 6

El control del conocimiento: Iglesias y Estados

> El ejercicio del poder crea incesantemente conocimiento y, a la inversa, el conocimiento induce constantemente efectos de poder.
>
> FOUCAULT

> Toda acumulación de conocimiento, y especialmente la que se obtiene a partir de la comunicación social con personas sobre las cuales ejercemos dominio [...], es útil para el Estado.
>
> WARREN HASTINGS

En los capítulos 2-5 se han estudiado principalmente temas relacionados con el mundo académico, con sus moradores, sus instituciones y sus clasificaciones. Evidentemente, la política no está ausente de este mundo, como espero hayan demostrado hasta la saciedad los anteriores planteamientos acerca de la defensa del territorio intelectual y de la resistencia a la innovación. Sin embargo, ya es hora de ampliar el alcance de este análisis y volver a la política del conocimiento en el sentido más concreto de estudiar los procesos de recogida, almacenaje, recuperación y, naturalmente, supresión de información por parte de las autoridades, tanto en la Iglesia como en el Estado. Los esfuerzos crecientes hechos en este terreno son tal vez la mejor prueba del interés cada vez mayor por el conocimiento útil, tema expuesto en el capítulo anterior.

La dependencia de todos los gobiernos con respecto a la información fue analizada a mediados del siglo XX en un estudio clásico del politólogo norteamericano Karl Deutsch.

[285] Algunos aspectos de este tema han sido estudiados de forma verdaderamente intensiva en época más reciente. Se han dedicado diversas monografías a la historia del espionaje y más generalmente a la información en que los gobiernos basaron sus políticas extranjeras.[286] Se ha investigado la historia del levantamiento de censos en diversos países europeos.[287] Se ha estudiado de forma relativamente detallada el «sistema informativo» en algunos imperios, sobre todo en la América española y en la India británica.[288] Por lo que a los aspectos negativos se refiere, los mecanismos de la censura religiosa y política en diferentes lugares han sido objeto de un buen número de monografías.[289]

Gracias a estos estudios, se ha comprobado con relativa claridad la tendencia a la acumulación de más y más información en el estadio inicial de los tiempos modernos, así como la tendencia a presentar dicha información de forma esquemática o estadística. Incluso se podría hablar del ideal, en algunos sectores, del «Estado de vigilancia», aunque tampoco se debe olvidar que los gobiernos de comienzos de la edad moderna carecían del número suficiente de funcionarios como para tratar de controlar las vidas de toda la gente que residía dentro de sus fronteras. En la práctica, recogían información con el fin de responder a crisis o problemas específicos, tales como la sedición, las plagas o la guerra, aunque también es perceptible, especialmente a partir de 1650, una tendencia a largo plazo a reunir aquella información que pudiera ayudar en las prácticas rutinarias de gobierno.

Más difícil resulta la tarea de precisar la cronología, la geografía y la sociología de esta acumulación de información y las diversas razones que subyacen a la misma. En este capítulo enfocaré dichos problemas de manera comparada,

con especial referencia a los imperios de la época, viendo en la expansión del conocimiento una precondición y a la vez una consecuencia de la expansión de los citados imperios: portugués, español, británico, francés, sueco o ruso (del Imperio holandés, que constituyó una empresa económica más que política, hablaré en el capítulo siguiente). El hecho de que la geografía se desarrollase como asignatura académica en esta época no fue seguramente una casualidad.[290]

El problema es especificar de qué manera se apoyan mutuamente el poder y el conocimiento, como muestran dos estudios recientes de la India imperial. En uno de ellos, la conquista de la India está presentada como «una conquista de conocimiento», la invasión de «un espacio epistemológico». El autor subraya cómo los conquistadores británicos utilizaron su conocimiento de las lenguas o las leyes de la India para imponer su propio gobierno de manera más eficaz. En el segundo estudio se presta más atención al «sistema informativo» tradicional de la época mogol. Se sostiene que los británicos comenzaron sirviéndose de informantes indígenas y de técnicas que ya habían utilizado los mogoles para recoger la información. La sustitución de estas técnicas por un sistema más «científico» basado en observadores británicos aisló a los nuevos gobernantes de la India del conocimiento de las actitudes y los sentimientos locales, lo que explica que la rebelión de 1857 pillase a los ingleses por sorpresa.[291]

Idealmente, una historia comparada como la emprendida aquí debería poner de manifiesto no sólo las semejanzas y las diferencias, sino también las interacciones —adopten éstas la forma de competencia o de apropiación— entre Estados, regiones o ámbitos de interés. En este período destacan dos ejemplos de interacción: el intercambio de

técnicas de recogida de información entre las Iglesias y los Estados y la interacción entre las periferias y los centros. Por lo menos a primera vista hay buenas razones para afirmar que en este punto fue a menudo —aunque no siempre— el Estado quien aprendió de la Iglesia, mientras que los centros del imperio fueron inspeccionados utilizando métodos que en un principio habían sido desarrollados para gobernar extensas provincias. Para verificar estas hipótesis, en las páginas que siguen examinaré los procesos de recogida, almacenaje, recuperación, utilización y supresión de diferentes tipos de información.

EL DESARROLLO DE LA BUROCRACIA

Los gobiernos han procurado recoger y almacenar información acerca de sus súbditos desde el tiempo de los antiguos asirios, si no antes. Como afirma un sociólogo contemporáneo, «todos los Estados han sido "sociedades de la información", puesto que la generación del poder estatal presupone la reproducción del sistema controlada de forma refleja, lo que implica la recogida, el almacenaje y el control sistemáticos de la información con fines administrativos».[292] Los antiguos romanos trataron de realizar censos completos de la población. Después de la conquista normanda del año 1066, el nuevo rey de Inglaterra ordenó un recuento de la población, tanto humana como animal. Sin embargo, el *Domesday Book*, como se denominó a este registro, constituyó un caso extraordinario y, de hecho, apenas se consultó durante los dos siglos siguientes a su realización.[293] Sólo a comienzos de la edad moderna, la recogida regular y sistemática de información se convirtió en parte del proceso ordinario de gobierno en Europa. La creciente centralización de la administración exigió y a la vez posibilitó que los gobernantes de ese período temprano de la Europa moderna conociesen muchos más detalles acerca de las vidas de sus súbditos de lo que había sido habitual en la Edad Media.

Con la centralización llegó la «burocracia», en el sentido que da Max Weber a este término. A diferencia de

Mannheim, Weber no suele ser recordado como sociólogo del conocimiento, pero su famosa teoría de la burocracia significó, de hecho, una contribución de primer orden en esta materia. Después de todo, Weber definió la burocracia como aquel «ejercicio del control que se basa en el conocimiento». Weber vinculó este «gobierno del despacho» a un ejercicio impersonal del poder basado en regulaciones formales y comunicaciones escritas presentadas a través de los canales apropiados.[294]

En la Europa de comienzos de la edad moderna, uno de los principales desarrollos en la historia del Estado fue la tendencia a la burocracia en el sentido de Weber, juntamente con la tendencia a la burocracia en el sentido peyorativo coloquial de «papeleo» y a lo que en el siglo XVI se conoció como el «gobierno de los secretarios —o ministros—».[295] Un indicador del avance de la burocracia en ambos sentidos fue el aumento del número de funcionarios. Otro, más visible todavía, fue el incremento de las oficinas construidas específicamente con este fin, como en el caso de los Uffizi de Florencia (un conjunto de oficinas, como su nombre italiano indica, aunque posteriormente haya sido destinado a galería de arte) y en el de Versalles, donde parte del nuevo palacio fue construido para uso de los servidores civiles.

Los mismos gobernantes se fueron convirtiendo en burócratas, además de servirse de otros burócratas. Es conocido el caso de Felipe II de España, a quien sus súbditos apodaron *el rey papelero* (*sic* en el original) debido al número de horas que pasó en su mesa de trabajo y a la cantidad de documentos generados por su afán de conocer y controlar la vida de sus súbditos. A decir verdad, el mismo limosnero del rey lamentó ante su amo esta tendencia a evadirse en un

mundo de papel.[296] El Escorial se convirtió así en el centro donde se almacenó la más ingente masa de documentos oficiales desde el Imperio Romano tardío, otra organización basada en el papel y los trámites burocráticos.[297]

Felipe II no fue el único burócrata regio. El desarrollo de lo que podríamos llamar el «Estado papelero» fue un fenómeno general en Europa durante la temprana edad moderna. Luis XIV se jactaba en sus memorias de «estar informado de todo». Él también pasó largas horas ante su mesa de trabajo o reunido con consejeros y comités. Y lo mismo hicieron los gobernantes más destacados de la Ilustración, concretamente Federico el Grande de Prusia, Catalina la Grande de Rusia y María Teresa y José II de Austria. La aparición de comités y juntas o consejos de administración (grupos pequeños que toman medidas basándose en la mayoría de votos y que en Suecia y Rusia se denominaban «colegios») es una de las principales innovaciones administrativas de este período. Sobre estas instituciones escribió Leibniz a Pedro el Grande: «No puede haber buena administración sin contar con los colegios; su funcionamiento es como el de los relojes, cuyas ruedas se mantienen, la una a la otra, en movimiento».

El dato principal del que tenemos que dejar constancia aquí es el de la acumulación de la información, en parte como consecuencia y en parte como acicate del creciente deseo de los gobernantes de controlar las vidas de sus súbditos, bien para cobrarles impuestos, para enrolarlos en el ejército o para alimentarlos en épocas de hambre. Sin embargo, el hecho de que el conocimiento se fuera acumulando en algunos despachos de la administración no implicaba que siempre llegase hasta el gobernante o funcionario que lo necesitaba. Cuanto mayor era la organización, mayor era también el peligro de que la

información que llegaba a su poder se detuviera antes de alcanzar la cima. En otras palabras, los historiadores, igual que los gobiernos, han de preocuparse por sí mismos de eso que podríamos llamar la «movilización» de la información.[298]

La bibliografía secundaria no nos permite conocer detalladamente la cuestión, sin duda no carente de importancia, de en qué medida las prácticas y tendencias expuestas en este capítulo fueron exclusivas del mundo occidental. Está claro que los gobiernos de algunos grandes Estados asiáticos, entre ellos China, el Imperio Otomano y el Imperio Mogol de la India, se mostraron mucho más preocupados por recoger información. En el Imperio Chino, por ejemplo, se realizaron censos en 1380 y de nuevo en la década de 1390. Se imprimieron numerosas guías y enciclopedias para ser utilizadas por los funcionarios chinos. En el Imperio Otomano, los registros de las inspecciones territoriales realizadas a intervalos regulares con finalidades impositivas, muchos de ellos conservados todavía en los archivos, son impresionantes. También en la India de los mogoles existió un interés oficial por los datos estadísticos, a la vez que un elaborado sistema de recogida de información al servicio de la vigilancia.[299] Mapas, planos y cartas de navegación no fueron monopolio de los occidentales. China, Japón y el Imperio Otomano los utilizaron ya como herramientas de gobierno en este período, como nos ha recordado el ejemplo de Piri Reis.[300]

Hasta que no se lleven a cabo comparaciones más sistemáticas será prematuro sacar una conclusión terminante. Mi impresión es que hacia 1450 los gobiernos más importantes de Europa contaban con unos servicios de recogida de información que seguían mostrando un claro retraso con respecto a los de China y el Imperio Otomano.

En cambio, después de 1600 Europa o, más exactamente, algunos gobiernos europeos tomaron la delantera. En la exposición que sigue a continuación se dará especial relevancia a los Estados más burocratizados, ya se trate de grandes Estados, como Francia, o de otros más pequeños, como Suecia.

La Iglesia como modelo

Que la primera burocracia europea no fue laica sino eclesiástica es un punto de vista por lo menos defendible. En el siglo XIII, el papa Inocencio III ya se preocupó de la recuperación de información de los registros oficiales. En la Edad Media, según un historiador reciente de los informes escritos, «las cancillerías reales fueron más lentas que el papado a la hora de desarrollar técnicas notariales para la administración».[301] Esto no debería sorprendernos. Después de todo, la Iglesia católica era una institución edificada sobre una base más elevada que cualquier monarquía europea y, por otra parte, el clero gozó en otro tiempo de una especie de monopolio de la capacidad de leer y escribir. La burocracia papal en particular se construyó sobre una tradición medieval, pero posteriormente, durante los siglos XVI y XVII, se desarrolló en una dirección que podríamos calificar de weberiana. El papa Sixto V, por ejemplo, estableció una serie de comités o «congregaciones» especializados en el curso de su breve pero vigoroso pontificado. El papado fue pionero en ámbitos tan diversos como los archivos y las finanzas (concretamente en el desarrollo de presupuestos, es decir, de previsiones financieras regulares).[302]

Después del Concilio de Trento, que concluyó sus deliberaciones en 1563, los sacerdotes encargados de las parroquias de la Iglesia católica estuvieron obligados a llevar

registros de nacimientos, matrimonios y muertes. Se esperaba que los obispos visitasen regularmente sus diócesis para evaluar el estado espiritual de las mismas. Estas visitas episcopales, que anteriormente habían sido algo esporádico, se convirtieron en acontecimientos regulares después de Trento, generando una masa de informes escritos sobre el estado físico de los templos, el nivel de la educación de los párrocos, el número de confraternidades y la moralidad del laicado.[303]

La Iglesia de la Contrarreforma tiene también su lugar en la historia de la estadística. Para verificar que los fieles de cada parroquia cumplían sus «obligaciones pascuales» de la confesión y la comunión anuales que les había impuesto el Concilio de Trento, se realizaban con regularidad censos de «almas», como entonces se les llamaba. Como medida ulterior de control, se ordenó a los párrocos que repartiesen entre sus feligreses billetes o *schedae* que cada uno de los fieles devolvía personalmente al sacerdote en el momento de confesarse o de comulgar. El miedo creciente a la herejía, así como la mejora de la competencia en matemáticas contribuyeron al desarrollo de la estadística.

Las visitas de este tipo se llevaron a cabo tanto en la Europa protestante como en la católica. En la Alemania luterana, por ejemplo, hubo inspecciones regulares de las parroquias durante el siglo XVI. Después de la Reforma, en Inglaterra los nuevos obispos elaboraron «interrogatorios» con el fin de investigar las diócesis de Gloucester y Worcester (ochenta y nueve preguntas, 1551-1552) y Norwich (sesenta y nueve preguntas, 1561). En países luteranos como Suecia y Finlandia, historiadores interesados en el desarrollo de la alfabetización han estudiado intensamente los registros de la investigación por parte de la

Iglesia de los siglos XVII y XVIII. Los informes detallados del interrogatorio a que eran sometidos los propietarios de una vivienda por parte del clero y su clasificación de acuerdo con la competencia demostrada («lee bien», «lee con dificultad», etc.) son, como los anales de la Inquisición, un notable ejemplo de pasión oficial por una información exacta.[304]

De la misma manera que las inspecciones católicas posteriores al Concilio de Trento estuvieron motivadas por el temor a la herejía, para suprimir la cual había sido convocado el concilio, las inspecciones inglesas estuvieron impulsadas por el temor a la ruptura con la Iglesia de Inglaterra. Por ejemplo, en 1676 el obispo de Londres llevó a cabo un control de los disidentes, conocido posteriormente como el «Censo de Compton». El elaborado cuestionario preparado por el arzobispo de York para sus párrocos en 1743 también deja entrever estas preocupaciones. «¿Cuántas familias tienes en tu parroquia? De ellas, ¿cuántas son disidentes? [...] ¿Hay en tu parroquia alguna escuela pública o benéfica? ¿Cuenta tu parroquia con algún hospicio, hospital u otra fundación caritativa? ¿Con qué frecuencia se lee el servicio religioso público en tu iglesia? [...] ¿Con qué frecuencia y en qué ocasiones realizas la catequesis en tu iglesia?»[305] El vínculo entre la recogida de información y el deseo de las autoridades religiosas de controlar sus rebaños parece bastante claro.

La institución eclesiástica más preocupada por recoger información fue la Inquisición, en España, Italia y otros lugares. Las personas sospechosas de herejía eran sometidas a interrogatorios sistemáticos y rigurosos acerca de su edad, lugar de nacimiento y profesión, así como acerca de sus creencias, y todo lo que decían se hacía constar cuidadosamente por escrito. Así pues, los archivos de las

diversas Inquisiciones constituyen un «banco de datos» del que los historiadores sociales han aprendido muchas cosas, sobre todo en la última generación. Sin embargo, la recogida de información por parte de los inquisidores no merece la atención de los historiadores únicamente como una fuente, sino también como un fenómeno por derecho propio, como ejemplo pionero a comienzos de la edad moderna de una búsqueda de información motivada por el deseo de control. [306]

Es tentador especular sobre si los tres cardenales que tuvieron un papel tan destacado en el gobierno secular a mediados del siglo XVII —Richelieu y Mazarino en Francia y su coetáneo Melchior Khlesl en el imperio de los Habsburgo — adaptaron los métodos de la Iglesia a las necesidades del Estado. De todos modos, la interacción entre los poderes temporales y los espirituales en el ámbito del conocimiento es un tema que reaparecerá en estas páginas.

Por lo que a la recogida de información se refiere, convendría distinguir el conocimiento adquirido por los gobernantes acerca de sus vecinos, rivales o enemigos del conocimiento que esos mismos gobernantes poseyeron acerca de sus propios dominios, ya fuesen imperios o «naciones madre».

Asuntos extranjeros

En el campo de los asuntos extranjeros, conviene empezar por la República de Venecia, puesto que los venecianos fueron de las primeras potencias europeas que adoptaron el sistema de embajadores residentes, tanto para reunir información acerca de otros países como para negociar con ellos. El gobierno veneciano esperaba recibir de sus representantes en el extranjero no sólo despachos regulares, sino también informes al final de la misión (de aproximadamente tres años de duración): las famosas *relazioni*, que describían los puntos fuertes y los puntos débiles políticos, militares y económicos del Estado en que cada uno de ellos había presentado sus credenciales como embajador.[307] A los embajadores venecianos se les pedía también que hiciesen circular determinadas informaciones en el extranjero. Por ejemplo, cuando el Papa puso en entredicho a Venecia en 1606, el embajador veneciano en París recibió instrucciones para garantizar que los franceses estuvieran informados del punto de vista veneciano de la cuestión.

Otros gobiernos imitaron las iniciativas de Venecia, aunque actuaron de forma menos sistemática. El nuevo y exitoso género de los tratados sobre las obligaciones de los embajadores subrayó generalmente la importancia de enviar información al propio gobierno. Como ejemplo de esta orientación citaré a Frederick Marselaer con su *Legatus*

(1626). Existieron informes de un estilo parecido al de las *relazioni* en otros países, como el penetrante relato de sir George Carew sobre la corte francesa en la época del rey Enrique IV, pero esta práctica fue menos regular en otros Estados que en Venecia.

Los embajadores recogían información no sólo a partir de lo que ellos mismos veían y escuchaban, sino que además disponían de una red de ayudantes, agentes o «informadores», por no decir espías, algunos de ellos con dedicación plena y otros a tiempo parcial, como los mercaderes venecianos en Estambul que enviaban de forma regular información política a su gobierno. El «servicio secreto» (como ya se le conocía hacia 1583, por lo menos en Nápoles) adoptó una organización realmente compleja a comienzos de la edad moderna, sin faltarle detalles tan característicos como los códigos, las falsas direcciones, las residencias protegidas y los agentes dobles. Los venecianos fueron particularmente hábiles en la práctica tanto del espionaje como del contraespionaje y frecuentemente se infiltraron en las embajadas extranjeras con este propósito. [308]

A lo largo del siglo XVII, otros Estados fueron alcanzando el mismo nivel que los venecianos en todos estos aspectos. Sir Henry Wotton, embajador británico en Venecia, utilizó espías en Milán (que entonces formaba parte del Imperio Español) para que le enviasen información sobre los movimientos de las tropas españolas (véase la figura 12). Wotton contó también con agentes en Roma y Turín, y en particular interceptó las cartas de algunos jesuitas (entonces el arte de abrir las cartas sin dejar rastro ya se conocía bastante bien). El valor de la información que el embajador inglés obtuvo de esta manera puede deducirse del hecho de que en algunas ocasiones el mismo dux tuvo conocimiento

de los planes del gobernador de Milán a través de la embajada británica.[309]



FIGURA 12. Talla en madera. *El espía* (siglo XVII). Scuola Grande di San Rocco, Venecia.

Por su parte, como ha escrito un historiador de la diplomacia, el gobierno español disponía de «una red extensa, bien organizada y sumamente eficaz para recoger información». Don Diego Hurtado de Mendoza, embajador español en Venecia entre 1539 y 1547, organizó una red de espías en el Imperio Otomano, mientras que el conde de Gondomar, embajador español en Londres a comienzos del siglo XVII, pagó generosas gratificaciones a destacados miembros del gobierno de Su majestad (1000 libras al Ministro de la Tesorería y otras 1000 al Ministro del Almirantazgo) por los servicios informativos prestados. Más tarde, durante el mismo siglo XVII, la situación cambió: el secretario del embajador español recibía 100 libras anuales por pasar información a los británicos.[310] En Francia, tanto

el gobierno como los embajadores emplearon a numerosos espías.[311] Éstos se infiltraron en los grupos de los exiliados protestantes en Inglaterra y otros lugares y el coleccionismo de arte se utilizó en ocasiones como tapadera para el espionaje. Por ejemplo, el experto Roger de Piles fue enviado a la República holandesa oficialmente con la misión de comprar pinturas para el rey Luis XIV, pero en realidad fue para recoger información política. Los holandeses descubrieron su verdadera personalidad y Piles pasó algún tiempo en la cárcel, aprovechando su descanso obligado para escribir un libro sobre crítica del arte que con el tiempo se convertiría en un clásico en este campo.[312]

Información e imperio

En un estudio famoso y controvertido, que extendió las ideas de Foucault acerca del poder y el conocimiento a nuevos ámbitos culturales, el crítico Edward Said expuso lo que él denominó «orientalismo» como un sistema occidental de representación y a la vez de dominación.[313] Su relato arrancaba aproximadamente del año 1800, con el papel de los sabios en la campaña de Napoleón en Egipto. La recogida sistemática de conocimiento por parte de las potencias europeas con el fin de dominar otras partes del mundo puede comprobarse mucho antes de esta fecha.

Por ejemplo, todos los imperios marítimos de comienzos de la edad moderna —portugués, español, holandés, francés y británico— dependieron de la recogida de información. En primer lugar, necesitaron información sobre las rutas hacia las Indias o hacia África, de ahí que tanto en Portugal como en España los reyes contrataran a cosmógrafos, especialistas de los cuales se esperaba obtener información sobre astronomía, geografía y navegación. Las relaciones de lo que se conocía, a menudo en forma de cartas de navegación, se depositaron, como ya hemos señalado, en el Armazém de Guiné en la Casa da India de Lisboa y en la Casa de Contratación de Sevilla. Por ejemplo, Jorge de Vasconcelos, *provedor* de los «almacenes» de África y la India a comienzos del siglo XVI, fue el encargado de las cartas de navegación, que recibían los pilotos y capitanes cuando

dejaban Portugal, pero con la obligación de devolverlas a su retorno.[314]

Jean-Baptiste Colbert, el poderoso ministro de la época de Luis XIV, ha sido descrito como «el hombre de la información» por haber actuado de una forma mucho más sistemática que sus predecesores en este tema.[315] Colbert reunió información sobre Oriente Próximo y Extremo Oriente por razones económicas y políticas. Por su iniciativa se creó, en 1664, la Compagnie des Indes Orientales («Compañía de las Indias Orientales»), destinada a competir con sus homónimas inglesa y holandesa. El Ministro envió al sacerdote Carré a la India, en 1666, con el director de la citada compañía, al parecer para que actuase como un informador, y de hecho Carré presentó un informe a Colbert a su vuelta del viaje en 1671.[316] Parecidos intereses mostraron tres sucesivos secretarios de Estado para la marina: Louis de Pontchartrain; su hijo Jérôme, conde de Maurepas, que le sucedió en 1699; y el hijo de Jérôme, también conde de Maurepas, que sustituyó a su padre en el puesto en 1723. Entre otras cosas, se enviaron expediciones oficiales a América del Sur, y astrónomos, ingenieros y botánicos recogieron observaciones «por orden del rey», como los mismos interesados hacen constar con orgullo en las portadas de sus publicaciones.[317]

Cuando partes de otros continentes fueron incorporadas a los imperios europeos, se hizo necesario adquirir un conocimiento sistemático del país, de sus recursos y sus habitantes. El ejemplo del gobierno español es particularmente revelador en este punto. Carlos V ya pidió informes al arzobispo de México en 1548, pero la recogida sistemática de información sobre el Nuevo Mundo empezó en la década de 1570. En este proceso de recogida de datos desempeñó un papel destacado Juan de Ovando, que fue

nombrado visitador para el Consejo de Indias en 1569, y quedó impresionado al descubrir lo mal informados que estaban los consejeros acerca del Nuevo Mundo. Ese mismo año envió un cuestionario con treinta y siete preguntas a los funcionarios locales de México y Perú, y a éste seguirían otros cuestionarios más elaborados. En ese momento el cuestionario era una herramienta familiar de gobierno en la Iglesia y se empleaba de manera habitual en las visitas episcopales y por parte de la Inquisición. El mismo Ovando era un hombre de Iglesia y, al parecer, adoptó métodos eclesiásticos para servir al Estado.[318]

Ovando envió al médico Francisco Hernández a Nueva España para estudiar la historia natural de esa región.[319] Él fue también el responsable de la creación del nuevo puesto oficial de geógrafo-historiador o, como se decía entonces en castellano, *cosmógrafo-cronista*. Su primer titular, Juan López de Velasco, había sido antiguo secretario de Ovando. En su gira, en 1577, Velasco envió un cuestionario impreso a las autoridades municipales de Nueva España con preguntas sobre la historia natural de cada región, sus minas, su historia local, etc. Entre otras preguntas, o más exactamente órdenes, estaban las siguientes:

> Señala quién fue el descubridor y conquistador de dicha provincia [...] señala a quién pertenecían los indios en tiempos paganos [...] y qué tipo de liturgia, ritos y costumbres tenían, bueno o malo. Señala cómo eran gobernados; contra quién hacían la guerra; qué ropas y disfraces vestían antes y visten ahora, y si antiguamente solían estar más o menos sanos que ahora y a qué causas podemos atribuir eso.[320]

En el contexto de la historia del conocimiento, este documento nos interesa por varias razones. En primer lugar, nos recuerda que el cuestionario no fue un invento de los sociólogos del siglo XIX, sino la adaptación para fines académicos de un procedimiento administrativo tradicional utilizado por los funcionarios episcopales y laicos. En

segundo lugar, nos revela que entonces el gobierno ya era consciente y se preocupaba por el terrible bajón demográfico (debido básicamente a las enfermedades importadas por los europeos y contra las cuales los indios no estaban inmunizados), declive que los historiadores de la América española redescubrieron en la década de 1950. Finalmente, también es significativo que las preguntas no fueran mezquinamente utilitarias, sino que revelan los intereses de un humanista al servicio del gobierno.

Durante el siglo XVII Rusia nos ofrece otro ejemplo impresionante de un gobierno imperial preocupado por recoger información. Pedro el Grande envió a su bibliotecario alemán, J. D. Schumacher, a la República holandesa en 1721 para que se informase sobre la tecnología de ese país, en otras palabras, para que practicase lo que hoy llamamos «espionaje industrial».[321] Los intereses del zar se extendieron hasta las fronteras orientales de su imperio. A otro alemán, Daniel Messerschmidt, se le ordenó permanecer siete años en Siberia (1720-1727) recogiendo información acerca de la zona, mientras que los rusos Fedor Luzhin e Iván Evreinov y el danés Vitus Bering fueron enviados a Kamchatka para que comprobasen si Asia y América estaban unidas o no por una lengua de tierra firme.[322] De manera parecida, la expedición a Laponia en la década de 1730 del famoso botánico Carl von Linné no obedeció exclusivamente al deseo de hacer progresar la ciencia, sino que sirvió para que el gobierno sueco dispusiese de información acerca de los minerales y otros recursos de aquella parte del imperio.[323]

Catalina la Grande mostró intereses muy parecidos a los de Pedro el Grande. Sir Samuel Bentham (hermano del más famoso Jeremy Bentham) estuvo trabajando a su servicio de

1780 a 1795, trazando el mapa de Siberia y estudiando sus recursos minerales y humanos. Las instrucciones oficiales impartidas a los miembros de la expedición a Siberia durante el reinado de Catalina (publicadas en el apéndice a la narración coetánea de Martin Sauer, «Relato de una expedición geográfica a las regiones del norte de Rusia») incluían los puntos siguientes, expresados (como en el caso de Ovando) en imperativo: «Observa sus disposiciones y diferentes aptitudes corporales; su gobierno, costumbres, industria, ceremonias y supersticiones, de tipo religioso o profano; sus tradiciones, educación y forma de tratar a sus mujeres; las plantas útiles, medicinas y tintes; el alimento y la forma de prepararlo; viviendas, utensilios, carros y vasijas; forma de vida y economía».[324] Aunque la forma de tratar a las mujeres se utilizó con relativa frecuencia como un indicador de civilización, la insistencia en este punto sugiere también cierta implicación personal de la emperatriz en esta expedición destinada a recoger información.

También merece la pena señalar el influjo sobre los rusos de la expedición del capitán Cook. Joseph Billings, que había prestado servicio con Cook antes de alistarse en la marina rusa, fue puesto al mando de esta expedición precisamente por su experiencia en lugares exóticos. La mezcla de información útil con conocimientos sin valor práctico evidente para los gobernantes de un imperio nos recuerda el cuestionario de Velasco en el siglo XVI. El deseo de aumentar el control constituyó, evidentemente, un estímulo de primer orden para la recogida de información por parte de los Estados, particularmente tratándose de imperios, de comienzos de la edad moderna, pero también la curiosidad tuvo su parte, y la información se recogió no sólo por su utilidad inmediata, sino también con la esperanza de que un día pudiera ser útil.

El patronazgo gubernamental de la investigación, ya expuesto en el caso de las academias científicas, se extendió hasta las más alejadas regiones del imperio e incluso más allá del mismo. Un ejemplo temprano fue la expedición a Brasil organizada por Johan Maurits de Nassau (1637-1644). En ella participaron artistas como Frans Post y hombres de ciencia como el médico Willem Piso para estudiar y registrar la flora y la fauna locales. La famosa expedición a Perú que organizó en 1736 un grupo de sabios franceses recibió el apoyo del ministro Maurepas y, en el relato impreso de la misma, se presentó como «un viaje hecho a las órdenes del rey».[325] También los daneses organizaron una expedición oficial a Arabia en 1761. El teólogo alemán Johann David Michaelis se había interesado en esta región por la luz que ello podía aportar para la interpretación de las Escrituras y encontró un patrocinador en el conde Bernstorff, ministro del rey de Dinamarca, de ahí que se nombrase al sabio Carsten Niebuhr lugarteniente danés de ingenieros, al frente de un equipo que incluía un filólogo, dos naturalistas y un artista.

El conocimiento recogido en estas expediciones tal vez no tuvo una utilidad inmediata, pero tampoco fue políticamente neutral. Como las academias financiadas gubernamentalmente de París, Berlín, San Petersburgo y Estocolmo, estas expediciones constituyeron una buena inversión. En palabras actuales, esto dio una buena imagen de los gobiernos patrocinadores. También los coetáneos fueron plenamente conscientes de ello, como se pone de manifiesto en la observación de Fontenelle, secretario de la Academia Francesa de Ciencias, en las necrologías de los académicos sobre la «sabia política» de Colbert de apoyar el estudio y de esa manera glorificar a Luis XIV y darle a Francia un imperio intelectual (*l'empire de l'esprit*). En la

última parte del siglo XVIII, el número creciente de estas expediciones empezaba ya a causar alarma en algunos ambientes. El escritor holandés Cornelis de Pauw, por ejemplo, lamentaba en el prólogo de sus «Investigaciones filosóficas» sobre los americanos (1770) que el precio de la clarificación de algunos puntos geográficos fuese la destrucción de parte del globo. «Pongamos límites a este afán desmedido de invadirlo todo con el fin de conocerlo todo» (*Mettons des bornes à la fureur de tout envahir pour tout connaître*).

Asuntos internos

Como nos recuerda el ejemplo del *Domesday Book*, los gobernantes se han preocupado desde hace mucho tiempo por conocer a su gente y sus territorios. Para adquirir ese conocimiento se podía, entre otras cosas, hacer un recorrido por la región. Un ejemplo famoso del siglo XVI fue la «vuelta a Francia» que realizó en 1564-1566, poco después de subir al trono, el rey niño Carlos IX. Este método directo continuó practicándose durante todo el período. Federico el Grande, al menos al comienzo de su reinado, viajó por su reino hasta estar bien informado del mismo. La visita de Catalina la Grande a Nueva Rusia en 1787 es bien conocida gracias a la historia que narra cómo se supone que la engañó su favorito, Grigorij Potemkin, quien ordenó la construcción de una aldea modelo desmontable que fue colocando en diversos lugares para que la emperatriz la inspeccionase una y otra vez.[326]

Sin embargo, los gobernantes burócratas dispusieron cada vez de menos tiempo para viajar ampliamente por sus reinos. Tuvieron acceso a mucha más información que sus predecesores, pero la recibieron de segunda mano, en forma de relaciones o informes escritos. Federico el Grande, por ejemplo, ordenó a sus funcionarios que viajasen, a fin de familiarizarse con sus regiones, y que le enviasen noticias acerca de lo encontrado. Uno de los consejos que dio Leibniz al zar Pedro el Grande fue «tener una descripción exacta de

los productos del campo».

Como ejemplo del nuevo sistema que se abría paso podemos volver al monarca de despacho *par excellence*, Felipe II. Durante su reinado se hicieron informes detallados, que ahora se conocen como las *Relaciones topográficas*, acerca de unas seiscientas aldeas de Castilla la Nueva. Estos informes se confeccionaron a partir de las respuestas dadas a cuestionarios (*interrogatorios*) enviados en 1575 y 1578 (cincuenta y siete preguntas, o *capítulos*, en el primer caso y cuarenta y cinco en el segundo). Entre esas preguntas, algunas se referían a cuestiones prácticas de tipo administrativo, a privilegios y a temas como la calidad de la tierra y el número de hospitales. Otras, sin embargo, tenían que ver con la vida religiosa de sus habitantes, con sus santos y festividades favoritos, lo que parece confirmar la teoría de las visitas episcopales como modelo subyacente de estas encuestas. Otro posible modelo era la «corografía» humanista, una descripción histórico-geográfica de una región determinada. El paralelismo con la inspección realizada en Nueva España en 1569 citada anteriormente es bastante claro. Las *Relaciones topográficas* nos ofrecen un ejemplo de inspección del centro siguiendo un modelo de inspección pensado para la periferia.[327]

Colbert fue otro enamorado de los cuestionarios. En 1663 pidió a sus representantes en las provincias, los *intendants*, que le enviasen información sobre sus respectivas áreas de responsabilidad. Poco después les dio instrucciones para que realizasen una serie de encuestas (*enquêtes*).[328] La idea de los cuestionarios pudo haberla copiado de la Iglesia, pero sus complejos métodos influyeron a su vez sobre ésta. No parece que haya sido una coincidencia el hecho de que tanto el arzobispo de Ruán (hijo de Colbert) como el arzobispo de Reims (hermano de Louvois, rival de Colbert) distribuyesen

cuestionarios eclesiásticos especialmente elaborados.[329]

Además de las visitas y los cuestionarios, los gobiernos de comienzos de la edad moderna dispusieron de otros medios para reunir información con vistas al ejercicio del control. Este período estuvo marcado por el desarrollo de varios equivalentes del moderno «carné de identidad». En tiempos de epidemia, los Consejos Sanitarios italianos exigían que los viajeros llevasen consigo pases (conocidos como *bollette* o *bollettini*) para limitar la difusión de la plaga. El viajero Philip Skippon, que recibió un *bollettino* de éstos en Mantua en 1664, observó que en él se le describía como varón inglés procedente de Verona, de 20 años de edad, con barba, cabello castaño, ojos oscuros y complexión normal. Los pasaportes, que originalmente habían sido salvoconductos para tiempos de guerra, se empezaron a usar también en tiempos de paz en la Francia del siglo XVIII. A partir de 1777, las personas de origen africano tuvieron que ir provistas de libretas especiales, llamadas *cartouches*.[330] A comienzos del siglo XVIII, en Rusia el gobierno también empezó a exigir a los viajeros pasaportes para circular por el interior del país. Estos pasaportes empezaron a imprimirse en 1743 y, como los *bollettini* italianos, incluían una descripción física del viajero. Originalmente tuvieron una finalidad fiscal (para evitar la evasión del impuesto de las personas físicas), pero con el tiempo se convirtieron en un medio que utilizó el gobierno para controlar los movimientos de la población.

Calificar el sistema ruso de «Estado policial», como han hecho algunos historiadores, tiene sin duda algo de exagerado, dado el número relativamente pequeño de funcionarios que trabajaban en aquel inmenso país, pero la voluntad de reunir información para poder ejercer un mayor control estuvo ciertamente presente en la Rusia de finales

del siglo XVIII. A. A. Viazemskii, procurador general del Senado, organizó una red de informadores en las provincias. La Gran Comisión de 1767 y la exigencia, en 1775, de que los gobernadores realizasen informes regulares sobre sus provincias también aumentó la cantidad de información que a partir de entonces tuvieron a su disposición los funcionarios de San Petersburgo.[331]

Los espías o «informadores» domésticos a sueldo constituyeron otra herramienta de gobierno con mucha historia a sus espaldas, con antecedentes por lo menos en los agentes secretos de los emperadores romanos, la *schola agentium in rebus* o, más coloquialmente, los «fisgones» (*curiosi*). En España, a comienzos del siglo XVII, se colocaron informadores incluso en el palacio real, tras crearse el puesto de *espía mayor*.[332]

El fomento de las denuncias de quienes quebrantaban la ley por parte de sus vecinos fue otra técnica común que el Estado aprendió al parecer de la Iglesia, preocupada desde hacía mucho tiempo por desenmascarar la herejía, la blasfemia y la inmoralidad. El empleo en la Venecia del siglo XVI de un grupo de funcionarios conocidos como «inquisidores del Estado» hablaría a favor del origen eclesiástico de esta institución. Del gobierno de Enrique VIII de Inglaterra se ha señalado que no utilizó informadores pagados porque no eran necesarios: «La información llegaba y ni siquiera había que buscarla». La misma observación se puede hacer respecto a Venecia, donde el gobierno utilizó los llamados *bocchi di leone*, buzones en forma de bocas de león en los que el público podía introducir sus denuncias, firmadas o anónimas. A mediados del siglo XVII, la especialización en este terreno era ya un hecho y se supone que el público podía introducir diferentes tipos de denuncia

(bandidaje, extorsión, robo, corrupción política o irreverencia en el templo) en diferentes buzones.[333]

Gracias a estos métodos, los gobiernos estuvieron cada vez mejor informados. Sir John Lauder, un escocés que en el siglo XVII viajó por Francia, dejó escrito en sus memorias que el cardenal Richelieu «conocía todo lo que pasaba en Francia como si él mismo hubiese estado presente, y dos de sus más íntimos allegados no deberían haber hablado mal de él en Poitiers, ya que antes de cuatro días lo había sabido el interesado en París. Algunos atribuían esto a un espíritu familiar que él tenía; otros, a los espías que había colocado por doquier». En ambos casos, los métodos del Cardenal eran considerados como algo diabólico. El proceso no terminó con Richelieu. El París de Luis XIV y Luis XV era observado de cerca por informadores a sueldo, más conocidos como *mouches*, tantas eran las «moscas» que llenaban las paredes de los cafés y otros lugares donde pudieran oírse rumores de sedición. Hacia 1720 ocupaban sus puestos en unos cuarenta cafés de la capital de Francia. A finales del siglo XVIII, los informes o *dossiers* de la policía francesa tenían ya expedientes personales sobre los principales sospechosos, con retratos incluidos.[334]

LOS MAPAS DEL ESTADO

Buena parte de la información que interesaba a los funcionarios del gobierno quedó recogida en forma de mapas. El «desarrollo de la cartografía como herramienta de gobierno» era significativo durante todo este período, ya fuese que con los mapas se pretendiese fijar las fronteras, defender al Estado contra sus enemigos o facilitar la planificación y de esa manera racionalizar la administración.[335] Por ejemplo, Felipe II impulsó el trazado de la carta geográfica de la Península Ibérica en la década de 1560. Pedro de Esquivel, profesor de matemáticas de la Universidad de Alcalá, recibió el encargo de realizar una inspección geográfica de España, aunque murió poco después de su nombramiento y el proyecto se olvidó.[336] El cosmógrafo portugués Francisco Domínguez pasó cinco años en Nueva España, de 1571 a 1576, realizando una inspección del territorio. El cuestionario de 1577 enviado a los dominios de Felipe II en el Nuevo Mundo incluía una solicitud de mapas, algunos de los cuales todavía se conservan.[337]



FIGURA 13. Detalle de Romania, por J. Castaldus, en *Ortelius, Theatrum Orbis Terrarum* (Amberes, 1570).

En Francia, el cardenal Richelieu, gobernador virtual del Estado, encargó un mapa de Francia en treinta hojas que se completó en 1643. Colbert, otro apasionado de la cartografía, encargó mapas de cada provincia. En 1668 pidió a la Academia de Ciencias que recomendase soluciones concretas para aumentar la fiabilidad de los mapas. En 1679, Luis XIV aprobó la propuesta de Colbert de emprender la elaboración de un mapa más exacto (el trabajo requerido fue de tal envergadura que el mapa en cuestión no estuvo preparado hasta 1744, una generación después de la muerte del rey).[338] La cartografía francesa de este período ilustra vivamente el proceso de lo que algunos sociólogos llaman la «cientificación» del conocimiento. El Observatorio Real colaboró en trabajos cartográficos, el astrónomo Gian-

Domenico Cassini trabajó con el ingeniero militar Sébastien de Vauban para mejorar las inspecciones militares, mientras que tanto su antiguo alumno Guillaume Delisle, geógrafo mayor al servicio del rey, como su nieto César-François Cassini participaron en la elaboración del mapa de Francia antes mencionado.[339] Este interés por la exactitud estaba perfectamente justificado política y militarmente. En el congreso de Utrecht que puso fin a la guerra de Sucesión española y que coincidió con el final del reinado de Luis XIV, se utilizaron los mapas para asegurarse de que posteriormente no se plantearían disputas sobre los acuerdos firmados.[340]

Por supuesto, era de esperar que el zar Pedro el Grande se interesase por la cartografía y la agrimensura. El geógrafo alemán Johan Baptist Homann recibió el encargo del zar de cartografiar Rusia y se recurrió a los alumnos de la academia naval para recoger información con esta finalidad. El mismo Pedro el Grande se encontró con el geógrafo Delisle en París en 1717 y sugirió correcciones a su mapa de Rusia, mientras que en el año 1721 dio instrucciones minuciosas a los geodestas.[341]

El caso de Inglaterra ilustra una vez más el rasgo general de que, en muchos de los apartados presentados en este capítulo, la periferia fue inspeccionada antes que el centro. El Departamento de Comercio propuso cartografiar las colonias en 1720. Agrimensores militares cartografiaron Escocia (1747-1755), un proyecto vinculado a la construcción de carreteras y a la «pacificación» de las Highlands («Tierras altas») después de la gran rebelión de 1745. A continuación se trazaron los mapas de Quebec (1760-1761), Bengala (1765-1777) e Irlanda (1778-1790). Por lo que se refiere a Inglaterra, sólo en los años finales del siglo se iniciaron las tareas de medición, en parte como respuesta al

peligro de invasión durante la Revolución Francesa. El Servicio Oficial de Topografía inglés delata un origen militar en su mismo nombre, *Ordnance Survey* [*Ordnance* significa literalmente «artillería, pertrechos de guerra»], por haber sido organizado por el general mayor de la artillería, probablemente debido a que el transporte de piezas de artillería requiere un exacto conocimiento del terreno.[342]

El desarrollo de la estadística

Una de las razones que explican este renovado interés oficial por los mapas es que éstos presentan información cuantitativa, mostrada a escala. A los gobernantes de estos primeros siglos de la edad moderna y a sus ministros les interesaron cada vez más los números, igual que los hechos. Les preocupaba especialmente saber cuántos habitantes vivían en sus dominios. Los gobiernos anteriores únicamente habían estado en condiciones de hacer «conjeturas totalmente descabelladas». Por ejemplo, el gobierno inglés creía que en 1371 el país tenía cuarenta mil parroquias, cuando su número real rondaba las ocho mil seiscientas.[343] En una época en que el tamaño de los ejércitos crecía tan rápidamente como sucedía en el siglo XVII, los gobiernos no pudieron permitirse por más tiempo este tipo de ignorancia.

También empezó a recogerse información sobre nacimientos, matrimonios y muertes. Un estímulo para esta recogida de datos fue la epidemia que afectó, por ejemplo, a Italia con especial virulencia en 1575 y 1630, y a Londres en 1665. Hubo otras razones para que creciese el interés por la demografía. A mediados del siglo XVII, en la República holandesa el abogado y estadista Jan de Witt ya utilizó las tasas de mortalidad para organizar un sistema de renta vitalicia administrado por el gobierno. En Suecia, donde el gobierno se preocupó por estimular el crecimiento de la

población basándose en el principio de que «una gran abundancia de gente pobre es la mayor riqueza de un país», el clero estuvo obligado legalmente desde 1736 a dar las cifras anuales de nacimientos y muertes en cada una de las parroquias, y en 1748 las autoridades ordenaron la realización de un censo nacional. Al Parlamento inglés se le presentó en 1753 un proyecto de ley del censo, aunque, como dato revelador del clima de opinión existente en aquel momento, también hay que decir que dicho proyecto fue rechazado, igual que la propuesta hecha en 1758 para hacer obligatorio el registro de nacimientos, matrimonios y defunciones.[344] A partir del último cuarto del siglo XVIII, el censo nacional se fue convirtiendo en un acontecimiento regular en cada uno de los países occidentales. En 1769 se llevó a cabo el censo de Dinamarca y de Noruega. Ese mismo año se hizo también en España y, a continuación, en los recientemente independizados Estados Unidos de América (1790), en el Reino Unido (1801) y en Francia (1806).[345]

A menor escala, el censo nacional tuvo numerosos precedentes, sea a nivel de ciudad o de diócesis. En pleno siglo XV, las ciudades-Estado de Florencia y Venecia nos ofrecen ejemplos tempranos de toma de conciencia de los usos de la información presentada en cifras. Florencia y Venecia fueron pioneras en este terreno tal vez porque eran ciudades pequeñas: lo pequeño es eficaz y al mismo tiempo bello. Por otra parte, Florencia y Venecia eran también repúblicas dominadas por comerciantes con una «mentalidad aritmética» estimulada por el sistema educativo, concretamente por las escuelas de ábaco que aseguraban una difusión nada habitual de la competencia en el cálculo. Obviamente, a los gobiernos les resulta más fácil recoger este tipo de información si las personas individuales ya son conscientes del valor de la misma.[346]

Por alguna razón, aunque esencialmente por motivos fiscales, en 1427 el gobierno de Florencia realizó un censo de la ciudad y de sus territorios.[347] La inspección en cuestión resultó tan cara que sólo se repitió en raras ocasiones, pero el ejemplo de Florencia se siguió en otros lugares. En la provincia de Holanda, por ejemplo, la Investigación de 1494 y la Información de 1514 supusieron inspecciones de pueblo en pueblo y respuestas a un cuestionario acerca del número de hogares y los impuestos. El gobierno de Enrique VIII ordenó al clero de las parroquias llevar el registro de nacimientos, matrimonios y defunciones. Durante el siglo XVI, el gobierno veneciano, que también utilizaba al clero de las parroquias para recoger la información, se sirvió de formularios impresos para garantizar que los datos recogidos se pudiesen presentar de una manera más o menos homologada, en tablas con encabezamientos como «varones», «mujeres», «chicos», «chicas», «criados» y «góndolas». El gobierno británico también recurrió a los clérigos en la década de 1690 para recoger información acerca de los pobres.

Los funcionarios de los Estados territoriales no sólo utilizaron al clero, sino que, además, aprendieron de las iniciativas eclesiásticas precedentes mencionadas con anterioridad y, desde finales del siglo XVI en adelante, ordenaron más inspecciones sociales (y más detalladas) que antes. Por eso, no es extraño descubrir que en 1590-1591 se llevó a cabo un censo en España, poco después de que en Castilla la Nueva se hubiese realizado la inspección de tipo no estadístico que hemos descrito. En el siglo XVII creció, al menos en algunos gobiernos europeos, el interés por los datos cuantitativos, conocidos en Inglaterra como «aritmética política» y en Francia como «cálculos políticos» (*calcules politiques*).[348] A partir de 1635, por ejemplo, el

Departamento Británico de Comercio también se interesó por la población de las colonias americanas. En Inglaterra, la etapa final del siglo XVII fue la época de William Petty (que abogó por la fundación de una oficina central de estadística), John Graunt, Gregory King y del amigo de este último, Charles Davenant (inspector de importaciones y exportaciones), así como de las tentativas de calcular la riqueza y la población de Inglaterra e Irlanda.[349]

Petty, que se movió por los círculos de Martin Mersenne en París y de Samuel Hartlib en Londres, creyó decididamente en lo que él mismo llamaba la «aritmética política», definida como «el arte de razonar con números sobre asuntos relacionados con el gobierno». Mostró interés por los cuestionarios, y su obra manuscrita titulada «Método para investigar el estado de cualquier país» enumeraba cincuenta y tres cuestiones sobre salarios, precios, población, enfermedades, rentas públicas, funcionarios, etc., sin olvidar temas como juegos, «bellezas de la corte» y «qué libros se venden mejor»; otro ejemplo, en suma, en que la utilidad se mezcla con formas más amplias de curiosidad.[350]

En Francia, Richelieu y Colbert pensaron de manera muy parecida a ésta. Richelieu mandó hacer diversas «encuestas» (*enquêtes*) con la exigencia de que las cifras fuesen exactas. Casi inmediatamente después de acceder al poder en 1661, Colbert, pensando en las necesidades de la marina, ordenó hacer un censo de los árboles de los bosques reales. En 1667 mandó que se continuasen los registros parroquiales. En 1669, su decreto sobre los bosques dio instrucciones para gestionar estos recursos de acuerdo con lo que se ha llamado la «línea baconiana».[351] En 1670 ordenó la publicación mensual de bautismos, matrimonios y entierros en París. Colbert también mostró el máximo interés por las cifras

comerciales. Esperaba ser informado regularmente sobre los precios en diferentes regiones de Francia y, paralelamente, el embajador francés ante la República holandesa recibía instrucciones de informar con todo detalle sobre el número de buques holandeses y sobre la cantidad de vino francés que importaban.[352]

Colbert no estuvo solo en este interés por los números. A finales del siglo XVII compartió este mismo interés el círculo reformista que se movía en torno al heredero del trono francés, el duque de Borgoña. En 1697 se envió un cuestionario de diecinueve puntos a los *intendants* para obtener información con vistas a la educación política del duque. Como miembro de este círculo, el arzobispo Fénelon, utilizando las resonancias eclesiásticas de esta imagen pastoril, lo expresó así: «¿Qué diría uno de un pastor que no conociese el número de ovejas de su rebaño?». Otro miembro del círculo, el mariscal Vauban, muy interesado en lo que él mismo llamaba «las estadísticas» (*les statistiques*) —en otras palabras, información útil para los estadistas—, desarrolló un método para calcular poblaciones y, en un tratado publicado en 1707, pretendió medir el nivel de vida de todos los franceses.[353]

Durante el siglo XVIII, cuando sir Robert Walpole señaló que la Casa de los Comunes prefería las «cifras (*figures*) de la aritmética» a las «figuras (*figures*) de la retórica», las investigaciones de este tipo fueron cada vez más elaboradas, a la vez que se generalizaban por otras partes de Europa. Las «tablas estadísticas» (*Staatstafeln*) recomendadas por Leibniz en la década de 1680 empezaron a formar parte del gobierno cotidiano en Prusia en tiempo de Federico el Grande. En Rusia se empezó a realizar un censo en relación con el nuevo impuesto de capitación (1718). En Suecia, el astrónomo

Wargentin recibió el encargo de analizar las estadísticas de nacimientos y muertes (que le debía proporcionar el clero de las parroquias) en algunos artículos publicados en el periódico de la Academia de Ciencias de los años 1754-1755. En 1756 el gobierno sueco nombró un cuerpo permanente de estadísticos, la Tabellkommission, con Wargentin como uno de sus miembros.[354]

El interés de los gobernantes por conocer el número de sus súbditos, y a veces de la población animal, no siempre fue bien visto por los interesados, que sospechaban, a menudo con razón, que tales investigaciones pudieran tener como consecuencia inmediata la exigencia de más impuestos o del servicio militar. La expresión *Domesday Book* (libro del registro catastral realizado por Guillermo el Conquistador en Inglaterra en 1086, pero que literalmente se podría entender como «libro del día del juicio final —*doomsday*—») ¡no pretendió ser un cumplido! Algunos censos encontraron una resistencia airada: el de Parma de 1550, el de Nápoles de la década de 1590 y el de Francia de 1663. Con ocasión de este último, alguien afirmó que «hacer el censo de familias y animales equivale a poner al pueblo en situación de verdadera servidumbre» (*faire le dénombrement de familles et du bétail, c'est mettre le peuple dans une grande servitude*). Tales objeciones pudieron escucharse todavía en Inglaterra durante el siglo XVIII.[355] No tiene nada de extraño, pues, que una de las primeras acciones de muchos revolucionarios de estos primeros siglos de la edad moderna fuera la quema de los registros oficiales.

ALMACENAMIENTO Y RECUPERACIÓN DE LA INFORMACIÓN

A medida que aumentaban de volumen, los registros tuvieron que almacenarse en muebles especiales, los archivos, con conservadores especiales, los archiveros profesionales, con catálogos, índices, etc.[356] Los gobiernos medievales ya habían producido y conservado una masa de documentos. El rey Felipe Augusto de Francia creó el *Trésor des Chartes* [«Tesoro de las cartas»], que más tarde se conservó en la Santa Capilla de París, mientras que los rollos de pergamino producidos por un reino medieval relativamente pequeño como Inglaterra continúan llenando un número impresionante de estanterías en el Archivo Nacional. Sin embargo, durante la Edad Media a menudo los documentos se guardaron al lado de otros objetos preciosos en las tesorerías y se desplazaron constantemente de un lugar a otro siguiendo a sus propietarios. El principal obstáculo para el desarrollo de un archivo del Estado durante la Edad Media fue la movilidad de los monarcas. Estas colecciones de documentos oficiales, cuando existieron, estuvieron descentralizadas.[357]

Los primeros siglos de la edad moderna significaron una coyuntura fundamental por diversas razones. En primer lugar, la invención de la imprenta convirtió los manuscritos en un tipo particular de documentos, lo que llevó a almacenarlos aparte, en una sección especial de la biblioteca o en un edificio independiente. En segundo lugar, la

creciente centralización del gobierno tuvo como resultado un incremento sin precedentes de lo que Felipe II llamó una vez «esos demonios, mis papeles» (en varias ocasiones este rey de España firmó cuatrocientos documentos en un solo día). En el caso de gobernantes como Luis XIII de Francia, que no estaban preparados para pasar tantas horas ante su mesa de trabajo como Felipe II, los secretarios estuvieron autorizados para falsificar la firma real. En tercer lugar se produjo la instalación de los gobiernos en los Uffizi, El Escorial, Versalles, Whitehall, etc. La segunda tendencia hizo necesarios los archivos, mientras que la tercera los hizo posibles. A la centralización del gobierno siguió la centralización de los documentos.[358] A lo largo de los siglos XVI y XVII se creó, o al menos se reorganizó, cierto número de centros de documentación, principalmente para que los funcionarios pudieran recuperar información sin excesivos retrasos. Documentos que anteriormente se consideraban propiedad privada de los funcionarios —el mismo Richelieu dejó sus papeles a su sobrina— ahora pertenecen al Estado.

Como en otros aspectos considerados en este capítulo, la Iglesia de la Contrarreforma parece que aquí fue pionera. Entre los Papas de este período, tres de ellos se preocuparon especialmente de los archivos del Vaticano. En 1565, Pío IV pidió al cardenal bibliotecario que crease un archivo y, al año siguiente, una bula papal ordenó la organización de centros para guardar documentos en cada diócesis. En 1591, Gregorio XIII prohibió consultar los documentos en el archivo sin su permiso. En 1612, Pablo V fundó un archivo secreto especial. Primero se nombraron archiveros a tiempo parcial y posteriormente a tiempo pleno para que cuidasen los documentos y los catalogasen.[359] El modelo papal fue imitado gradualmente en otros ámbitos de la Iglesia. Por

ejemplo, en Toledo el ayuntamiento ordenó la fundación de un archivo episcopal en 1582. En Milán, un archivero del arzobispo de mediados del siglo XVII tuvo la idea de encuadernar los volúmenes de las visitas, probablemente para facilitar la consulta rápida de los mismos.

Refiriéndonos ya más directamente al Estado, la máxima de que lo pequeño es eficaz podemos verla ejemplificada en el caso de Suecia. El interés de su gobierno por los archivos quedó demostrado por el nombramiento de archiveros oficiales desde comienzos del siglo XVII, siendo el primero de ellos Johan Bure, nombrado archivero del reino (*riksarchivar*) en 1609. En Inglaterra, la reina Isabel fundó una nueva Oficina del Papel del Estado y su sucesor Jacobo I creó el puesto de conservador de los papeles del Estado. En esta época, los gobiernos de España y Francia se hicieron especialmente conscientes de la importancia de los archivos. En la historia de los archivos españoles, Felipe II tuvo un papel muy destacado y personal. En 1545, siendo regente, el príncipe Felipe ya había ordenado la conservación de los papeles del Estado en el castillo de Simancas. Después de subir al trono, Felipe II encargó al historiador Jerónimo de Zurita que archivase los papeles oficiales y, mientras tanto, el mismo rey recortaba documentos para clasificarlos y archivarlos. Durante el siglo XVII, el enérgico conde-duque de Olivares, Primer ministro del rey Felipe IV, se preocupó personalmente de descubrir, clasificar y recolocar documentos dispersos. En el siglo XVIII se creó un archivo especial para los documentos americanos: el Archivo de Indias de Sevilla.[360]

En Francia, en el siglo XVII se organizaron los archivos: primero lo hizo el sabio Théodore Godefroy (1615), después Richelieu y más tarde Colbert. Richelieu, por ejemplo, se

preocupó de los detalles de la colocación y clasificación de determinados tipos de documentos. La correspondencia de Colbert incluye frecuentes órdenes a los subordinados para que buscasen en los archivos, y el Ministro insistía en la necesidad de hacer inventarios de los archivos más antiguos y de copiar los documentos encontrados en ellos (entre 1665 y 1670 se compilaron doscientos cincuenta y ocho volúmenes de copias de documentos encontrados en el sur de Francia). El Ministro de Asuntos Extranjeros de Luis XIV, Torcy, se interesó especialmente por los archivos relacionados con los asuntos extranjeros y en 1710 creó un depósito especial para ellos. Cuando Luis XIV llegó al poder, ningún departamento del Estado poseía un archivo, pero a su muerte todos depositaban sus informes en lugares determinados de antemano.[361]

Estos archivos no se crearon para facilitarles el trabajo a los historiadores, sino en atención a los administradores. Formaban parte de los *arcana imperii*, los «secretos de Estado», una expresión utilizada cada vez con mayor frecuencia durante el siglo XVII que mostraba la preocupación de los funcionarios por la posible pérdida del monopolio sobre determinados tipos de información política. Cuando, gradualmente, los funcionarios dejaron de trabajar en casa y, consecuentemente, de tratar los papeles del Estado como si fuesen de su propiedad privada, para instalarse en oficinas y conservar los documentos en archivos, todo ello representó un momento importante en la historia del Estado. El monopolio de la información (o, en cualquier caso, de determinados tipos de información) fue un medio para conseguir el monopolio del poder.[362] Sólo al llegar la Revolución francesa se proclamó el principio del acceso público a los archivos, aunque la práctica fue siempre por detrás de la teoría.

La censura

Gran parte de la información sobre la que hemos hablado hasta este momento era *TOP SECRET*, como solía etiquetar estos asuntos el ejército británico. Por este y otros motivos funcionaba un sistema de control o censura. En Venecia, por ejemplo, estaba totalmente controlado el acceso a los archivos. Ni siquiera al dux le estaba permitido entrar solo al archivo. Únicamente los miembros del Senado podían entrar en él y sólo los miembros del *collegio* podían llevarse documentos. Para evitar la tentación de leer los papeles que estaban bajo su custodia, se suponía que el conservador del archivo era analfabeto.[363]

El sistema de censura más famoso y difundido durante este período fue el de la Iglesia católica, asociado con el *Índice de libros prohibidos*. Éste era un catálogo impreso —tal vez sería preferible describirlo como un «anticatálogo»— de los libros que los fieles católicos tenían prohibido leer. En realidad, hubo muchos índices locales, aunque los realmente importantes fueron los publicados por la autoridad papal, con carácter vinculante para toda la Iglesia.

Al parecer, el *Índice* fue introducido como un antídoto del protestantismo y de la imprenta. Con ocasión de la Reforma, los protestantes pretendían que el conocimiento estaba de su parte. El inglés John Foxe, por ejemplo, autor de un famoso «Libro de los mártires», afirmó que «o el Papa tiene que prescindir del conocimiento y la imprenta o, a la larga, la

imprenta tiene que desterrarlo a él». El *Índice* fue una respuesta a esta pretensión. Representó una misma especie de lucha contra la imprenta sirviéndose de la imprenta, de «control de la población del libro». El modelo del *Índice*, publicado en 1564, empezaba con un conjunto de reglas que prohibían tres tipos principales de libros: los heréticos, los inmorales y los relacionados con la magia. Seguía a continuación una lista alfabética de autores y títulos; la de autores distinguía los de «primera clase» (los escritos de estos autores quedaban prohibidos en su totalidad) y los de «segunda clase» (cuando la prohibición se refería sólo a determinados escritos de un autor). El sistema de la censura era complejo, y en Roma había tres instituciones rivales que competían por controlarlo. Impresores, libreros y lectores se opusieron a él, a menudo con éxito. Eso tal vez fue contraproducente, porque en realidad excitó la curiosidad de los fieles.[364] De cualquier modo, el *Índice* impidió la circulación del conocimiento en el mundo católico.

La mayor parte de los libros que figuraron en la lista de la Iglesia fueron obras de teología protestante, aunque la lista incluyó también algunos libros sobre otros temas cuando sus autores fueron herejes. Por ejemplo, en 1572 un profesor de medicina de la Universidad de Padua tuvo dificultades para hacerse con una copia de la famosa enciclopedia de Zwinger por tratarse de una obra escrita por un protestante y, en 1618, en Madrid un librero se vio en apuros por parecidas razones después de haberse encontrado en su tienda un ejemplar del tratado de Gesner sobre los peces.[365] De idéntica manera, *Acta Eruditorum* de Leipzig, uno de los periódicos eruditos más famosos del siglo XVII, resultó sospechoso porque sus editores eran protestantes.

La Iglesia católica no fue la única que se preocupó de

controlar la lectura de los libros. La censura protestante empezó ya en la década de 1520 en Estrasburgo, Zurich y Sajonia, y entre las obras prohibidas no estaban únicamente los libros de los polemistas católicos, sino también los de reformadores radicales, como los anabaptistas. También en Ginebra hubo un sistema de censura, y los autores de libros tenían que obtener un permiso de impresión del consejo de la ciudad o posteriormente del comité que velaba por la educación, los «escolarcas».[366] El hecho de que la censura protestante esté virtualmente olvidada, mientras se sigue recordando la censura católica, se ha debido, probablemente, a que los protestantes tenían una organización descentralizada, por no decir dividida, de manera que sus intentos de suprimir ciertas clases de libros resultaron necesariamente menos eficaces.

Como las Iglesias, y siguiendo el modelo de éstas, los Estados de comienzos de la edad moderna organizaron un sistema de censura de la palabra impresa porque temían la «sedición» tanto como las Iglesias la herejía. Incluso las naciones más tolerantes de Europa, como Venecia, la República holandesa e Inglaterra, impusieron ciertos límites a la libertad de comunicación. Por ejemplo, el *Tractatus theologico-politicus* de Spinoza fue prohibido por las autoridades holandesas en 1674. En Inglaterra, durante el reinado de la reina María, el gobierno reguló el comercio inglés de libros estableciendo la Compañía de Papeleros, a la que tenían que pertenecer todos los impresores. Durante el reinado de su sucesora, la reina Isabel, las imprentas no pudieron instalarse fuera de Londres, Oxford y Cambridge con el fin de poder controlarlas de manera más eficaz.

A pesar de todo, es posible comparar los sistemas relativamente abiertos de información que estuvieron vigentes en la República holandesa y en Inglaterra con

aquellos otros relativamente cerrados de España, Austria y Rusia. Francia ocupó en este punto una posición intermedia. El caso de la República holandesa, una estructura política descentralizada en una zona urbanizada con predominio de los comerciantes ofreció las condiciones adecuadas para que la información circulase con extraordinaria libertad por medio de la palabra hablada, de los escritos y de la imprenta. La diplomacia holandesa ha sido descrita como «notoriamente pública», a pesar de que frecuentemente se vendieron documentos confidenciales a extraños. Algunos visitantes extranjeros de esta República coincidieron en señalar la facilidad con que habían podido obtener información acerca de la tecnología holandesa.[367]

En Inglaterra, el control de la prensa desapareció a mediados del siglo XVII bajo la República, pero se impuso de nuevo con las Leyes de Tolerancia. Según la Ley de 1662, los libros de derecho tenían que ser inspeccionados por el jefe de la administración de justicia de Inglaterra y Gales y presidente de la Cámara de los Lores —es decir, por el lord canciller (*chancellor*)—; los libros de historia, por un secretario de Estado; y, la mayor parte del resto de libros, por el arzobispo de Canterbury y el obispo de Londres. La derogación de la Ley de Tolerancia en 1695 terminó no sólo con la censura, sino también con el control de la imprenta a través de la Compañía de Papeleros. Este último control había durado unos ciento cuarenta años. Ahora la prensa quedaba libre del control previo a la publicación. En otras palabras, «todo el mundo era libre de publicar lo que le gustase, aunque ateniéndose a las consecuencias».[368]

En la Francia de Luis XIV, el teniente general de policía, La Reynie, ejerció un estricto control de la prensa entre 1667 y 1697. Como sucediera entre los ingleses durante el reinado

de Isabel, Colbert trató de concentrar las imprentas de París en pocas manos para poder ejercer más fácilmente el control. En 1701 sólo había cincuenta y un talleres de impresión en París, frente a los setenta y cinco de 1644 y a los ciento ochenta y uno de 1500. Durante el siglo XVIII todavía se seguían quemando en público algunos libros, como las *Cartas filosóficas* de Voltaire (1734) y el *Emilio* de Rousseau (1762), aunque algunos censores, concretamente Malesherbes, que desempeñó el cargo de *directeur de la librairie* de 1750 a 1763, creían en la libertad de prensa. En cierta ocasión, Malesherbes comunicó a Diderot con antelación la noticia de que la policía se dirigía a su casa para buscar y en su caso confiscar copias de la *Encyclopédie*, y hasta se ofreció a ocultar este material comprometedor en su propia casa.[369]

El temor a la sedición no fue el único motivo que impulsó a los gobiernos a ejercer la censura. Otra preocupación fue la publicación de ciertos secretos. Por ejemplo, los portugueses consideraron un secreto de Estado todo lo relacionado con el conocimiento de África y de las Indias. En 1504, el rey Manuel prohibió a los cartógrafos representar la costa africana occidental más allá del Congo y exigió que las cartas de navegación ya existentes fueran censuradas.[370] El hoy famoso relato del boticario portugués Tomé Pires de sus viajes por Oriente, titulado *Summa oriental*, dirigido al rey Manuel, originalmente se conservó en secreto debido a la información que contenía acerca de las especias. La versión italiana de la obra de Pires, publicada en 1550 en la famosa colección de libros de viaje de Ramusio, no contenía la sección sobre las especias, como si el manuscrito hubiese sido censurado. Los temores del gobierno portugués podrían estar justificados en este caso, dado que en 1561 el embajador francés en Lisboa recibió la orden de sobornar a

un cartógrafo portugués para obtener un mapa del sur de África.[371] Esta preocupación portuguesa por mantener en secreto la información duró mucho tiempo. En 1711, «Cultura y opulencia de Brasil», un tratado sobre la economía de Brasil publicado bajo el pseudónimo de Antonil por un jesuita italiano que vivía allí, fue retirado inmediatamente, al parecer por miedo a que los extranjeros pudieran conocer las rutas que llevaban a las minas brasileñas de oro.[372]

La ansiedad de los portugueses por la publicación de información confidencial constituyó el caso extremo de una tendencia general. Por ejemplo, el Consejo de los Diez arrestó, en 1598, a un tal Lazzaro Soranzo por haber publicado (en Ferrara) un tratado contra los turcos que, a juicio del gobierno veneciano, divulgaba información confidencial acerca del régimen otomano.[373] Entre las materias consideradas políticamente sensibles estaban los mapas y los planos. Alguien podría pensar que el comentario del patricio veneciano Daniele Barbaro sobre el tratado del arquitecto romano Vitruvio (1556) no era una obra políticamente peligrosa, pero se pusieron trabas a su publicación argumentando que las ilustraciones de las fortificaciones podían ayudar a los enemigos de Venecia. El geógrafo francés André Thevet, en una carta al rey editada al principio de su *Cosmographie* (1575), explicaba en términos políticos su negativa a incluir planos de ciudades y fortalezas francesas, «considerando que no está bien revelar los secretos franceses a los extranjeros» (*ne trouvant bon de découvrir aux étrangers les secrets d'icelle*).[374]

Con el fin de mantener en secreto ciertas informaciones, los gobiernos solían utilizar determinados códigos, que desarrollaron en este período al mismo tiempo que la diplomacia. Los italianos fueron pioneros en ambos campos.

Los secretarios de Venecia y Roma encargados de los códigos fueron famosos por su habilidad, mientras que otro italiano fue el responsable de codificar las cartas de Felipe II.[375] Si los italianos no fueron también pioneros en el arte de la desinformación —o, en otras palabras, en el arte de difundir rumores—, sí fueron de los primeros que trataron el tema abiertamente en libros, como hizo Giovanni Botero en los diez tomos que componían su obra «De la razón de Estado», 1589.[376]

La difusión de la información

Controlar la información no resultó tarea fácil. La frontera entre el dominio público y los *arcana imperii* fue traspasada a menudo, y consecuentemente se divulgó una cantidad importante de información política, unas veces oficial y otras oficiosamente. Algunos, en concreto el fraile Paolo Sarpi, consejero del gobierno de Venecia a comienzos del siglo XVII, sostuvieron que difundir información era un arma política más eficaz que suprimirla.[377] Algunos gobiernos se mostraron particularmente abiertos en este punto. Por ejemplo: la República holandesa, Inglaterra durante la guerra civil y de nuevo después de 1688, y Suecia durante la llamada «era de la libertad», especialmente los seis años transcurridos entre 1766 y 1772.

Aunque los archivos no estaban abiertos a todo el mundo, era posible acceder a ellos por motivos particulares. A pesar de su aureola de padre fundador de la historia moderna, Leopold von Ranke no fue el primer historiador que se documentó en los archivos. A comienzos de la edad moderna, historiadores oficiales como Giambattista Adriani en Florencia, William Camden en Inglaterra y Samuel Pufendorf en Prusia y Suecia tuvieron garantizado el acceso a los documentos oficiales con el fin de explicar y justificar las políticas de los gobiernos para quienes trabajaban. Los estudiantes de la academia política de Torcy utilizaron el nuevo *dépôt* (depósito-almacén) de su jefe como parte de su

educación política. En 1714, un sabio francés, Hyacinthe d'Arche, recibió autorización para consultar el archivo de la Torre de Londres, que habían estado utilizando desde hacía ya tiempo sabios ingleses como John Selden.[378]

Existió una larga tradición en el uso de los registros locales por motivos locales, tales como decidir disputas sobre herencias. Los registros parroquiales se consultaron por infinidad de motivos. Por ejemplo, en su tratado sobre la decadencia de España y las maneras de poner remedio a semejante situación, un canónigo de Toledo, Sancho de Moncada, utilizó los registros parroquiales para mostrar que la tasa de matrimonios había descendido. En 1677, el sabio George Hickes utilizó los registros parroquiales ingleses para atacar a los presbiterianos escoceses al señalar que la tasa de nacimientos ilegítimos era más elevada en el país de «esos fariseos» que en cualquier otro lugar.[379]

En algunas ocasiones, los gobiernos tuvieron que hacer pública determinada información por su propio interés. Como es natural, les interesaba que sus súbditos conocieran ampliamente las leyes y otras normas, que por lo general eran proclamadas en voz alta, impresas y pegadas en lugares públicos.[380] Desde el punto de vista de los gobiernos, el problema radicaba en encontrar cierto equilibrio entre no darle al público la suficiente información, una situación que resultaba propicia para la difusión de rumores salvajes, y darle demasiada información, que animaba a la gente corriente a comentar los asuntos del Estado.

Periódicos oficiales como la *Gazette* de París presentaban una serie de noticias seleccionadas desde el punto de vista del Estado. En 1639, un observador extranjero comentó que los «franceses hacían un admirable buen uso de él (es decir, del periódico) para transmitir aquellas impresiones que

consideraban buenas para sus súbitos». En 1658, por ejemplo, el gobierno debatió la necesidad de asegurarse de que el editor de la *Gazette* hiciese observaciones favorables acerca del rey de Suecia, aliado de Francia en aquel momento.[381] El modelo francés fue seguido muy pronto en Londres y en otros lugares. Dos editores de la *Gazette* de Londres, lord Arlington y sir Joseph Williamson, fueron también jefes de espías, por lo cual pudieron acceder sin dificultad a la información confidencial.[382] Teniendo en cuenta que las noticias publicadas en los periódicos oficiales no siempre merecían la confianza de los lectores, a veces los gobiernos prefirieron filtrar informaciones a través de fuentes no oficiales, como los informes manuscritos que circularon por Francia durante el siglo XVIII.[383]

La información confidencial sobre asuntos extranjeros tenía muchas más probabilidades de terminar siendo de dominio público, puesto que cada país estaba interesado en descubrir, y a veces revelar, los secretos de sus rivales y enemigos. En Londres, París, Viena y otros lugares era práctica común abrir las cartas enviadas a y por los embajadores; una vez leídas, eran cerradas de nuevo con cuidado para evitar que se descubriese la trampa. En Celle, por ejemplo, en los dominios del duque de Brunswick, los funcionarios locales pasaron a Guillermo III de Inglaterra una información que habían recogido de despachos franceses, daneses y suecos. En tiempos de guerra, los correos podían sufrir emboscadas y verse despojados de la correspondencia que llevaban. En la época de Richelieu, por ejemplo, los franceses atacaron a un correo español en un bosque cerca de Loches. Las cartas importantes estaban escritas generalmente en lenguaje cifrado, pero los gobiernos contaron con la colaboración de hábiles descifradores, con frecuencia matemáticos, como François

Viète, que trabajó para Enrique IV de Francia, y John Wallis, que estuvo al servicio de Cromwell y de Guillermo III. A veces los despachos capturados fueron impresos para poner de manifiesto la doblez del enemigo. Tanto los católicos como los protestantes recurrieron a esta técnica durante la guerra de los Treinta Años con el fin de responsabilizar a la otra parte de la «culpa de la guerra», y así disponemos de dos colecciones contrapuestas de documentos, tituladas respectivamente «Cancillería de Anhalt» y «Cancillería española».[384]

La publicación oficiosa de información confidencial también fue un hecho frecuente. *El príncipe*, la célebre obra de Maquiavelo, tal vez debería contemplarse bajo esta luz, puesto que era un tratado manuscrito que ofrecía consejos a un gobernante en particular, como si de un largo memorándum se tratase, que únicamente vio la luz pública como obra impresa después de la muerte de su autor. Los tratados sobre la diplomacia convirtieron las prácticas de los embajadores y sus secretarios en parte del conocimiento general. Una de las obras impresas más conocidas que difundieron este tipo de «secretos comerciales» fue la del diplomático holandés Abraham Wicquefort, titulada «El embajador» y publicada en francés en 1680. Wicquefort se distinguió también como redactor de hojas informativas y como espía (en favor de los ingleses).

La República de Venecia puso especial interés en el mantenimiento de todos sus secretos políticos, pero un gobierno en el que se alternaban en los cargos unos dos mil quinientos patricios necesariamente tuvo que contar con algunos «topos». Las famosas *relazioni* eran leídas por un grupo considerablemente más amplio que aquel al que directamente iban destinados los informes. Algunos de estos documentos fueron copiados e incluso terminaron siendo

publicados en forma de libro. Por ejemplo, la biografía de Carlos V publicada en 1567 por el escritor profesional Francesco Sansovino utilizó las *relazioni* de dos embajadores venecianos ante la corte imperial.[385] Como muy tarde durante el siglo XVII, en algunas ciudades europeas, especialmente en Roma, estaban a la venta esas *relazioni* (para sorpresa de algunos embajadores venecianos). Por ejemplo, la descripción de Roma del embajador Renier Zen, escrita en 1623, formaba parte de la lista de libros que ofrecía en préstamo la biblioteca de un monasterio romano a finales de esa misma década.[386] Amelot de la Houssaie, exsecretario del embajador francés ante Venecia, estuvo en condiciones de utilizar cartas, memorias y *relazioni* para una historia de Venecia (1685) que desvelaba lo que el autor describía en su prefacio como «los misterios del poder» (*les mystères de la domination*). En algunas de las grandes bibliotecas públicas y privadas de Europa se podía —y se puede— encontrar copias de *relazioni*. Ranke descubrió varias en Berlín y Viena antes de investigar en Venecia.[387]

Era de esperar que antes o después alguien se atreviera a imprimir algunas de esas *relazioni*. Este paso lo dio el impresor que editó una antología de textos con el título de «Tesoro político», publicada en París (en el frontispicio de la obra figura el nombre de «Cologne») en 1589.[388] Posteriormente la obra se reeditó en Milán y Vicenza. En 1672 se publicaron tres nuevas *relazioni* de otros tantos embajadores venecianos en Roma con el título de «Los tesoros de la corte de Roma». Como lugar de la edición se señalaba la ciudad de «Bruselas» y en el frontispicio no aparecía el nombre del editor. Mayor interés revistió aún la publicación, en 1547, del interrogatorio a que había sido sometido por parte de la Inquisición un sospechoso de herejía, con el título de «Artículos propuestos a fray Baldo».

[389] La historia de los «topos» es muy larga. Naturalmente, la revelación de determinados secretos se puede producir por diversos motivos: políticos, idealistas o simplemente económicos. Sin embargo, la invención de la imprenta reforzó el motivo del beneficio económico al ampliar el mercado potencial. Y éste será justamente el tema del próximo capítulo: el mercado del conocimiento en la Europa de comienzos de la edad moderna.

Capítulo 7

La venta del conocimiento: El mercado y la imprenta

> *Scientia donum dei est, unde vendi non potest* («El conocimiento es un don de Dios, razón por la cual no puede venderse»).
>
> AFORISMO MEDIEVAL

> El mismo saber es una forma de comercio.
>
> JOHNSON

> Las ideas de libertad religiosa y libertad de conciencia se limitaron a expresar el dominio de la libre competencia en el ámbito del conocimiento.
>
> MARX

Una razón para afirmar que actualmente vivimos en una sociedad de la información es que, de hecho, la producción y la venta de la información representan una parte importante de las economías más desarrolladas. Algunos economistas norteamericanos ya habían llamado la atención sobre este punto hace una generación. En la década de 1960, uno de ellos sostuvo que sus colegas habían dejado de lado «los aspectos mercantiles del conocimiento», describió las máquinas como «conocimiento congelado» y sugirió que el desarrollo económico era «esencialmente un proceso de conocimiento». Por esas mismas fechas, otro economista publicó un amplio estudio del conocimiento como producto, considerando sus existencias, costes y precios.[390] Más recientemente se han publicado riadas de libros y artículos sobre la industria de la información, el mercado de la

información, los servicios de la información y la gestión de la información.[391]

Una vez más merece la pena plantearse una cuestión que se ha repetido a menudo en este libro: en todo esto, ¿qué hay realmente de nuevo? No pretendo negar la importancia de las tendencias recientes en favor de la mercantilización del conocimiento.[392] De todos modos, merece la pena tratar de situar dichas tendencias en la perspectiva de cambios más graduales producidos a largo plazo. En este contexto es importante —aunque no suficiente— invocar la Ley de los derechos de autor de 1709, aprobada, de acuerdo con lo que se dice en el preámbulo, «para que los hombres de letras se animen a componer y escribir libros útiles», es decir, de conocimiento más que de ficción. Es necesario ampliar el horizonte y remontarse mucho más en el tiempo. La idea de vender conocimiento, por ejemplo, es como mínimo tan antigua como la crítica de Platón a los sofistas por esta práctica. La idea del conocimiento como propiedad (*possessio*) fue formulada por Cicerón. En la antigua Roma, el término *plagiarius*, que originalmente se refería a quien había robado un esclavo, lo aplicó el poeta Marcial al robo literario. El término *compilatio* también se refirió al plagio, visto como un saqueo del autor original.[393] Durante la Edad Media, la acción de «compilar» —o «recopilar»— se convirtió en algo respetable, lo que indicaría que el sentido de la propiedad intelectual perdía nitidez. Lo cierto es que durante el siglo XIII el argumento legal tradicional según el cual el conocimiento era «un don de Dios que no puede venderse» fue puesto en tela de juicio por el nuevo principio según el cual los profesores merecían recibir una paga por su trabajo.[394] En el siglo XIV, el poeta Petrarca, en su libro *De remediis utriusque fortunae*, criticó a quienes consideraban los libros algo así como una mercancía (*quasi mercium*).

Durante el Renacimiento, las disputas sobre plagios se hicieron cada vez más frecuentes, a pesar de (o debido a) la dificultad de definir la propiedad intelectual. Los humanistas del Renacimiento se acusaban regularmente unos a otros de «robo», aunque todos afirmaban practicar simplemente una forma de «imitación» creativa. Durante el siglo XVII se publicaron diversas exposiciones generales del tema. Escritores e impresores se disputaron entre sí los derechos de propiedad sobre el texto. Tales disputas habría que relacionarlas con el «individualismo», la emulación y la autoconciencia de que habló Jacob Burckhardt en su famoso libro *La cultura del Renacimiento en Italia* (1860). Están conectadas con la génesis de la idea de «genio», con los orígenes de la «originalidad», el declive del concepto de «autoridad» y el «nacimiento del autor». Esas disputas revelan, además, cambios en el equilibrio entre monopolio y competencia en el campo del conocimiento, temas abordados a mediados del siglo XX por Karl Mannheim y Harold Innis.[395]

Dos ejemplos tomados de Alemania a comienzos del siglo XVI ilustran la creciente preocupación por la propiedad de los textos y las ideas. El primer caso, en 1533, fue una disputa entre dos impresores, de Francfort y Estrasburgo respectivamente, sobre el uso de xilografías plagiadas para ilustrar un tratado sobre las hierbas. El impresor acusado de plagio se defendió pretextando que la difusión del conocimiento era un «beneficio para la humanidad». El segundo caso fue una disputa entre escritores, en la cual un divulgador de la filosofía naturalista fue acusado de plagio por varios sabios, entre ellos Conrad Gesner.[396]

Por lo que a la propiedad intelectual se refiere, el movimiento conocido actualmente como la Revolución

científica revela no sólo ambigüedad, sino también cierta ambivalencia. Por una parte, se tomó muy en serio el ideal de hacer público el conocimiento para bien de la humanidad en general. Por otra parte, no podemos pasar por alto la existencia de amargas disputas entre diversos individuos por la prioridad en descubrimientos que van desde el telescopio hasta el cálculo.

En el caso del telescopio, un pulidor de lentes holandés solicitó en 1608 la patente para un instrumento que hacía que los objetos distantes pareciesen cercanos. Galileo tuvo noticias de este mecanismo a través de su amigo Paolo Sarpi, un fraile veneciano cuya red internacional de corresponsales lo había convertido en una especie de agente intelectual de cambio al estilo de Mersenne. Estimulado por esta noticia, Galileo construyó por su cuenta un telescopio tres veces más potente que el prototipo holandés. Sin embargo, Giambattista Della Porta, representante napolitano de la filosofía naturalista, escribió a un amigo que «la invención del ocular en ese tubo fue cosa mía y Galileo, profesor en Padua, la adaptó».

En el caso del cálculo, los protagonistas de la disputa fueron Newton y Leibniz. Ambos sabios estuvieron trabajando independientemente en las matemáticas de lo infinitesimal. Leibniz conoció la obra de Newton a través del agente intelectual de cambio Oldenburg y contestó aludiendo a sus propios descubrimientos. En 1676 escribió directamente a Newton acerca de este tema. Todas estas precauciones no impidieron que Leibniz fuera acusado de plagio en un libro publicado por un discípulo de Newton en 1699.[397]

Paradójicamente, la cooperación era más visible en el campo de la agricultura, donde las nuevas técnicas eran

obviamente rentables, que en las matemáticas puras. Durante el siglo XVIII se fundaron muchas asociaciones agrícolas en Inglaterra, Italia, Francia, Rusia y otros lugares con el fin de difundir el conocimiento de las nuevas técnicas. Las mejoras en la agricultura ilustran uno de los temas más importantes de este libro, la interacción de conocimientos, ya que la información acerca de estas mejoras se desplazó arriba y abajo por Europa. Diderot, interesado en cuestiones técnicas, escribió el artículo sobre la agricultura en la *Encyclopédie*, expandiendo, por ejemplo, las innovaciones del granjero inglés Jethro Tull, que de esa manera fueron conocidas por un público más amplio.[398]

Incluso el conocimiento académico pudo convertirse en mercancía. Enseñar por dinero fue una actividad tradicional en escuelas y universidades. Durante los siglos XVII y XVIII menudearon cada vez más las conferencias públicas para auditorios que pagaban para oírlas. Théophraste Renaudot organizó conferencias de este tipo en París, como ya hemos dicho. De esta manera, la «venta al menor del conocimiento» se convirtió en parte de la cultura de Londres desde finales del siglo XVII y de las principales ciudades provinciales inglesas una generación más tarde. Durante el siglo XVIII, en Londres se anunciaban en el periódico conferencias sobre anatomía y cirugía y los conferenciantes han sido descritos como «de orientación mercantil». La comercialización del conocimiento médico queda reflejada en la importancia creciente que tiene en los periódicos la publicidad de los «curanderos», es decir, de personas que practicaban la medicina de forma oficiosa y prometían curaciones milagrosas.[399]

Según todas las apariencias, durante los siglos XVII y XVIII creció la conciencia de los vínculos existentes entre

conocimiento y mercado. Para el baconiano John Durie, un buen bibliotecario es como «un agente o comerciante de ayudas para el aprendizaje». La historia de Thomas Sprat de la Royal Society está llena de metáforas económicas (por ejemplo, la Society se equipara a un «banco» o «puerto» del conocimiento). En 1715 el sabio alemán Johann Burchard Mencke redactó una enérgica denuncia de lo que él denominó la «charlatanería» de los sabios, es decir, el arte del autobombo por medio de vestidos raros, pomposos títulos para sí mismos y para sus libros, ataques a otros sabios y la dedicatoria de sus propias obras a personajes importantes, dedicatorias que Mencke describió como ventas disfrazadas de regalos.

La relación entre los dos ámbitos era de doble sentido. Como nos recuerda una de las citas que encabezan este capítulo, Marx consideraba las nuevas actitudes con respecto al conocimiento como otros tantos efectos del desarrollo del capitalismo en la superestructura cultural. Sin embargo, como han sostenido muchos sabios y trata de mostrar también este capítulo, los efectos del nuevo conocimiento sobre la economía fueron, asimismo, sustanciales.[400]

EL ORIGEN DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL

A partir de la Edad Media tardía vemos que gradualmente se pone más énfasis en la explotación económica del conocimiento y en la necesidad de proteger los secretos comerciales como «valiosa propiedad intelectual».[401] El arquitecto renacentista Filippo Brunelleschi puso en guardia a un colega frente a quienes pretendían arrogarse el mérito de las invenciones de otros. De hecho, la primera patente conocida se otorgó al mismo Brunelleschi en 1421 por el diseño de un barco. La primera ley sobre patentes fue aprobada en Venecia en 1474.[402] El primer derecho de autor registrado para un libro se otorgó al humanista Marcantonio Sabellico en 1486 por su historia de Venecia y el primer derecho de autor de un artista lo concedió en 1567 el Senado de Venecia a Ticiano para proteger los grabados impresos de sus obras de imitaciones desautorizadas.[403] La regulación echó a andar lentamente. Papas, emperadores y reyes repartieron privilegios, es decir, monopolios temporales o permanentes, para proteger textos, impresores o géneros en particular o incluso nuevas familias de letras. Por ejemplo, el emperador Carlos V expidió durante su largo reinado cuarenta y una «cartas de protección» (*Schutzbriefe*) de este tipo. Los decretos o leyes sobre derechos de autor del siglo XVIII fueron un desarrollo de este sistema, mucho más antiguo, de privilegios.[404]

Al analizar estos ejemplos es importante no sobreponer categorías modernas a otras contemporáneas. En este punto puede ser útil distinguir dos concepciones de un texto (o, en su caso, de una imagen): la «individualista» y la «colectivista». En el primer caso, el texto se considera propiedad de un individuo porque lo ha producido un cerebro individual. La cultura dentro de la cual vivimos es fuertemente individualista en este sentido. En el segundo caso, el texto se considera propiedad común porque todo producto nuevo arranca de una tradición común. Este último punto de vista dominó durante la Edad Media, como muestra la tradición de los copistas. Los amanuenses que copiaban manuscritos se sentían evidentemente libres para introducir elementos nuevos o cambios en los textos. Y a la inversa, los sabios que escribían obras «nuevas» se sentían con libertad para incorporar pasajes tomados de sus predecesores. La tendencia hacia actitudes más individualistas se vio reforzada por la invención de la imprenta, que contribuyó a fijar y a la vez a difundir los textos. En cualquier caso, el proceso de cambio no fue repentino o uniforme; los ejemplos de supervivencia de actitudes colectivistas durante los siglos XVI y XVII no son difíciles de encontrar y coexisten con el aumento de privilegios y patentes.

Naturalmente, la idea de «propiedad común» resulta ambigua. Hay que preguntarse: ¿común a quién? Y la respuesta es, a menudo: «¡Común a un grupo social!». Puede tratarse de un gremio o de un gobierno. En cualquier caso, es poco probable que la respuesta sea: «¡Común a todos y cada uno!». El hecho de divulgar más ampliamente información podría considerarse una especie de traición. A comienzos de la edad moderna se pueden observar actitudes complementarias en diversos campos cuando al interés por mantener en secreto informaciones comerciales se

contrapone el interés por divulgar esos mismos secretos.

El espionaje, del que ya se ha hablado como una de las múltiples actividades emprendidas por los gobiernos para recoger información, puede contemplarse también como un caso de venta de información. El gobierno holandés recompensó de forma regular a los embajadores extranjeros, por ejemplo a los venecianos, por pasarle información confidencial.[405] Como ya hemos indicado, los documentos oficiales podían copiarse y venderse. El escritor francés Amelot de la Houssaye fue acusado de vender documentos robados mientras había desempeñado el cargo de secretario en la embajada francesa. La difusión de las hojas informativas durante el siglo XVII convirtió la información política en una mercancía que «por primera vez se compró y se vendió en cantidades considerables».[406] La rivalidad en la búsqueda de nuevas tecnologías desembocó en el espionaje industrial.

Espionaje industrial

El progreso en el conocimiento se vio impulsado por su valor intrínseco, pero también por sus consecuencias económicas. Bacon y sus seguidores trataron de mejorar algunos procesos industriales, como la elaboración de tintes y cristales.[407] Estas mejoras se difundieron por toda Europa gracias al espionaje industrial. Al analizar el fenómeno del espionaje, como en otros muchos ejemplos comentados en este libro, es importante evitar la proyección de nuestros conceptos en el pasado. El espionaje industrial no puede definirse con precisión en una época en que a menudo los empresarios se mostraban orgullosos de enseñar su tecnología a los visitantes extranjeros. En la República holandesa, a los extranjeros les fue especialmente fácil descubrir cómo trabajaban las nuevas máquinas, de ahí que sea prudente seguir a un sabio destacado en este campo y hablar del «espionaje como límite del espectro informativo», vinculándolo con los intentos de gobiernos y empresarios particulares por atraer a trabajadores cualificados procedentes del extranjero. La razón de ese vínculo es que el conocimiento artesano fue y es difícil de poner por escrito, de manera que la transferencia de técnicas estuvo vinculada a la emigración de trabajadores.[408]

Un ejemplo famoso de ese tipo de atracción de finales del siglo XVII, cuando los gobiernos empezaron a mostrarse cada vez más interesados en la industria y el comercio, fue el

intento de Colbert de llevar a Francia artesanos venecianos para que le pusiesen al corriente de las técnicas secretas de la industria del cristal. Se ha dicho que el embajador de Venecia en Francia liquidó a algunos de esos artesanos antes de que divulgasen los secretos. Los extranjeros acudieron a Venecia para descubrir las técnicas. El matemático escocés James Stirling, apodado «el Veneciano», vivió en Venecia cerca de diez años a comienzos del siglo XVIII. Se supone que llegó a descubrir el secreto de los vidrieros venecianos y que, posteriormente, abandonó Venecia por temor a ser asesinado.

Los venecianos no fueron los únicos que atrajeron este tipo de atención. En el siglo XVIII, el gobierno de Roma invitó a un artesano de Lyon a que introdujese el método francés de teñir la seda y envió a seis tejedores a Turín para que aprendiesen los métodos holandeses. En esa misma época, los franceses, los suecos, los rusos y los austríacos estaban interesados en adquirir la técnica y a trabajadores ingleses. En 1719, en Inglaterra se produjeron protestas en contra de la emigración de trabajadores cualificados a Francia y a Rusia. Se dice que el austríaco Joseph Emmanuel Fischer von Erlach (hijo del famoso arquitecto), cuyos viajes por Inglaterra a comienzos de la década de 1720 fueron sufragados por el gobierno de su nación, espió la tecnología del vapor de los ingleses. Algunos ciudadanos suecos que habían visitado Inglaterra informaron al Consejo de Minas o a la Oficina del Hierro de su propio país acerca de la maquinaria que habían podido observar y dibujar. En la década de 1780, un ingeniero francés viajó por Inglaterra para recoger información sobre la cerámica de la casa Wedgwood, los telares de medias y otras máquinas, y regresó a Francia con tres trabajadores ingleses, «sin los cuales esas mismas máquinas habrían sido prácticamente

inútiles».[409]

Comercio e información

Tanto el comercio como la industria dependían de lo que se ha llamado «la búsqueda de la información que a uno mismo le falta y la protección de la información que uno mismo posee».[410] Las ferias internacionales de Besançon, Piacenza, Francfort y otros lugares actuaron como centros de intercambio de información tanto como de productos. La cultura mercantil era una cultura escrita y así lo había sido ya durante la Edad Media. La afirmación de Giovanni Rucellai, miembro de una conocida familia florentina del siglo XV dedicada al comercio de la lana, según la cual un buen comerciante siempre debía tener los dedos manchados de tinta no representaba un punto de vista excepcional.[411] Las rutas comerciales se trazaron sobre el papel y los flujos comerciales dependieron de flujos de información.

Durante el siglo XVI, las cartas enviadas al hogar desde ciudades comerciales destacadas de Europa y Asia por miembros de las familias de mercaderes de Génova, Venecia, Florencia y otras ciudades representaron virtuales «bancos de datos». La diáspora mercantil genovesa, por ejemplo, podía encontrarse en Amberes, Sevilla, Lisboa, Londres, Colonia, Quíos, Orán, Alepo, etc. Las hojas informativas de los Fugger enviadas desde diferentes partes del mundo al cuartel general de la familia en Augsburgo entre 1568 y 1605 representan un testimonio complementario de la importancia y, al mismo tiempo, de la percepción de la

importancia de la información en el comercio internacional.[412] Una de las razones que explicaría el notable éxito comercial de algunas minorías étnicas y religiosas —judíos, parsis, cuáqueros, viejos creyentes, etc.— puede haber sido la creación de redes de información que resultaban relativamente inaccesibles para los extraños.

El espionaje político e industrial estuvo acompañado del espionaje comercial. Por ejemplo, tanto los venecianos como los españoles trataron de descubrir los secretos del comercio portugués con Oriente. Cuando los rumores acerca de las especias que llegaban de la India a Lisboa alcanzaron Venecia en 1501, el gobierno de la ciudad reaccionó enviando un agente a Portugal para que descubriese qué era lo que estaba pasando y le informase sobre el asunto. Tal informe ha llegado hasta nosotros. El piloto español Juan de la Cosa fue enviado a Lisboa en 1503 por parecidas razones. En situaciones de intensa competencia, algunas ventajas adicionales en la información del mercado pueden ser sumamente provechosas. No tiene nada de extraño, pues, que en 1478 algunos venecianos hicieran un agujero en el techo del palacio del dux con el fin de conocer las últimas noticias procedentes de Estambul. En el siglo XV, el gran comerciante Jacques Coeur utilizó las palomas mensajeras, mientras que en Japón los agentes de cambio en la Osaka del siglo XVII utilizaron fuegos, banderas y palomas mensajeras para transmitir información acerca de los precios del mercado.[413] La información acerca de las mercancías ya es una mercancía por sí misma, y hubo un mercado preparado para la información acerca de los mercados.

No tiene nada de extraño, pues, que en 1661 el vicepresidente de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, sir Thomas Chamberlan, pidiese a un agente que

trabajaba en Bantam (Java) que le enviase un informe sobre el comercio de Camboya, Siam, China y Japón.[414] La información acerca de las transacciones realizadas en el pasado sirvió de guía para las futuras estrategias, y por esta razón tanto las compañías comerciales como las empresas privadas terminaron disponiendo de registros e incluso de archivos propios. En 1609, por ejemplo, el tribunal de la Compañía de las Indias Orientales de Londres ordenó que se llevase un registro de las cartas recibidas y enviadas por la compañía. El conocimiento de las mejores rutas comerciales tuvo un enorme valor comercial, razón por la cual las compañías comerciales se interesaron, como ya hemos visto anteriormente, por conocer la geografía y la navegación. En Londres, por ejemplo, la Compañía de Rusia pagó en 1561 para hacerse con una traducción inglesa del tratado sobre el arte de la navegación de Martín Cortés. La Compañía de las Indias Orientales contrató a Thomas Hood y a Edward Wright para que diesen clases a sus miembros sobre matemáticas y navegación, y a Richard Hakluyt para que escribiese la historia de la compañía. En Francia, la Compagnie des Indes encargó el famoso mapa de la India de D'Anville (1752). Sin exagerar las semejanzas existentes entre los primeros siglos de la edad moderna y el siglo XXI, podemos afirmar que entonces las compañías ya actuaban como patrocinadoras de investigación.

La información y la VOC

Un ejemplo sorprendente de la toma de conciencia del valor comercial de la información en este período nos lo ofrece la historia de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, conocida como la VOC (Vereenigte Ost-Indische Compagnie). La VOC ha sido descrita como una «multinacional», con exigencias de información no muy diferentes de las de un imperio.[415] El éxito de esta compañía ha sido atribuido (entre otras cosas) a su «eficaz red informativa», sin parangón entre sus rivales en este punto.[416] La VOC se preocupó de cartografiar sus territorios, y sus mapas y cartas de navegación fueron actualizados una y otra vez. Entre 1633 y 1705, la VOC utilizó a miembros de la famosa familia de impresores Blaeu para dibujar sus mapas, es decir, como elaboradores de mapas manuscritos que contenían información secreta que no aparecía en los famosos atlas de la citada casa editora. Los cartógrafos tenían que jurar ante el burgomaestre de la ciudad de Amsterdam que no imprimirían determinada información en estas cartas de navegación y que no la revelarían a nadie que no fuese miembro de la compañía. Tales cartas se prestaban a los pilotos para que las utilizasen durante los viajes, pero debían devolverse a la compañía una vez terminados éstos. A pesar de todo, a veces los extranjeros consiguieron hacerse con una de estas cartas por dinero. Una carta de navegación holandesa que actualmente se encuentra en un archivo francés lleva la inscripción «comprada a un piloto

holandés». De manera parecida, lo que la compañía calificaba eufemísticamente de «gratificaciones» daba acceso a la VOC a la información de los diplomáticos, tanto holandeses como extranjeros.[417] La información política era, evidentemente, importante para la compañía. Cuando los holandeses apresaron al jesuita italiano Martini al volver de China, lo sometieron a un interrogatorio en Batavia y la VOC se mostró sumamente interesada por la noticia de la caída de la dinastía Ming.

Lo más notable en el sistema informativo de la VOC fue la importancia que concedía la compañía a los informes regulares por escrito. El énfasis puesto en los informes regulares conoció casos análogos en otros lugares de Europa a comienzos de la edad moderna, aunque se trató de campos muy diferentes, concretamente el Estado de Venecia, con sus *relazioni* diplomáticas, y la Compañía de Jesús, con su sistema de las «cartas anuales». Naturalmente, la VOC destacó la información comercial, especialmente en forma de estadísticas. Por ejemplo, el gobernador y el consejo de Batavia (actual Yakarta, en Indonesia) enviaban un informe anual, conocido como «carta general», a los directores (los XVIII *Heeren*). Otras cartas más específicas, que hoy todavía se pueden encontrar en los archivos de La Haya, incluían informes de regiones y factorías (por ejemplo, de Surat), con todo tipo de datos estadísticos.

Pieter van Dam, un abogado que trabajó para la VOC durante más de cincuenta años, resumió estos informes a instancias de los directores, que le habían pedido que redactase un relato confidencial de los negocios de la compañía para uso interno de los mismos. Al parecer, la VOC adquirió conciencia con relativa rapidez de la importancia que tenía para las estrategias comerciales la

recogida sistemática de información, especialmente de tipo estadístico. Una figura clave en este proceso fue Johannes Hudde, matemático destacado y burgomaestre de Amsterdam, a la vez que director de la compañía. Gracias a Hudde, ya en 1692 se analizaban las cifras de ventas con el fin de determinar la política futura de la compañía sobre precios y pedidos de pimienta y otros productos de Asia.[418] Como en el caso de los informes, los ejemplos más cercanos al interés de la VOC por la estadística no los tenemos en empresas rivales, sino en la Iglesia católica y en el Estado centralizador (véase, anteriormente, el capítulo 6).

Justamente como estas instituciones, la VOC no fue capaz de guardar para sí todos sus secretos. La Compañía Inglesa de las Indias Orientales, por ejemplo, compró de forma regular información confidencial acerca de las fechas de llegada y del tipo de cargamento de los buques de la VOC procedentes de Asia. El historiador holandés —y antiguo redactor de boletines informativos— Lieuwe van Aitzema consiguió incluir la transcripción exacta de un informe confidencial enviado a la compañía sobre la situación en Asia en el quinto volumen de su historia de los Países Bajos (publicada por primera vez en 1657-1668).[419]

El origen de la Bolsa

Entre otras cosas, las Bolsas eran instituciones para el intercambio de información. Durante los siglos XV-XVII se fundaron Bolsas en Brujas (1409), Amberes (1460), Lyon (1462), Amsterdam (1530), Londres (1554), Hamburgo (1558) y Copenhague (1624). Originalmente mercados de productos, las Bolsas se convirtieron en mercados de valores. El mercader judío sefardita Joseph Penso de la Vega nos ofreció una realista descripción de la Bolsa de Amsterdam en un diálogo en español que lleva el simpático título de *La confusión de confusiones* (1688). El diálogo muestra que la práctica de la especulación con los valores de la compañía e incluso la distinción entre «toros» y «osos» se habían convertido ya en usos normales en aquel momento (en Inglaterra, la expresión «comprador de pieles de oso» ya se utilizaba en el año 1719 para referirse a alguien que compra la piel antes de que el animal sea cazado).[420] En Londres, los «agiotistas» (el término acuñado en inglés durante el siglo XVII para designar a estos personajes fue *stockjobbers*) frecuentaban la cafetería de Jonathan, en Exchange Alley, para comerciar con noticias, concretamente noticias del «Gran mar del Sur» (el océano Pacífico y, consecuentemente, América del Sur), años antes de que estallase la «Burbuja de los mares del Sur» —es decir, el proyecto de los mares del Sur, de la Compañía de los Mares del Sur— en 1720.

Las Bolsas se mostraron especialmente sensibles ante cualquier noticia relacionada con la oferta y la demanda. Vega, por ejemplo, debatió el efecto sobre los mercados de las noticias procedentes de las Indias, así como de las informaciones sobre la guerra y la paz en Europa. No es de extrañar, pues, que deliberadamente se divulgasen rumores con el fin de influir en la subida y la bajada de los precios. Un caso muy conocido de una época algo posterior fue el rumor de la muerte de Napoleón que se difundió en Londres en 1814.[421]

Como la especulación en la Bolsa, los seguros marítimos constituyen un buen ejemplo de negocio particularmente sensible a la información. El negocio de los seguros se desarrolló en diversas ciudades, concretamente en Génova, Venecia y Amsterdam, pero desde finales del siglo XVII Londres tomó el relevo. Como los agentes de Bolsa, los aseguradores se reunían en determinadas cafeterías para intercambiar noticias. A finales del siglo XVII, Edward Lloyd poseía una cafetería en Lombard Street, el antiguo distrito de los negocios de la *City*. Naturalmente, los comerciantes, muchos de ellos interesados en recoger información sobre las entradas y salidas de los barcos, frecuentaban ese establecimiento. A partir de aquí, no tiene nada de extraño que Lloyd decidiese fundar un periódico especializado en la información sobre transporte marítimo ni tampoco que desarrollase los seguros marítimos en Londres. Éste y no otro es el motivo por el que hoy los seguros marítimos siguen estando estrechamente asociados a su nombre: Lloyd.[422]

La imprenta y la venta del conocimiento

La adquisición de conocimiento de todo lo relacionado con los negocios se vio favorecida naturalmente y de forma creciente por la imprenta. Proliferaron los tratados acerca de cómo ser comerciante. La información comercial acerca de las ferias de muestras, la llegada de barcos y los precios de diferentes mercancías se pudieron difundir cada vez más por medio de textos impresos. En la década de 1540 se publicaron de forma regular listas de los precios de las mercancías expuestas en el mercado de Amberes. El *Calendarium* o *Messrelationen* de Francfort (publicado a partir de 1588) informaba acerca de las ferias de muestras de la ciudad. Desde 1618, algunos periódicos holandeses ofrecieron información acerca de la llegada de plata a España procedente del Nuevo Mundo. *Lloyd's News* (Londres, desde 1696) informaba sobre los transportes marítimos. Algunos periódicos especializados, como la *Gazette Universelle de Commerce* (fundada en Copenhague en 1757), daban noticias sobre los precios de determinados productos y, al mismo tiempo, sobre las entradas y salidas de barcos.[423] A partir del último cuarto del siglo XVII, los diccionarios de comercio se convirtieron progresivamente en una forma común de libro de consulta, empezando con el libro de Jacques Savary *Parfait negociant* (1675), dedicado a Colbert.

También llegó a imprimirse información comercial más confidencial, con o sin el permiso necesario. Ya he citado aquí el ejemplo del historiador holandés Aitzema. En otros tratados holandeses del siglo XVII también se publicaron documentos comerciales; por ejemplo, en la historia de la VOC (1646), de Commelin, y en la historia de los holandeses en Brasil (1647), de Barlaeus, que pudieron consultar los archivos de la Compañía de las Indias Occidentales.[424]

La publicación de libros constituyó por sí misma un comercio que atrajo el interés de hombres de negocios que durante el siglo XV ya habían colaborado en la financiación de los impresores.[425] Más importante todavía, al menos desde la perspectiva de este estudio, fue el hecho de que la letra impresa sirviese de acicate para la comercialización de todo tipo de conocimientos. Una consecuencia obvia pero significativa de la invención de la imprenta fue que los empresarios se comprometieron más estrechamente en el proceso de difusión del conocimiento, «el negocio de la Ilustración».[426] Con frecuencia los impresores encargaron por su cuenta nuevas ediciones de textos clásicos, traducciones y libros de consulta.

La publicación frecuente de diferentes obras sobre el mismo tema prácticamente al mismo tiempo muestra hasta cierto punto la rivalidad que existía entre los impresores, igual que las pretensiones consignadas en las portadas de muchos libros de que las nuevas ediciones eran más exactas que las anteriores o que incluían más información o que iban provistas de un índice de materias del que carecían sus rivales. Un ejemplo lo tenemos en el volumen de cartas de misioneros que trabajaban en Japón publicado en Lovaina en 1570; en su portada se afirma que esta tercera edición ha sido «más cuidadosamente preparada y enriquecida con un

índice» (*cum indice castigatior et auctior*).[427] La tendencia a producir atlas, enciclopedias, etc., cada vez más amplios y detallados se vio alimentada por la rivalidad comercial.

Este aspecto queda reflejado por la cronología de algunas de las obras de consulta más significativas. A la publicación en 1635 del *Atlas* de Blaeu siguió, de forma casi inmediata, la de su rival, el *Atlas novus* de Jansson, en 1638; a las bibliografías jurídicas y médicas preparadas por Martin Lipen (1679) siguieron las de Cornelis de Beughem (1680-1681); tras la colección de libros de viajes editada por los Churchill (a partir de 1704) aparecieron la de Harris (1705) y Stevens (1711); tras el *Universal Dictionary of Trade* de Postlethwayt (1751-1755), Rolt publicó *A New Dictionary of Trade* (1756); finalmente, a la edición revisada de la *Encyclopaedia Britannica* (1777) siguió la edición también revisada de Chambers (a partir de 1778).

Algunos impresores se adhirieron personalmente a movimientos intelectuales como el Humanismo, la Reforma protestante o la Ilustración. A otros, sin embargo, sería más exacto calificarlos de mercenarios, ya que trabajaron tanto para los católicos como para los protestantes durante las guerras de religión. Algunos de estos impresores ya fueron plenamente conscientes de la importancia de la publicidad, es decir, de la necesidad de imprimir información acerca de los bienes y servicios para facilitar la venta de los mismos, una práctica que se desarrollaría durante el siglo XVII. Las hojas informativas holandesas del siglo XVII hacían publicidad de libros y de los servicios de tutores privados. En Londres, hacia 1650 un periódico publicaba por término medio seis anuncios; un siglo más tarde, la media de anuncios era de cincuenta.[428] Entre los artículos publicitados de esta manera en Inglaterra a finales del

siglo XVII se contaban obras de teatro, carreras, curanderos y «polvo de tinta de Holman» —tal vez el primer nombre de marca para referirse a un producto patentado en 1688—. Los almanaques también llevaban regularmente propaganda y tenían un círculo muy amplio de lectores. En Inglaterra, el almanaque de Gadbury para el año 1699 proclamaba las virtudes de las «píldoras escocesas del doctor Anderson», mientras que su rival, el almanaque de Coley, se mostraba partidario de las «pastillas de Buckworth».[429]

Era frecuente que libros y diarios hiciesen publicidad de otros libros y diarios. Las páginas de portada y de contraportada anunciaban otras obras que vendía el mismo impresor (la distinción moderna entre impresor y editor aún no era normal en este período). Cuando en 1721 se publicó en La Haya la traducción francesa del tratado de Mencke «La charlatanería de los sabios», el impresor añadió un suplemento de veintinueve páginas con la lista de los libros que él vendía. En Italia, ya en 1541 se publicó un catálogo independiente de libros, con sus respectivos precios. A partir del siglo XVI, la Feria del Libro de Francfort hizo que determinados títulos fueran conocidos internacionalmente (como sigue sucediendo en la actualidad). A finales del siglo XVII, los diarios eruditos informaban de publicaciones recientes. La práctica de enviar por correo catálogos de los libreros a posibles clientes se generalizó durante el siglo XVIII.[430] Al final de este período, en Francia se publicaba semanalmente un *catalogue des livres nouveaux*.

A medida que aumentaban los beneficios potenciales, la necesidad de proteger la propiedad literaria o intelectual por medio de leyes generales resultó cada vez más apremiante. En Inglaterra, por ejemplo, en 1709 se aprobó un Decreto sobre los derechos de autor. La aprobación de este decreto

podría interpretarse como un intento de solucionar el problema de las concepciones rivales del conocimiento como bien privado o público. A continuación, en 1735, se aprobó el Decreto sobre los derechos de los grabadores, gracias a los esfuerzos de William Hogarth, que había padecido más que la mayor parte de los artistas los efectos del plagio de su obra. En Francia, después de la Revolución, concretamente en 1791 y 1793, se aprobaron algunas leyes parecidas a las inglesas.

Sin embargo, el plagio se siguió practicando. Así surgió la competencia ilegal, conocida entonces como *contrefaçon* («falsificación»), o, con un término más expresivo aún, «piratería». Consistía básicamente en la publicación de libros cuyos derechos de autor correspondían a personas distintas de los impresores. Como ejemplos paradigmáticos de la comercialización del conocimiento, piratería incluida, merecería la pena analizar más de cerca la situación de tres ciudades que fueron centros de primera importancia en la publicación de libros: Venecia durante el siglo XVI, Amsterdam durante el siglo XVII y Londres durante el siglo XVIII.

VENECIA DURANTE EL SIGLO XVI

Durante el siglo XV se publicaron en Venecia más libros que en cualquier otra ciudad europea (cerca de cuatro mil quinientas ediciones, lo que significa unos dos millones de ejemplares). La competencia era muy fuerte y algunos impresores ya practicaban entonces al espionaje industrial, adquiriendo las galeradas de un libro durante el proceso de producción con el fin de sacar al mercado una edición rival casi simultánea del mismo. No tiene nada de extraño, pues, que el primer reconocimiento de los derechos de autor tuviera lugar en Venecia y en esta época.[431]

Durante el siglo XVI Venecia mantuvo su posición de centro destacado de la producción de libros de Europa, con cerca de quinientos talleres de impresión que sacaron al mercado unos dieciocho millones de ejemplares. Uno solo de estos impresores, Gabriel Giolito, realizó cerca de ochocientas cincuenta ediciones. Giolito abrió sucursales de su librería en Bolonia, Ferrara y Nápoles, y fue tal vez el primer librero que utilizó este método para ampliar su negocio. Parece que también fue el primero que publicó series de libros o, como él mismo decía, libros en *collana* («collar», «colección»).[432]

El abultado número de impresores instalados en Venecia era uno de los atractivos de la ciudad para los hombres de letras, puesto que el mercado les permitía ganarse la vida sin depender de patronos. Pietro Aretino fue el más famoso de

este grupo de hombres de letras, apodados *poligrafi* por haber escrito mucho y sobre una enorme variedad de temas para poder sobrevivir: prosa y verso, traducciones, adaptaciones de otros escritores y especialmente obras con informaciones prácticas, incluida una guía de Venecia destinada a los visitantes de la ciudad, libros de conducta y un tratado que explicaba cómo escribir cartas sobre asuntos tan diversos como el amor y el dinero. Algunos de estos *poligrafi* trabajaban para impresores concretos (especialmente para Giolito) como revisores y correctores de pruebas, nuevas profesiones surgidas a raíz de la invención de la imprenta. Aunque tenían sus homónimos en otros lugares, como París y Londres, Venecia fue el principal centro de los escritores profesionales durante el siglo XVI.

Los libros impresos no eran simplemente mercancías. Además de venderse se regalaban, y estos obsequios, como las dedicatorias de los autores a sus amigos y mecenas, contribuían a mantener las relaciones sociales.[433] A pesar de todo, como ya señalara más de un coetáneo, entre otros el autor de un tratado sobre el tema publicado en Venecia en 1590, a veces tales dedicatorias obedecieron a intereses comerciales. Ciertos escritores mercenarios siguieron el ejemplo de los impresores mercenarios.[434]

AMSTERDAM DURANTE EL SIGLO XVII

Durante el siglo XVII, la República holandesa sustituyó a Venecia como isla de relativa tolerancia de la diversidad religiosa y también como centro principal y mercado central de información. Como diría Bayle en 1686, la República holandesa se convirtió en «almacén general» de información.[435] La exportación de materiales impresos en latín, francés, inglés, alemán y otras lenguas contribuyó de manera significativa a la prosperidad de esta nueva nación. Por ejemplo, la primera enciclopedia húngara, de Apáczai Csere János, se publicó en Utrecht en 1653.

El núcleo de este centro correspondió a la ciudad de Amsterdam. Durante la segunda mitad del siglo XVII, Amsterdam se convirtió en el centro más importante de la producción de libros de Europa, ocupando el lugar que en otro tiempo había correspondido a Venecia. Durante el cuarto de siglo que va de 1675 a 1699, Amsterdam contó con más de doscientos setenta libreros e impresores. La familia Blaeu publicó siete catálogos a partir de 1633. Como en Venecia, los mapas y los relatos de viajes constituyeron una parte sustancial del repertorio de los impresores. Jan Tessing, por ejemplo, publicó un mapa del sur de Rusia en Amsterdan en 1699. Hendrick Doncker concentró su producción en los libros de viajes y en los mapas. El mayor taller de impresión de Amsterdam, el de Jan Blaeu (hijo de Willem) junto al Bloemgracht, se especializó en la

publicación de atlas. Otro tanto hizo su rival Willem Jansson, que lo mismo que Giolito abrió sucursales, en este caso en Leipzig y otros lugares.[436] Como ya hemos dicho, el jesuita italiano Martino Martini visitó Amsterdam en 1653 con el fin de concertar con la casa Blaeu la publicación de su atlas de China.

Los impresores de Amsterdam, como anteriormente los de Venecia, se especializaron en la impresión de libros en diversas lenguas. Imprimieron Biblias en inglés y las vendieron en Inglaterra a un precio más bajo que las publicadas en suelo inglés.[437] Hasta finales del siglo XVII, «los marinos ingleses dependieron de las cartas y las instrucciones de navegación publicadas por impresores holandeses, incluso tratándose de las costas de Inglaterra».[438] No sólo imprimieron libros en neerlandés, latín, francés, inglés y alemán, sino también en ruso, yiddish, armenio y georgiano.

Las minorías étnicas de la ciudad contribuyeron de manera insustituible a su éxito económico en este campo.[439] Henri Desbordes, de Saumur, que en 1681 emigró a la República holandesa y un año más tarde puso una tienda en la calle Kalver de Amsterdam, es un buen ejemplo de cómo contribuyeron los refugiados calvinistas de la Francia de Luis XIV a la economía de la ciudad. En 1698 el zar Pedro el Grande, que por entonces trataba de introducir el conocimiento científico y tecnológico en sus dominios, contrató a Ilia Kopievski y a otros *émigrés* rusos para que imprimieran libros técnicos, mapas y cartas de navegación para el mercado ruso.[440]

La República holandesa ha sido descrita como «el principal almacén europeo» de la información acerca del oriente asiático durante las décadas de 1650 y 1660. Y no se

olvidaban del resto del mundo. Elsevier, uno de los impresores más destacados de la República, lanzó lo que tal vez deba considerarse la primera serie de libros que contó con un editor académico. Johannes de Laet, un sabio que también desempeñó el cargo de director para la Compañía de las Indias Occidentales, llevó a cabo la tarea de editar una serie de informes acerca de la organización y los recursos de diversos Estados del mundo. Algunos de esos informes los redactó él mismo, por ejemplo los referentes a Francia, España, los Países Bajos, el Imperio Otomano, la India, Portugal y Polonia. Otros los confió a terceras personas.[441]

De Laet fue un homólogo holandés de los *poligrafi* venecianos. Otros pertenecieron al grupo de los calvinistas franceses que se instalaron en la República holandesa después de que la revocación, por parte de Luis XIV, del Edicto de Nantes los hubiera obligado a escoger, en 1685, entre la conversión al catolicismo y la emigración. Pierre Bayle, por ejemplo, que había emigrado del sur de Francia a Rotterdam, dirigió el periódico literario *Nouvelles de la République des lettres*, que a partir de 1684 se publicó mensualmente en Amsterdam. Jacques Bernard llegó en 1688 y colaboró con Leclerc (que, aunque procedía de Suiza, también había llegado a Amsterdam por esas mismas fechas, en 1683). Como ya hemos dicho anteriormente, la diáspora calvinista contribuyó al auge del periodismo.

Los divulgadores holandeses del conocimiento, conocidos posteriormente como los *broodschrijvers*, al contrario que sus homólogos de Venecia, Londres o París, todavía no han sido estudiados como grupo.[442] Johannes de Laet no fue el único que compaginó la actividad de escritor con otras ocupaciones. Caspar Barlaeus, por ejemplo, desempeñó un cargo académico, pero además tradujo un relato acerca de los españoles en el Nuevo Mundo y, aunque de forma

anónima, escribió una descripción de Italia y una historia de la expedición de Johan Maurits de Nassau a Pernambuco. Isaak Commelin escribió una guía de Amsterdam y una historia de los viajes realizados por la Compañía holandesa de las Indias Orientales. Olfert Dapper, doctor en medicina, fue el autor de libros sobre África y Asia. Arnoldus Montanus fue pastor, maestro de escuela y autor de biografías y libros populares de viaje como «Las maravillas de Oriente».

LONDRES DURANTE EL SIGLO XVIII

El mercado inglés del libro de los siglos XVI y XVII ha sido calificado de «esencialmente provinciano» en comparación con el mercado continental. Hasta la década de 1730, el número de libros importados por los ingleses superaba al número de los libros exportados. Hasta mediados del siglo XVIII, Inglaterra no contó con ninguna editorial importante.[443] Sin embargo, al finalizar el período estudiado en este libro, la situación cambió, y lo hizo rápidamente. Hacia 1777 Londres contaba con setenta y dos libreros, cantidad apenas superada por ninguna otra ciudad europea de aquel tiempo (aunque Venecia tenía noventa y seis libreros e impresores en 1736).[444] La expresión «el comercio» se aplicó a los libreros como si éstos se hubiesen convertido en los comerciantes *par excellence*. Ya en 1725, Daniel Defoe había declarado que «la escritura [...] se ha convertido en una rama muy importante del comercio inglés». Defoe comparó a los libreros con «los maestros industriales» y a los escritores con los «obreros». Conviene añadir que, de entre estos obreros, entonces algunos ya estaban bien pagados. Por primera vez, un pequeño número de escritores, especialmente autores de obras que no eran de ficción, recibían por adelantado de sus editores pagos lo suficientemente significativos como para comenzar a pensar en dejar de lado a los mecenas para vivir de los ingresos que les proporcionaban sus escritos. Por ejemplo, el doctor

Johnson, famoso por sus críticas contra el mecenazgo, recibió por adelantado mil quinientas setenta y cinco libras esterlinas por su *Dictionary* en 1746.[445] David Hume recibió mil cuatrocientas libras a cuenta del tercer volumen de su *History of Britain*, y William Robertson tres mil cuatrocientas libras por su *History of Charles V*. El pago adelantado más cuantioso, en Inglaterra por lo menos, a lo largo del siglo XVIII parece que fue el que ofrecieron los sucesores de Millar, los socios William Strahan y Thomas Cadell, por los derechos de autor del relato del doctor John Hawkesworth sobre los descubrimientos del capitán Cook: seis mil libras esterlinas.[446] El comentario del doctor Johnson a Boswell sobre esta publicación fue mordaz: «Señor, si el libro en cuestión lo considera usted un objeto de comercio, habrá merecido la pena; si lo mira como un libro destinado a acrecentar el conocimiento humano, creo que no hay mucho que decir acerca del mismo».

No deberíamos idealizar con demasiada facilidad la situación de los escritores del siglo XVIII. Por cada uno de los hombres que triunfaron en el mundo de las letras, se contaron por veintenas o centenas el número de los obreros —y obreras— de la literatura que vivieron en situación de pobreza, en lo que se conoció como *Grub Street* —«Calle de la bazofia»— (como ya había sucedido en Venecia durante el siglo XVI y en Amsterdam durante el siglo XVII).[447] Eran los mercenarios de la pluma, los escritores «de tres al cuarto», los taxis de los siglos XVIII y XIX.

Incluso los triunfadores tuvieron que pagar un precio por su nueva libertad. Johnson probablemente habría preferido escribir sus propios libros más que compilar un diccionario y a Pope le habría gustado más crear sus propios poemas que traducir los de Homero. Hume escribió libros de historia

porque se vendían mejor que los de filosofía y, si pudiera volver a la tierra y consultar el catálogo de la Biblioteca Británica, es poco probable que el hecho de verse a sí mismo catalogado como «historiador» le hiciese feliz. De todos modos, es indudable que algunos hombres de letras del siglo XVIII gozaron de una mayor independencia que sus predecesores del siglo XVI, los *poligrafi*, que vivieron de la edición de libros y la corrección de pruebas.

Contemplemos ahora estos cambios desde la perspectiva del impresor. Con gastos como éstos, los impresores necesitaron disponer de un capital de cierta importancia, sobre todo si tenemos en cuenta que, después de pagar por adelantado al autor y de imprimir el libro, el impresor podía verse perjudicado por la piratería reinante en los tempestuosos mares del saber. Los piratas literarios actuaron de ordinario fuera de las fronteras de los Estados centralizados, en zonas donde los privilegios de los editores no podían ser garantizados. A mediados del siglo XVIII, la ciudad de Dublín se hizo famosa como centro de ediciones piratas de libros ingleses, Ginebra y otras ciudades suizas de libros franceses y Amsterdam de libros en ambas lenguas. Para sobrevivir en un mundo como éste, cada vez más competitivo, impresores y libreros se aliaron con mayor frecuencia, especialmente en Gran Bretaña. En el siglo XVII, la Compañía de Papeleros estableció su propio «fondo social». A lo largo del siglo XVIII se formó una asociación, denominada *The Conger* («El congrio»), que desarrolló un sindicato o sistema de alianzas entre empresas con el fin de compartir riesgos y beneficios. Así, el *Dictionary* de Johnson lo financió un grupo de cinco «empresarios», entre los cuales aparecían tres nombres muy conocidos: Thomas Longman, Andrew Millar y William Strahan.[448]

Una manera de obtener dinero por adelantado fue publicando mediante suscripción. De momento se han comprobado ochenta y siete casos de publicación de obras inglesas por suscripción antes de 1700. John Ogilby, por ejemplo, publicó algunas traducciones de Virgilio y Homero de esta manera, y de los ejemplares no vendidos se deshizo mediante la lotería. Este mismo autor recurrió a la lotería para financiar una descripción de China, titulada *Embassy from the East India Company* (1669).[449] La práctica de la suscripción se divulgó todavía más durante el siglo XVIII, especialmente para libros caros, y las listas de los suscriptores se publicaron a menudo en los libros vendidos de esta forma con el fin de animar a otros a seguir el ejemplo. Se han descubierto más de dos mil listas de ese tipo y se ha calculado que el número de individuos que durante el siglo XVIII compraron libros por suscripción en Inglaterra supera los cien mil.[450]

Estos métodos también se utilizaron a veces en la Europa continental. En Italia, por ejemplo, se conocen más de doscientos casos de publicación por suscripción durante la primera mitad del siglo XVIII, y esta práctica se hizo más común todavía a partir de dicho momento. En la República holandesa se tiene constancia de la misma desde 1661. En Alemania, esta práctica se utilizó con cierto retraso. La descripción de F. G. Klopstock de la República de las letras, que apareció en 1773, fue uno de los primeros libros alemanes publicados y vendidos por suscripción.[451]

En Francia, los volúmenes de la colección que Montfaucon dedicó a las imágenes del mundo antiguo, titulada *Antiquité Expliquée* (1716), fueron las primeras publicaciones francesas que siguieron lo que la publicidad llamaba «el modelo inglés» (*la manière d'Angleterre*), es decir, la publicación por

suscripción. En la década de 1750 se fundó una compañía de accionistas para publicar un mapa de varias láminas de Francia, que consiguió unos seiscientos cincuenta suscriptores. La *Encyclopédie*, a pesar de tener un precio inicial de casi 1000 libras, consiguió nada menos que unos cuatro mil suscriptores para la primera edición.[452] Por lo que a asociaciones de impresores se refiere, los gastos anejos a la publicación de Montfaucon fueron sufragados por ocho impresores de París, los de la *Encyclopédie* por cuatro y los de la publicación en Amsterdam del diario *Bibliothèque Universelle* por tres.[453]

Periódicos y diarios

Los diarios en particular —por ejemplo, *Journal Etranger*— confiaron en las suscripciones. Aunque en el siglo XVI ya habían estado a la orden del día los panfletos (folletos) sobre acontecimientos coetáneos, los periódicos y los diarios, que empezaron a publicarse con posterioridad a 1600, fueron los géneros literarios que mejor ilustran la comercialización de la información. La noticia ya se contempló como una mercancía en el siglo XVII. En su comedia *The Staple of News* [«El gancho de las noticias», 1626], donde se ridiculiza el auge de los monopolios, Ben Jonson se imaginó la apertura de una nueva oficina, «un lugar de inmenso comercio», «donde llegarán todo tipo de noticias, / que serán examinadas una a una y acto seguido registradas / y distribuidas de nuevo con el sello de la oficina / como noticias gancho: ninguna otra noticia será actual» (acto 1, escena 2). La actitud de Jonson la compartió un informador o «reportero» (*reportista* era el término utilizado en el lugar) veneciano que a finales del siglo XVIII escribió: «La noticia es una mercancía que, como todos los otros bienes, se adquiere o bien con dinero o bien intercambiándola con alguna otra cosa». A lo largo de todo este período, los boletines de noticias manuscritos, que daban cabida a las noticias que no eran aptas para ser impresas, se convirtieron en verdaderas empresas comerciales. Dichos boletines permitían que el escritor o «reportero» se ganase la vida y en ocasiones se

vendía el negocio a un sucesor.[454]

Las hojas impresas de noticias, registradas por primera vez en Alemania en 1609, experimentaron un desarrollo en la República holandesa a comienzos del siglo XVII y durante el siglo XVIII se habían extendido por la mayor parte de Europa.[455] Los primeros periódicos que vieron la luz pública en francés e inglés fueron impresos en 1620 en Amsterdam, con los títulos *The Corrant aut of Italy, Germany*, etc., y *Courant d'Italie, Alemaigne*, etc. El nuevo género literario tuvo un éxito inmediato, favorecido entre otras cosas por la declaración de la guerra de los Treinta Años en Europa central en 1618 y por el comienzo de la guerra civil en Inglaterra en la década de 1640. Ambos acontecimientos fueron relatados con todo detalle en la prensa holandesa.[456] A partir de la década de 1660, una publicación semanal en francés, la *Gazette d'Amsterdam*, ofreció a sus lectores no sólo información acerca de los asuntos europeos, sino también críticas abiertas de la Iglesia católica y de las iniciativas políticas del gobierno francés. Su rival, la *Gazette de Leyde*, no se limitó a esperar que las noticias llegasen a la redacción del periódico, sino que corrió en busca de ellas y, con este fin, envió un corresponsal a París en 1699 para que informase sobre la inauguración de una nueva estatua por parte de Luis XIV.

Unos ochenta años más tarde que la República holandesa, también Inglaterra se convirtió en un país de periódicos. Al quedar derogado en 1695 el Decreto de regulación, se produjo una verdadera explosión de publicaciones. En 1704 Londres contaba con nueve periódicos y en 1709 el número había subido ya a diecinueve. Algunas capitales importantes de provincia, como Bristol y Norwich, tuvieron también sus propios periódicos, como el *Bristol Postboy* (1702).[457]

Los periódicos eruditos, de carácter mensual o bimensual, difundieron conocimiento de tipo más académico. Este género se inició en la década de 1660 con el *Journal des Savants* de París y con las *Philosophical Transactions* de la Royal Society de Londres. A finales del siglo XVII se publicaban en Amsterdam dos de estos periódicos eruditos en francés, *Nouvelles de la République de Lettres,* dirigido por Henri Desbordes, y su rival *Bibliothèque Universelle et Historique*, editado por Jean Leclerc. El título del periódico de Desbordes fue especialmente acertado. La importancia de publicar algo de forma periódica era precisamente que de esa manera se ofrecían noticias de la República de las letras, incluidas notas necrológicas de sabios famosos y, por primera vez, recensiones de libros nuevos. Que una publicación periódica erudita podía llegar a ser un buen negocio lo demuestra el hecho de que el *Journal des Savants* fuera plagiado en Amsterdam y «Cologne» (Colonia), mientras que en Roma, Venecia, Leipzig y otros lugares servía de modelo a otras publicaciones.

El auge de los libros de consulta

El problema de encontrar información cuando se necesita, de «recuperar la información» como se dice ahora, es antiguo. Después de la invención de la imprenta, adoptó formas nuevas: por una parte, la imprenta simplificó el problema y, por otro lado, lo complicó. Los libros hicieron que el acceso a la información sobre muchos temas resultara más fácil, siempre que uno hubiese encontrado primero el libro adecuado. Teniendo en cuenta que después de 1500 se multiplicaron los libros, esa posibilidad debe tomarse muy en serio. El auge de las recensiones de libros en el último cuarto del siglo XVII fue la respuesta a un problema que se había hecho cada vez más agudo.

La invención del libro de consulta representó otra tentativa de solucionar este problema. A comienzos de la edad moderna, especialmente durante el siglo XVIII, se produjo una auténtica avalancha de tales libros. Enciclopedias, diccionarios, atlas y bibliografías sólo son los representantes más fácilmente visibles del grupo. Los diccionarios, raros en 1500, proliferaron durante los siglos XVII y XVIII y llegaron a incluir algunas lenguas no europeas. Entre los libros de consulta de la época se contaban también almanaques, herbarios, cronologías y guías (en otras palabras, libros de instrucciones o reglas). Se publicaron manuales de casos de conciencia para confesores y penitentes, catálogos de bibliotecas, museos, libreros y,

naturalmente, el *Índice de libros prohibidos*, que para algunos lectores era un catálogo de libros que debían de ser interesantes puesto que no se permitía su lectura.

Proliferaron los libros de consulta sobre temas geográficos. Se trataba de diccionarios de lugares o *gazetteers* (llamados así, desde comienzos del siglo XVIII, porque ayudaban a los lectores a seguir las historias que se contaban en los periódicos). Eran guías de ciudades, regiones, países (especialmente la serie de Elsevier) o del mundo: las *Relationi universali*, del sacerdote italiano Giovanni Botero, publicadas en la década de 1590, o *Description* (1643), de Pierre d'Avity, en cuatro volúmenes, uno por cada continente conocido. Había horarios postales y guías de direcciones de comerciantes y de otro tipo, precursoras de las actuales guías telefónicas.[458]

Además, se publicaron antologías de anécdotas y colecciones de textos más amplios (viajes, leyes, tratados o decretos de los concilios de la Iglesia). Había también todo un abanico de libros prácticos que explicaban cómo proceder en temas como la caligrafía, la escultura, el arte culinario, el baile, la perforación, la agricultura, el arte de escribir cartas, etc. Se han identificado más de mil seiscientas guías para comerciantes impresas entre 1470 y 1599. Este número se duplicó durante el siglo XVII, mientras que el siglo XVIII fue testigo del auge de las enciclopedias de temas comerciales e industriales en varios volúmenes.[459]

A mediados del siglo XVIII, Melchior Grimm, un hombre de letras, ya ridiculizó la proliferación de los libros de consulta: «El furor por los diccionarios (*la fureur des dictionnaires*) ha alcanzado cotas tan altas entre nosotros que alguien acaba de imprimir justamente un *Diccionario de diccionarios*». No exageraba. El diccionario en cuestión lo había publicado en

París, en 1758, un tal Durey de Noinville.

Los títulos de estos libros de consulta incluyen «atlas», «axiomas», «breviario» (o sumario), «castillo», «catálogo», «temas», «compendio», «corpus», «diccionario» (o léxico), «directorio», «enciclopedia», «epítome», «florilegio» (*flores, polyanthea*, antologías), «bosque» (*silva*), «jardín», «glosario», «mina de oro» (*aurofodina*, Drexel, 1638), «guía», «manual» (siguiendo la tradición clásica del *enchiridion* y del *manuale*), «inventario», «itinerario», «llave» (*clavis*), «biblioteca», «médula» (*medulla*), «espejo» (*speculum*), «prontuario», *recueil*, «repertorio», «sumario», «teatro», «tesoro», «árbol» y «vademécum». Con el paso del tiempo podemos detectar un desplazamiento desde lo concreto (flores, jardines y árboles) hasta realidades más abstractas.

Entre los libros que tuvieron más éxito habría que destacar el diccionario histórico del sacerdote Louis Moréri (con veinticuatro ediciones en francés y dieciséis en diversas traducciones entre 1674 y 1759) y el diccionario geográfico del profesor de Cambridge John Eachard, *The Gazetteer's Interpreter*, que en 1751 alcanzó la edición decimoséptima y fue traducido al francés, al español, al italiano y al polaco antes de 1800. Algunas guías alemanas del mundo de la ciencia constituyeron también éxitos editoriales, concretamente *Polyhistor* (1688), de Daniel Morhof, una guía de las bibliotecas, de la conversación y de «todas las disciplinas», que en 1747 había alcanzado su quinta edición, notablemente ampliada, y la introducción de Burkhard Struve a los estudios de letras (*res litteraria*) y al uso de las bibliotecas, publicada por primera vez en 1704 y que en 1768 alcanzó su sexta edición ampliada.

La proliferación condujo también a la especialización. En

sus comienzos, la bibliografía, por ejemplo, pretendió ser universal, al menos en el campo de los estudios de letras y del latín. Vinieron a continuación las bibliografías nacionales, al estilo de la *Bibliothèque Françoise* (1584), de La Croix du Maine. Algo más tarde, a principios del siglo XVII, llegaron las bibliografías temáticas, que abarcaron campos como la teología, la ley, la medicina, la historia y la política (en 1734, el sabio francés Nicolas Lenglet publicó, al parecer, la primera —y selecta— bibliografía de novelas). Se publicó un número creciente de libros de consulta para públicos muy concretos, como el clero, los comerciantes, los médicos, los abogados, las mujeres, etc. Por ejemplo, los predicadores pudieron recurrir al *Apparatus concionatorum*, de Francisco Labata, o a la *Bibliothèque des Prédicateurs* (1712) del jesuita francés Vincent Houdry. Ambas obras conocieron varias ediciones y la de Houdry se tradujo al italiano y al latín con el fin de llegar a un público más internacional.

Enciclopedias

A lo largo de este período las enciclopedias empezaron a ser más numerosas, más extensas, más pesadas y más caras. El diccionario histórico de Moréri, publicado al principio en un solo tomo, llegó a alcanzar los diez volúmenes a lo largo de aproximadamente una centuria. El periodista alemán Johann Georg Krünitz compiló una enciclopedia económica en dieciséis volúmenes (1771-1772). El *Lexikon* de Zedler sumó treinta y dos volúmenes, la *Encyclopédie* francesa treinta y cinco, y su rival suizo, el *Dictionnaire raisonné des connaissances humaines*, cincuenta y ocho (1770-1780). La obra de Krünitz fue puesta al día y ampliada de forma regular, de manera que en 1858 pudo alcanzar los doscientos cuarenta y dos volúmenes.

Esta misma capacidad de crecimiento generó la necesidad de obras complementarias opuestas: el libro de consulta «portátil» (o manual), al estilo de obras como *Lexikon genealogicum portatile* (1727), *Dictionnaire portatif des prédicateurs* (1757), *Dictionnaire domestique portatif* (1762), *Dictionnaire portatif d'Italie* (1777), *Dictionnaire portatif des femmes* (1788) y *Dictionnaire géographique portatif* (1790). Se intentó complacer a los lectores en general y venderles enciclopedias argumentando que sin la ayuda de éstas resultaba imposible leer el periódico o incluso mantener un diálogo inteligente (de ahí la idea del *Konversationslexikon*).

Algunos editores más emprendedores experimentaron

nuevos métodos de producción. Redactar artículos de enciclopedias se convirtió en una ocupación especializada. Reynier Leers de Rotterdam, editor del *Diccionario* (1689) de Furetière, un trabajo individual que compitió con el diccionario francés oficial preparado por la Academia Francesa, sostuvo económicamente al sabio refugiado Pierre Bayle mientras trabajó en su *Dictionnaire historique et critique* (1697).[460] De manera parecida, el sabio polifacético alemán Carl Ludovici trabajó con dedicación plena para Zedler. El contrato de Diderot de 1747 especificaba que por su tarea como editor de la *Encyclopédie* recibiría 7200 libras, mientras que D'Alembert, cuya colaboración en esa misma obra era menor, recibiría 2400.

El auge de la investigación y la escritura colectivas representó otra de las nuevas tendencias de la época (véase el capítulo 3). Jean Leclerc propuso la formación de un comité internacional de especialistas para corregir y ampliar la obra de Moréri. Y lo que habían propuesto los sabios lo hicieron realidad algunos empresarios. El *Lexikon* de Zedler y la *Encyclopédie* fueron realizados por equipos de colaboradores (ciento treinta y cinco como mínimo en el caso de la obra de Diderot).[461] Las enciclopedias de muchos volúmenes ilustran con especial claridad la comercialización del conocimiento porque estas empresas de largo alcance exigieron fuertes inversiones de capital. Muchas de las enciclopedias famosas del siglo XVIII —*Nuovo dizionario scientifico* de Pivati en Venecia, *Lexikon* de Zedler en Leipzig, *Encyclopédie* francesa— fueron publicadas por el sistema de suscripción. El *Lexicon technicum* (1704) de John Harris, publicado por un sindicato de diez libreros o «empresarios», contó con aproximadamente novecientos suscriptores.[462]

Las dos enciclopedias británicas más conocidas de la

época, la de Chambers y la *Britannica*, originadas ambas en Escocia, se apoyaron en un sistema muy parecido de suscripciones y en asociaciones de libreros para compartir gastos y beneficios. Este sistema ha sido comparado con el de las sociedades anónimas (de hecho, en algunos casos, las cuotas o participaciones llegaron a venderse).

Ephraim Chambers publicó la primera edición de su *Cyclopaedia* en 1728, en dos volúmenes en folio, al precio de 4 guineas. En 1746 alcanzó su quinta edición. El coste de la edición fue sufragado por un grupo de editores, incluido Thomas Longman, que compró participaciones de sus socios hasta que en 1740 poseyó once de las sesenta y cuatro unidades de la empresa. Por su parte, William Strahan, que también poseía participaciones en el *Dictionary* de Johnson, había adquirido cinco de las sesenta y cuatro unidades de Chambers en 1760.[463] Por lo que a la enciclopedia *Britannica* se refiere, surgió por iniciativa conjunta del grabador Andrew Bell y del impresor Colin McFarquhar. De la venta de la tercera edición, Bell, el único empresario entonces superviviente, recibió la cantidad de cuarenta y dos mil libras esterlinas. Sin embargo, el éxito mayor correspondió probablemente a la *Encyclopédie* francesa si tenemos en cuenta no sólo la edición original en folio de París, sino también las reimpresiones que de la misma se hicieron en Ginebra, Lucca y Livorno, las ediciones en cuarto de Ginebra y Neuchâtel, y las ediciones en octavo de Lausana y Berna. ¡Unas veinticinco mil copias en total en el año 1789![464]

Los detalles ofrecidos anteriormente en este mismo capítulo sugieren que el comercio con el saber no fue algo nuevo del siglo XVIII. La novedad consistió en el hecho de que, para esas fechas, el conocimiento se había convertido en un gigantesco negocio. La descripción que hizo de la

Encyclopédie uno de sus editores, Charles Joseph Pancoucke, como «una cuestión de dinero» (*una affaire d'argent*) lo resume todo. Como propietario que era de diecisiete diarios, Pancoucke conocía de cerca mejor que la mayoría el proceso de la venta del conocimiento.[465]

Comparaciones y conclusiones

El contexto más amplio en que se produjeron los desarrollos en el campo de la industria editorial descritos hasta aquí, que podemos resumir como «la comercialización del libro», es lo que los historiadores han convenido en llamar «la revolución consumista» o «el nacimiento de una sociedad consumista» a lo largo del siglo XVIII. Este cambio fue particularmente perceptible en Inglaterra, pero se extendió por otras partes de Europa e incluso más allá. Las suscripciones, por ejemplo, fueron un recurso utilizado con diversos objetivos en este período: suscripciones para clubes, para representaciones teatrales, para conferencias, etc. La «comercialización del ocio» y el «consumo de cultura» constituyeron una parte significativa de esta revolución, que incluyó, por ejemplo, el auge de los teatros, de casas de la ópera y las muestras de pinturas, abiertas a cualquiera que estuviera dispuesto a pagar el precio de una entrada.[466] Una vez más, la lucidez de algunos contemporáneos percibió estas tendencias mucho antes que los historiadores. Adam Smith observó en cierta ocasión que, en una «sociedad comercial», la mayor parte «del conocimiento de las personas ordinarias» ha sido comprado.

Puede resultar esclarecedor tratar de situar las tendencias europeas descritas y analizadas en este capítulo en un contexto más amplio. El mundo islámico se opuso a la difusión de la imprenta en este período, con muy pocas

excepciones, como el taller de impresión instalado en Estambul a comienzos del siglo XVIII, que sólo duró unos años y apenas produjo un puñado de libros.[467] Las comparaciones más ilustrativas son probablemente las que se pueden establecer con Asia, especialmente con Japón. No obstante el crecimiento del comercio intercontinental en este período, es probable que la comercialización del libro en el Japón de los Tokugawa, vinculado a la urbanización y la comercialización del ocio, se desarrollase paralelamente a tendencias presentes en Occidente, aunque sin conexión directa con ellas.[468]

A partir del siglo XVII, en Japón hubieron indicios de un fuerte desarrollo de la imprenta y, a la vez, de un auge de las librerías. Esta expansión del comercio del libro estuvo vinculada a la creación de nuevos tipos de libro, los *kana-zoshi*, término que podríamos traducir por «folletín». Estos libros, ya se tratase de novelas o de guías sobre cómo hacerse rico, no estaban escritos en caracteres chinos, como era costumbre, sino en una escritura silábica más sencilla (*kata-kana*). Al resultar relativamente baratas, estas publicaciones pudieron llegar a nuevos tipos de lectores, especialmente mujeres, que no conocían la escritura con caracteres chinos.[469] En 1659, los catálogos de los libreros de Kyoto informaban sobre autores, títulos, editores y precios. En 1696 había cerca de ocho mil títulos en circulación.

En la China del siglo XVI, el misionero jesuita italiano Matteo Ricci, la persona mejor situada para hacer este tipo de comparaciones, comentó el hecho de que en China los libros eran muy baratos en comparación con los precios que tenían en su propio país de origen. Dado el tamaño del mercado de libros en un país con más de cien millones de habitantes que utilizaban una sola lengua literaria y las

consecuentes posibles economías de escala, la observación de Ricci es lógica. En China, la alfabetización estaba más extendida a comienzos de la edad moderna de lo que normalmente piensan los historiadores. Es verdad que para ser considerado una persona educada se suponía que uno tenía que conocer en torno a los treinta mil ideogramas, algo imposible de alcanzar sin años de estudio. Por otra parte, las personas podían desenvolverse en su vida cotidiana conociendo unos dos mil signos, y hay pruebas suficientes para pensar que los habitantes ordinarios de las ciudades, tanto hombres como mujeres, alcanzaron a menudo ese nivel.[470] Las publicaciones baratas, incluidos almanaques y pequeñas enciclopedias, abundaron y los impresores de la provincia de Fukien se especializaron en este tramo final del mercado. En otras palabras, en China, igual que en Europa, se desarrolló la tendencia a la «mercantilización» de la información, aunque dicha tendencia parece que se detuvo antes de llegar a la enciclopedia.

La tradición enciclopédica china arrancó en el siglo III de nuestra era y, al contrario que la tradición clásica occidental, se desarrolló de forma continua, sin apenas interrupciones. Del período Ming (1368-1644) ya se conocen ciento treinta y nueve enciclopedias. Por otra parte, las enciclopedias chinas alcanzaron vastas proporciones mucho antes de que lo hicieran las occidentales. *Yongle dadian*, de principios del siglo XV, contó con cerca de dos mil colaboradores y llegó a tener más de diez mil volúmenes, por lo que su reimpresión resultó excesivamente costosa y su preservación para la posteridad muy difícil (de hecho, lo que de esta enciclopedia ha llegado hasta nosotros no representa ni siquiera el 4% del total de la obra). En sus comienzos, concretamente en 1726, la época Qing fue testigo de la publicación, bajo los auspicios de la casa imperial, de una obra más descomunal

todavía, la *Qinding Gujin tushu jicheng*, con más de setecientas cincuenta mil páginas, lo que la convierte, con toda probabilidad, en el libro impreso más extenso del mundo. Con esta iniciativa se pretendió recoger el saber tradicional, objetivo al que aspiró también *Siku Quanshu*, una selección de cerca de tres mil quinientos libros que debían conservarse en copias manuscritas depositadas en siete lugares diferentes. Esta empresa se llevó a cabo entre 1772 y la década de 1780.[471]

Merece la pena que comparemos brevemente las enciclopedias chinas y las occidentales desde el punto de vista de su organización, función y tipo de lectores. Por lo menos desde la dinastía Tang, las enciclopedias chinas se crearon ante todo para responder a las necesidades de los candidatos que tenían que someterse a las pruebas de acceso a la burocracia imperial. Las pruebas escritas consistieron en ensayos que tenían que escribir los candidatos, y las obras de consulta ponían a su disposición sobre todo citas ordenadas temáticamente. De esta manera, los aspirantes con buena memoria podían adornar sus respuestas con referencias apropiadas a los clásicos literarios. Por lo que a *Tushu jicheng* se refiere, tanto el patrocinio de la casa imperial como el escaso número de copias impresas sugieren que se trató de una producción destinada fundamentalmente a servir de ayuda a los mandarines en su trabajo. Las diferencias con respecto a Chambers, Zedler y la *Encyclopédie* son evidentes. En Corea, el control de la imprenta por parte del gobierno fue más estricto que en China, y tanto la producción como la venta privadas de libros estuvieron prohibidas.[472]

El significado de estas diferencias constituye naturalmente un objeto de debate, pero yo me atrevería a sugerir que las veamos como síntoma o indicador de

diferencias de mayor alcance entre dos sistemas de conocimiento, entre lo que podríamos calificar como organización burocrática del conocimiento y la organización más empresarial del conocimiento que se desarrolló en Europa. A veces esta última ha sido calificada de «capitalismo de imprenta».[473] Valiéndonos una vez más del lenguaje de Ernest Gellner, podríamos decir que en los comienzos de la edad moderna de China el conocimiento estuvo vinculado a la coerción y, más concretamente, a un tipo de coerción representada por los mandarines, y no directamente por los soldados, o, dicho con otras palabras, a la coerción de la pluma (exactamente del pincel de escribir) más que a la de la espada.

Por otra parte, en la Europa de comienzos de la edad moderna el conocimiento estuvo vinculado más estrechamente que nunca a la producción a través de la imprenta, lo que desembocó en un sistema de conocimiento más abierto. De hecho, la invención de la imprenta creó un nuevo grupo social interesado en dar publicidad al saber. Esto no significa que la información se pusiese al alcance del público únicamente por razones económicas. Como se ha señalado en el capítulo anterior, las rivalidades políticas llevaron en ocasiones a que un determinado gobierno revelase los secretos de otro. A pesar de todo, el mercado de la información no cesó de crecer en importancia durante los siglos iniciales de la edad moderna. Esta tendencia afectó incluso al conocimiento «puro» o académico, como hemos visto en páginas anteriores.

Esta valoración coincide básicamente con la que Thorstein Veblen defendió en términos muy gráficos al describir el «aprendizaje superior» de su tiempo en Estados Unidos como algo «consabido» y «mecánico» de acuerdo con el estilo de los negocios y la tecnología contemporáneos. Se

trataba, afirmó Veblen, de un «sistema de conocimiento altamente esterilizado y a prueba de microbios».[474] La selección, organización y presentación del conocimiento no representan un proceso neutral, libre de valor. Por el contrario, son expresión de una visión del mundo apoyada en un sistema económico, social y político determinado.

Capítulo 8

Adquisición del conocimiento: La participación del lector

> Quien desee penetrar en el palacio del saber por la puerta grande necesita poner de su parte tiempo y maneras. Los hombres que andan con prisas y no se prestan a ceremonias se contentan con acceder al interior por la puerta trasera.
>
> SWIFT

> El conocimiento puede ser de dos tipos. O bien conocemos un tema personalmente o bien sabemos dónde podremos encontrar información sobre el mismo.
>
> JOHNSON

El capítulo anterior trató especialmente del tema de la producción del conocimiento económicamente rentable y su relación con el auge de la «sociedad consumista» del siglo XVIII. Ha llegado el momento de centrarnos en los consumidores, en cómo adquirían o se apropiaban del conocimiento y en los usos que hacían del mismo.

En el ámbito del conocimiento, el consumo individual está relativamente bien documentado. Los inventarios de bienes a menudo enumeran, título a título, el contenido de las bibliotecas. La práctica de publicar determinadas obras contando con la suscripción previa de cierto número de lectores expuesta en el capítulo 7 condujo a la publicación de listas de suscriptores que ofrecen a los historiadores ciertas pistas sobre la naturaleza del público lector en diferentes lugares y tiempos y para diferentes tipos de libro. No deja de ser fascinante, por ejemplo, el hecho de que el abanico de

suscriptores del *Lexicon technicum* de John Harris abarcase desde Isaac Newton y el sabio clásico Richard Bentley hasta un carpintero de navío y un relojero, o que entre los suscriptores de la *Encyclopédie*, considerada a menudo una iniciativa anticlerical, se contase un número importante de clérigos.[475]

Las listas de suscriptores representan también un vivo recordatorio del problema de las limitaciones que existían en aquel momento para el acceso individual al conocimiento. Sólo una mínima parte de la población podía permitirse el lujo de suscribirse a una enciclopedia de tamaño folio o incluso a un periódico. Existían, como hemos visto, bibliotecas públicas o cuasipúblicas, pero el acceso a ellas estaba limitado, básicamente por el lugar de residencia de las personas. Así, los habitantes de Roma y París gozaron de enormes ventajas frente a todos los demás. Jean Barbeyrac, un escritor francés especializado en temas de derecho, expresaba en 1716 su deseo de vivir en Berlín más que en Lausana porque allí el acceso a las bibliotecas era más fácil. El historiador inglés Edward Gibbon trabajó en las bibliotecas públicas de Lausana y Ginebra en 1763 y deploraba la falta de una biblioteca pública en Londres (fue admitido como lector en el Museo Británico en 1770, poco después de su inauguración).[476]

Para la historia de la adquisición del conocimiento también son relevantes la sociología y la geografía de las bibliotecas. El acceso a las bibliotecas en los inicios de la edad moderna dependió de las actitudes del bibliotecario y de su equipo. Por ejemplo, en la correspondencia de los sabios extranjeros abundan las quejas sobre las trabas que se les ponía para entrar en la Biblioteca Marciana de Venecia. En su tratado sobre las bibliotecas, Gabriel Naudé señalaba que los únicos centros que permitían acceder libremente a

los sabios eran la Biblioteca Bodleyana en Oxford, la Biblioteca Ambrosiana en Milán y la Biblioteca Agustiniana en Roma (se sabe que entre 1620 y 1640 utilizaron la Biblioteca Bodleyana unos trescientos cincuenta lectores extranjeros). El viajero inglés del siglo XVII Richard Lassels observó también con satisfacción que la Biblioteca Ambrosiana «abre sus puertas a todos los que vienen y van, y les permite leer cualquier libro que sea de su agrado» y que en Roma la biblioteca de la universidad y la de los Agustinos estaban «abiertas a todos cada día, con un amable bibliotecario que pone a tu disposición cualquier libro».

Las bibliotecas públicas se multiplicaron durante este período y lo mismo sucedió con el número de los usuarios y de los libros que engrosaban sus estanterías. Por ejemplo, en 1648 utilizaban regularmente la Bibliothèque Mazarine en París de ochenta a cien sabios los días en que estaba abierta. La Hofbibliothek de Viena abrió oficialmente sus puertas a los lectores en 1726 y la Bibliothèque Royale de París una década más tarde. A finales del siglo XVIII ya se disponía de hojas impresas para pedir los libros, aunque el periodista Sébastien Mercier se lamentaba: «Este vasto almacén sólo se abre dos veces por semana, por espacio de dos horas y media [...] el público está mal atendido, con un aire displicente».[477]

Las conferencias destinadas a un público más amplio que el representado por los estudiantes universitarios se fueron haciendo cada vez más frecuentes en Londres, París y otros lugares. Los museos, que en su mayor parte reunían colecciones privadas, se fueron abriendo gradualmente a lo largo de este período, al menos para los visitantes de las clases superiores, como ponen de manifiesto los libros de visitas que han llegado hasta nosotros.[478]

En cualquier caso, parece conveniente que este capítulo

aborde el tema de la adquisición del conocimiento a través de la lectura de libros y periódicos. Las publicaciones periódicas merecen una mención especial porque facilitaron enormemente el aprendizaje. Como observó en cierta ocasión —en las páginas del periódico *Il Caffé*— el «filósofo» Cesare Beccaria, los periódicos difunden el conocimiento más ampliamente que los libros, de la misma manera que los libros difundieron el conocimiento más ampliamente que los manuscritos. Algunos lectores experimentan un temor reverencial hacia los libros y prefieren no tenerlos en casa. Por otra parte, el periódico es algo más próximo al lector. «Se presenta como un amigo que simplemente quiere decirte una palabra al oído.»

LECTURA Y ACEPTACIÓN

La adquisición del conocimiento no depende sólo, obviamente, de la posibilidad de acceso a centros de información, sino también de la inteligencia, los presupuestos y las prácticas de cada uno de los individuos. No se ha estudiado todavía con suficiente profundidad la historia de las maneras de escuchar y ni siquiera de las maneras de ver, pero a lo largo de las dos últimas décadas se ha prestado gran atención a la historia de la lectura, lo que ha dado lugar, por ejemplo, a una nueva manera de escribir la historia de la ciencia.[479]

El nuevo enfoque ha generado, además, algunos debates, concretamente el que se centra en el auge de lo que se conoce como «lectura extensiva» o, dicho con otras palabras, el simple hojeo, repaso superficial o consulta de un libro. Algún historiador ha defendido la idea de que, a finales del siglo XVIII, en Alemania se produjo una «revolución de la lectura», en el sentido de que se pasó de la lectura intensiva a la lectura extensiva. Otro ha descrito un desplazamiento más gradual y generalizado «de la lectura intensiva y reverente a otro estilo de lectura más extensivo y despreocupado» como consecuencia de la proliferación y consiguiente «desacralización» del libro. Justamente a mediados del siglo XVIII, el Doctor Johnson preguntó a su interlocutor con el vigor que le caracterizaba: «Señor, ¿lee usted los libros *desde el principio hasta el final*?».[480]

Sin embargo, la lectura extensiva no constituyó un descubrimiento nuevo. En la antigua Roma, el filósofo Séneca, en su segunda carta a Lucilio, ya advertía a su discípulo que no se limitase a hojear los libros, actitud que él comparaba con el hecho de jugar con el propio alimento. También Francis Bacon desarrolló esta comparación entre lectura y comida en su ensayo «Sobre los estudios» al distinguir tres maneras de utilizar los libros: «Algunos libros tenemos que probarlos, otros que tragarlos y sólo unos pocos hemos de masticarlos y digerirlos». La observación de Bacon nos recuerda que era muy posible que en el siglo XVII la misma persona practicase diferentes estilos de lectura, como nos sucede hoy a muchos de nosotros. En el prefacio al diccionario técnico de John Harris se afirmaba que el libro en cuestión era «útil para ser leído cuidadosamente de principio a fin o para ser consultado ocasionalmente como los demás diccionarios».

La lectura intensiva se promovió en las escuelas y las universidades, donde a menudo se exigía a los estudiantes una estrecha familiaridad con textos como las obras de Aristóteles, de Cicerón, la Biblia y el *corpus* jurídico romano. Para adquirir esta familiaridad, los estudiantes podían practicar el arte clásico de la «memoria artificial», que consistía en esforzarse por asociar cada una de las cosas que deseaban recordar con imágenes pintorescas y dramáticas situadas en «lugares» imaginarios, como un templo o un teatro.[481]

El poder de las asociaciones y la importancia de la localización con vistas al acto de recordar habían sido reconocidos siglos antes de Marcel Proust y su contemporáneo el sociólogo Maurice Halbwachs. Tal vez por esta razón, sir Robert Cotton había descrito las principales

secciones de su biblioteca por medio de nombres de emperadores romanos cuyos bustos presidían las estanterías. Joseph Williamson, secretario de Estado durante el reinado de Carlos II, organizó sus documentos utilizando un sistema parecido a éste.[482]

Como medida alternativa, los estudiantes podían tomar notas sobre los textos. El hecho de que esta práctica persista actualmente no significa que podamos aceptarla sin cuestionamiento alguno o suponer que no haya cambiado nunca. Una historia de la práctica de tomar notas en clase, si alguna vez alguien se decidiera a escribirla, representaría una importante contribución a la historia intelectual. Esta historia podría incluir anotaciones sobre conferencias, de las cuales han llegado hasta nosotros un número indeterminado de ejemplares de los siglos XVI y XVII, y anotaciones sobre viajes, hechas a menudo por razones pedagógicas y por jóvenes de la nobleza con ocasión del Grand Tour europeo.[483]

Las anotaciones podían hacerse sobre los mismos textos: el lector subrayaba determinados pasajes o escribía en el margen un encabezamiento o las palabras «Advierte bien» (*nota bene*), simbolizadas a veces por la imagen de un dedo que apuntaba en determinada dirección. Algunos impresores incluyeron a veces en sus ediciones notas marginales de este tipo con el fin de facilitar la tarea a los estudiantes. En otras ocasiones, las notas fueron tomadas en cuadernos especiales. Los sabios bien organizados podían disponer de diferentes cuadernos de notas para diferentes materias, como hizo Montesquieu con sus anotaciones sobre historia, geografía, derecho, política, mitología, etc. A lo largo del siglo XVIII, si no antes —¿de qué otro modo podrían haber trabajado bibliógrafos como Conrad Gesner?—, las notas se tomaban en papeletas o fichas, que tenían la ventaja de poder

organizarse, siempre que fuese necesario, en diferentes combinaciones. Teniendo en cuenta que estas papeletas podían deteriorarse, algunos sabios preferían tomar sus notas en el reverso de los naipes, verdaderos antepasados del sistema de ficheros tan importante en la vida intelectual hasta la llegada en fechas recientes del ordenador personal. [484]

La práctica de tomar notas se enseñó en las escuelas durante el siglo XVI o incluso antes: puede ser significativo el hecho de que en inglés la palabra *notes*, igual que el término *digest* en el sentido de «resumen», sólo aparece registrada durante el siglo XVI. Se ha advertido con frecuencia la conservación de lo que en aquel tiempo se conocía como «libros de temas», cuadernos de notas organizados de forma sistemática, a menudo por orden alfabético de «temas» o «temas comunes» (*loci communes, lieux communs*, etc.). Como ya hemos visto en un capítulo anterior, ésta fue una manera muy generalizada de ordenar el conocimiento. Asociados con los «lugares» de la memoria artificial, los temas comunes ayudaron a los escritores a producir textos nuevos y a los lectores a asimilarlos con el mínimo esfuerzo. Los lectores en cuestión podían ser estudiantes, juristas que tenían que componer discursos o predicadores obligados a impartir sus sermones.

Este último grupo, por ejemplo, podía recurrir a la colección de esbozos de sermones que ya circulaba en letra impresa durante el siglo XV y que era conocida con el título familiar de «Duerme bien» (*Dormi secure*) porque libraba a los párrocos de la ansiedad que podía despertar en ellos el sermón del próximo domingo; o al *Apparatus concionatorum* (1614) de Francisco Labata, del que ya se ha hablado en el capítulo 5; o a los ocho volúmenes de la *Preachers' Library* [«Biblioteca del predicador»] (1712) de Vincent Houdry.

Esta obra, que en su cuarta edición abarcaba veintitrés volúmenes, contenía una lista alfabética de temas comunes para sermones, especialmente de tipo moral, como la «aflicción» o la «ambición», con las necesarias citas de la Biblia, de los padres de la Iglesia, de los teólogos y de los predicadores. Su derivación de la tradición de los temas comunes queda reflejada en la costumbre del autor de considerar juntos pares de cualidades opuestas, como la humildad al lado del orgullo, etc.

Los «temas» incluían conceptos abstractos como comparaciones y opuestos, lo que ayudaba a los lectores a organizar la información y posteriormente a recuperarla cuando la necesitaban. Como recomendaban quienes escribían sobre temas de educación, como Erasmo y Vives, los temas incluían también cualidades morales como la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, acompañadas a veces por la exposición del vicio contrario. Bajo estos encabezamientos o epígrafes, se suponía que los estudiantes anotaban ejemplos llamativos tomados de Homero, Virgilio u otros autores clásicos con el fin de utilizarlos a la hora de argumentar en favor o en contra de una línea de conducta determinada. A menudo se recurría a los mismos ejemplos, lo que podría explicar el hecho de que la idea de «tema común» se desplazase gradualmente del sentido activo al pasivo, de un esquema para organizar la información a lo que nosotros llamamos un cliché verbal.[485]

El enfoque retórico-moral encarnado en los libros de temas comunes y enseñado en las escuelas y las universidades influyó en las modalidades de lectura a comienzos de la edad moderna europea y, por lo tanto, puede ser utilizado por los sabios para reconstruir dichas modalidades de lectura. Ahí está la historia, por ejemplo. Se publicó una serie de tratados sobre el arte de leer los libros

de historia. La obra de Jean Bodin, *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* [«Método para facilitar la comprensión de la historia», 1566], con un capítulo «Sobre el orden en que han de leerse los tratados históricos», constituye el ejemplo más famoso del género. En su tercer capítulo, «Sobre el ordenamiento más adecuado del material histórico», Bodin aconseja a sus lectores que apunten en un libro los temas comunes con que se van encontrando en su lectura acerca del pasado y que los dividan en cuatro subgrupos o tipos: «Infames, honorables, útiles e inútiles».

El estudio de la historia se justificó generalmente por razones morales. Se suponía que los lectores de Livio, Tácito o Guicciardini buscaban ejemplos morales: ejemplos buenos que se pudieran seguir y ejemplos malos de lo que habría que evitar. Las frecuentes reflexiones morales que ofrecían los historiadores antiguos y modernos ayudaban a los lectores en esta tarea. Las notas marginales impresas llamaban la atención sobre estas reflexiones, y en ocasiones fueron impresas aparte formando un índice de máximas o *gnomología.* Así pues, todo parece indicarnos que el público del siglo XVI leía su historia de una manera muy diferente a como la leen muchos lectores de nuestros días. El público del siglo XVI, más preocupado por los valores morales que por los hechos, prestaba atención a los rasgos generales de una situación y descuidaba hasta cierto punto sus rasgos específicos.

Al leer la historia se tenían también en cuenta los preceptos de la retórica. Los historiadores del siglo XVI, como hicieran ya en la Antigüedad los de Grecia y Roma, ofrecieron buena parte de sus explicaciones en forma de discursos puestos en boca de consejeros, generales o embajadores. En dichos discursos se argumentaba a favor o

en contra de una determinada manera de obrar o se exhortaba a las tropas a la lucha. El escritor profesional François de Belleforest, un homólogo francés de los *poligrafi* venecianos, publicó en su día un libro titulado *Harangues* [«Arengas», 1573], una antología de discursos entresacados de destacados historiadores antiguos y modernos. Cada discurso iba precedido de un resumen del argumento tratado y, en una narración que seguía al discurso, se explicaban los efectos que había tenido. Un minucioso índice que incluía máximas y temas comunes enriquecía lo que muy bien podríamos llamar el valor de referencia de la obra.

LIBROS DE CONSULTA

Si los libros de temas comunes reforzaron la lectura intensiva, el auge de los libros de consulta sirvió para estimular la lectura extensiva, complementaria de la anterior. Este género literario —o mejor, este conjunto de géneros— ya se ha estudiado en este libro desde el punto de vista del productor. Ha llegado el momento de acercarnos a los libros de consulta desde el punto de vista de la demanda y de preguntarnos qué ofrecían esos libros, a quién iban destinados y cómo se utilizaron.

Podríamos afirmar que la nota característica del libro de consulta reside en que no está destinado a ser leído de forma seguida «desde la primera hasta la última página», sino más bien a «ser consultado» por alguien que «mira» o «se acerca» a él en busca de una determinada información: un atajo para acceder al conocimiento. En una de las citas que figuran al inicio de este capítulo, Jonathan Swift señala claramente que el punto clave radica en descubrir «la puerta trasera» para acceder al «palacio del saber».

Alguien podría objetar con razón que, desde el punto de vista del lector, no existe eso que se llama un libro de consulta, puesto que cualquier libro, incluso una novela, puede ser consultado y cualquier libro, incluso una enciclopedia, puede ser leído de forma seguida. Cuanto más extenso es un libro, menos probable es que alguien lo lea de punta a cabo. En vez de pensar en un corpus prefijado de

objetos, deberíamos definir a los libros de consulta a partir de las prácticas de los lectores.

Ahí está, por ejemplo, el caso de *El cortesano* de Baldassare Castiglione. Es muy probable que el autor de este diálogo, publicado por primera vez en 1528, tratase de aclarar una serie de cuestiones acerca de la educación y la vida en la corte, más que de ofrecer respuestas claras y definitivas. En todo caso, la edición original en folio, desprovista incluso de las divisiones en capítulos, hacía —y hace— difícil encontrar un determinado tema con rapidez. A pesar de todo, el libro se convirtió en un *best-seller* que llegó a alcanzar las ciento veinticinco ediciones, en varias lenguas, durante su primer siglo de vida. Los ejemplares que han llegado hasta nosotros muestran que algunos lectores utilizaban este libro como fuente de información acerca de lo que se consideraba buena conducta e incluso para extraer de él anécdotas que luego contaban a otros. Algunos impresores explotaron esta posibilidad y facilitaron la recuperación de la información dividiendo el libro en capítulos y ofreciéndolo provisto de un completo aparato de notas marginales, sumario e índice de materias. En una palabra, lo transformaron en una especie de libro de consulta.[486]

Algunos cambios en el formato físico de los libros introducidos a comienzos de la edad moderna muestran de manera cada vez más inequívoca que muchos de esos libros no estaban destinados a la lectura seguida e intensiva, sino más bien a otros usos. Cada vez son más frecuentes los índices y listas de materias. La expresión «tabla de contenidos» se entendió a veces literalmente, en el sentido de que la lista de los capítulos se sustituyó o complementó en ocasiones con una sinopsis en forma de tablas o mapas conceptuales en que, con la ayuda de una serie de corchetes,

se dibujaban las relaciones existentes entre cada uno de ellos. Estas tablas, de las que ya se ha tratado en el capítulo 5, permitían a un determinado lector captar la estructura del tratado en cuestión de un vistazo. *Anatomía de la melancolía* de Robert Burton, por ejemplo, utiliza esta técnica para mostrar la definición, las especies, las causas y los síntomas de la melancolía. Los síntomas aparecían divididos en dos grupos: mentales y físicos; las causas, en generales y particulares, naturales o sobrenaturales, etc.

Por otra parte, la utilización de las columnas paralelas en las tablas cronológicas facilitaba al lector la tarea de «sincronizar» diferentes sistemas de cómputo del tiempo (judío, cristiano, musulmán, etc.) y, de esa manera, ponía al descubierto posibles «anacronismos». Además de con el auge de la estadística, merece la pena poner de relieve la importancia creciente de las tablas numéricas, al margen de que el libro tratase de astronomía, historia o economía política. Las tablas facilitaban las comparaciones y los contrastes. Los gráficos y otras ilustraciones, frecuentes en muchos tipos de tratados, desde el libro sobre hierbas hasta el manual de ejercicios físicos, permitían a los lectores utilizar los libros sin prestar excesiva atención al texto. Progresivamente, a los lectores se les fueron exigiendo nuevas habilidades de lectura o modalidades de alfabetización para así poder interpretar mapas, tablas numéricas, etc.

La proliferación de libros planteó el problema de cómo comparar diferentes relatos del mismo fenómeno sin una pérdida excesiva de tiempo. Una rueda —o torno— de libros, diseñada para mantener abiertos varios volúmenes a la vez, hizo algo más fácil la tarea de la comparación. Una rueda de este tipo, de finales del siglo XVI, se conserva todavía en la

Biblioteca Herzog-August, en Wolfenbüttel.

Determinados tipos de libro presentaron una organización que por sí misma se oponía a todo intento de lectura continua, de principio a fin: por ejemplo, los diccionarios, los atlas, los catálogos (de estrellas, plantas o libros), las antologías de máximas o proverbios como el libro que hizo famoso a Erasmo, los *Adagia*, o las mismas enciclopedias, especialmente si estaban ordenadas de forma alfabética.

ORDEN ALFABÉTICO

Como ya pusiera de relieve D'Alembert en su introducción a la *Encyclopédie*, esencialmente hay dos maneras de ordenar la información en las enciclopedias (al menos en Occidente). En primer lugar está lo que D'Alembert llamó el «principio enciclopédico» o, en otras palabras, la organización temática, el árbol tradicional del conocimiento. En segundo lugar habría que mencionar el llamado «principio del diccionario» o, en otras palabras, la ordenación alfabética de las entradas.

El orden alfabético había sido utilizado por primera vez en el siglo XI en la enciclopedia bizantina conocida con el título de «Suidas». En el siglo XIII los cistercienses y otros utilizaron el orden alfabético para elaborar índices del mismo tipo.[487] La famosa biblioteca de la abadía de San Víctor en París fue catalogada alfabéticamente a comienzos del siglo XVI y Erasmo ordenó su célebre colección de proverbios, titulada *Adagia* (1500), de la misma manera. La *Biblioteca* (1545) de Gesner contenía listas de libros ordenados alfabéticamente y su *Historia animalium* (1551) hacía lo mismo con los animales. El *Índice de libros prohibidos* de la Iglesia católica seguía el mismo principio.[488] Se aplicó incluso en algunos museos: por ejemplo, la colección que la familia Farnesio reunió en su castillo de Caprarola se distribuyó en cajones con etiquetas de la A a la N.

Durante el siglo XVII la ordenación alfabética se convirtió en práctica cada vez más frecuente.[489] Thomas James, responsable de la Biblioteca Bodleyana en Oxford, deseaba que el catálogo de dicha biblioteca, publicado en 1605, estuviera ordenado alfabéticamente, aunque el fundador, sir Thomas Bodley, insistió en la organización tradicional por disciplinas y James tuvo que contentarse con elaborar un índice alfabético (la versión de 1620 del catálogo ya presentó una ordenación alfabética).[490] Entre los diccionarios geográficos no faltaron títulos como *ABC de tout le monde* (1651). La biblioteca del estadista francés Jean-Baptiste Colbert incluía «tablas alfabéticas» con listas de manuscritos importantes, como mapas y tratados.[491] Entre los ejemplos famosos de libros de consulta organizados de esta manera podríamos citar «Teatro de la vida humana» (1631), de Laurentius Beyerlinck, una reorganización de la enciclopedia temática de Zwinger; «Gran diccionario histórico» (1697), de Louis Moréri, que conoció múltiples ediciones; y finalmente, *Dictionnaire historique et critique* (1697), que es la réplica de Pierre Bayle a Moréri. Al parecer, Bayle escribió incluso por orden alfabético los artículos de su diccionario.[492] A mediados del siglo XVIII, Samuel Richardson ofreció a sus lectores el índice más antiguo de que tengamos noticias para una obra de ficción. A finales de ese mismo siglo, las bibliotecas empezaron a catalogar sus fondos por medio de tarjetas (que originalmente eran cartas de naipes escritas por el reverso), de manera que a partir de entonces fue posible dar cabida a nuevas entradas por orden alfabético.[493]

Sin embargo, por obvio que este principio de ordenación nos pueda parecer hoy, la ordenación alfabética (como criterio opuesto a la organización temática acompañada de un índice alfabético) sustituyó muy lentamente a sistemas

más antiguos. La colección alfabética de proverbios que Erasmo había publicado en 1500 fue sustituida en 1596 por una edición ordenada temáticamente. A finales del siglo XVII, la ordenación alfabética todavía resultaba tan poco habitual que Barthélemy d'Herbelot, editor de un libro de consulta acerca del mundo musulmán titulado «Biblioteca oriental» (1697), consideró necesario disculparse en el prefacio por haber escogido dicho principio de ordenación, declarando que el método «de hecho no produce tanta confusión como uno podría imaginarse». A pesar de todo, Gibbon lamentaría en su *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano* (capítulo 51) que le había sido imposible «digerir» el orden alfabético del libro de Herbelot. En el prefacio de la *Encyclopaedia Britannica* (1771) se criticaba tanto la enciclopedia de Chambers como la *Encyclopédie*, por lo que allí se describía como «la locura de las tentativas de comunicar la ciencia bajo los diversos términos técnicos ordenados de forma alfabética».[494]

El conflicto entre los dos sistemas ilustra perfectamente los problemas que se plantean cuando la historia del conocimiento se presenta como una historia del progreso. El cambio del sistema temático al sistema alfabético no representa simplemente un desplazamiento de menor a mayor eficacia. Podría reflejar un cambio en las visiones del mundo, una pérdida de fe en la correspondencia entre el mundo y la palabra. Corresponde, además, a un cambio en las modalidades de lectura.

Es evidente que las enciclopedias tradicionales descritas en el capítulo 5 no eran del todo adecuadas para una consulta rápida por parte de los lectores que pretendiesen investigar temas concretos. El orden alfabético permite ahorrar tiempo. Sin embargo, esta solución al problema de la

recuperación de la información —aquí podríamos hablar muy bien de «solución Suidas»— tuvo también su precio. El comunicólogo canadiense Harold Innis se lamentó en cierta ocasión de cómo «las enciclopedias podían desmenuzar el saber y encasillarlo en cajas alfabéticas».[495] Ambos sistemas expresan y estimulan la moderna fragmentación del conocimiento. La «confusión» a que aludía Herbelot fue algo más que el simple fracaso de algunos lectores en su esfuerzo por adaptarse a las exigencias de un nuevo sistema.

Después de todo, la organización tradicional temática, orgánica u holística del conocimiento tiene grandes y evidentes ventajas. Estimula a los lectores «intensivos» para que reconozcan lo que D'Alembert llamaba «el encadenamiento de los conocimientos» o, en otras palabras, los vínculos que existen entre las diferentes disciplinas o especialidades, el sistema subyacente a las mismas. Las enciclopedias medievales y renacentistas estaban diseñadas para ser leídas más que consultadas (a pesar de que algunas de ellas, como el volumen de Reisch, podían incluir un índice alfabético).

La arbitrariedad del orden alfabético se podía ver compensada —y de hecho así era— por medio de referencias cruzadas con otras entradas sobre temas conexos. Como ya había puesto de relieve Leibniz, el sistema tenía la ventaja de presentar el mismo material desde diferentes puntos de vista. El trabajo que exigía la comprobación efectiva de tales consultas cruzadas, con o sin ayudas mecánicas como la rueda de libros instalada en la Biblioteca de Wolfenbüttel, viene oportunamente a recordarnos que «la lectura consultiva» no representa —o al menos no necesariamente— una opción fácil. Como reconocía con pena en 1716 un escritor inglés, Myles Davies, en su *Athenae Britannicae*, «de entre cien lectores no hay ni uno solo que se tome las

molestias de volver hacia atrás o hacia delante, como exigen tales remisiones suplementarias». Sin embargo, algunas de las referencias cruzadas propuestas en la *Encyclopédie* lograron seguramente sus fines subversivos aunque no se siguiesen al pie de la letra. Bastó con que un artículo sobre la eucaristía concluyese con la recomendación «véase caníbales».

RECURSOS PARA LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

Con el fin de ofrecer un cuadro más vivo de cómo, con el paso de los siglos, quienes estuvieron interesados en conocer más profundamente un determinado tema dispusieron de más recursos, podemos tomar como ejemplo el campo de la historia. Imagínese, por ejemplo, a un sabio deseoso de descubrir la fecha de un determinado acontecimiento o información sobre un individuo que hubiese vivido varios siglos antes, o el texto de un documento.

En 1450, el sabio en cuestión habría dependido enteramente de las fuentes manuscritas. Cien años más tarde, habría podido acudir a un pequeño número de obras de consulta. Para cuestiones de geografía, por ejemplo, habría podido echar mano de la «Cosmografía» (1540) de Sebastian Münster. Sobre bibliografía, habría podido consultar la obra de Gesner o la lista de escritores eclesiásticos que compiló el abad alemán Johannes Trithemius y fue publicada en 1494. Sobre la historia de algunos países en concreto, habría contado con la obra de varios humanistas italianos expatriados: Paolo Emili sobre Francia (publicada en 1516-1520), Luca Marineo sobre España (1533), Polydore Vergil sobre Inglaterra (1534) y Antonio Bonfini sobre Hungría (1543). Con posterioridad a 1550 fue posible consultar la obra de Giorgio Vasari sobre las vidas de los artistas italianos; después de 1553, el diccionario histórico preparado por el sabio y a la vez impresor francés

Charles Estienne; y después de 1566, el *Methodus* de Bodin, que entre otras cosas era un ensayo bibliográfico que abarcaba todo el campo de la historia.

En 1650 la situación había cambiado drásticamente, en el sentido de que las cartas privadas que se intercambiaban los sabios eran complementadas cada vez con mayor frecuencia por nuevas fuentes de información, como los periódicos y los libros de consulta especializados.[496] La obra de Bodin se complementó con la de un profesor de Oxford, Degory Wheare, *Method of Reading Histories* (1623), y con la bibliografía histórica más detallada del pastor alemán Paul Bolduan (1620). Los atlas de Abraham Ortelius (1570), Gerard Mercator (1585-1595) y de la familia Blaeu (de 1635 en adelante) simplificaron el problema de localizar ciudades y regiones citadas en los textos históricos. En diversos libros, entre los cuales hay que citar los famosos estudios de Joseph Scaliger (1583) y del jesuita francés Denis Petavius (1627), se podían encontrar tablas cronológicas de la historia del mundo.

Si lo que se necesitaba era información acerca de personas concretas, ahora se podía echar mano de obras como las siguientes: vidas de alemanes famosos, del suizo Heinrich Pantaleon (la obra en cuestión se titulaba «Prosopografía», 1565); un diccionario de los herejes, en orden alfabético desde los «adamitas» hasta Zuinglio (1569), del francés Gabriel du Preau; biografías de artistas holandeses (1603), del pintor Karel van Mander; y vidas de teólogos, juristas y médicos alemanes (publicadas en la década de 1620), de Melchior Adam. Sobre problemas relacionados con la genealogía, se podía consultar el «Teatro de genealogías» (1598), de Henninger. Para aclarar hechos y cifras acerca de países concretos, a partir de la década de 1590 los lectores pudieron acudir a la descripción del mundo de Giovanni

Botero y, a partir de 1620, a la serie de obras publicada por Elsevier que ya citamos en el capítulo 7. Entre las colecciones de documentos habría que citar los volúmenes dedicados a los decretos de los emperadores germánicos y a los textos de cronistas alemanes y bohemios. Las obras en lenguas extranjeras podían descifrarse con la ayuda de diccionarios. Si éstos eran raros antes de 1550, un siglo más tarde este tipo de libros de consulta, en aquel momento indispensables, incluyó diccionarios español-inglés, italiano-inglés, francés-inglés, francés-español, alemán-latín, alemán-polaco, latín-sueco y algunos diccionarios de cuatro, siete o incluso once idiomas, entre ellos el croata, el checo y el húngaro.

Hacia 1750, siempre que tuviese acceso a una biblioteca razonablemente grande, el sabio podía consultar toda una estantería de cronologías contrapuestas, incluidas la del inglés John Marsham y el estudio crítico publicado por un grupo de benedictinos franceses, «El arte de verificar fechas» (1750). Entre los atlas ahora figuraba la edición en seis volúmenes de Blaeu (1655), el especializado «Atlas histórico» de Châtelain (1705) y el «Gran diccionario geográfico y crítico» de Bruzen de la Martinière en diez volúmenes (1726-1739). Los diccionarios históricos rivales de Moréri (1674) y Bayle (1697) tuvieron varias ediciones. Los escritores anónimos o que se escondían bajo un pseudónimo pudieron ser identificados con la ayuda de diversos diccionarios, empezando por el de Placcius, publicado en 1674. Entre los diccionarios biográficos habría que señalar el «Diccionario de los sabios» (1715), de Mencke, dedicado a las vidas de los sabios, y la voluminosa obra de Jean-Pierre Nicéron, «Memorias de hombres ilustres» (43 volúmenes, 1727-1745).

Ahora los lectores podían acceder a muchos más textos de

documentos como tratados, crónicas medievales o decretos de los concilios de la Iglesia. Configuraban conjuntos de volúmenes en folio y fueron editados por sabios como el inglés Thomas Rymer (20 volúmenes) o los italianos Ludovico Muratori (28 volúmenes) y el arzobispo Giovanni Domenico Mansi (31 volúmenes). Las formas arcaicas del latín dejaron de ser un obstáculo insuperable después de la publicación de un glosario por parte del sabio francés Charles Du Cange (1678). Los libros de bibliografía sobre historia incluían ya los cuatro volúmenes de Cornelis de Beughem, «Bibliografía histórica» (a partir de 1685), y la obra de Burkhard Struve, «Bibliografía histórica selecta» (1705), debidos ambos a eruditos alemanes. En este mismo apartado hay que incluir dos producciones francesas: «Biblioteca universal de los historiadores» (1707), de Louis-Ellies Du Pin, y «Método para el estudio de la historia» (1713), de Nicolas Lenglet, un ensayo que se mueve dentro de la tradición de Bodin. Buceando en las páginas de diarios científicos como *Nouvelles de la République des Lettres* o *Acta Eruditorum* de Leipzig, el lector podía encontrar nuevos libros sobre historia y sobre muchos otros temas.

Casos concretos de apropiación del conocimiento

Es evidente que muchos libros de consulta estuvieron destinados a un sector concreto del mercado: clero, juristas, médicos, mujeres, etc. Por ejemplo, en el mundo de habla germánica en particular se produjo un auge de las enciclopedias destinadas en primera instancia a un público femenino.[497]

Para reconstruir el proceso de adquisición del conocimiento seguido por los lectores de comienzos de la edad moderna, igual que el proceso de utilización de dicho conocimiento, es necesario estudiar también algunos casos en concreto. Resulta esclarecedor saber qué libros de consulta adquirieron los propietarios de pequeñas bibliotecas. Los inventarios de libros dejados por estudiantes y profesores de la Universidad de Cambridge, por ejemplo, incluyen una serie de referencias a diccionarios (concretamente el inventario de Antonius Calepinus) y enciclopedias (en especial el inventario de Gregor Reisch).[498] Queda sin resolver el problema más importante y desde luego más escurridizo de determinar cómo se utilizaban los libros de consulta. Felipe II de España fue inmortalizado en el lienzo mientras utilizaba el atlas de Ortelius para identificar aldeas de Francia y preparaba la salida de la armada española en 1588.[499] Por otra parte, al comentar el descenso demográfico en su *Restauración política de España* (1619), el teólogo Sancho de Moncada se refiere repetidas

veces a la obra de Botero. También se han estudiado con cierto detalle las prácticas de lectura de algunos sabios bien conocidos, entre los cuales cabría mencionar a Jean Bodin, John Dee, Gabriel Harvey y Johann Kepler, y se han analizado cuidadosamente los diferentes canales a través de los cuales recibía información Samuel Sewall, un aristócrata de Boston, a comienzos del siglo XVIII.[500]

Un caso especialmente bien documentado de avidez lectora es el del polifacético Peiresc. Nicolas-Claude Fabri de Peiresc fue un magistrado con intereses intelectuales sumamente amplios. Vivió en Provenza una generación antes del auge del periodismo científico y creó una red internacional de amigos, «personas curiosas como nosotros» (*gens curieux comme nous*) como él mismo decía, que le surtían de noticias relacionadas con la República de las letras. Su amplísima correspondencia, gran parte de la cual ha sido publicada, menciona repetidamente libros nuevos, ediciones de los padres de la Iglesia, una historia de los árabes, el último tratado de Galileo, la serie de Elsevier sobre descripciones de Polonia y otros países, las antologías de relatos de viajes editadas por Richard Hakluyt y Samuel Purchas y, lo que no es menos importante, hojas informativas o gacetas manuscritas o impresas de Venecia, Amsterdam, Roma y otros lugares.

Peiresc no se informó únicamente a través de los libros. Fue, además, un coleccionista obsesivo de objetos como monedas romanas y momias egipcias. Este caso nos recuerda que entonces el conocimiento podía adquirirse por múltiples vías y nos advierte sobre el peligro de hacer que todo dependa únicamente de la lectura. Las colecciones de objetos curiosos nos ilustran sobre el proceso de apropiación del conocimiento con especial claridad. Por lo tanto, merecería

la pena que echásemos una ojeada a los objetos expuestos en un famoso museo privado del siglo XVII, mencionado ya en un capítulo anterior, que entre otras cosas albergaba la colección perteneciente a Manfredo Settala, un clérigo de la nobleza de Milán. En el siglo XVII se publicó un catálogo de esta colección. Evidentemente, el catálogo no sustituye a los objetos en sí mismos, pero, en cualquier caso, ha servido para que mucha gente se entere de la existencia de las colecciones incluso en nuestros días.

Un grabado contemporáneo del museo de Settala nos produce la impresión de una variedad aparentemente inagotable. Del techo penden caimanes y peces disecados, las urnas y los bustos se alinean a lo largo del suelo y el centro de la habitación lo ocupa una serie de gavetas. El catálogo refuerza esta impresión del museo como una especie de microcosmo, con ejemplares de todas las cosas imaginables del mundo. Un museo de este tipo se podría describir también como una especie de escuela que enseña al visitante cómo se pueden utilizar la madera, el metal, la cerámica, etc., y productos de diferentes partes del mundo: plata de Potosí, porcelana de China, arcos y flechas del Imperio Otomano y de Brasil, momias de Egipto, textos chinos y japoneses escritos con ideogramas, etc. Las referencias que se hacen en el catálogo a algunos libros —por ejemplo, a la obra de González de Mendoza sobre China— o a determinados donantes —entre otros al arzobispo de Milán (que entregó a Settala un jarrón japonés)— sugieren que por lo menos el propietario contemplaba los objetos en sus contextos históricos y geográficos y, al mismo tiempo, como ejemplos de diferentes materiales.[501]

De Montaigne a Montesquieu

Puesto que en un capítulo anterior de este libro se ha puesto de relieve la importancia de las grandes ciudades como Roma y París, podría ser esclarecedor dedicar cierta atención a algunos individuos que vivieron en el campo. Tenemos pruebas de que a finales del siglo XVI algunos nobles ingleses que vivían en el campo adquirían e intercambiaban información histórica.[502] Acabamos de citar el caso de Peiresc. Para percibir el cambio que se produjo a lo largo de este período, podríamos comparar y contraponer dos nobles franceses, buenos conocedores del mundo, con excelentes bibliotecas y amplios intereses; ambos vivieron en el campo, cerca de Burdeos, aunque con siglo y medio de diferencia. Me estoy refiriendo a Montaigne y a Montesquieu.

Cuando Montaigne se retiró a su finca campestre, se aseguró de que la torre en que iba a meditar y escribir estuviese bien provista de libros. Se sabe que utilizó doscientos setenta y uno: sólo tres sobre leyes, seis sobre medicina y dieciséis sobre teología, pero casi cien sobre historia, antigua y moderna.[503] Como auténtico renacentista, Montaigne conocía bien las obras de los clásicos griegos y latinos y mostró un aprecio especial por las obras morales de Séneca y Plutarco. Se interesó por la historia de su propia región y utilizó repetidamente los *Annales d'Aquitaine* del humanista Jean Bouchet. Sobre la

historia de Francia, leyó las crónicas de Jean Froissart y las memorias del diplomático Philippe de Commynes; sobre Italia, la famosa historia escrita por Francesco Guicciardini. Montaigne utilizó el *Methodees* de su contemporáneo Jean Bodin, así como el estudio comparativo de los sistemas políticos, titulado *Six livres de la république*, de ese mismo autor. Su interés por el mundo extraeuropeo estuvo alimentado por la historia de China que había escrito el misionero español Juan González de Mendoza y por un puñado de libros sobre ambas Américas: las obras del español Francisco López de Gómara y del italiano Girolamo Benzoni sobre las conquistas españolas, y del cosmógrafo André Thevet y del misionero Jean de Léry sobre Brasil.

Por lo que se refiere al estilo de lectura de Montaigne, a pesar de la originalidad de muchas de sus observaciones, fue el habitual de su tiempo, al menos en el sentido de que en los libros buscaba conscientemente ejemplos morales. Aunque manifestó su desprecio por lo que él mismo llamó «pasteles de temas comunes» (*pastissages de lieux communs*), es probable que llevase un libro o cuaderno personal de «temas» y, desde luego, anotaba los libros que eran de su propiedad. Por ejemplo, su copia de la vida de Alejandro escrita por Quinto Curtio contiene anotaciones al margen sobre temas como «carros de guerra», «amazonas» y «palabras de Darío». Los primeros ensayos de Montaigne parecen ampliaciones de extractos tomados de sus autores favoritos ordenados de acuerdo con categorías morales, y la práctica «de reducirlo todo a temas comunes» también influyó en el título y en los contenidos de sus últimos ensayos.[504]

Los estudios más sistemáticos de Montesquieu se inspiraron en el abanico de libros mucho más amplio que estaba al alcance del público en su tiempo. La biblioteca de

su casa de campo en La Brède tenía unos tres mil volúmenes. Sus cuadernos, conocidos en su mayoría únicamente por sus títulos, ya han sido mencionados anteriormente en este capítulo. Uno de los que han llegado hasta nosotros, el llamado *Spicilège*, nos descubre en cierta manera cómo adquiría Montesquieu la información. En él se incluyen anotaciones de talante puramente personal sobre libros que pensaba comprar, incluidas las colecciones de libros de viajes que editaban John Harris y los Churchill. También se refiere al conocimiento obtenido a través del diálogo, por ejemplo, con un misionero jesuita francés que había vuelto de China.

El cuaderno nos muestra dos facetas de Montesquieu. Por una parte nos confirma que éste leía obras famosas de historia, por ejemplo la de Nicolás Maquiavelo sobre Florencia, la de Pietro Giannone sobre Nápoles y la de Gilbert Burnet sobre Inglaterra. Por otra parte, nos lo presenta recortando pasajes de periódicos como la *Gazette d'Amsterdam*, especialmente cuando contenían información comercial como la llegada a Lisboa de barcos procedentes de Río de Janeiro con un cargamento de diamantes. En uno de los casos las anotaciones son minuciosas. Se trata concretamente de la famosa descripción que Kaempfer hace de Japón. Estas notas ponen de manifiesto algunos de los principios que guiaban la selección de Montesquieu, concretamente su interés por la agricultura arrocera como base de la subsistencia de los japoneses, lo que explicaría el hecho de que Japón poseyese una población relativamente densa. El cuaderno en cuestión, completado con las cartas de Montesquieu, muestra la familiaridad del pensador francés con una serie de obras de consulta tales como los diccionarios históricos de Moréri y Bayle, la *Cyclopaedia* de Chambers y los diccionarios jurídicos compilados por el

jurista francés Pierre-Jacques Brillon.[505]

Sin pretender omitir o nivelar la idiosincrasia o la originalidad de Montaigne y de Montesquieu, se podría sostener que el contraste entre estos vecinos es, entre otras cosas, un reflejo de otro contraste: el que existe entre un estilo de lectura propio del siglo XVI y otro propio del siglo XVIII. Montaigne practicó una lectura intensiva, lo que le permitió citar pasajes enteros de memoria (como muestran ciertas inexactitudes de poca monta), y atenta a descubrir los ejemplos morales. Por el contrario, Montesquieu se contentó a menudo con hojear por encima algunos libros, sin leerlos de principio a fin, y buscaba sobre todo hechos, incluidas las estadísticas.

EL SABER ADQUIRIDO DE OTRAS CULTURAS

Montaigne y Montesquieu habían tenido en común un vivo interés por otras culturas, aunque cada uno había bebido en fuentes diferentes. Muchos pensadores europeos de primera fila de los siglos XVII y XVIII habían compartido esta misma curiosidad. Uno piensa, en el caso de Francia, en Voltaire, Diderot y Rousseau; en el caso de Inglaterra, en John Locke y Adam Smith; y, en el caso de Alemania, en Leibniz, quien en 1697 escribió a la princesa Sofía Carlota para comunicarle que pensaba colgar en la puerta de su despacho un letrero que dijese *Bureau d'Adresse pour la Chine* para que la gente supiese que podía dirigirse a él para obtener información actualizada sobre este tema.

En general, los europeos educados adquirieron su conocimiento del mundo extraeuropeo a partir de una serie relativamente reducida de libros, un corpus que gradualmente fue cambiando a lo largo de este período. Hacia 1600, una persona interesada, por ejemplo Montaigne, podía leer la obra de González de Mendoza sobre China, la de López de Gómara sobre México y la de Jean de Léry sobre Brasil. Como complemento, se podían añadir el relato del jesuita italiano Matteo Ricci sobre la misión de China y el de su colega portugués Luis Frois sobre una misión similar desarrollada en Japón. Sobre África, los lectores contaban con las descripciones sobre el norte del continente de León el Africano (Hassan al-Wazzân), un musulmán que había

sido raptado por los piratas y llevado a Roma; sobre el Congo, tenían el relato de Duarte Lopes (de esta obra podían escoger las ediciones italiana, latina, holandesa e inglesa). Sobre el Imperio Otomano, que suscitaba un miedo casi generalizado, había toda una estantería de libros, entre los cuales se incluía un relato de primera mano de la misión escrito por el diplomático flamenco Ogier Ghiselin de Busbecq, con ediciones en latín, alemán, checo, español, francés e inglés.

A comienzos del siglo XVIII, la información que se podía obtener era mucho más numerosa y los libros citados más a menudo habían cambiado. Se mantenía vivo el interés por el Imperio Otomano, puesto que la amenaza de invasión persistía. Por otra parte, China se había puesto de moda y Montesquieu no fue el único que echó mano de la *Description de la Chine* (1735), en cuatro volúmenes, del jesuita francés Jean-Baptiste du Halde, para informarse sobre el tema. También el interés por Japón estaba en alza, alimentado por el minucioso relato de Engelbert Kaempfer, publicado en inglés en 1727 y en francés en 1729. A Kaempfer lo leyeron con atención no sólo Montesquieu, sino también el historiador alemán de filosofía Johann Jacob Brucker, JeanJacques Rousseau, Diderot y otros colaboradores de la *Encyclopédie*.[506]

Sobre África, al relato del viajero portugués Duarte Lopes se añadió ahora el del misionero jesuita Jerónimo Lobo sobre Abisinia, del que se hizo una edición reducida en 1673 (en él se inspiraría un siglo después Samuel Johnson para escribir la novela *Rasselas* [1759]). A partir de 1704, a estos relatos se añadió la descripción de Guinea del comerciante holandés Willem Bosman. Éste dividió dicha zona de la costa africana en Costa de Oro, Costa de los Esclavos y Costa de Marfil.

Sólo a mediados del siglo XVIII empezó a disponerse de información detallada sobre el interior de África.[507]

También creció paulatinamente el interés por América del Sur. Voltaire tenía trece libros sobre esta región en su biblioteca. Entre ellos estaba el relato que Charles-Marie de La Condamine hizo de su misión oficial a Perú y de su ulterior descenso del Amazonas. La obra de La Condamine sería citada con respeto por el naturalista Buffon, el *philosophe* Holbach y William Robertson, rector de la Universidad de Edimburgo y autor de una *History of America* (1777) que tuvo mucho éxito.[508]

Los lectores que no disponían del tiempo necesario o simplemente no estaban dispuestos a leer monografías como las citadas hasta aquí, siempre podían recurrir a una enciclopedia como las de Moréri, Bayle o la *Encyclopédie*, aunque estas obras de consulta no eran del todo fiables por lo que a la información sobre Asia, África y América se refería.[509]

Si tenemos en cuenta lo dicho anteriormente sobre los sistemas de hacer anotaciones, podría ser pertinente resumir el conocimiento que tenía el lector normal de comienzos de la edad moderna del mundo extraeuropeo por medio de una serie de temas comunes acerca de los esclavos, los déspotas, los bárbaros y los caníbales. Por ejemplo, el Imperio Otomano evocaba, por una parte, la idea de los nuevos sultanes matando a sus hermanos con motivo de la subida al trono y, por otra parte, la imagen del harén o serrallo.[510] India significaba filósofos desnudos («gimnosofistas») y creencias destructivas. Una conferencia en la Universidad de Caen en 1663 describía Calicut con las siguientes palabras: «Los habitantes no conocen el uso del pan, rechazan la castidad y a veces intercambian sus esposas».[511]

A cierto número de lectores parece haberles interesado de forma especial algunos métodos exóticos de escritura. En los museos de Settala y Worm se exhibían textos escritos en árabe, etíope, chino y japonés. México se asociaba con el uso de pictogramas o «jeroglíficos» y Perú con el uso de *quipu*, un sistema mnemónico basado en los nudos. Los pictogramas mexicanos se imprimieron por primera vez en 1625 en una colección de libros de viajes editada por Samuel Purchas. El sabio holandés Johannes de Laet utilizó la edición de Purchas para presentar la cultura mexicana en su obra «Nuevo mundo» (1633). También el polifacético jesuita Athanasius Kircher recurrió a Purchas en el capítulo sobre México de su ambicioso estudio comparativo de los jeroglíficos titulado «El Edipo egipcio», 1652-1655.

Para analizar con mayor detalle el conocimiento que los lectores occidentales tenían del mundo extraeuropeo podemos fijarnos en los casos de Japón y China. En 1500 pocos europeos conocían la existencia misma de Japón, a pesar de que recientemente se había editado por primera vez el relato de los viajes de Marco Polo en una traducción latina. Marco Polo hablaba de una extensa isla, denominaba «Cipangu», cuyos habitantes eran muy educados y en la cual «abundaba el oro». Apenas daba más informaciones. Las cartas del misionero español Francisco Javier ponían de relieve el sentido del honor de los japoneses, idea que enseguida se convirtió en un tópico. En sus *Merveilles* (1553), el orientalista Guillaume Postel presentaba «Giapan» como un país que en realidad ya era cristiano antes de que llegasen los misioneros. Las fuentes de la información de Postel habían sido «Schiabier» —como él llamaba a Javier— y otros jesuitas y presentaba a «Xaca» —es decir, Buda— como a Cristo y al emperador como a un «soberano pontífice».[512]

También Botero había bebido en fuentes jesuíticas al poner de relieve los siguientes aspectos: el sentido del honor y la seriedad de los japoneses (que él comparaba con el de los españoles), la frecuencia de terremotos en aquel país y la preferencia de los japoneses por el agua mezclada con «un precioso polvo que ellos denominan *cha*», es decir, té. Con el paso del tiempo, los tópicos fueron multiplicándose. Por ejemplo, en 1669 la Royal Society publicó en su revista *Philosophical Transactions* «Algunas observaciones sobre Japón realizadas por una persona con ingenio que ha residido muchos años en ese país». Las observaciones en cuestión se reducían a veinte puntos e incluían afirmaciones como las siguientes: «Los japoneses escriben de arriba abajo. Su gobierno es despótico. [...] Su mano izquierda es la más honorable». De todos modos, continuaban existiendo importantes lagunas en el conocimiento y, a finales del siglo XVII, uno de los más destacados cartógrafos franceses, Delisle, seguía poniendo en tela de juicio si Japón era una isla.

En el caso de China, los tópicos fueron especialmente numerosos. Entre otros podríamos mencionar los siguientes: la idea de que el emperador de China era una figura puramente decorativa; que (como el filósofo Paolo Mattia Doria, amigo de Vico, afirmó en su tratado sobre «La vida civil», publicado en 1709) los chinos eran un pueblo poco belicoso que se defendía de los bárbaros dejando que éstos lo conquistasen para luego terminar domando a sus conquistadores; que los chinos habían utilizado la escritura antes que los occidentales, con ideogramas en lugar del alfabeto; y que los chinos habían inventado la pólvora y tal vez también la imprenta. Montaigne había indicado que la imprenta y la pólvora eran mil años más antiguas en China que en Europa, y la historia de la imprenta escrita por el

sabio y librero Prosper Marchand (1740) planteaba la posibilidad de que este invento se hubiese difundido en Occidente a partir de Oriente.

Robert Burton, un profesor de Oxford culto pero que no estaba especializado en los estudios orientales, se refirió a China en numerosas ocasiones en su *Anatomía de la melancolía* (1621). Burton se mostraba especialmente impresionado por la posición de los mandarines, los *literati*, como él los llamaba. Otros aspectos que le merecieron algún comentario fueron: la ausencia de mendigos en China; la práctica del suicidio por la vergüenza de haber suspendido un examen y el contraste existente entre las medicinas china y occidental. Según Burton (que a su vez se basó en Matteo Ricci), en China «los médicos mandan cosas totalmente opuestas a las que nos mandan aquí [...] en conjunto, ellos utilizan raíces, hierbas y cosas naturales en sus medicamentos y toda su medicina está comprendida, en cierta manera, en un herbario: nada de ciencia, ni de escuela, ni de arte, ni de títulos, sino que, como un comercio, cada uno recibe instrucciones en privado de su dueño» (libro 2, parte 4, sección 1, 5).

Si todavía no lo eran en el momento de ser enunciadas, las observaciones de Burton se convirtieron muy pronto en tópicos, una lista que seguiría acrecentándose con nuevos temas. Al hacer la recensión de un libro reciente sobre China en 1666, la revista *Philosophical Transactions* observaba que los chinos «aprecian en alto grado la raíz de ginseng» y prescriben el uso del té como un medicamento. A lo largo del siglo XVII la filosofía y la medicina chinas suscitaron el interés de los occidentales y Confucio empezó a ser considerado, juntamente con Sócrates, un ejemplar de virtudes paganas.[513]

La asimilación de este conocimiento exótico llevó aparejado naturalmente un proceso de domesticación o estereotipia. Incluso los observadores occidentales de «campo» percibieron las culturas que no les eran familiares en términos de estereotipos. Algunos de estos clichés, como el de los caníbales americanos y el de los déspotas orientales, exageraron la distancia cultural entre la cultura extranjera y la cultura del observador. Otros actuaron en sentido totalmente contrario. Por ejemplo, el marino portugués Vasco da Gama penetró en Calicut en un templo indio y lo percibió como una iglesia. La combinación de Brahma, Visnú y Shiva la interpretó como una imagen de la Santísima Trinidad. Francisco Javier vio «hidalgos» y «universidades» en el Japón, mientras que la figura del emperador nipón le recordó muy de cerca a la del Papa. Los jesuitas llevaron consigo a China las categorías aristotélicas y, consecuentemente, interpretaron los principios del yin y el yang como equivalentes de la «materia» y la «forma». Quienes se limitaban a leer un libro en su casa no estaban evidentemente en condiciones de criticar estos estereotipos. Sus libros de temas comunes y de tópicos se transformaron a menudo en simples antologías de prejuicios.

A pesar de todo, no hemos de aceptar sin más que los lectores de comienzos de la edad moderna creyeran a pies juntillas todo lo que leían acerca del mundo extraeuropeo o de cualquier otro tema. La fiabilidad del conocimiento será el tema de debate —o, más exactamente, de los múltiples debates— del capítulo siguiente.

Capítulo 9

Conocimiento fiable y conocimiento no fiable: Conclusión

> Los antiguos escépticos, que nunca reconocerían haber encontrado una verdad, nos mostraron a pesar de todo el mejor camino para buscarla. [...] Quien evita la frivolidad disputadora (de los escépticos), aceptando, no obstante, [...] como un reto personal la libertad de búsqueda (de aquellos hombres), se encuentra en el único camino que en todo tipo de estudios conduce y permanece abierto hacia el santuario de la verdad.
>
> SELDEN

La fiabilidad del conocimiento no es algo que pueda darse por descontado. Los criterios de fiabilidad fluctúan y cambian en diferentes culturas y épocas.[514] Una de las tendencias intelectuales más importantes en los primeros siglos de la edad moderna fue el auge del escepticismo de diversos tipos frente a las pretensiones de conocer. Es imposible valorar exactamente esta tendencia y sería presuntuoso tratar de explicarla. También el siguiente informe, que obviamente y por necesidad incurre en simplificaciones y especulaciones, se debería leer con algo de escepticismo.

Como paso previo, tal vez merezca la pena distinguir un escepticismo filosófico o general, que calificaremos de «superior», del escepticismo específico o práctico, que tildaremos de «inferior» o simplemente «bajo». En el plano de la práctica, Jean Bodin, por ejemplo, se mostró crítico con el historiador italiano Paolo Giovio: «Contó muchas cosas de

los Imperios de los persas, de los abisinios y de los turcos, pero ni él mismo sabía si tales cosas eran verdaderas, puesto que aceptó rumores». Alguien puede comparar estas palabras con la reacción de Samuel Johnson frente a la obra *Del espíritu de las leyes*, de Montesquieu, manifestada a Boswell de la manera brusca que era habitual en él con ocasión de una visita a Skye en 1773: «Siempre que [Montesquieu] desea apoyar una opinión extraña, te cita la práctica de Japón o de algún otro país lejano del que en realidad no sabe nada». La interacción entre este escepticismo filosófico «superior» y la desconfianza práctica y más de andar por casa frente a las pretensiones de conocer constituirá uno de los grandes temas de este capítulo.

El resurgimiento del pirronismo

En un plano más general, a comienzos de la edad moderna un número considerable de personas se interesó por el escepticismo filosófico o «pirronismo», así llamado en recuerdo del filósofo griego Pirrón de Elis. Las obras de Pirrón se habían perdido, como las de otros pirronistas como Carneades. Sin embargo, un texto griego posterior, los *Hypotyposes* («Bocetos») de Sexto Empírico, ha hecho llegar hasta nosotros una síntesis de sus afirmaciones. Según Sexto Empírico, la diversidad de los puntos de vista es una razón que debe llevarnos a suspender el juicio acerca de todas las pretensiones de conocer que vayan más allá de las apariencias.[515] El texto de Sexto Empírico fue redescubierto en la Italia del Renacimiento. En 1562 se publicó en Francia y en 1569 fue traducido allí mismo al latín. Montaigne conoció este texto, que le inspiró su famoso lema *Que sais-je?*, una interrogación que sugiere que Sexto Empírico era escéptico incluso acerca del escepticismo. Por su parte, Pierre Charron, discípulo de Montaigne, prefirió el lema más dogmáticamente negativo *Je ne sais* [«no sé» o «no conozco»]. A principios del siglo XVII un grupo de sabios franceses, los llamados *libertins érudits*, encontró atractivas estas ideas.[516]

Se ha afirmado que el interés por las doctrinas escépticas durante los siglos XVI y XVII en Europa fue una especie de reacción frente a lo que se ha llamado la «crisis intelectual

de la Reforma». Como razón se aduce el hecho de que en las controversias entre católicos y protestantes sobre los fundamentos de la fe religiosa, las Escrituras o la tradición de la Iglesia, cada una de las partes resultó más convincente atacando a sus oponentes que defendiendo la propia posición.[517] El argumento tiene visos de plausibilidad. Sin embargo, al margen de cómo empezase, el escepticismo terminó extendiéndose a campos que excedían claramente el de las materias religiosas.

Por ejemplo, François La Mothe Le Vayer, escritor francés del siglo XVII, sostuvo que las obras de historia no eran fiables porque los mismos acontecimientos parecían diferentes desde distintos puntos de vista, tanto nacionales como religiosos. Según La Mothe, el problema residía esencialmente en la parcialidad. Así, por ejemplo, los españoles o los católicos exageraban los éxitos y minimizaban los fracasos del propio partido. Pierre Bayle suscribió esta opinión, llegando incluso a afirmar que él leía a los historiadores modernos para conocer de cerca sus prejuicios, más que para informarse acerca de los hechos. A decir verdad, el problema de la parcialidad, del interés o «sesgo» fue uno de los grandes temas debatidos en los tratados sobre cómo había que escribir la historia durante el siglo XVII.[518]

Otro problema que preocupó a los sabios fue el de distinguir los textos auténticos de aquellos otros que habían sido falsificados en el pasado. Los relatos de la guerra de Troya que circulaban bajo los nombres de «Dares» y «Dictys» ¿eran genuinos o espurios? Las obras atribuidas a «Hermes Trismegisto», que parecían preanunciar algunas doctrinas cristianas, ¿fueron redactadas realmente en el antiguo Egipto o escritas con posterioridad al nacimiento de

Cristo? Las obras atribuidas a los padres de la Iglesia ¿fueron escritas todas ellas por san Agustín, san Ambrosio, etc.? Y, continuando en este mismo terreno, ¿hasta qué punto fue fiable la atribución de las obras clásicas griegas y romanas a Platón, Homero, Virgilio, Horacio, etc.? Jean Hardouin, jesuita francés de comienzos del siglo XVIII, se hizo famoso por poner en tela de juicio la autoría de la mayor parte de los clásicos. Sus opiniones generalmente fueron rechazadas como exageradas, pero otros sabios compartieron su escepticismo acerca de la autoría de determinados textos antiguos.[519] Un caso muy conocido fue el de las llamadas «Cartas de Falaris» (un antiguo tirano de Sicilia). En 1699, el sabio inglés Richard Bentley demostró que eran una falsificación posterior. El archiescéptico Jean Hardouin no estaba del todo en desacuerdo con el espíritu de su tiempo. Los debates sobre la autenticidad impulsaron la producción de una serie de obras de consulta que desenmascararon a muchos autores anónimos y pseudoanónimos, por ejemplo el libro «Sobre escritos anónimos» (1674), del polifacético autor alemán Vincent Placcius.

Si los testimonios no eran auténticos, ¿qué decir de las historias que ellos nos contaron? Los sabios empezaron a preguntarse si Eneas había visitado o no alguna vez Italia (puesto que Virgilio escribía una obra de ficción) o si era posible conocer algo sobre los primeros siglos de la antigua historia de Roma (puesto que el historiador Tito Livio escribió siglos después de los acontecimientos que narró).

Otro ámbito importante en que se debatieron las exigencias planteadas al conocimiento fue la filosofía natural, especialmente durante el siglo XVII. En este terreno, el escepticismo se vio impulsado por el descubrimiento de un mundo situado más allá de las apariencias —por ejemplo,

el mundo de los átomos— y por las controversias subsiguientes acerca de la naturaleza de este mundo. En este contexto, resulta particularmente apropiada la afirmación tantas veces citada de John Donne: «La nueva filosofía lo pone todo en duda». En Francia, los filósofos naturalistas Pierre Gassendi y Marin Mersenne, por ejemplo, profesaron un escepticismo moderado o «mitigado» respecto a las esencias de las cosas; admitieron un «conocimiento de las apariencias» (*scientia apparentiae*), basado en la descripción, pero excluyeron la explicación.[520] En Nápoles, el médico Leonardo de Capua negó la certeza del conocimiento médico.

En Londres, Robert Boyle expresó sus puntos de vista a través de un personaje llamado «Carneades» en su diálogo *Sceptical Chymist* (1661). Precisamente con el fin de poner de relieve el carácter provisional de sus escritos, Boyle tomó prestado de Montaigne el término *essay* («ensayo») para describirlos. También utilizó frases como «no es improbable» para expresar lo que él llamó «una desconfianza de las opiniones hacia las que me inclino».[521] Otro miembro de la Royal Society, Joseph Glanvill, publicó un ensayo en defensa del escepticismo moderado, titulado *The Vanity of Dogmatising*. En su obra *An Essay Concerning Human Understanding* (1690), concretamente al estudiar las diferencias entre «conocimiento y opinión», John Locke afirmó que «nuestras facultades no están capacitadas para penetrar en la estructura interna y las esencias reales de los cuerpos» (libro 4, capítulo 12). El punto de vista de Locke sobre las limitaciones de las facultades humanas nos recuerda a Gassendi, mientras que el uso del término *essay*, con la implicación de que sus conclusiones son sólo provisionales, lo sitúa, igual que a Boyle y Glanvill, en la tradición de Montaigne.

Escepticismo pragmático

Paralelamente a este movimiento filosófico se fue desarrollando un escepticismo práctico o pragmático que, probablemente, a la larga afectó a más personas que el primero. Se sometió a crítica la autoridad de los antiguos, especialmente de Aristóteles. También lo fue la noción misma de «autoridad» intelectual en las universidades y fuera de ellas. El término «crítico», empleado anteriormente para describir lo que nosotros llamaríamos crítica «textual» o literaria, se convirtió en una palabra de significado más general, positivo y de moda a finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII. Una señal del cambio fue la frecuencia con que el adjetivo «crítico» empezó a aparecer en títulos de libros. He aquí algunos ejemplos: Richard Simon, «Historia crítica del Antiguo Testamento» (1678); Pierre Bayle, *Dictionnaire historique et critique* (1697); Pierre Lebrun, «Historia crítica de las prácticas supersticiosas» (1702) y la obra del monje español Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal* (8 volúmenes, 1726-1739).

Al desarrollo del escepticismo pragmático no contribuyeron sólo los debates filosóficos, sino también la difusión del material impreso y la explosión de la información, un tema al que se le ha prestado especial interés en las páginas de este libro. La imprenta puso en circulación puntos de vista opuestos y les dio una difusión que nunca antes habían conocido: Montaigne, por ejemplo,

leyó, como ya hemos visto, al proespañol López de Gómara y al antiespañol Benzoni sobre la conquista española, y al católico André Thevet y al protestante Jean de Léry sobre Brasil. Por otra parte, en sus *Essais* (libro 3, capítulo 7) señaló con cierto sarcasmo que había estado leyendo dos tratados escoceses sobre teoría política prácticamente al mismo tiempo y que había comprobado que las visiones de ambos sobre la monarquía no podían ser más opuestas: «El demócrata pone al rey por debajo de un carretero; el monárquico lo coloca muy por encima de Dios en poder y soberanía».

La toma de conciencia del problema de que diferentes «autoridades» se contradicen mutuamente no fue, de hecho, nueva: en el siglo XII, el tratado *Sic et Non* («Sí y No») del filósofo Pedro Abelardo ya había explotado estas contradicciones. Sin embargo, la multiplicidad de libros probablemente hizo que más personas tomaran conciencia de las numerosas discrepancias entre diferentes descripciones del mismo fenómeno o distintos relatos del mismo acontecimiento.[522]

Las descripciones de viajes fueron sometidas a examen crítico con el mismo rigor que los relatos de acontecimientos. A medida que aumentó el número de viajeros a países lejanos que publicaron relatos de lo que habían visto, se hicieron más evidentes las contradicciones entre ellos. Algunos viajeros criticaron las inexactitudes de otros. Por ejemplo, el misionero dominico João dos Santos criticó la descripción de África hecha por Duarte Lopes. Para otros, algunos escritores más antiguos habían sido simplemente unos mentirosos, ya que nunca habrían estado en los lugares que afirmaban haber visto. Varios libros de viajes adoptaron la forma de relatos de ficción, desde los

viajes de «sir John Mandeville», que Richard Hakluyt eliminó deliberadamente de la segunda edición de su famosa colección, hasta la «Descripción histórica y general de Formosa» (1704) de George Psalmanazar.

Psalmanazar fue un francés que se trasladó a Inglaterra, donde trató de pasar por un nativo de Formosa. Su «Descripción» incluía datos tomados de anteriores relatos sobre la isla, aunque añadió por su cuenta ciertas informaciones que él mismo se había inventado, desde la afirmación de que Formosa pertenecía a Japón hasta la descripción de un alfabeto local. Antes de que se descubriera su fraude, Psalmanazar fue invitado a visitar la Royal Society y a comer con sir Hans Sloane, y mientras tanto su libro fue traducido al francés y al alemán. Cuando Gilbert Burnet, obispo de Salisbury, pidió al impostor que demostrase que realmente era formosano, Psalmanazar le respondió preguntándole a su vez cómo podría él mismo demostrar que era un inglés en Formosa, ya que realmente parecía un holandés. Lo cierto es que su fraude fue desenmascarado por un jesuita que en 1705 escribió un artículo sobre el tema en uno de los nuevos periódicos eruditos, el *Journal de Trévoux*.[523]

Además de desenmascarar a posibles impostores, los críticos de los libros de viajes se preocuparon cada vez más de precisar hasta qué punto incluso los auténticos viajeros utilizaban o copiaban textos anteriores, en lugar de hacer observaciones sobre lo que habían visto con sus propios ojos. En otras palabras, también en este campo se trató de sopesar el valor de los diferentes testimonios. Lo que realmente hizo apremiante la crítica de la literatura de viajes fue el hecho de que la Royal Society y otras asociaciones parecidas esparcidas por toda Europa contaran con observaciones sobre fenómenos naturales hechas por

viajeros en otras partes del mundo. Dichas asociaciones trataron de guiar las observaciones de sus colaboradores elaborando e incluso imprimiendo cuestionarios, aunque el problema de valorar los testimonios concretos siguió sin resolverse. Por ejemplo, en su estudio sobre los efectos del frío, Boyle utilizó el testimonio escrito de Samuel Collins, un médico que había visitado Rusia en la década de 1660.

El uso de la tradición oral como fuente histórica no dejó de perder peso a lo largo del siglo XVII, debido a las crecientes dudas que sobre su fiabilidad expresaron los historiadores. El anticuario inglés John Aubrey vinculó la decadencia de las «antiguas fábulas» acerca de las hadas con el auge de la letra impresa, que según él «se puso de moda [...] un poco antes de las guerras civiles».[524]

En este mismo sentido influyeron los panfletos y sobre todo los periódicos. Durante el siglo XVI panfletos contrapuestos —por ejemplo, los miles de folletines publicados con ocasión de la Reforma alemana o de la rebelión holandesa contra España— se dedicaron a rebatir los argumentos de la parte contraria para una audiencia cada vez más amplia. Para decirlo con una palabra muy del gusto de la época, cada parte trataba de «desenmascarar» las mentiras y los verdaderos motivos de la parte contraria, induciendo de este modo a los lectores a mirar con sospecha los argumentos de todas las facciones, algo que ya apuntó Karl Mannheim en el curso de una situación histórica similar en la década de 1930.

Es probable que ciertas discrepancias entre diferentes relatos de los mismos acontecimientos redactados poco después de que éstos se produjesen hayan influido para que hubiera más lectores de la Europa de comienzos de la edad moderna que se volviesen escépticos en la práctica. En 1569

comentaba un personaje inglés: «Cada día recibimos varias noticias, a veces contradictorias, y, sin embargo, todas se nos exponen como verdaderas».[525] El auge de las hojas informativas durante el siglo XVII provocó que muchos más lectores se hiciesen más conscientes de la falta de fiabilidad de los informes de «hechos», ya que el mismo día podían llegar a las grandes ciudades relatos contrapuestos y discrepantes de los mismos acontecimientos, por ejemplo de una batalla. Como es obvio, a los lectores de la época les resultaba fácil comparar y contrastar tales relatos. La honradez misma de los primeros periódicos, que no dudaban en corregir en números posteriores los errores que se habían colado en informes hechos a toda prisa en números anteriores, contribuyó probablemente a desarrollar el ojo crítico con que los lectores leían las noticias. Los historiadores de finales del siglo XVII desecharon frecuentemente las obras de otros colegas al compararlas o bien con «novelas» (*romances*) o bien con «gacetillas» (*gazettes*), dos términos que en este contexto fueron virtualmente sinónimos.[526]

Es bien sabido que los historiadores utilizan con excesiva frecuencia expresiones grandilocuentes como «crisis» y «revolución», con lo que las vacían de su valor intelectual. A pesar de todo, las razones mencionadas anteriormente nos dicen que no estaría del todo fuera de lugar hablar de una «crisis del conocimiento» en la Europa de finales del siglo XVII. Sería una prolongación de la «crisis intelectual de la Reforma» citada anteriormente o, por citar la célebre frase acuñada por el historiador intelectual Paul Hazard para referirse al período comprendido entre 1680 y 1715, de la «crisis de la conciencia europea».[527] «Crisis» fue originalmente un término médico con el que se aludía al momento «crítico» de una enfermedad en el que la

recuperación o la muerte del paciente podían inclinar la balanza a su favor. Si adaptamos este término, sin renunciar por ello a tratar de ser precisos, podemos utilizarlo para referirnos a un período relativamente corto de confusión o turbulencia que conduce a una transición de una estructura intelectual a otra.

Al margen de que a finales del siglo XVII se produjese o no una crisis de la conciencia, lo que sí hubo fue ciertamente una conciencia de crisis. Filósofos y otros intelectuales trataron de dar con una solución al problema del conocimiento y encontraron dos posibilidades, dos métodos.

El método geométrico

Uno fue el método geométrico, vinculado a René Descartes, quien ya había encontrado por medio del mismo la solución a su propia crisis escéptica, como él mismo nos cuenta en el *Discurso del método* (1637), deduciendo su sistema intelectual de un número mínimo de axiomas. Esta solución tuvo un notable éxito en Francia y en otros países. En el prefacio a su historia de la Academia Francesa de Ciencias, publicada en 1709, Bernard de Fontenelle hizo un encendido elogio de este enfoque. He aquí sus palabras: «El espíritu geométrico no está tan estrechamente vinculado a la geometría como para que no pueda ser aplicado a otros ámbitos del conocimiento (*à d'autres connaissances*). Un libro sobre moral, política o crítica, o incluso tal vez sobre oratoria, ganaría en calidad, en igualdad de condiciones, de haber estado guiado por la mano de un geómetra».

Hoy, esta afirmación puede parecernos exagerada, pero Fontenelle no era el único que creía que el método geométrico era aplicable más allá del ámbito de las matemáticas. Por ejemplo, el jansenista Pierre Nicole escribió un «ensayo geométrico» sobre la teología de la gracia. En su «Demostración del Evangelio» (1679), Pierre-Daniel Huet, obispo de Avranches, trató de demostrar la verdad del cristianismo como religión histórica partiendo de «axiomas» como el siguiente: «Una obra histórica es veraz siempre que narre los hechos como lo hacen muchos libros

coetáneos, o más o menos coetáneos, de los acontecimientos narrados».

El entusiasmo en favor del método geométrico traspasó las fronteras de Francia. Spinoza, por ejemplo, completó el título de su *Ética* con el subtítulo «demostrada por el método geométrico» (*ordine geometrico demonstrata*). En su *An Essay Concerning Human Understanding* (1690), John Locke defendió un punto de vista muy parecido, incluyendo la moralidad, junto con las matemáticas, «entre las ciencias que admiten la demostración». En sus *Rules of Historical Evidence* [«Reglas de la demostración histórica», 1699], John Craig, seguidor de Isaac Newton, discutió el método histórico recurriendo a axiomas y teoremas como el siguiente: «La fiabilidad de las fuentes varía en función de la distancia de la fuente al acontecimiento narrado».

Leibniz se mostró escéptico en lo que a la aplicación general del método geométrico se refiere, aunque de hecho albergó la esperanza de dar con una especie de matemáticas universales que permitieran a los filósofos disidentes sentarse a pensar y calcular la verdad. Para alcanzar este fin, era necesario diseñar un «lenguaje general» o «alfabeto de los conocimientos» (*alphabetum cognitionum*). La creencia en un lenguaje universal de este tipo no constituyó un fenómeno raro en el siglo XVII. Una de las tentativas más conocidas en este terreno la llevó a cabo el obispo inglés John Wilkins, que también fue miembro de la Royal Society. Inspirado en las matemáticas y en los signos utilizados para escribir el chino, su *Essay towards a Real Character and a Philosophical Language* (1668) ofreció un sistema de signos referidos directamente a cosas, y no a palabras.[528]

El auge del empirismo

Además de utilizar el método geométrico, la crisis intelectual se intentó superar con otros medios. Uno de ellos, que en su momento no suscitó excesivo interés pero que más tarde se haría famoso, lo formuló Giambattista Vico en su obra *Principi della scienza nuova* (sección 331). El principio del *verum-factum*, la «verdad incuestionable, era el siguiente: que el mundo de la sociedad civil es, sin duda, una creación humana y que, por lo tanto, sus principios se han de buscar dentro de las modificaciones de la propia mente humana».

Otra respuesta a la crisis fue el desarrollo de un método experimental, contemplado «como un medio sistemático de generar conocimiento natural», al menos en determinados ámbitos.[529] La teoría de Bacon de «formular preguntas a la naturaleza» y la práctica de Boyle —su bomba de aire, por ejemplo— fueron ejemplares al respecto. La experimentación sistemática no fue un hallazgo del siglo XVII. Después de todo, un filósofo del siglo XIII había utilizado bolas de cristal y redomas de agua para explicar el arco iris como un fenómeno de reflexión y refracción de los rayos solares. Lo realmente nuevo fue la amplia difusión del método experimental y su creciente aceptabilidad como «práctica capaz de generar conocimiento».[530]

Por desgracia, era imposible estudiar a través del experimento el mundo de la naturaleza en su conjunto, sin

mencionar al mundo social. Este método, que resultaba eficaz en el campo de la física y la química, no podía universalizarse. La astronomía y la botánica, por ejemplo, exigían otros métodos. Sin embargo, siempre se contó con la inducción o el empirismo, método (citado en el capítulo 1) que podríamos describir como una versión debilitada o menos sistemática del experimento, pero que tenía la ventaja de ser aplicable de forma más general.

Puede parecer estrambótico describir el empirismo como una reacción frente al escepticismo o, en otras palabras, como un hallazgo o descubrimiento que tuvo lugar en un momento en particular. Probablemente resulte obvio que el empirismo o la inducción es un método universal que muchos de nosotros utilizamos con la misma naturalidad con que el personaje de Molière monsieur Jourdain hablaba en prosa, es decir, sin ser conscientes de ello. Un ensayo reciente sobre la historia de la verdad sugiere que únicamente hay cuatro razones para aceptar como verdadero un enunciado: el sentimiento, la autoridad, la razón y la percepción sensorial. Aunque «las cuatro categorías han estado siempre de por medio», el equilibrio entre ellas varía con las culturas y las épocas.[531] A comienzos de la edad moderna, este equilibrio se inclinaba a favor de una combinación de razón y percepción sensorial (a veces directa, a veces mediada a través de instrumentos como el telescopio y el microscopio). Lo que entonces representó una novedad fue una toma de conciencia cada vez más aguda del método, vinculada a la utilización de instrumentos científicos, a la recogida cada vez más sistemática de hechos concretos. De ahí el auge que experimentaron los manuales prácticos: nada le hace a uno tan consciente del propio método como el hecho de tener que describirlo por escrito.

Pero volvamos al ámbito superior de la filosofía. A pesar de su interés por los ejemplares de plantas o sistemas políticos, Aristóteles había descartado el conocimiento de lo particular, afirmando en sus *Analíticos segundos o posteriores* que «el conocimiento depende del reconocimiento de lo universal». Las cosas concretas podían ser objeto de una descripción (*historia*), como trató de poner en práctica el mismo Aristóteles en otra de sus obras, *Historia de los animales*. Sobre la base de esa descripción se podían establecer generalizaciones, pero sin que constituyeran un verdadero conocimiento por sí mismas. Los médicos, desde Hipócrates hasta Galeno, tomaron más en serio el conocimiento de las cosas concretas. El término «empíricos» se acuñó precisamente en la Grecia antigua para designar una escuela médica opuesta a los «dogmáticos». Sin embargo, por lo que a la epistemología se refiere, los empíricos no fueron tomados nunca tan en serio como lo hizo Aristóteles.

Por otra parte, a partir del siglo XVI se dio más importancia que antes al conocimiento de las cosas concretas, de los detalles (*cognitio singularium*), en diversos ámbitos intelectuales, desde la medicina hasta la historia. Este enfoque más favorable a lo concreto lo defendieron filósofos como Bacon y Locke. El mismo término «empirismo» para designar esta nueva orientación fue acuñado en el siglo XVIII.[532]

Los detalles, como ha sostenido Carlo Ginzburg en un famoso ensayo, empezaron a ser tomados en serio por constituir «claves» o «indicios» de algo mayor.[533] Durante mucho tiempo, los médicos habían diagnosticado la enfermedad a partir de «síntomas» aparentemente triviales. Durante el siglo XVI, algunos filósofos naturalistas se

decidieron a tomar más en serio de lo que había sido habitual hasta entonces la «historia natural», es decir, la observación y la descripción.[534] Por ejemplo, el botánico italiano Pier Andrea Mattioli defendió la importancia de la observación de primera mano de ciertas «minucias» (*minutiae*). En el siglo XVII, o tal vez antes, los expertos —entre ellos un médico como Giulio Mancini— diagnosticaron la autenticidad de algunas pinturas basándose en detalles aparentemente menores.[535] La observación, cada vez más cuidadosa y precisa gracias a los observatorios, telescopios, microscopios y otros instrumentos, empezó a desempeñar un papel más importante en el procesamiento o la producción del conocimiento del mundo natural —y, por lo visto, también del mundo social, dado el auge que alcanzaron los tratados sobre el «arte de viajar», en el sentido de técnica de observación de las costumbres de países extranjeros.

Si la curación (incluida la práctica de los «empíricos») fue un modelo para la reconstrucción de teorías del conocimiento, el otro fue la actividad práctica de administrar justicia en los tribunales. Las analogías entre la práctica de los juristas y la de los historiadores al juzgar la fiabilidad de los testigos aumentaron con el paso del tiempo. Como rezaba la frase, «los testimonios deberían sopesarse, y no contarse», con el fin de determinar la medida de su independencia. Esta acción de sopesar incluía una consideración de lo que el jurista del siglo XVIII sir Geoffrey Gilbert llamó el «crédito o competencia de los testigos». Tanto en el caso de los experimentos científicos como en los tribunales, el crédito de un testigo estuvo relacionado con su estatus social, puesto que la palabra de un caballero se consideró más digna de crédito que la de otra persona de rango social inferior.[536]

Es probable que los juristas aprendiesen de los filósofos naturalistas, y viceversa, y que utilizaran con mayor frecuencia testigos «expertos» especializados. La verificación de pretendidos milagros representó un acto central en el proceso de canonización de los santos, que a comienzos de la edad moderna se hizo más riguroso cada vez. La Roma de los «procesos» en torno a la santidad no estaba tan alejada de la Roma de los Lincei.[537] En los procesos contra las brujas de los siglos XVII y XVIII también se percibe un interés creciente por la evidencia. En ellos, los jueces que aceptaban sin dificultad la existencia de las brujas consideraron a menudo que los cargos contra personas en concreto carecían de la adecuada verificación.

Lo que nosotros llamamos «crítica textual», es decir, el intento de reconstruir un texto original que ha estado sometido a un proceso de corrupción progresiva por la serie de copistas que lo han ido transmitiendo, también se desarrolló durante los siglos XVI y XVII. El lenguaje de estos críticos delata el influjo de los tribunales de justicia. Algunos editores humanistas como Erasmo examinaron cada uno de los manuscritos de un autor particular como si fuesen otros tantos «testigos» en relación con el texto original que trataban de reconstruir, evaluando en qué medida era independiente el testimonio de cada uno de ellos.[538]

Además, la palabra «investigación» y sus equivalentes en otras lenguas (*recherche, indagine*, etc.) parecen proceder de los exámenes e indagaciones legales. Antes de que lo utilizasen regularmente los filósofos e historiadores en sus escritos, el término «evidencia» resonó en los discursos de los juristas. La palabra «hecho» (en latín, *factum*) se escuchó en los tribunales de justicia, en expresiones como «un cómplice del hecho» —es decir, un cómplice encubridor— o

«cuestiones de hecho» (distintas de las «cuestiones de ley»), antes de que apareciese en los tratados sobre el método histórico o científico.[539] Los mismos historiadores y filósofos naturalistas de la época establecieron analogías entre su propio trabajo y la práctica de los tribunales de justicia. Robert Boyle, por ejemplo, comparó a los testigos para un experimento con los testigos en un juicio por asesinato.[540] Algunos historiadores afirmaron escribir con la imparcialidad de un juez, como fue el caso de Gottfried Arnold en *Impartial History of the Church and of Heretics* (1699-1700).

Como reacción al punto de vista de los pirrónicos, que afirmaban que el conocimiento histórico era imposible, los filósofos empezaron a insistir en la probabilidad más que en la certeza y a distinguir diferentes «grados de asentimiento», para decirlo con palabras de Locke. Por ejemplo, era razonable creer que un hombre llamado Julio César hubiese vivido siglos atrás en Roma porque esta «cuestión de hecho» estaba confirmada por «el testimonio concurrente de testigos no sospechosos» (*An Essay Concerning Human Understanding*, libro 4, capítulo 16). Historiadores y juristas siguieron esta misma senda. En su tratado sobre *The Law of Evidence* (1759), sir Geoffrey Gilbert hizo suya la idea de Locke de los «grados de asentimiento» y debatió el tema de la evidencia de acuerdo con lo que él denominó «escala de probabilidad» (prueba, verosimilitud, etc.).[541]

El auge de las notas a pie de página

La nueva importancia otorgada a lo particular introdujo cambios en la práctica científica a nivel cotidiano. Entre los filósofos naturalistas y los burócratas creció la confianza en los números, asociada al ideal de un conocimiento imparcial o impersonal (posteriormente esta actitud ante el conocimiento recibiría el nombre de «objetividad»).[542] Entre los historiadores, el auge de la inducción estuvo vinculado al auge de las notas a pie de página.[543] El término «nota a pie de página» no debería entenderse demasiado literalmente. Lo más importante fue la difusión de la práctica de ofrecer algún tipo de orientación al lector de un texto en particular que le sirviera para ver claramente las cosas o para completar la información. Esta información adicional se le ofrecía o bien en el texto mismo o en el margen («nota al margen») o en la parte inferior de la página («notas al pie de página») o al final del libro o en apéndices especiales que recogían documentos. En su *Diccionario*, Pierre Bayle utilizó tanto las notas marginales (ofrecían referencias) como las notas a pie de página (incluían citas y ataques contra otros sabios). El principal interés de estas prácticas radicó en el hecho de facilitar una vuelta a las «fuentes», contando con que la información, como el agua, es más pura cuanto más cerca está de la fuente. Las notas históricas, como la descripción detallada de un experimento, debían permitir que el lector repitiese la experiencia del autor, si así lo deseaba.

La vuelta a las fuentes (*ad fontes*) fue un lema tanto de los humanistas del Renacimiento como de los reformadores protestantes y algunos historiadores del siglo XVI se preocuparon de citar cuidadosamente los manuscritos que les habían servido de base para construir sus visiones del pasado. Como práctica generalizada, sin embargo, el hecho de poner notas a pie de página proviene del siglo XVII. John Selden, por ejemplo, llenó los márgenes de su *History of Tithes* (1618) con referencias a las fuentes, explicando orgullosamente en su prefacio que «los testimonios fueron escogidos por su valor, no por su número, y proceden directamente de las fuentes citadas, nunca de autores de segunda mano». Incluso obras menos eruditas, como *La restauración política de España* (1619) de Sancho de Moncada, un panfleto típico de la época, citaban regularmente autoridades en los márgenes, incluidos algunos libros de consulta como la geografía del mundo de Botero, la Biblia y los clásicos.

El ejemplo de Selden y de otros sabios como él suscitó cada vez más seguidores desde finales del siglo XVII. En su ensayo sobre la fiabilidad de los historiadores (*De fide historica*, 1679), el sabio alemán Johannes Eisenhart subrayó la importancia de citar las fuentes. Más o menos a partir de esa época, las monografías históricas tuvieron por costumbre citar «documentos originales» y a menudo insistían en el hecho de que ellos así lo hacían. En una nota preliminar, Louis Maimbourg decía con orgullo a los lectores de su «Historia de la Liga Católica» (1684) que él había señalado las fuentes en que había bebido. Por su parte, en su «Historia de Francia» (1713), Gabriel Daniel ponía de relieve el valor de sus notas marginales «para mostrar a los lectores las fuentes de donde proceden las cosas que se les cuentan» (*les sources d'où l'on a tiré les choses qu'on leur raconte*).

Como prueba de los cambios introducidos en la renovada práctica de los eruditos, podemos utilizar las excusas que ofreció David Hume a un malhumorado lector (Horace Walpole) por la falta de «notas marginales» en su *History of England*. En una carta enviada en 1758 a Walpole, Hume declaraba sentirse «seducido por el ejemplo de todos los mejores historiadores», como Maquiavelo y Sarpi, sin darse cuenta de que la práctica de ofrecer referencias, «una vez introducida, debería ser seguida por cada uno de los escritores». Hume se mostró realmente algo anticuado al respecto, puesto que a comienzos del siglo XVII algunos historiadores ya habían hecho referencia a sus fuentes. El procedimiento de añadir notas a pie de página, seguido todavía hoy en tantos trabajos históricos —incluido el nuestro—, se desarrolló a comienzos de la edad moderna a partir de los debates que entonces se suscitaron en torno al problema del conocimiento.

Credulidad, incredulidad y la sociología del conocimiento

Los debates en torno a la probabilidad y la certeza dentro de una determinada disciplina académica, o entre varias disciplinas, son relativamente fáciles de documentar. Los cambios a nivel pragmático, para volver a la distinción hecha anteriormente, son menos perceptibles. A decir verdad, resulta difícil dar una respuesta a la cuestión de si —o no— la gente ordinaria se hizo menos crédula a finales del siglo XVII. Una razón de esta dificultad es que lo que se entiende por «credulidad» varía con la cultura. Sin embargo, la historia de la palabra tal vez tenga algo que decirnos. Aunque aquí pongamos como ejemplo el idioma inglés, podrían contarse otras historias parecidas acerca de los términos equivalentes en italiano y en francés —y tal vez también en otras lenguas.

En inglés, el término *credulity* («credulidad») significó originalmente «fe», «creencia». A los ojos de algunos escritores cristianos antiguos, se trataba de una virtud. A lo largo del siglo XVII, el término fue adquiriendo un sentido peyorativo para referirse finalmente a aquellas personas que estaban dispuestas a creer con excesiva facilidad (es decir, de forma poco crítica). Por ejemplo, Joseph Glanvill habló de «una credulidad infundada». Incluso el clérigo conservador Meric Casaubon, en su tratado *On Credulity and Incredulity* (1688), esencialmente un ataque contra el ateísmo, se

preocupó de rechazar la credulidad en el sentido de fe «imprudente», «precipitada», «fácil» o «infundada». Por el contrario, el término «incredulidad», que originalmente tuvo el sentido peyorativo de «ateísmo», pasó a significar una forma más amplia y más vaga de no creencia en todo lo que no era «creíble». Credulidad e incredulidad se convirtieron en términos opuestos complementarios, como en Casaubon, que los calificó de «extremos viciosos», o en Henry Hallywell, que en su obra *Melampronea: or, A Discourse of the Polity and Kingdom of Darkness* (1681) trazó un camino intermedio entre la «incredulidad atea», por una parte, y la «credulidad atolondrada» o «alocada», por otra. [544]

El hecho de que cada vez se analizasen con mayor frecuencia las causas del error y los obstáculos para alcanzar la verdad puede interpretarse como una consecuencia y, al mismo tiempo, como una señal del interés creciente por la epistemología. En un pasaje famoso de su *Novum Organum* (libro 1, secciones 39-44), Francis Bacon distinguió cuatro tipos de «ídolo» que «acosan de tal manera las mentes de los hombres que la verdad difícilmente puede entrar en ellas». Los «ídolos de la tribu» se fundamentan en la misma naturaleza humana y hacen al hombre medida de todas las cosas. Los «ídolos de la caverna», por el contrario, son errores individuales. Los «ídolos del teatro» son aquellos que han penetrado en las mentes «por obra de los diversos dogmas y filosofías», que Bacon rechaza como «otras tantas representaciones teatrales». La parte más «sociológica» del análisis de Bacon —para decirlo con un anacronismo que viene al caso— fue la dedicada a los «ídolos del foro o del mercado», «formados a partir de la interrelación y la asociación de los hombres entre sí». En el siglo XVIII, Giambattista Vico nos ofreció su propio análisis de los ídolos

o, para decirlo con sus palabras, de la «arrogancia» (*boria*), concretamente de la arrogancia de la naciones, cada una de las cuales pretende haber descubierto la civilización, y de la arrogancia de los sabios, que creen que sus ideas son tan antiguas como el mundo (*Principi della scienza nuova*, secciones 124-128).

Los análisis de Bacon y de Vico se cuentan entre los más originales y perspicaces de comienzos de la edad moderna y los historiadores intelectuales seguramente tienen buenos motivos para prestarles atención. Sin embargo, en una historia social del conocimiento es más importante aún si cabe subrayar el desarrollo de las formas cotidianas de epistemología histórica en la época estudiada. El lenguaje «parcial» o «sesgado» se hizo cada vez más habitual. Metáforas como «máscaras», «mantos», «capas» o «velos» se emplearon a menudo para señalar posibles engaños (de ahí la descripción que hace Milton del historiador Paolo Sarpi como «el Gran Desenmascarador del Concilio de Trento»). En el contexto de la «crisis intelectual de la Reforma» (tema tratado anteriormente) y de las posteriores guerras de religión, algunos individuos y grupos de talante escéptico sostuvieron que el recurso a la religión no era más que un camuflaje.

Por ejemplo, algunos representantes de la llamada línea *politique* en Francia durante las guerras de religión del último cuarto del siglo XVI afirmaron que los extremistas, tanto católicos como protestantes, actuaban por motivos políticos más que religiosos. Así, el magistrado francés Jacques-Auguste de Thou habló de «aquellos que utilizan la religión para hacer una capa española que cubra su ambición». De manera parecida, el historiador monárquico Edward Hyde condenó a quienes se oponían a Carlos I en la

guerra civil inglesa casi en los mismos términos: «Han hecho de la religión una capa para cubrir sus engañosos designios».

Al mirar retrospectivamente la historia humana a gran escala, algunos anticlericales como Thomas Hobbes y James Harrington condenaron lo que a finales del siglo XVII empezó a denominarse en inglés *priestcraft* —es decir, «superchería sacerdotal»—, ya fuese católica o protestante, egipcia, judía o musulmana. El tratado anónimo publicado a comienzos del siglo XVIII en que se estigmatizaba a Moisés, a Cristo y a Mahoma como los «tres impostores» que habían sido capaces de convencer a los crédulos de su especial relación con Dios representa el ejemplo más notorio de una tendencia que se prolongó durante la Ilustración e incluso más allá.[545]

Todos estos tipos de fraudes se explicaron generalmennte en función de unos determinados «intereses». La palabra «interés» empezó a utilizarse en inglés a finales del siglo XVI y su uso se extendió más y más durante los siglos XVII y XVIII para referirse tanto a la política como a la economía, a los asuntos públicos y a los privados, a los intereses de los Estados o de los individuos.[546] El duque Henri de Rohan publicó el libro: «Los intereses de los príncipes y de los Estados en la cristiandad» (1624). La famosa historia de las guerras civiles de Francia [«Las guerras civiles de Francia», 1630] de Enrico Davila explicaba estos acontecimientos ya en su primer párrafo como conflictos de «intereses privados» disimulados bajo «variados pretextos» como la religión. Muy parecida fue la interpretación propuesta por John Selden de la guerra civil inglesa en una observación consignada en su «charla de sobremesa»: «El verdadero secreto de mezclar la religión en todas las guerras es que en

esta última todos los hombres pueden tener interés. En la religión, el mozo de mulas tiene tanto interés como el señor. Si se tratase de tierras, mientras uno posee 1000 hectáreas, el otro apenas cuenta con 1 y, naturalmente, éste no estaría dispuesto a correr tantos riesgos como el que tiene 1000 hectáreas».

Una explicación más general de la relación que existía entre intereses y creencias fue la ofrecida por el obispo inglés Edward Stillingfleet en la introducción a su obra en defensa del cristianismo *Origins of the Sacred* (1662). Dando una versión propia de los «ídolos» de Bacon, Stillingfleet trató de explicar «por qué hay tan pocos aspirantes al conocimiento que encuentran la verdad». En este contexto, debatió conceptos como «parcialidad», «prejuicio», «sesgo», los variopintos «espectáculos» de la autoridad, la costumbre y la educación, y la «correspondencia» entre ideas e «intereses».

Karl Mannheim fue muy consciente de la relevancia, para la sociología del conocimiento, de las guerras civiles de los siglos XVI y XVII y de las luchas de partido en la Inglaterra del siglo XVIII. Mannheim razonaba así: «Básicamente, en las luchas políticas los hombres tomaron conciencia por primera vez de las motivaciones colectivas inconscientes que siempre habían guiado la dirección del pensamiento. [...] El descubrimiento de las raíces sociales-situacionales del pensamiento se produjo, en un primer momento, en forma de desenmascaramiento». Como otras formas de saber, la sociología del conocimiento es también algo socialmente situado.[547]

Otro texto del siglo XVIII, que Mannheim no debatió, nos traslada de las guerras civiles a la batalla de los sexos. *Woman Not Inferior to Man* (1739), publicado por «Sophia,

una Persona de Calidad», sostenía que la doctrina de la inferioridad femenina era un error que había que explicar en función del «interés» o «parcialidad» masculinos. De manera muy parecida, el filósofo francés François Poulain de La Barre, en la obra *Sobre la igualdad de los dos sexos* (1673), había atacado los «prejuicios» masculinos, que cabría explicar como «intereses». Merece la pena no perder de vista aquellos aspectos de la sociología del conocimiento del siglo XX que muestran una relación de continuidad con actitudes de comienzos de la edad moderna.

Bibliografía

Hay muchos libros relacionados con este estudio. La lista siguiente se limita a las obras secundarias citadas en las notas a pie de página anteriores. A menos que se especifique de otro modo, el lugar de publicación de los libros en inglés es Londres, y el de los libros en francés, París.

ACKERMAN, J., «Ars sine scientia nihil est», *Art Bulletin*, n.º 12, 1949, págs. 84-108.

AGRELL, W. y B. Huldt (comps.), *Clio Goes Spying*, Malmö, 1983.

ÅKERMAN, S., «The Forms of Queen Christina's Academies», en Kelley y Popkin, 1991, págs. 165-188.

ALBÒNICO, A., «Le *Relationi Universali* di Giovanni Botero», en A. E. Baldini (comp.), *Botero e la Ragion di Stato*, Florencia, 1992, págs. 167-184.

ALCOFF, L. y E. Potter (comps.), *Feminist Epistemologies*, 1993.

ALEXANDROV, D. A., «The Historical Anthropology of Science in Russia», *Russian Studies in History*, n.º 34, 1995, págs. 62-91.

ALVAR EZQUERRA, A. (comp.), *Relaciones topográficas de Felipe II*, 3 vols., Madrid, 1993.

AMBROSINI, F., *Paesi e mari ignoti: America e colonialismo europeo nella cultura veneziana (secoli XVI-XVII)*, Venecia, 1982.

AMES-LEWIS, F. (comp.), *Sir Thomas Gresham and Gresham College*, 1999.

ANDERSON, B., *Imagined Communities* (1983), 2.ª ed., 1991.

ANDERSON, M. S., *Peter the Great* (1978), 2.ª ed., 1995.

AQUILON, P. y H. J. Martin (comps.), *Le Livre dans l'Europe de la Renaissance*, 1988.

ARMSTRONG, E., *Before Copyright: The French Book-Privilege System, 1498-1526*, Cambridge, 1990.

ARROW, K., «Knowledge, Productivity and Practice» (1965), reimpreso en su *Production and Capital*, Cambridge, Mass., 1985, págs. 191-199.

AUBERT, R. y otros, *The University of Louvain*, Lovaina, 1976.

BAKER, J. N. L., «Academic Geography in the Seventeenth and Eighteenth Centuries» (1935), reimpreso en su *The History of Geography*, Oxford, 1963, págs. 14-32.

BALDAMUS, W., «Ludwig Fleck and the Sociology of Science», en *Human Figurations*, 1977, págs. 135-156.

BALLESTER, L. García, *Medicina, ciencia y minorías marginadas: los Moriscos*, Granada, 1977.

—, «The Inquisition and Minority Medical Practitioners in Counter-Reformation Spain», en P. P. Grell y A. Cunningham, *Medicine and the Reformation*, 1993, págs. 156-191.

BALLESTEROS BERETTA, A., «J. B. Muñoz: la creación del Archivo de Indias», *Revista de Indias*, n.º 2, 1941, págs. 55-95.

BALSAMO, J., «Les Origines parisiennes du *Tesoro*

Politico», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, n.º 57, 1995, págs. 7-23.

BALSAMO, L., «Tecnologia e capitale nella storia del libro», en B. M. Biagiarelli y D. E. Rhodes (comps.), *Studi per Riccardo Ridolfi*, Florencia, 1973, págs. 77-94.

BARATIN, M. y C. Jacob (comps.), *Le Pouvoir des bibliothèques*, 1996.

BARBER, G., «Who were the Booksellers of the Enlightenment?», en G. Barber y B. Fabian (comps.), *The Book and the Book Trade in Eighteenth-Century Europe*, Hamburgo, 1981, págs. 211-224.

BARBOUR, V., «Marine Risks and Insurance in the Seventeenth Century», *Journal of Economic and Business History*, n.º 1, 1928-1929, págs. 561-596.

—, *Capitalism in Amsterdam in the Seventeenth Century*, Baltimore, 1950.

BARKAN, O. L., «Essai sur les données statistiques des registres de recensement dans l'empire ottoman», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, n.º 1, 1958, págs. 9-36.

BARKER, P. y R. Ariew (comps.), *Revolution and Continuity: Essays in the History and Philosophy of Early Modern Science*, Washington, 1991.

BARNES, B., *Interests and the Growth of Knowledge*, 1977.

BASALLA, G., «The Spread of Western Science», reimpreso en Storey, 1987, págs. 1-22.

BASCHET, A., *Les Archives de Venise*, 1870.

—, *Histoire du dépôt des archives des affaires étrangères*, 1875.

BASSETT, D. K., «The Trade of the English East India Company in the Far East, 1623-1684» (1960), reimpreso en O. Prakash (comp.), *European Commercial Expansion in Early Modern Asia*, Aldershot, 1997, págs. 208-236.

BAUER, W., «The Encyclopaedia in China», *Cahiers d'Histoire Moderne*, n.º 9, 1966, págs. 665-691.

BAUTIER, R. H., «La Phase cruciale de l'histoire des archives», *Archivum*, n.º 18, 1968, págs. 139-149.

BAYLY, C. A., *Empire and Information: Intelligence Gathering and Social Communication in India, 1780-1870*, Cambridge, 1996.

BEC, C., *Les marchands écrivains*, 1967.

BECHER, T., *Academic Tribes and Territories*, 1989.

BELENKY, M. F. y otros, *Women's Ways of Knowing*, 1986.

BELJAME, L., *Le public et les hommes de lettres*, 1881.

BELL, D., *The Cultural Contradictions of Capitalism*, 1976 (trad. cast.: *Las contradicciones culturales del capitalismo*, 7.ª ed., Madrid, Alianza, 1996).

BÉLY, L., *Espions et ambassadeurs au temps de Louis XIV*, 1990.

BENÍTEZ, M., «La diffusion du "traité des trois imposteurs" au 18e siècle», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, n.º 40, 1993, págs. 137-151.

BENTLEY, J. H., *Humanists and Holy Writ: New Testament Scholarship in the Renaissance*, Princeton, 1983.

BENZONI, G., *Gli affanni della cultura: intellettuali e potere nell'Italia della Controriforma e barocca*, Milán, 1978.

BERGER, P. y T. Luckmann, *The Social Construction of Reality*, Nueva York, 1966 (trad. cast.: *La construcción social de la realidad*, Madrid, H. F. Martínez de Murguía, 1986).

BERKEY, J., *The Transmission of Knowledge in Medieval Cairo*, Princeton, 1992.

BERKVENS-STEVELINCK, C. y otros (comps.), *Le Magasin de l'Univers: The Dutch Republic as the Centre of the European Book Trade*, Leiden, 1992.

BERMINGHAM, A. y J. Brewer (comps.), *The Consumption of Culture 1600-1800*, 1995.

BERNARD-MAÎTRE, H., «L'Orientaliste Guillaume Postel et la découverte spirituelle du Japon en 1552», *Monumenta Nipponica*, n.º 9, 1953, págs. 83-108.

BERTI, S., «The First Edition of the *Traité des trois imposteurs*», en M. Hunter y D. Wootton (comps.), *Atheism from the Reformation to the Enlightenment*, Oxford, 1992, págs. 182-220.

BESTERMAN, T., *The Beginnings of Systematic Bibliography*, Oxford, 1935.

BIAGOLI, M., *Galileo Courtier*, Princeton, 1993.

BIGGS, M., «Putting the State on the Map: Cartography, Territory and European State Formation», *Comparative Studies in Society and History*, n.º 41, 1999, págs. 374-405.

BIRN, R., «Book Production and Censorship in France, 1700-15», en Carpenter, 1983, págs. 145-171.

—, «Malesherbes and the Call for a Free Press», en Darnton y Roche, 1989, págs. 50-66.

BLAIR, A., «Humanist Methods in Natural Philosophy: The Commonplace Book», *Journal of the History of Ideas*,

n.º 53, 1992, págs. 541-552.

—, «Bibliothèques portables: les recueils de lieux communs», en Baratin y Jacob, 1996, págs. 84-106.

—, *The Theatre of Nature: Jean Bodin and Renaissance Science*, Princeton, 1997.

BLUM, R., «Bibliotheca Memmiana: Untersuchungen zu Gabriel Naudé's *Advis*», en *Festschrift Carl Wehmer*, Amsterdam, 1963, págs. 209-232.

BLUM, W., *Curiosi und Regendarii: Untersuchen zur Geheimen Staatspolizei der Spätantike*, Munich, 1969.

BLUMENBERG, H., *The Legitimacy of the Modern Age* (1966), Cambridge, Mass., 1983.

BÖHME, G., «Midwifery as Science», en Stehr y Meja, 1984.

BÖHME, G. y N. Stehr (comps.), *The Knowledge Society*, Dordrecht, 1986.

BORGHERO, C., *La certezza e la storia: cartesianesimo, pirronismo e conoscenza storica*, Milán, 1983.

BOST, H., *Un intellectuel avant la lettre: le journaliste Pierre Bayle*, Amsterdam/Maarssen, 1994.

BOTS, H., «Les Provinces-Unies, centre de l'information européenne au dix-septième siècle», *Quaderni del '600 francese*, n.º 5, 1983, págs. 283-306.

BOTS, H. y F. Waquet, *La République des Lettres*, 1997.

BOULDING, K. E., «The Economics of Knowledge and the Knowledge of Economics», *American Economic Review*, n.º 56, 1966, págs. 1-13.

BOURDIEU, P., *Outlines of a Theory of Practice* (1972), Cambridge, 1977.

—, *Homo Academicus*, Cambridge, 1984.

—, *La Noblesse d'Etat*, 1989.

BOUTIER, J., A. Dewerpe y D. Nordman, *Un tour de France royal*, 1984.

BOUWSMA, W. J., «Lawyers and Early Modern Culture» (1973), reimpreso en su *A Usable Past: Essays in European Cultural History*, Berkeley/Los Ángeles, 1990, págs. 129-153.

BOUZA, F., «La biblioteca del Escorial y el orden de los saberes en el siglo XVI», reimpreso en su *Imagen y propaganda: capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*, Madrid, 1988, págs. 168-185.

—, *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la Alta Edad Moderna*, Madrid, 1992.

BOWEN, M., *Empiricism and Geographical Thought from Francis Bacon to Alexander von Humboldt*, Cambridge, 1981.

BOXER, C. R., *Jan Compagnie in Japan*, 1936.

—, *Three Historians of Portuguese Asia*, Hong Kong, 1948.

—, *The Dutch in Brazil, 1624-54*, Oxford, 1957.

—, *Two Pioneers of Tropical Medicine*, 1963.

BRADING, D. A., *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State, 1492-1867*, Cambridge, 1991.

BRADSHAW, L. E., «John Harris's *Lexicon Technicum*», en Kafker, 1981a, págs. 107-121.

—, «Ephraim Chambers' *Cyclopaedia*», en Kafker, 1981b, págs. 123-140.

BRENTJES, S., «The Interests of the Republic of Letters in the Middle East», *Science in Context*, n.º 12, 1999, págs.

435-468.

BREWER, J., *The Sinews of Power*, 1989.

BREWER, J. y R. Porter (comps.), *Consumption and the World of Goods*, 1993.

BRIGGS, R., «The Académie Royale des Sciences and the Pursuit of Utility», *Past and Present*, n.º 131, 1991, págs. 38-88.

BROC, N., *La Géographie des philosophes: géographes et voyageurs français au 18e siècle*, 1975.

—, *La Géographie de la Renaissance*, 1980.

BROCCHIERI, M. F. Beonio, «L'intellettuale», en J. Le Goff (comp.), *L'uomo medievale*, Roma/Bari, 1987, págs. 203-233.

BROCKLISS, L. W. B., *French Higher Education in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, Oxford, 1987.

—, «Curricula», en De Ridder-Symoens, vol. 2, 1996, págs. 565-620.

BROWN, H., *Scientific Organizations in Seventeenth-Century France*, Baltimore, 1934.

BROWN, J., *Images and Ideas in Seventeenth-Century Spanish Painting*, Princeton, 1978 (trad. cast.: *Imágenes e ideas en la pintura española del siglo* XVII, 4.ª ed., Madrid, Alianza, 1995).

BROWN, R. D., *Knowledge is Power: The Diffusion of Information in Early America, 1700-1865*, Nueva York, 1989.

BUCK, P., «Seventeenth-Century Political Arithmetic: Civil Strife and Vital Statistics», *Isis*, n.º 68, 1977, págs. 67-84.

—, «People who Counted: Political Arithmetic in the

Eighteenth Century», *Isis*, n.º 73, 1982, págs. 28-45.

BUISSERET, D. (comp.), *Monarchs, Ministers and Maps: The Emergence of Cartography as a Tool of Government in Early Modern Europe*, Chicago, 1992.

BURCKHARDT, J., *The Civilisation of the Renaissance in Italy* (1860), ed. rev., Harmondsworth, 1990 (trad. cast.: *La cultura del Renacimiento en Italia*, Tres Cantos, Akal, 1992).

BURKE, P., «The Bishop's Questions and the People's Religion» (1979), reimpreso en Burke, 1987, págs. 40-47.

—, «The Reform of European Universities in the Sixteenth and Seventeenth Centuries», *CRE Information*, 1983, págs. 59-67.

—, «How to be a Counter-Reformation Saint», reimpreso en Burke, 1987, págs. 48-62.

—, «European Views of World History from Giovio to Voltaire», *History of European Ideas*, n.º 6, 1985, págs. 237-251.

—, «The Humanist as Professional Teacher», en J. Wilkes (comp.), *The Professional Teacher*, Leicester, 1986, págs. 19-27.

—, *Historical Anthropology of Early Modern Italy*, Cambridge, 1987.

—, «William Dell, the Universities and the Radical Tradition», en G. Eley y W. Hunt (comps.), *Reviving the English Revolution*, 1988, págs. 181-189.

—, *The French Historical Revolution: The Annales School 1929-89*, Cambridge, 1990 (trad. cast.: *La revolución historiográfica francesa: la escuela de Annales (1929-1989)*, Barcelona, Gedisa, 1994).

—, *The Fabrication of Louis XIV*, New Haven, 1992

(trad. cast.: *La fabricación de Luis XIV*, Hondarribia, Nerea, 1995).

—, «America and the Rewriting of World History», en K. O. Kupperman (comp.), *America in European Consciousness*, Chapell Hill, 1995a, págs. 33-51.

—, «The Jargon of the Schools», en P. Burke y Roy Porter (comps.), *Languages and Jargons*, Cambridge, 1995b, págs. 22-41.

—, *The Fortunes of the Courtier: The European Reception of Castiglione's Cortegiano*, Cambridge, 1995c.

—, *Varieties of Cultural History*, Cambridge, 1998a (trad. cast.: *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza, 2000).

—, «Two Crises of Historical Consciousness», *Storia della Storiografia*, n.º 33, 1998b, págs. 3-16.

—, *The European Renaissance: Centres and Peripheries*, Oxford, 1998c.

—, «Erasmus and the Republic of Letters», *European Review*, vol. 7, n.º 1, 1999a, págs. 5-17.

—, «The Philosopher as Traveller: Bernier's Orient», en J. Elsner y J.-P. Rubiés (comps.), *Voyages and Visions: Towards a Cultural History of Travel*, 1999b, págs. 124-137.

—, «Venice as a Centre of Information and Communication», próxima publicación en J. Martin y D. Romano (comps.), *Venice Reconsidered: The History and Civilization of an Italian City-State 1297-1997*, Baltimore, 2000a.

—, «Assumptions and Observations: Eighteenth-Century French Travellers in South America», próxima publicación en J. Renwick (comp.), *Invitation au Voyage*,

Edimburgo, 2000b.

—, «Rome as a Centre of Information and Communication», próxima publicación en P. Jones y T. Worcester (comps.), *Saints and Sinners*, Toronto, 2001.

BUSTAMANTE GARCÍA, G., «Francisco Hernández», en B. Ares Queija y S. Gruzinski (comps.), *Entre dos mundos: fronteras culturales y agentes mediadores*, Sevilla, 1997, págs. 243-268.

CANONE, E. (comp.), *Bibliothecae Selectae da Cusano a Leopardi*, Florencia, 1993.

CARACCIOLO ARICÒ, A. (comp.), *L'impatto della scoperta dell'America nella cultura veneziana*, Roma, 1990.

CARELS, P. E. y D. Flory, «J. H. Zedler's Universal Lexicon», en Kafker, 1981, págs. 165-195.

CARPENTER, K. E. (comp.), *Books and Society in History*, Nueva York, 1983.

CARTER, C. H., *The Secret Diplomacy of the Habsburgs, 1598-1625*, Nueva York, 1964.

CASTELLS, M., *The Informational City*, Oxford, 1989 (trad. cast.: *La ciudad informacional*, Madrid, Alianza, 1995).

CAVACIOCCHI, S. (comp.), *Produzione e commercio della carta e del libro, secc. XIII-XVIII*, Florencia, 1992.

CHABOD, F., «Giovanni Botero» (1934), reimpreso en su *Scritti sul Rinascimento*, Turín, 1967, págs. 271-458.

CHAFFEE, J. W., *The Thorny Gates of Learning in Sung China: A Social History of Examinations*, Cambridge, 1985.

CHAMBERLAIN, M., *Knowledge and Social Practice in Medieval Damascus*, Cambridge, 1994.

CHARLE, C., *Naissance des «intellectuels» 1880-1900*, 1990.

CHARTIER, R., «Les Intellectuels frustrés au 17e siècle», *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, n.º 37, 1982, págs. 389-400.

—, *The Cultural Uses of Print in Early Modern France*, Princeton, 1987.

—, *The Order of Books: Readers, Authors and Libraries in Europe between the Fourteenth and Eighteenth Centuries*, Cambridge, 1992 (trad. cast.: *El orden de los libros: lectores, autores y bibliotecas en Europa entre los siglos XIV* y *XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1994).

CHRISTIANSON, J. R., *On Tycho's Island: Tycho Brahe and his Assistants, 1570-1601*, Cambridge, 2000.

CHURCH, W. F., *Richelieu and Reason of State*, Princeton, 1972.

CIPOLLA, C. M., «The Diffusion of Innovations in Early Modern Europe», *Comparative Studies in Society and History*, n.º 14, 1972, págs. 46-52.

—, *Public Health and the Medical Profession in the Renaissance*, Cambridge, 1976.

CLANCHY, M., *From Memory to Written Record: England 1066-1307* (1979), ed. rev., Oxford, 1993.

CLAPP, S., «The Beginnings of Subscription in the Seventeenth Century», *Modern Philology*, n.º 29, 1931, págs. 199-224.

—, «The Subscription Enterprises of John Ogilby and Richard Blome», *Modern Philology*, n.º 30, 1933, págs. 365-379.

CLARK, S., *Thinking with Demons: The Idea of Witchcraft in Early Modern Europe*, Oxford, 1997.

CLARKE, J. A., «Librarians of the King: The Bignon, 1642-1784», *Library Quarterly*, n.º 36, 1966, págs. 293-298.

—, *Gabriel Naudé, 1600-1653*, Hamden, Conn., 1970.

CLEMENT, R. W., «The Career of Thomas James», *Libraries and Culture*, n.º 26, 1991, págs. 269-282.

CLINE, H. F., «*The Relaciones Geográficas* of the Spanish Indies, 1577-1586», *Hispanic American Historical Review*, n.º 44, 1964, págs. 341-374.

COBB, R., *The Police and the People*, Oxford, 1970.

COCHRANE, J. A., *Dr Johnson's Printer: The Life of William Strahan*, 1964.

CODINA MIR, G., *Aux sources de la pédagogie des Jésuites*, Roma, 1968.

COHEN, H. F., «Comment», en R. P. W. Visser y otros (comps.), *New Trends in the History of Science*, Amsterdam/Atlanta, 1989, págs. 49-51.

COHN, B. S., *Colonialism and its Forms of Knowledge*, Princeton, 1996.

CONFINO, M., «Les Enquêtes économiques de la Société Libre d'Économie de Saint Petersbourg», *Revue Historique*, n.º 227, 1962, págs. 155-180.

CORMACK, L. B., *Charting an Empire; Geography at the English Universities, 1580-1620*, Chicago, 1997.

CORTESÃO, A. (comp.), *Tomé Pires, Suma Oriental*, Londres, 1944.

COSTELLO, William T., *The Scholastic Curriculum at Early Seventeenth-Century Cambridge*, Cambridge, Mass., 1958.

CRANE, D., *Invisible Colleges: Diffusion of Knowledge in*

Scientific Communities, Chicago, 1972.

CRICK, M., «Anthropology of Knowledge», *Annual Review of Anthropology*, n.º 11, 1982, págs. 287-313.

CROMBIE, A. C., *Robert Grosseteste and the Origins of Experimental Science, 1100-1700*, Oxford, 1953.

CROPPER, E. y C. Dempsey, *Nicolas Poussin: Friendship and the Love of Painting*, New Haven, 1996.

CURTIS, M. H., *Oxford and Cambridge in Transition, 1558-1642*, Oxford, 1959.

—, «The Alienated Intellectuals of Early Stuart England», *Past and Present*, n.º 23, 1962, págs. 25-41.

CURTIUS, E. R., *European Literature and the Latin Middle Ages* (1948), 1954, 2.ª ed., Nueva York, 1963 (trad. cast.: *Literatura europea y Edad Media latina*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1999).

D'Addario, A., «Lineamenti di storia dell'archivistica», *Archivio Storico Italiano*, n.º 148, págs. 3-36.

DAHL, F., «Amsterdam - Earliest Newspaper Centre of Western Europe», *Het Boek*, n.º 25, 1939, págs. 160-197.

—, «Les Premiers Journaux en français», en F. Dahl y otros (comps.), *Débuts de la presse française*, Goteburgo/París, 1951, págs. 1-15.

DALY, L. W., *Contribution to a History of Alphabetization in Antiquity and the Middle Ages*, Bruselas, 1967.

DARNTON, R., *The Business of Enlightenment*, Cambridge, Mass., 1979.

—, *The Literary Underground of the Old Regime*, Nueva York, 1982.

—, «Philosophers Trim the Tree of Knowledge: The

Epistemological Structure of the *Encyclopédie*», en su *The Great Cat Massacre*, Nueva York, 1984, págs. 191-214.

DARNTON, R. y D. Roche (comps.), *Revolution in Print: The Press in France 1775-1800*, Berkeley, 1989.

DASTON, L., «Baconian Facts, Academic Civility and the Prehistory of Objectivity», *Annals of Scholarship*, n.º 8, 1991, págs. 337-363.

—, «Classifications of Knowledge in the Age of Louis XIV», en D. L. Rubin (comp.), *Sun King*, Washington, 1992, págs. 206-220.

DAVIDS, K., «Openness or Secrecy? Industrial Espionage in the Dutch Republic», *Journal of European Economic History*, n.º 24, 1995, págs. 334-348.

DAVIES, D. W., «The Geographical Extent of the Dutch Book Trade in the 17th Century», *Library Quarterly*, n.º 22, 1952, págs. 200-213.

—, *The World of the Elseviers, 1580-1712*, La Haya, 1954.

DAVIS, N. Z., «Beyond the Market: Books as Gifts in Sixteenth-Century France», *Transactions of the Royal Historical Society*, n.º 33, 1983, págs. 69-88.

DAWSON, W. R., «The London Coffeehouses and the Beginnings of Lloyds», *Essays by Divers Hands*, n.º 11, 1932, págs. 69-112.

DE BOISLISLE, A. M., *Correspondance des Contrôleurs Généraux des Finances*, 1874.

DE DAINVILLE, F., *La Géographie des humanistes*, 1940.

DE FIGUEIREDO, J. M., «Ayurvedic Medicine in Goa», 1984, reimpreso en Storey, págs. 247-257.

DE GANDT, F., «D'Alembert et la chaîne des sciences», *Revue de Synthèse*, n.º 115, 1994, págs. 39-54.

DE RIDDER-SYMOENS, H. (comp.), *A History of the University in Europe: The Middle Ages*, Cambridge, 1992 (trad. cast.: *Historia de la universidad en Europa*, vol. I, *Las universidades en la Edad Media*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1995).

—, (comp.), *A History of the University in Europe: Universities in Early Modern Europe, 1500-1800*, Cambridge, 1996.

DERBER, C., W. A. Schwartz e Y. Magrass, *Power in the Highest Degree: Professionals and the Rise of a New Mandarin Order*, Nueva York, 1990.

DEUTSCH, K., *Nationalism and Social Communication*, Nueva York, 1953.

DIECKMANN, H., «The Concept of Knowledge in the Encyclopédie», *Essays in Comparative Literature*, 1961, págs. 73-107.

DIERSE, U., *Enzyklopädie*, Bonn, 1977.

DIONISOTTI, C., «Chierici e laici», en su *Geografia e storia della letteratura italiana*, Turín, 1967, págs. 47-73.

DODDS, M., *Les Récits de voyage sources de l'Esprit des Loix de Montesquieu*, 1929.

DOOLEY, B., *The Social History of Scepticism: Experience and Doubt in Early Modern Culture*, Baltimore, 1999.

DORIA, G., «Conoscenza del mercato e sistema informativo: il know-how dei mercanti-finanzieri genovesi nei secoli XVI e XVII», en A. da Maddalena y H. Kellenbenz (comps.), *La repubblica internazionale del danaro*, Florencia, 1986, págs. 57-115.

DOS SANTOS LOPES, M., *Afrika: eine neue Welt in deutschen Schriften des 16. und 17. Jht.*, Stuttgart, 1992.

DRAYTON, R., «Knowledge and Empire», en P. Marshall (comp.), *The Oxford History of the British Empire*, vol. 2, *The Eighteenth Century*, Oxford, 1998, págs. 231-252.

DRÈGE, J. P., *Les Bibliothèques en Chine au temps des manuscrits*, 1991.

DREITZEL, H., «Hermann Conring und die politische Wissenschaft seiner Zeit», en Stolleis, 1983, págs. 135-172.

DUCHET, M., *Anthropologie et histoire au siècle des lumières*, 1971.

DUKE, A. C. y C. A. Tamse (comps.), *Too Mighty to be Free: Censorship and the Press in Britain and the Netherlands*, Zutphen, 1987.

DURÁN, J., *Toward a Feminist Epistemology*, Savade, Md., 1991.

DURKHEIM, É., *The Elementary Forms of the Religious Life* (1912), Nueva York, 1961 (trad. cast.: *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Alianza, 1993).

DURKHEIM, É. y M. Mauss, *Primitive Classification* (1901-1902), 1963 (trad. cast.: *Clasificaciones primitivas*, Barcelona, Ariel, 1996).

DUYVENDAK, J. J. L., «Early Chinese Studies in Holland», *T'oung Pao*, n.º 32, 1936, págs. 293-344.

EAMON, W., *Science and the Secrets of Nature: Books of Secrets in Early Modern Culture*, Princeton, 1994.

ECHEVARRIA BACIGALUPE, M. A., *La diplomacia secreta en Flandres, 1598-1643*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1984.

ECO, U., *The Search for the Perfect Language*, Oxford, 1995 (trad. cast.: *La búsqueda de la lengua perfecta*, Barcelona, Crítica, 1999).

EDNEY, M., *Mapping an Empire: The Geographic Construction of British India, 1765-1843*, Chicago, 1997.

EISENSTEIN, E., *The Printing Press as an Agent of Change*, 2 vols., Cambridge, 1979.

—, *Grub Street Abroad*, Oxford, 1992.

ELIAS, N., *The Civilising Process* (1939), 2 vols., Oxford, 1978-1982 (trad. cast.: *El proceso de la civilización*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1988).

—, «Scientific Establishments», en N. Elias, H. Martins y R. Whitley (comps.), *Scientific Establishments and Hierarchies*, Dordrecht, 1982, págs. 3-69.

ELKANAH, Y., «A Programmatic Attempt at an Anthropology of Knowledge», en E. Mendelsohn e Y. Elkanah (comps.), *Sciences and Cultures*, 1981, págs. 1-76.

ELKAR, R. S., «Altes Handwerk und ökonomische Enzyklopädie», en Eybl y otros, 1995, págs. 215-231.

ELLIOTT, J. H., *The Count-Duke of Olivares*, New Haven, 1986 (trad. cast.: *El conde-duque de Olivares*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1998).

ELTON, G. R., *Policy and Police*, Cambridge, 1972.

ENGELSING, R., «Die Perioden der Lesergeschichte in der Neuzeit», *Archiv für Geschichte des Buchwesens*, n.º 10, 1969, págs. 944-1002.

—, *Der Bürger als Leser. Lesergeschichte in Deutschland, 1500-1800*, Stuttgart, 1974.

ESMONIN, E., *Etudes sur la France des 17e et 18e siècles*, 1964.

ETTINGHAUSEN, H., «The News in Spain», *European History Quarterly*, n.º 14, 1984, págs. 1-20.

EVANS, R. J. W., *Rudolf II and his World*, Oxford, 1973.

EYBL, F. y otros (comps.), *Enzyklopädien der frühen Neuzeit*, Tubinga, 1995.

FEATHER, F., «From Rights in Copies to Copyright», en M. Woodmansee (comp.), *The Construction of Authorship*, Durham, NC., 1994, págs. 191-209.

FEINGOLD, M., *The Mathematicians' Apprenticeship*, Cambridge, 1984.

—, «The Universities and the Scientific Revolution: The Case of England», en R. P. W. Visser y otros (comps.), *New Trends in the History of Science*, Amsterdam/Atlanta, 1989, págs. 29-48.

—, «Tradition versus Novelty: Universities and Scientific Societies in the Early Modern Period», en P. Barker y R. Ariew (comps.), *Revolution and Continuity: Essays in the History and Philosophy of Early Modern Science*, Washington, 1991, págs. 45-59.

—, «The Mathematical Sciences and New Philosophies», en Nicholas Tyacke (comp.), *History of the University of Oxford*, vol. 4, Oxford, págs. 359-448.

FELDHAY, R., *Galileo and the Church: Political Inquisition or Critical Dialogue*?, Cambridge, 1995.

FERNÁNDEZ-ARMESTO, F. (comp.), *The European Opportunity*, Aldershot, 1995.

—, *Truth: A History and a Guide for the Perplexed*, 1997 (trad. cast.: *Historia de la verdad y una guía para perplejos*, Barcelona, Herder, 1999).

FIELD, A., *The Origins of the Platonic Academy of Florence*, Princeton, 1988.

FIERING, N., «The Transatlantic Republic of Letters», *William & Mary Quarterly*, n.º 33, 1976, págs. 642-660.

FINDLEN, P., «The Museum», *Journal of the History of*

Collections, n.º 1, 1989, págs. 59-78.

—, *Possessing Nature: Museums, Collecting and Scientific Culture in Early Modern Italy*, Berkeley, 1994.

FLECK, L., *Genesis and Development of a Scientific Fact* (1935), Chicago, 1979 (trad. cast.: *La génesis y el desarrollo de un hecho científico*, Madrid, Alianza, 1986).

FLEISCHER, C. H., *Bureaucrat and Intellectual in the Ottoman Empire*, Princeton, 1986.

FLETCHER, J. M., «Change and Resistance to Change: A Consideration of the Development of English and German Universities during the Sixteenth Century», *History of Universities*, n.º 1, 1981, págs. 1-36.

FLINT, R., *Philosophy as Scientia Scientiarum and a History of the Classification of the Sciences*, 1904.

FOGEL, M., *Les Cérémonies de l'information*, 1989.

FOUCAULT, M., *Naissance de la clinique*, 1961 (trad. cast.: *El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica*, Madrid, Siglo XXI, 1999).

—, *Les Mots et les choses*, 1966 (trad. cast.: *Las palabras y las cosas*, 2.ª ed., Madrid, Siglo XXI, 1999).

—, *Power/Knowledge*, edición a cargo de C. Gordon, Brighton, 1980.

FOX, A., «Remembering the Past in Early Modern England», *Transactions of the Royal Historical Society*, n.º 9, 1999, págs. 233-256.

FRÄNGSMYR, Tore, J. L. Heilbron y R. E. Rider (comps.), *The Quantifying Spirit in the Eighteenth Century*, Berkeley/Los Ángeles, 1990.

FULLER, S., «Knowledge as Product and Property», en Stehr y Ericson, 1992, págs. 157-190.

FUMAROLI, M., «The Republic of Letters», *Diogenes*, n.º 143, 1988, págs. 129-152.

GARDAIR, J. M., *Le «Giornale de letterati» de Rome (1668-81)*, Florencia, 1984.

GARIN, E., «Ritratto del Paolo del Pozzo Toscanelli» (1961), reimpreso en *Ritratti di umanisti*, Florencia, 1967, págs. 41-68.

GAROFALO, S., *L'enciclopedismo italiano: Gianfrancesco Pivati*, Ravenna, 1980.

GASNAULT, P., «Les travaux d'érudition des Mauristes au 18e siècle», en Hammer y Voss, 1976, págs. 102-121.

GASPAROLO, P., «Costituzione dell'Archivio Vaticano e suo primo indice sotto il pontificato di Paolo V», *Studi e documenti di storia e diritto*, n.º 8, 1887, págs. 3-64.

GEERTZ, C., «Common Sense as a Cultural System» (1975), reimpreso en su *Local Knowledge*, Nueva York, 1983, págs. 73-93 (trad. cast.: *Conocimiento local: ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona, Paidós, 1994).

—, «Suq», en *Meaning and Order in Moroccan Society*, Cambridge, 1979, págs. 123-244.

—, «Local Knowledge: Fact and Law in Comparative Perspective», en su *Local Knowledge*, Nueva York, 1983, págs. 167-234 (trad. cast.: *Conocimiento local: ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona, Paidós, 1994).

GELLNER, E., *Legitimation of Belief*, Cambridge, 1974.

—, *Plough, Sword and Book*, 1988 (trad. cast.: *El arado, la espada y el libro*, Barcelona, Edicions 62/Península, 1994).

GELLRICH, J. M., *The Idea of the Book in the Middle Ages*,

Ithaca, 1985.

GEORGE, M. D., «The Early History of Registry Offices'», *Economic History*, n.º 1, 1926-1929, págs. 570-590.

GERULAITIS, L. V., *Printing and Publishing in Fifteenth-Century Venice*, Chicago, 1976.

GIARD, L., «Histoire de l'université et histoire du savoir: Padoue (XIVe-XVIe siècles)», *Revue de Synthèse*, nos 104-106, 1983-1985, págs. 139-169, 259-298, 419-442.

—, «Remapping Knowledge, Reshaping Institutions», en S. Pumfrey, P. L. Rossi y M. Slawinski (comps.), *Science, Culture and Popular Belief in Renaissance Europe*, Manchester, 1991, págs. 19-47.

GIBBS, G. C., «The Role of the Dutch Republic as the Intellectual Entrepot of Europe in the Seventeenth and Eighteenth Centuries», *Bijdragen en Mededelingen betreffende de Geschiedenis van de Nederlanden*, n.º 86, 1971, págs. 323-349.

—, «Some Intellectual and Political Influences of the Huguenot Emigrés in the United Provinces *c.* 1680-1730», *Bijdragen en Mededelingen betreffende de Geschiedenis van de Nederlanden*, n.º 90, 1975, págs. 255-287.

GIDDENS, A., *The Nation-State and Violence*, Cambridge, 1985.

GIESECKE, M., *Der Buchdruck in der frühen Neuzeit: Eine historische Fallstudie über die Durchsetzung neuer Informations und Kommunikationstechnologien*, Francfort, 1991.

GILBERT, F., *Machiavelli and Guicciardini*, Princeton, 1965.

GILBERT, N. W., *Renaissance Concepts of Method*, Nueva York, 1960.

GILLISPIE, C. C., *The Edge of Objectivity: An Essay in the History of Scientific Ideas*, Princeton, 1960.

—, *Science and Polity in France at the End of the Old Regime*, Princeton, 1980.

GINZBURG, C., «High and Low: The Theme of Forbidden Knowledge in the 16th and 17th Centuries», *Past and Present*, n.º 73, 1976, págs. 28-41.

—, «Clues: Roots of an Evidential Paradigm» (1978), reimpreso en su *Myths, Emblems, Clues*, 1990, págs. 96-125.

—, «Making Things Strange: The Prehistory of a Literary Device», *Representations*, n.º 56, 1996, págs. 8-28.

—, *Occhiacci di legno: nove riflessioni sulla distanza*, Milán, 1997.

GLASS, D. V., *Numbering the People: The Eighteenth-Century Population Controversy and the Development of Census and Vital Statistics in Britain*, Farnborough, 1973.

GOLDER, F. A. (comp.), *Bering's Voyages*, 2 vols., Nueva York, 1922.

GOLDGAR, A., *Impolite Learning*, New Haven, 1995.

GOLDIE, M., «The Civil Religion of James Harrington», en Anthony Pagden (comp.), *The Languages of Political Theory in Early-Modern Europe*, Cambridge, 1987, págs. 197-222.

GOLDSTEIN, T., «Geography in Fifteenth-Century Florence» (1965), reimpreso en Fernández-Armesto, 1995, págs. 1-22.

GOLDTHWAITE, R. A., «Schools and Teachers of

Commercial Arithmetic in Renaissance Florence», *Journal of European Economic History*, n.º 1, 1972, págs. 418-433.

GOODMAN, D., *The Republic of Letters: A Cultural History of the French Enlightenment*, Ithaca, 1994.

GOODMAN, D. C., *Power and Penury: Government, Technology and Science in Philip II's Spain*, Cambridge, 1988 (trad. cast.: *Poder y penuria: gobierno, tecnología y ciencia en la España de Felipe II*, Madrid, Alianza, 1990).

GOODMAN, G. K., *Japan: the Dutch Experience* (1967), ed. rev., 1987.

GOODY, J., *The Domestication of the Savage Mind*, Cambridge, 1978 (trad. cast.: *La domesticación del pensamiento salvaje*, Tres Cantos, Akal, 1985).

GOSS, C. W. F., *The London Directories, 1677-1855*, 1932.

GOYET, F., «A propos de "ces pastissages de lieux communs": le rôle de notes de lecture dans la genèse des *Essais*», *Bulletin de la Société des Amis de Montaigne*, partes 5-8, 1986-1987, págs. 11-26, 29-30.

—, *Le sublime du «lieu commun»: l'invention rhétorique dans l'antiquité et à la Renaissance*, 1996.

GRAFTON, A., *Forgers and Critics*, Princeton, 1990.

—, «Kepler as a Reader», *Journal of the History of Ideas*, n.º 53, 1992, págs. 561-572.

—, *The Footnote: A Curious History*, 1997.

GRAFTON, A. y L. Jardine, *From Humanism to the Humanities: Education and the Liberal Arts in Fifteenth and Sixteenth-Century Europe*, 1986.

GRANET, M., *La Pensée chinoise*, 1934.

GRANT, E., *The Foundations of Modern Science in the*

Middle Ages, Cambridge, 1996.

GREENGRASS, M., «Archive Refractions: Hartlib's Papers and the Workings of an Intelligencer», en Hunter, 1998, págs. 35-48.

GREGORY, T., *Scetticismo e empirismo: studio su Gassendi*, Bari, 1961.

GREGORY, T. y otros (comps.), *Ricerche su letteratura libertina e letteratura clandestina nel '600*, Florencia, 1981.

GROSRICHARD, A., *Structure du serail: la fiction du despotisme asiatique dans l'occident classique*, 1979 (trad. cast.: *Estructura del harem*, Barcelona, Petrel, 1981).

GROSSMAN, M., *Humanism in Wittenberg 1485-1517*, Nieuwkoop, 1975.

GROVE, R., «The Transfer of Botanical Knowledge between Asia and Europe, 1498-1800», *Journal of the Japan-Netherlands Institute*, n.º 3, 1991, págs. 160-176.

—, «Indigenous Knowledge and the Significance of South West India for Portuguese and Dutch Constructions of Tropical Nature», *Modern Asian Studies*, n.º 30, 1996, págs. 121-144.

GUÉNÉE, B., *Histoire et culture historique dans l'occident médiéval*, 1980.

GUNN, J. A. W., *Politics and the Public Interest in the Seventeenth Century*, 1969.

GURVITCH, G., *The Social Frameworks of Knowledge* (1966), Oxford, 1971.

GUY, R. K., *The Emperor's Four Treasuries: Scholars and the State in the Late Ch'ien-Lung Era*, Cambridge, Mass., 1987.

HAASE, E., *Einführung in die Literatur des Refuge: Der*

Beitrag der französischen Protestanten zur Entwicklung analytischer Denkformen am Ende des 17. Jht., Berlín, 1959.

HABERMAS, J., *The Structural Transformation of the Public Sphere* (1962), Cambridge, 1989.

HACKING, I., *The Emergence of Probability*, Cambridge, 1975 (trad. cast.: *El surgimiento de la probabilidad: un estudio filosófico de las ideas tempranas acerca de la probabilidad, la inducción y la inferencia*, Barcelona, Gedisa, 1995).

HAHN, R., *The Anatomy of a Scientific Institution: The Paris Academy of Sciences, 1666-1803*, Berkeley, 1971.

—, «Scientific Careers in Eighteenth-Century France», en M. P. Crosland (comp.), *The Emergence of Science in Western Europe*, 1975, págs. 127-138.

HALL, A. R., «The Scholar and the Craftsman in the Scientific Revolution», en M. Clagett (comp.), *Critical Problems in the History of Science*, Madison, 1962, págs. 3-32.

HALL, M. B., «Oldenburg and the Art of Scientific Communication», *British Journal of the History of Science*, n.º 2, 1965, págs. 277-290.

—, «The Royal Society's Role in the Diffusion of Information in the Seventeenth Century», *Notes and Records of the Royal Society*, n.º 29, 1975, págs. 173-192.

HAMMER, K. y J. Voss (comps.), *Historische Forschung im 18. Jht.*, Bonn, 1976.

HAMMERMEYER, L., «Die Forschungszentren der deutschen Benediktinern und ihre Vorhaben», en Hammer y Voss, 1976, págs. 122-191.

HAMMERSTEIN, N., *Jus und Historie: ein Beitrag zur*

Geschichte des historischen Denkens an deutschen Universitäten im späten 17. und im 18. Jht., Gotinga, 1972.

HANKINS, J., *Plato in the Italian Renaissance*, 2 vols., Leiden, 1990.

—, «The Myth of the Platonic Academy of Florence», *Renaissance Quarterly*, n.º 44, 1991, págs. 429-475.

HANNAWAY, O., *The Chemists and the Word: The Didactic Origins of Chemistry*, Baltimore, 1975.

—, «Laboratory Design and the Aims of Science: Andreas Libavius and Tycho Brahe», *Isis*, n.º 77, 1986, págs. 585-610.

—, «Georgius Agricola as Humanist», *Journal of the History of Ideas*, n.º 53, 1992, págs. 553-560.

HARAWAY, D., «Situated Knowledge», *Feminist Studies*, n.º 14, 1988, págs. 575-599.

HARLEY, J. B., «Silences and Secrecy: The Hidden Agenda of Cartography in Early Modern Europe», *Imago Mundi*, n.º 40, 1988, págs. 57-76.

HARLEY, J. B. y D. Woodward (comps.), *The History of Cartography*, vol. 2, parte 1, Chicago, 1992.

—, (comps.), *The History of Cartography*, vol. 2, parte 2, Chicago, 1994.

HARMSEN, A. J. E., «Barlaeus's Description of the Dutch Colony in Brazil», en Z. von Martels (comp.), *Travel Fact and Travel Fiction*, Leiden, 1994, págs. 158-169.

HARRIS, J. R., «Industrial Espionage in the Eighteenth Century», *Industrial Archaeology Review*, n.º 7, 1985, págs. 127-138.

—, «The First British Measures against Industrial Espionage», en Ian Blanchard y otros (comps.), *Industry and Finance in Early Modern History*, 1992.

—, «A French Industrial Spy: The Engineer Le Turc in England in the 1780s», *Icon*, n.º 1, 1996a, págs. 16-35.

—, «Law, Industrial Espionage and the Transfer of Technology from 18thc Britain», en R. Fox (comp.), *Technological Change*, Amsterdam, 1996b, págs. 123-136.

HARRIS, M., *London Newspapers in the Age of Walpole*, 1987.

HARRIS, S. J., «Confession-Building, Long-Distance Networks, and the Organisation of Jesuit Science», *Early Modern Science*, n.º 1, 1996, págs. 287-318.

—, «Long-Distance Corporations, Big Sciences and the Geography of Knowledge», *Configurations*, n.º 6, 1998, págs. 269-304.

—, «Mapping Jesuit Science: The Role of Travel in the Geography of Knowledge», en O'Malley y Bailey, 1999, págs. 212-240.

HASKELL, F., *History and its Images: Art and the Interpretation of the Past*, New Haven, 1993 (trad. cast.: *La historia y sus imágenes: el arte y la interpretación del pasado*, Madrid, Alianza, 1994).

HASSINGER, E., *Empirisch-rationaler Historismus*, Berna/Munich, 1978.

HATHAWAY, N., «*Compilatio*: from Plagiarism to Compiling», *Viator*, n.º 20, 1989, págs. 19-44.

HAZARD, P., *The European Mind, 1680-1715* (1935), 1953 (trad. cast.: *La crisis de la conciencia europea: 1680-1715*, 4.ª ed., Madrid, Pegaso, 1988).

HEATH, M. J., «Montaigne, Lucinge and the *Tesoro Político*», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, n.º 45, 1983, págs. 131-135.

HECKSCHER, W. S., *Rembrandt's Anatomy of Dr Nicholas*

Tulp: An Iconological Study, Nueva York, 1958.

HEERS, J., «L'Enseignement à Gênes et la formation culturelle des hommes d'affaires en Méditerranée à la fin du Moyen Âge», *Etudes Islamiques*, n.º 44, 1976, págs. 229-244.

HELMS, M. W., *Ulysses' Sail*, Princeton, 1988.

HENNINGSEN, G. y J. Tedeschi (comps.), *The Inquisition in Early Modern Europe: Studies on Sources and Methods*, Dekalb, Ill., 1986.

HERLIHY, D. y C. Klapisch, *Les toscans et leurs familles*, 1978.

HESS, A., «Piri Reis and the Ottoman Response to the Voyages of Discovery», *Terrae Incognitae*, n.º 6, 1974, págs. 19-37.

HILL, C., *Intellectual Origins of the Scientific Revolution*, Oxford, 1965 (trad. cast.: *Orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980).

—, *The World Turned Upside Down: Radical Ideas During the English Revolution*, 2.ª ed., Harmondsworth, 1975 (trad. cast.: *Mundo trastornado: ideario popular extremista en la Revolución inglesa*, Madrid, Siglo XXI, 1983).

HIRSCHMAN, A., *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism before its Triumph*, Princeton, 1977 (trad. cast.: *Las pasiones y los intereses: argumentos políticos a favor del capitalismo previos a su triunfo*, Barcelona, Península, 1999).

HOFTIJZER, P. G., *Engelse boekverkopers bij de Beurs*, Amsterdam-Maarssen, 1987.

HOLMES, G., «Gregory King and the Social Structure of Preindustrial England», *Transactions of the Royal*

Historical Society, n.º 27, 1977, págs. 41-65.

HOOCK, J., «Statistik und Politische Ökonomie», en Rassem y Stagl, 1980, págs. 307-323.

HOOCK, J. y P. Jeannin (comps.), *Ars mercatoria*, 2 vols., Paderborn, 1991-1993.

HOPKINS, J., «The 1791 French Cataloging Code and the Origins of the Card Catalogue», *Libraries and Culture*, n.º 27, 1992, págs. 378-404.

HOUGHTON, W. E., Jr., «The English Virtuoso in the Seventeenth Century», *Journal of the History of Ideas*, n.º 3, págs. 51-73 y 190-219.

HUCKER, C. O. (comp.), *Chinese Government in Ming Times*, Nueva York, 1968.

HUFF, T. E., *The Rise of Early Modern Science*, Cambridge, 1993.

HUISMAN, F., «Itinerant Medical Practitioners in the Dutch Republic: The Case of Groningen», *Tractrix*, n.º 1, 1989, págs. 63-83.

HULSHOFF POL, E., «The Library», en Lunsingh Scheurleer y Posthumus Meyes, 1975, págs. 395-460.

HUNTER, M. C. W., *Science and Society in Restoration England*, Cambridge, 1981.

—, *The Royal Society and its Fellows* (1982), 2.ª ed., Oxford, 1994.

—, *Establishing the New Science: The Experience of the Early Royal Society*, Woodbridge, 1989.

— (comp.), *Archives of the Scientific Revolution: The Formation and Exchange of Ideas in 17th-Century Europe*, Woodbridge, 1998.

HUTCHINSON, T. W., *Before Adam Smith: The Emergence

of Political Economy, 1662-1776, Oxford, 1988.

ILIFFE, R., «In the Warehouse: Privacy, Property and Priority in the early Royal Society», *History of Science*, n.º 30, 1992, págs. 29-68.

IM HOFF, U., *Das gesellige Jahrhundert: Gesellschaft und Gesellschaften im Zeitalter der Aufklärung*, Munich, 1982.

—, *The Enlightenment*, Oxford, 1994.

IMPEY, O. y A. Macgregor (comps.), *The Origins of Museums*, Oxford, 1985.

INFELISE, M., «Professione reportista. Copisti e gazzettieri nella Venezia del '600», en S. Gasparri, G. Levi y P. Moro (comps.), *Venezia: Itinerari per la storia della città*, Bolonia, 1997, págs. 193-219.

—, «Le Marché des informations à Venise au 17e siècle», en H. Duranton y P. Rétat (comps.), *Gazettes et information politique sous l'ancien régime*, Saint-Étienne, 1999a, págs. 117-128.

—, *I libri proibiti da Gutenberg all'Encyclopédie*, Roma/Bari, 1999b.

INNES, J., *The Collection and Use of Information by Government, circa 1690-1800*, inédito, 1987.

INNIS, H. A., *Empire and Communications*, Oxford, 1950.

—, *The Idea File of Harold Innis*, Toronto, 1980.

ISAIEVYCH, I., «The Book Trade in Eastern Europe in the Seventeenth and Eighteenth Centuries», en Brewer y Porter, 1993, págs. 381-392.

ISRAEL, J., «The Amsterdam Stock Exchange and the English Revolution of 1688», *Tijdschrift voor Geschiedenis*, n.º 103, 1990a, págs. 412-440.

—, «Een merkwaardig literair werk en de Amsterdamse effectenmarkt in 1688», en *De 17de eeuw*, n.º 6, 1990b, págs. 159-165.

ITZKOWITZ, N., *Ottoman Empire and Islamic Tradition*, Princeton, 1972.

JACOB, C., *L'Empire des cartes*, 1992.

—, «Navigations alexandrines», en Baratin y Jacob, 1996, págs. 47-83.

—, «Mapping in the Mind», en D. Cosgrove (comp.), *Mappings*, 1999, págs. 24-49.

JARDINE, L., «Isotta Nogarola», *History of Education*, n.º 12, 1983, págs. 231-244.

—, «The Myth of the Learned Lady in the Renaissance», *Historical Journal*, n.º 28, 1985, págs. 799-820.

JARDINE, N., J. A. Secord y E. Spary (comps.), *Cultures of Natural History*, Cambridge, 1996.

JOHANNISSON, K., «The Debate over Quantification in Eighteenth-Century Political Economy», en Frängsmyr, Tore y otros, 1990, págs. 343-362.

JOHANSSON, E., «The History of Literacy in Sweden» (1977), reimpreso en H. J. Graff (comp.), *Literacy and Social Development in the West*, Cambridge, 1981, págs. 151-182.

JOHNS, A., *The Nature of the Book: Print and Knowledge in the Making*, Chicago, 1998.

JUKES, H. A. L. (comp.), *Thomas Secker's Articles of Enquiry*, Oxford, 1957.

JULIA, D., «Les Institutions et les hommes (16e-18e siècles)», 1986, en Verger, págs. 141-197.

KAFKER, F. A. (comp.), *Notable Encyclopaedias*, Oxford, 1981.

KAHN, D., *The Code-Breakers: The Story of Secret Writing*, Nueva York, 1967.

KANY, C. E., *Life and Manners in Madrid, 1750-1800*, Berkeley, 1932.

KAPP, V. (comp.), *Les lieux de mémoire et la fabrique de l'oeuvre*, 1993.

KARAMUSTAFA, A. T., «Military, Administrative and Scholarly Maps and Plans», en Harley y Woodward, vol. 2, parte 1, 1992, págs. 209-227.

KEARNEY, H., *Scholars and Gentlemen: Universities and Society in Preindustrial Britain, 1500-1700*, 1970.

KEENE, D., *The Japanese Discovery of Europe*, 1952.

KEENS-SOPER, H. M. A., «The French Political Academy, 1712», *European Studies Review*, n.º 2, 1972, págs. 329-355.

KELLEY, D. R., «History as a Calling: The Case of La Popelinière», en A. Molho y J. A. Tedeschi (comps.), *Renaissance Studies in Honor of Hans Baron*, Florencia, 1971, págs. 773-789.

—, «Johann Sleidan and the Origins of History as a Profession», *Journal of Modern History*, n.º 52, 1980, págs. 577-598.

— (comp.), *History and the Disciplines*, Rochester, 1997.

KELLEY, D. R. y R. H. Popkin (comps.), *The Shapes of Knowledge from the Renaissance to the Enlightenment*, Dordrecht, 1991.

KELLY, C. M., «Later Roman Bureaucracy: Going through the Files», en A. K. Bowman y G. Woolf

(comps.), *Literacy and Power in the Ancient World*, Cambridge, 1994, págs. 161-176.

KENNEY, E. J., *The Classical Text: Aspects of Editing in the Age of the Printed Book*, Berkeley, 1974.

KENNY, N., *The Palace of Secrets: Béroalde de Verville and Renaissance Conceptions of Knowledge*, Oxford, 1991.

—, *Curiosity in Early Modern Europe: Word Histories*, Wiesbaden, 1998.

KEYNES, G., *The Library of Edward Gibbon* (1940), 2.ª ed., 1980.

KING, J. E., *Science and Rationalism in the Government of Louis XIV*, Baltimore, 1949.

KING, M. L., «Thwarted Ambitions: Six Learned Women of the Italian Renaissance», *Soundings*, n.º 59, 1976, págs. 280-300.

KITCHIN, G., *Sir Roger L'Estrange*, 1913.

KLAITS, J., «Men of Letters and Political Reformation in France at the End of the Reign of Louis XIV: The Founding of the Académie Politique», *Journal of Modern History*, n.º 43, 1971, págs. 577-597.

KLUETING, H., *Die Lehre von Macht der Staaten*, Berlín, 1986.

KNORR-CETINA, K., *The Manufacture of Knowledge*, Oxford, 1981.

KNOWLES, M. D., «Great Historical Enterprises: The Bollandists», *Transactions of the Royal Historical Society*, n.º 8, 1958, págs. 147-166.

—, «Great Historical Enterprises: The Maurists», *Transactions of the Royal Historical Society*, n.º 9, 1959, págs. 169-188.

KOEMAN, C., *Joan Blaeu and his Grand Atlas*, Amsterdam, 1970.

KOERNER, L., «Carl Linnaeus in his Time and Place», en Jardine, Secord y Spary, 1996, págs. 145-162.

KOLMAR, L., «Colbert und die Entstehung der Collection Doat», *Francia*, n.º 7, 1979, págs. 463-489.

KONVITZ, J., *Cartography in France, 1660-1848*, Chicago, 1987.

KORAN, R., *Der Kanzleienstreit*, Halle, 1874.

KORNICKI, P., *The Book in Japan: A Cultural History from the Beginnings to the Nineteenth Century*, Leiden, 1998.

KOSELLECK, R., «*Begriffsgeschichte* and Social History» (1972), reimpreso en su *Futures Past*, Cambridge, Mass., 1985, págs. 73-91 (trad. cast.: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993).

KRISTELLER, P. O., «The Modern System of the Arts» (1951-1952), reimpreso en su *Renaissance Thought*, vol. II, Nueva York, 1965, págs. 163-227.

—, «The Humanist Movement», en su *Renaissance Thought*, Nueva York, 1961, págs. 3-23.

KÜHLMANN, W., *Gelehrtenrepublik und Fürstenstaat*, Tubinga, 1982.

KUHN, T. S., *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, 1962 (trad. cast.: *La estructura de las revoluciones científicas*, 14.ª ed., Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2000).

KUSUKAWA, S., «Bacon's Classification of Knowledge», en M. Peltonen (comp.), *The Cambridge Companion to Bacon*, Cambridge, 1996, págs. 47-74.

LABROUSSE, E., *Pierre Bayle*, 2 vols., La Haya, 1963-1964.

—, *Bayle*, Oxford, 1983.

LACH, D., *Asia in the Making of Europe*, parte 1, Chicago, 1965.

—, *Asia in the Making of Europe*, parte 2, Chicago, 1977.

LACH, D. y E. J. Van Kley, *Asia in the Making of Europe*, parte 3, Chicago, 1993.

LADNER, G. B., «Medieval and Modern Understanding of Symbolism: A Comparison», *Speculum*, n.º 54, 1979, págs. 223-256.

LAEVEN, A. H., *Acta Eruditorum*, Amsterdam, 1986.

LAMB, U., «Science by Litigation: A Cosmographic Feud» (1969), reimpreso en su *Cosmographers and Pilots of the Spanish Maritime Empire*, vol. III, Aldershot, 1995, págs. 40-57.

—, «Cosmographers of Seville» (1976), reimpreso *ibid.*, vol. IV, págs. 675-686.

LAMO DE ESPINOSA, E., J. M. González García y C. Torres Albero, *La sociología del conocimiento y de la ciencia*, Madrid, 1994.

LANDAU, D. y P. Parshall, *The Renaissance Print 1470-1550*, New Haven, 1994.

LANDER, J. R., *Conflict and Stability in Fifteenth-Century England*, 1969.

LANDES, D. S., *The Wealth and Poverty of Nations*, 1998 (trad. cast.: *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Barcelona, Crítica, 1999).

LANKHORST, O. S., *Reinier Leers*, Amsterdam/Maarssen, 1983.

—, «Die snode uitwerkzels», *De 17de eeuw*, n.º 6, 1990, págs. 129-136.

LARRÈRE, C., *L'Invention de l'économie au* XVIII*e siècle*, 1992.

LATOUR, B., *Science in Action*, 1983.

—, «Ces réseaux que la raison ignore: laboratoires, bibliothèques, collections», 1986, en Baratin y Jacob, págs. 23-46.

LAW, J. (comp.), *Power, Action and Belief: A New Sociology of Knowledge?*, 1986.

LAWRENCE, S. C., *Charitable Knowledge: Hospital Pupils and Practitioners in Eighteen-Century London*, Cambridge, 1996.

LEDONNE, J. P., *Ruling Russia: Politics and Administration in the Age of Absolutism, 1762-1796*, Princeton, 1984.

LEEDHAM-GREEN, E., *Books in Cambridge Inventories*, 2 vols., Cambridge, 1987.

LE GOFF, J., *Intellectuals in the Middle Ages* (1957), ed. rev., 1985, Oxford, 1992 (trad. cast.: *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona, Gedisa, 1986).

—, *Time, Work and Culture in the Middle Ages* (1977), Chicago, 1980 (trad. cast.: *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval*, 2.ª ed., Madrid, Taurus, 1987).

LEMAINE, G. y otros (comps.), *Perspectives on the Emergence of Scientific Disciplines*, La Haya, 1976.

LENOIR, T., *Instituting Science*, Stanford, 1997.

LETWIN, W., *The Origins of Scientific Economics: English Economic Thought, 1660-1776*, 1963.

LÉVI-STRAUSS, C., *La Pensée Sauvage*, 1962.

—, *Le Cru et le cuit*, 1964.

LEVY, F., «How Information Spread among the Gentry, 1550-1640», *Journal of British Studies*, n.º 21, 1982, págs. 11-34.

LINDEY, A., *Plagiarism and Originality*, Nueva York, 1952.

LINDQVIST, S., *Technology on Trial: The Introduction of Steam Power Technology into Sweden, 1715-1736*, Uppsala, 1984.

LIPKING, L., «The Marginal Gloss», *Critical Inquiry*, n.º 3, 1977, págs. 620-631.

LIVINGSTONE, D. N., «The Spaces of Knowledge», *Society and Space*, n.º 13, 1995, págs. 5-34.

LONG, P. O., «Invention, Authorship, "Intellectual Property" and the Origin of Patents: Notes towards a Conceptual History», *Technology and Culture*, n.º 32, 1991, págs. 846-884.

LOSMAN, A., «The European Communications Network of Carl Gustaf Wrangel and Magnus Gabriel de la Gardie», en G. Rystad (comp.), *Europe and Scandinavia*, Lund, 1983, págs. 199-206.

LOUGEE, C. C., *Le Paradis des femmes: Women, Salons and Social Stratification in Seventeenth-Century France*, Princeton, 1976.

LOUGH, J., *Essays on the Encyclopédie*, Oxford, 1968.

LOWOOD, H. E., «The Calculating Forester», en Frängsmyr y otros, 1990, págs. 315-342.

LUCAS, C., «Vers une nouvelle image de l'écrivain», en C. A. Fiorato y J. C.Margolin, *L'Écrivain face à son public*, 1989, págs. 85-104.

LUGLI, A., *Naturalia e Mirabilia. Il collezionismo enciclopedico nelle Wunderkammer d'Europa*, Milán, 1983.

LUHMANN, N., «The Cognitive Programme of Constructivism and a Reality that Remains Unknown», en W. Krohn, G. Küpper y H. Novotny (comps.), *Self-Organisation*, Dordrecht, 1990, págs. 64-85.

LUKES, S., *Émile Durkheim*, 1973 (trad. cast.: *Émile Durkheim. Su vida y su obra: estudio histórico-crítico*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1984).

LUNSINGH SCHEURLEER, T. H. y G. H. M. Posthumus Meyes, *Leiden University in the Seventeenth Century*, Leiden, 1975.

LUX, D. S., «The Reorganisation of Science, 1450-1700», en Moran, 1991a, págs. 185-194.

—, «Societies, Circles, Academies and Organisations», en Barker y Ariew, 1991b, págs. 23-44.

MACDONALD, M. y T. R. Murphy, *Sleepless Souls: Suicide in Early Modern England*, Oxford, 1990.

MACHLUP, F., *The Production and Distribution of Knowledge in the United States*, Princeton, 1962.

—, *Knowledge*, 3 vols., Princeton, 1980-1984.

MACLEOD, R., «On Visiting the "Moving Metropolis": Reflections on the Architecture of Imperial Science», 1987, reimpreso en Storey, págs. 23-55.

MAKDISI, G., *The Rise of Colleges: Institutions of Learning in Islam and the West*, Edimburgo, 1981.

MALHERBE, M., «Bacon, Diderot et l'ordre encyclopédique», *Revue de Synthèse*, n.º 115, 1994, págs. 13-38.

MANDOSIO, J. M., «L'Alchimie dans la classification des

sciences et des arts à la Renaissance», en J. C. Margolin y S. Matton, *Alchimie et philosophie à la Renaissance*, París, 1993, págs. 11-42.

MANNHEIM, K., «The Problem of a Sociology of Knowledge» (1925), trad. ingl. en su *Essays in the Sociology of Knowledge*, 1952, págs. 134-190.

—, *Conservatism: A Contribution to the Sociology of Knowledge* (1927), trad. ingl., 1986.

—, «Competition as a Cultural Phenomenon» (1929), trad. ingl. en su *Essays in the Sociology of Knowledge*, 1952, págs. 191-229.

—, *Ideology and Utopia: an Introduction to the Sociology of Knowledge*, 1936 (trad. cast.: *Ideología y utopía: introducción a la sociología del conocimiento*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1997).

—, «The Problem of Generations», en su *Essays in the Sociology of Knowledge*, 1952, págs. 276-320.

MARINI, G., «Memorie istoriche degli archivi della S. Sede» (1825), reimpreso en H. Laemmer (comp.), *Monumenta Vaticana*, Friburgo, 1861, págs. 433-453.

MARSH, R. M., *The Mandarins: The Circulation of Elites in China, 1600-1900*, Glencoe, 1961.

MARSHALL, A., *Intelligence and Espionage in the Reign of Charles II*, Cambridge, 1994.

MARTENS, W., «Die Geburt des Journalisten in der Aufklärung», en G. Schulz (comp.), *Wolfenbütteler Studien zur Aufklärung*, vol. 1, Bremen, 1974, págs. 84-98.

MARTIN, H. J., «Les Bénédictins, leurs libraires et le pouvoir: notes sur le financement de la recherche au temps de Mabillon et de Montfaucon», *Revue Française de l'Histoire du Livre*, n.º 43, 1957, págs. 273-287.

—, *Livre, pouvoirs et société à Paris au 17e siècle*, 1969.

—, *Histoire et pouvoirs de l'écrit*, 1988 (trad. cast.: *Historia y poderes de lo escrito*, Gijón, Trea, 1999).

—, *The French Book: Religion, Absolutism, and Readership 1585-1715*, Baltimore, 1996.

MARTIN, H.-J. y R. Chartier, *Histoire de l'édition française*, 2 vols., 1983-1984.

MASSEAU, D., *L'invention de l'intellectuel dans l'Europe du 18e siècle*, 1994.

MATTINGLY, G., *Renaissance Diplomacy*, 1955.

MAZAURIC, S., *Savoirs et philosophie à Paris dans la première moitié du 17e siècle: les conférences du bureau d'adresse de Théophraste Renaudot*, 1997.

MAZZONE, U. y A. Turchini (comps.), *Le visite pastorali*, Bolonia, 1985.

MCCARTHY, E. D., *Knowledge as Culture: The New Sociology of Knowledge*, 1996.

MCCLELLAN, J. E., III, *Science Reorganized: Scientific Societies in the Eighteenth Century*, Nueva York, 1985.

MCKENDRICK, N., J. Brewer y J. H. Plumb, *The Birth of a Consumer Society: The Commercialization of Eighteenth-Century England*, 1982.

MCKENZIE, D. F., «The Economies of Print, 1550-1750: Scales of Production and Conditions of Constraint», en Cavaciocchi, 1992, págs. 389-426.

MCKITTERICK, D., «Bibliography, Bibliophily and the Organization of Knowledge», en D. Vaisey y D. McKitterick (comps.), *The Foundations of Scholarship*, Los Ángeles, 1992, págs. 29-64.

MEIER, H., «Die ältere deutsche Staats und

Verwaltungslehre», Neuwied, 1966.

MEINECKE, F., *Machiavellism* (1924-1925), 1957.

MEINEL, C., «Chemistry's Place in 18th-Century Universities», *History of Universities*, n.º 7, 1988, págs. 89-116.

MENDELSOHN, E., «The Social Construction of Scientific Knowledge», en Mendelsohn (comp.), *The Social Production of Scientific Knowledge*, Dordrecht/Boston, 1977, págs. 3-26.

MERTON, R. K., *Science, Technology and Society in Seventeenth-Century England* (1938), ed. rev., Nueva York, 1970 (trad. cast.: *Ciencia, tecnología y sociedad en la Inglaterra del siglo* XVII, Madrid, Alianza, 1984).

—, «Karl Mannheim and the Sociology of Knowledge» (1941), reimpreso en su *Social Theory and Social Structure*, ed. rev., Glencoe, 1957, págs. 489-508.

—, «The Sociology of Knowledge» (1945), *ibid.*, págs. 456-488.

—, «Priorities in Scientific Discovery» (1957), reimpreso en su *Sociology of Science*, Chicago, 1973, págs. 286-324.

—, «The Matthew Effect in Science», reimpreso *ibid.*, 1968, págs. 439-459.

MESSICK, B., *The Calligraphic State: Textual Domination and History in a Muslim Society*, Berkeley, 1993.

METZGER, T., *The Internal Organisation of Ch'ing Bureaucracy*, 1973.

MEYER, J., *Colbert*, 1981.

MIDDLETON, W. E. K., *The Experimenters: A Study of the Accademia del Cimento*, Baltimore, 1971.

MILLER, A., «Louis Moréri's *Grand Dictionnaire Historique*», en Kafker, 1981, págs. 13-52.

MILLER, D. P., «Joseph Banks, Empire and "Centres of Calculation" in Late Hanoverian London», en D. P. Miller y P. Reill (comps.), *Visions of Empire*, Cambridge, 1996, págs. 21-37.

MILLS, C. W., «The Language and Ideas of Ancient China», mimeografía, reimpreso en su *Power, Politics and People*, Nueva York, 1940, págs. 469-520.

MIROT, L., *Roger de Piles*, 1924.

MIYAZAKI, I., *China's Examination Hell* (1963), Nueva York/Tokio, 1976.

MONEY, J., «Teaching in the Marketplace», en Brewer y Porter, 1993, págs. 335-380.

MONNET, N., «L'Encyclopédisme en Chine», en Schaer, 1996, págs. 344-367.

MOORE, W. E. y M. M. Tumin, «Some Social Functions of Ignorance», *American Sociological Review*, n.º 14, 1949, págs. 787-795.

MORAN, B. T., «Courts, Universities and Academies in Germany: An Overview, 1550-1750», en *Patronage and Institutions*, Woodbridge, 1991, págs. 169-194.

MOREL-FATIO, A., *Historiographie de Charles V*, 1913.

MORGAN, B. T., *Histoire du Journal des Savants depuis 1665 jusqu'en 1701*, 1929.

MORINEAU, M., *Incroyables gazettes et fabuleux métaux: les retours des trésors américains d'après les gazettes hollandaises*, Cambridge/París, 1985.

MOSS, A., *Printed Commonplace Books and the Structuring of Renaissance Thought*, Oxford, 1996.

MOUREAU, F. (comp.), *De bonne main: la communication manuscrite au 18e siècle*, París/Oxford, 1995.

MUNDY, B., *The Mapping of New Spain: Indigenous Cartography and the Maps of the Relaciones Geográficas*, Chicago, 1996.

MURRAY, A., *Reason and Society in the Middle Ages*, Oxford, 1978 (trad. cast.: *Razón y sociedad en la Edad Media*, Madrid, Taurus, 1982).

MYERS, R. y M. Harris (comps.), *Censorship and the Control of Print in England and France, 1600-1910*, Winchester, 1992.

NAKAGAWA, H., «L'Encyclopédie et le Japon», en su *Des lumières et du comparatisme: un regard japonais sur le 18e siècle*, 1992, págs. 237-268.

NELLES, P. N., «The Library as an Instrument of Discovery», en Kelley, 1997, págs. 41-57.

NIGRO, S. S., «The Secretary» (1991), en R. Villari (comp.), *Baroque Personae*, Chicago, 1995, págs. 82-99 (trad. cast.: *El hombre barroco*, Madrid, Alianza, 1993).

NISARD, C., *Les Gladiateurs de la république des lettres*, 2 vols., 1860.

NORDENMARK, N. V. E., *Pehr Wilhelm Wargentin*, Uppsala, 1939.

OAKLEY, S. P., «The Interception of Posts in Celle, 1694-1700», en R. Hatton y J. S. Bromley (comps.), *William III and Louis XIV*, Liverpool, 1968, págs. 95-116.

OLLARD, S. L. y P. C. Walker (comps.), *Archbishop T. Herring's Visitation Returns*, 4 vols., York, 1929-1931.

OLMI, G., *L'inventario del mondo*, Bolonia, 1992.

O'Malley, J. y G. Bailey (comps.), *The Jesuits*, Toronto,

1999.

ONG, W., *Ramus: Method and the Decay of Dialogue*, Cambridge, Mass., 1958.

OPHIR, A. y Steven Shapin, «The Place of Knowledge», *Science in Context*, n.º 4, 1991, págs. 3-21.

ORNSTEIN, M., *The Role of the Scientific Societies in the Seventeenth Century*, Nueva York, 1913.

PALUMBO, M., «La biblioteca lessicografica di Leibniz», en Canone, 1993a, págs. 419-456.

—, *Leibniz e la res bibliothecaria*, Roma, 1993b.

PANOFSKY, E., «Artist, Scientist, Genius» (1953), revisado en *The Renaissance: Six Essays*, Nueva York, 1962, págs. 123-182.

PARDO TOMÁS, J., *Ciencia y censura: la Inquisición española y los libros científicos en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1991.

PARETO, V., *The Mind and Society* (1916) 1935.

PARKER, G., «Maps and Ministers: The Spanish Habsburgs», en Buisseret, 1992, págs. 124-152.

—, *The Grand Strategy of Philip II*, New Haven, 1998 (trad. cast.: *La gran estrategia de Felipe II*, Madrid, Alianza, 1999).

PARKER, I., *Dissenting Academies in England*, Cambridge, 1914.

PARTNER, P., «Papal Financial Policy in the Renaissance and Counter-Reformation», *Past and Present*, n.º 88, 1980, págs. 17-62.

—, *The Pope's Men: The Papal Civil Service in the Renaissance*, Oxford, 1990.

PEARSON, K., *The History of Statistics in the Seventeenth*

and Eighteenth Centuries, 1978.

PEDERSEN, J. y G. Makdisi, «Madrasa», *Encyclopaedia of Islam*, vol. 5, 1979, págs. 1123-1134.

PEDERSEN, O., «Tradition and Innovation», en De Ridder-Symoens, 1996, págs. 452-488.

PEDLEY, M. S., «The Subscription Lists of the *Atlas Universel* (1757): A Study in Cartographic Dissemination», *Imago Mundi*, n.º 31, 1979, págs. 66-77.

PELLETIER, M., *La Carte de Cassini: l'extraordinaire aventure de la carte en France*, 1990.

PELS, D., «Strange Standpoints: or How to Define the Situation for Situated Knowledge», *Telos*, n.º 108, 1996, págs. 65-91.

—, «Mixing Metaphors: Politics or Economics of Knowledge», *Theory and Society*, n.º 26, 1997, págs. 685-717.

PERROT, J. C., «Les Dictionnaires de commerce au 18e siècle», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, n.º 28, 1981, págs. 36-67.

PETRUCCI, A., «Reading to Read» (1995), en G. Cavallo y R. Chartier (comps.), *A History of Reading in the West*, Cambridge, 1999, págs. 345-367.

PHILLIPS, H., *Church and Culture in Seventeenth-Century France*, Cambridge, 1997.

PHILLIPS, P., *The Scientific Lady: A Social History of Women's Scientific Interests, 1520-1918*, 1990.

PICARD, P., *Les salons littéraires*, 1943.

PINCH, W. R., «Same Difference in India and Europe», *History and Theory*, n.º 38, 1999, págs. 389-407.

PINOT, V., *La Chine et la formation de l'esprit*

philosophique en France, 1640-1740, 1932.

PINTARD, R., *Le Libertinage érudit dans la première moitié du 17e siècle* (1943), ed. rev., Ginebra/París, 1983.

PIPES, R., «The Historical Evolution of the Russian Intelligentsia», en Pipes (comp.), *The Russian Intelligentsia*, 1960, págs. 47-62.

PLUMB, J. H., *The Emergence of Leisure in the Eighteenth Century*, Reading, 1973.

POELHEKKE, J. J., «Lieuwe van Aitzema» (1960), reimpreso en su *Geschiedschrijving in Nederland*, edición a cargo de P. A. M. Geurts y A. E. M. Janssen, La Haya, 1981, págs. 97-116.

POLLARD, G. y A. Ehrman, *The Distribution of Books by Catalogue*, Cambridge, 1965.

POMIAN, K., «Les Historiens et les archives dans la France du 17e siècle», *Acta Poloniae Historica*, n.º 26, 1972, págs. 109-125.

—, «De la lettre au périodique: la circulation des informations dans les milieux des historiens au 17e siècle», *Organon*, n.º 9, 1973, págs. 25-43.

—, *Collectors and Curiosities* (1987), Cambridge, 1990.

POPKIN, J. D., *Revolutionary News: The Press in France 1789-99*, Durham, NC., 1990.

POPKIN, R. H., *History of Scepticism from Erasmus to Spinoza* (1960), ed. rev., Berkeley/Los Ángeles, 1979.

PORTER, R., *Health for Sale*, 1989.

—, «The Scientific Revolution and Universities», en De Ridder-Symoens, 1996, págs. 531-564.

POST, G., «Masters' Salaries and Students' Fees in the Medieval Universities», *Speculum*, n.º 7, 1932, págs. 181-

198.

Post, G., K. Giocarini y R. Kay, «The Medieval Heritage of a Humanist Ideal», *Traditio*, n.º 11, 1955, págs. 195-234.

Poster, M., *The Mode of Information*, Cambridge, 1990.

Potter, E., «Gender and Epistemic Negotiation», en Alcoff y Potter, 1993, págs. 161-186.

Pred, A., *Urban Growth and the Circulation of Information*, Nueva York, 1973.

Preto, P., *I servizi segreti di Venezia*, Milán, 1994.

Principe, L. M., «Robert Boyle's Alchemical Secrecy: Codes, Ciphers and Concealment», *Ambix*, n.º 39, 1992, págs. 63-74.

Prodi, P., *The Papal Prince* (1982), Cambridge, 1987.

Prosperi, A., «Intellettuali e chiesa all'inizio dell'età moderna», en *Storia d'Italia*, *Annali*, vol. 4, Turín, 1981, págs. 161-252.

—, *Tribunali di coscienza: inquisitori, confessori, missionari*, Turín, 1996.

—, «Effetti involontari della censura», en U. Rozzo (comp.), *La censura libraria nell'Europa del secolo* XVI, Udine, 1997, págs. 147-162.

Proust, J., *Diderot et l'Encyclopédie*, 1962.

Pulido Rubio, J., *El piloto mayor de la Casa de la Contratación de Sevilla*, Sevilla, 1950.

Pumfrey, S., P. L. Rossi y M. Slawinski (comps.), *Science, Culture and Popular Belief in Renaissance Europe*, Manchester, 1991.

Quedenbaum, G., *Der Verleger J. H. Zedler*, Hildesheim, 1977.

QUELLER, D., «The Development of Ambassadorial *Relazioni*», en J. R. Hale (comp.), *Renaissance Venice*, 1973, págs. 174-196.

RAEFF, M., *The Well-Ordered Police State*, New Haven, 1983.

RANUM, R., *Richelieu and the Councillors of Louis XIII*, Oxford, 1963.

RASSEM, M. y J. Stagl (comps.), *Statistik und Staatsbeschreibung in der Neuzeit*, Paderborn, 1980.

— (comps.), *Geschichte der Staatsbeschreibung: Ausgewählte Quellentexte, 1456-1813*, Berlín, 1994.

RAVEN, J., «Book Distribution Networks in Early Modern Europe: The Case of the Western Fringe, *c.* 1400-1800», en Cavaciocchi, 1992, págs. 583-630.

—, «Selling Books across Europe *c.* 1450-1800: An Overview», *Publishing History*, n.º 34, 1993, págs. 5-20.

RAWSKI, E. S., *Education and Popular Literacy in Ch'ing China*, Ann Arbor, 1979.

—, «Economic and Social Foundations», en D. Johnson, A. J. Nathan y E. S. Rawski (comps.), *Popular Culture in Late Imperial China*, Berkeley/Los Ángeles, 1985, págs. 3-33.

REICHARDT, R., «Prints: Images of the Bastille», en Darnton y Roche, 1989, págs. 223-251.

REICHMANN, E., *Der Herrschaft der Zahl. Quantitatives Denken in der Deutschen Aufklärung*, Stuttgart, 1968.

REINHARTZ, D., «Shared Vision: Herman Moll and his Circle and the Great South Sea», *Terrae Incognitae*, n.º 19, 1987, págs. 1-10.

—, «In the Service of Catherine the Great: The

Siberian Explorations and Map of Sir Samuel Bentham», *Terrae Incognitae*, n.º 26, 1994, págs. 49-60.

REISS, T. J., *Knowledge, Discovery and Imagination in Early Modern Europe: The Rise of Aesthetic Rationalism*, Cambridge, 1997.

RENNIE, N., *Far-Fetched Facts: The Literature of Travel and the Idea of the South Seas*, Oxford, 1995.

REPP, R., «Some Observations on the Development of the Ottoman Learned Hierarchy», en N. R. Keddie (comp.), *Scholars, Saints and Sufis*, 1972, págs. 17-32.

—, *The Müfti of Istanbul: A Study in the Development of the Ottoman Learned Hierarchy*, 1986.

REVEL, J., «Knowledge of the Territory», *Science in Context*, n.º 4, 1991, págs. 133-161.

—, «Entre deux mondes: la bibliothèque de Gabriel Naudé», en Baratin y Jacob, 1996, págs. 243-250.

REY, R., «La classification des sciences», *Revue de Synthèse*, n.º 115, 1994, págs. 5-12.

RICHARDSON, B., *Print Culture in Renaissance Italy: The Editor and the Vernacular Text, 1470-1600*, Cambridge, 1994.

—, *Printing, Writers and Readers in Renaissance Italy*, Cambridge, 1999.

RICHTER, L., *Leibniz und Russland*, Berlín, 1946.

RINGER, F. K., *The Decline of the German Mandarins: The German Academic Community, 1890-1933*, Cambridge, Mass., 1969 (trad. cast.: *El ocaso de los mandarines alemanes: la comunidad académica alemana desde 1890-1933*, Barcelona, Pomares-Corredor, 1995).

—, «The Intellectual Field, Intellectual History and the Sociology of Knowledge», *Theory and Society*, n.º 19,

1990, págs. 269-294.

—, *Fields of Knowledge: French Academic Culture in Comparative Perspective, 1890-1920*, Cambridge, 1992.

ROBINSON, E., «The Transference of British Technology to Russia, 1760-1820», en B. M. Ratcliffe (comp.), *Great Britain and her World, 1750-1914*, Manchester, 1975, págs. 1-26.

ROBINSON, F., «Technology and Religious Change: Islam and the Impact of Print», *Modern Asian Studies*, n.º 27, 1993, págs. 229-251, revisado y ampliado como «Islam and the Impact of Print in South Asia», en N. Crook (comp.), *The Transmission of Knowledge in South Asia*, Delhi, 1996, págs. 62-97.

ROCHE, D., «L'Histoire dans les activités des académies provinciales en France au 18e siècle», en Hammer y Voss, 1976, págs. 260-295.

—, *Le Siècle des lumières en province*, La Haya, 1978.

—, *The People of Paris* (1981), Leamington, 1987.

—, «L'Intellectuel au travail» (1982), reimpreso en su *Les Républicains des lettres*, 1988, págs. 225-241.

—, «Censorship and the Publishing Industry», en Darnton y Roche, 1989, págs. 3-26.

ROCHOT, B., «Le Père Mersenne et les relations intellectuelles dans l'Europe du 17e siècle», *Cahiers d'Histoire Mondiale*, n.º 10, 1966, págs. 55-73.

ROGERS, P., *Grub Street*, 1972.

ROMANO, R. y A. Tenenti, «L'Intellectuel dans la société italienne des 15e et 16e siècles», en L. Bergeron (comp.), *Niveaux de culture*, 1967, págs. 51-65.

ROSA, M., «Un médiateur dans la République des Lettres: le bibliothécaire», en H. Bots y F. Waquet

(comps.), *Commercium Literarium*, Amsterdam/Maarssen, 1994, págs. 81-100.

ROSE, M., «The Author as Proprietor», *Representations*, n.º 23, 1988, págs. 51-85.

—, *Authors and Owners*, Cambridge, Mass., 1993.

ROSENTHAL, F., *Knowledge Triumphant*, Leiden, 1970.

ROSSI, P., *Clavis Universalis: Arti Mnemoniche e Logica Combinatoria da Lullo a Leibniz*, Milán/Nápoles, 1960.

—, *Philosophy, Technology and the Arts in the Early Modern Era* (1962), Nueva York, 1970.

ROTHKRUG, L., *Opposition to Louis XIV: The Political and Social Origins of the French Enlightenment*, Princeton, 1965.

ROUSE, R. H. y M. A. Rouse, «*Statim invenire*: Schools, Preachers and New Attitudes to the Page», en R. L. Benson y G. Constable (comps.), *Renaissance and Renewal*, Cambridge, Mass., 1982, págs. 201-225.

—, «La naissance des index», en Martin y Chartier, vol. 1, 1983-1984, págs. 77-86.

ROWEN, H. H., «Lieuwe van Aitzema», en P. Mack y M. Jacob (comps.), *Politics and Culture in Early Modern Europe*, Cambridge, 1987, págs. 169-182.

RUBIN, M. R. y M. T. Huber, *The Knowledge Industry in the United States, 1960-1980*, New Haven, 1986.

RÜEGG, W., «The Rise of Humanism», en De Ridder-Symoens, 1992, págs. 442-468.

RUESTOW, E. G., *Physics at 17th and 18thc Leiden*, La Haya, 1973.

SAID, E., *Orientalism* (1978), 2.ª ed., 1995 (trad. cast.: *Orientalismo*, Madrid, Ediciones Libertarias-Prodhufi,

1990).

SALMOND, A., «Theoretical Landscapes: On Cross-Cultural Conceptions of Knowledge», en D. Parkin (comp.), *Semantic Anthropology*, 1982, págs. 65-88.

SANTSCHI, C., *La Censure à Genève au 17e siècle*, Ginebra, 1978.

SARDELLA, P., *Nouvelles et spéculations à Venise*, 1948.

SAUNDERS, S., «Public Administration and the Library of J. B. Colbert», *Libraries and Culture*, n.º 26, 1991, págs. 282-300.

SAZONOVA, L., «Die Entstehung der Akademien in Russland», en K. Garber y H. Wismann (comps.), *Die europäischen Akademien*, Tubinga, 1996, págs. 966-992.

SCHAER, R. (comp.), *Tous les savoirs du monde: encyclopédies et bibliothèques, de Sumer au XXIe siècle*, 1996.

SCHAFFER, S., «Afterword», en D. P. Miller y P. Reill (comps.), *Visions of Empire*, Cambridge, 1996, págs. 335-352.

SCHELER, M., *Die Wissensformen und die Gesellschaft*, Leipzig, 1926.

SCHIEBINGER, L., *The Mind has no Sex*?, Cambridge, Mass., 1989.

SCHILDER, G., «Organisation and Evolution of the Dutch East India Company's Hydrographic Office», *Imago Mundi*, n.º 28, 1976, págs. 61-78.

SCHILLER, H. I., *Information and the Crisis Economy*, Nueva York, 1986 (trad. cast.: *Información y economía en tiempos de crisis*, Madrid, Tecnos, 1986).

—, *Information Inequality: The Deepening Social Crisis*

in America, 1996.

SCHILLING, H., «Innovation through Migration», *Histoire Sociale*, n.º 16, 1983, págs. 7-34.

SCHMIDT-BIGGEMANN, W., *Topica universalis: eine Modellgeschichte humanistischer und barocker Wissenschaft*, Hamburgo, 1983.

—, «New Structures of Knowledge», en De Ridder-Symoens, 1996, págs. 489-530.

SCHÖFFLER, H., *Wirkungen der Reformation* (1936), reimpreso en Francfort, 1960.

SCHOTTENLOHER, K., «Die Druckprivilegien», *Gutenberg Jahrbuch*, 1933, págs. 89-111.

—, *Der Buchdrucker als neuer Berufstand des 15. und 16. Jahrhunderts*, Berlín, 1935.

SCHULTE-ALBERT, H. G., «G. W. Leibniz and Library Classification», *Journal of Library History*, n.º 6, 1971, págs. 133-152.

SCHUMPETER, J., *Capitalism, Socialism and Democracy*, 1942 (trad. cast.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, 2 vols., Barcelona, Folio, 1996).

SCOTT, J., «Ignorance and Revolution: Perceptions of Social Reality in Revolutionary Marseilles», en J. Pittock y A. Wear (comps.), *Interpretation and Cultural History*, 1991, págs. 235-268.

SEALY, R. J., *The Palace Academy of Henry III*, Ginebra, 1981.

SEGUIN, J. P., *L'Information en France avant le périodique, 1529-1631*, 1964.

SEIFERT, A., *Cognitio historica: die Geschichte als Namengeberin der frühneuzeitliche Empirie*, Berlín, 1976.

—, «Staatenkunde», en Rassem y Stagl, 1980, págs. 217-248.

—, «Conring und die Begründung der Staatenkunde», en Stolleis, 1983, págs. 201-216.

SERJEANTSON, R., «Introduction» a Meric Casaubon, *Generall Learning*, Cambridge, 1999, págs. 1-65, primera edición del texto del siglo XVII.

SERRAI, A., *Storia della bibliografia*, 5 vols., Roma, 1988-1992.

—, *Conrad Gessner*, edición a cargo de M. Cochetti, Roma, 1990.

SEYMOUR, W. A. (comp.), *A History of the Ordnance Survey*, Folkestone, 1980.

SGARD, J. (comp.), *Dictionnaire des journalistes (1600-1789)*, Grenoble, 1976.

—, «Et si les anciens étaient modernes… le système du P. Hardouin», en L. Godard de Donville (comp.), *D'un siècle à l'autre*, Marsella, 1987, págs. 209-220.

—, (comp.), *Dictionnaire des journaux, 1600-1789*, 2 vols., 1991.

SHAABER, M., *Some Forerunners of the Newspaper, 1476-1622*, Filadelfia, 1929.

SHACKLETON, R., *Montesquieu: An Intellectual and Critical Biography*, Oxford, 1961.

—, *The Encyclopaedia and the Clerks*, Oxford, 1970.

SHAPIN, S., «History of Science and its Sociological Reconstructions», revisado en R. S. Cohen y T. Schnelle (comps.), *Cognition and Fact*, Dordrecht, 1982, págs. 325-386.

—, «The House of Experiment in Seventeenth-Century

England», *Isis*, n.º 79, 1988, págs. 373-404.

—, *A Social History of Truth: Civility and Science in Seventeenth-Century England*, Chicago, 1994.

—, *The Scientific Revolution*, Chicago, 1996 (trad. cast.: *La revolución científica: una interpretación alternativa*, Barcelona, Paidós, 2000).

SHAPIN, S. y S. Schaffer, *Leviathan and the Air-Pump: Hobbes, Boyle and the Experimental Life*, Princeton, 1985.

SHAPIRO, B. J., *Probability and Certainty in Seventeenth-Century England*, Princeton, 1983.

—, *Beyond Reasonable Doubt*, Berkeley, 1991.

—, «The Concept "Fact": Legal Origins and Cultural Diffusion», *Albion*, n.º 26, 1994, págs. 1-26.

SHAW, D. J. B., «Geographical Practice and its Significance in Peter the Great's Russia», *Journal of Historical Geography*, n.º 22, 1996, págs. 160-176.

SHER, R. B., «*Charles V* and the Book Trade: An Episode in Enlightenment Print Culture», en S. J. Brown (comp.), *William Robertson and the Expansion of Empire*, Cambridge, 1997, págs. 164-195.

SHERMAN, W., *John Dee: The Politics of Reading and Writing in the English Renaissance*, Amherst, 1995.

SHIVELY, D. H., «Popular Culture», en J. W. Hall (comp.), *Early Modern Japan*, 1991, págs. 706-769.

SHTEIR, A. B., *Cultivating Women, Cultivating Science*, Baltimore, 1996.

SIEBERT, F. S., *Freedom of the Press in England, 1476-1776*, Urbana, 1965.

SLAUGHTER, M. M., *Universal Language and Scientific Taxonomy in the Seventeenth Century*, Cambridge, 1982.

SMITH, P. H., *The Business of Alchemy: Science and Culture in the Holy Roman Empire*, Princeton, 1994.

SMITH, W. D., «Amsterdam as an Information Exchange in the Seventeenth Century», *Journal of Economic History*, n.º 44, 1984, págs. 985-1005.

SOLOMON, H. M., *Public Welfare, Science and Propaganda*, Princeton, 1972.

SOLT, L. F., «Anti-intellectualism in the Puritan Revolution», *Church History*, n.º 25, 1956, págs. 306-316.

SOUCEK, S., «Islamic Charting in the Mediterranean», en Harley y Woodward, vol. 2, parte 1, 1992, págs. 263-292.

STAGL, J., «Die Apodemik oder "Reisekunst" als Methodik der Sozialforschung vom Humanismus bis zur Aufklärung», en Rassem y Stagl, 1980, págs. 131-202.

—, *The History of Curiosity*, Chur, 1995.

STARK, W., *Montesquieu, Pioneer of the Sociology of Knowledge*, 1960.

STEENSGAARD, N., «The Dutch East India Company as an Institutional Innovation», en M. Aymard (comp.), *Dutch Capitalism and World Capitalism*, Cambridge/París, 1982, págs. 235-257.

STEGMANN, J., «Comment constituer une bibliothèque en France au début du 17e siècle», en Aquilon y Martin, 1988, págs. 467-501.

STEHR, N., «Experts, Counsellors and Advisers», en Stehr y Ericson, 1992, págs. 107-155.

—, *Knowledge Societies*, 1994.

STEHR, N. y R. V. Ericson (comps.), *The Culture and Power of Knowledge*, Berlín/Nueva York, 1992.

STEHR, N. y V. Meja (comps.), *Society and Knowledge*, New Brunswick, 1984.

STENZEL, H., «Gabriel Naudé et l'utopie d'une bibliothèque idéale», en Kapp, 1993, págs. 103-115.

STEVENSON, E. L., «The Geographical Activities of the *Casa de la Contratación*», *Annals of the Association of American Geographers*, n.º 17, 1927, págs. 39-52.

STEWART, L., *The Rise of Public Science: Rhetoric, Technology and Natural Philosophy in Newtonian Britain, 1660-1750*, Cambridge, 1992.

STICHWEH, R., *Der frühmoderne Staat und die europäische Universität*, Francfort, 1991.

STIGLER, G. J., «The Economics of Information», *Journal of Political Economy*, n.º 69, 1961, págs. 213-225.

STOCK, B., *The Implications of Literacy*, Princeton, 1983.

STOLLEIS, M., *Arcana Imperii und Ratio Status*, Gotinga, 1980.

—, «Die Einheit der Wissenschajten - Hermann Conring», en *Hermann Conring (1606-1681)*, Berlín, 1983, págs. 11-34.

STOREY, W. K. (comp.), *Scientific Aspects of European Expansion*, Aldershot, 1996.

STRAUSS, G., «Success and Failure in the German Reformation», *Past and Present*, n.º 67, 1975, págs. 30-63.

STROUP, A., *A Company of Scientists: Botany, Patronage and Community at the SeventeenthCentury Parisian Royal Academy of Sciences*, Berkeley/Los Ángeles, 1990.

SUTHERLAND, J. R., *The Restoration Newspaper*, Cambridge, 1986.

SWITZER, R., «America in the *Encyclopédie*», *Studies on*

Voltaire, n.º 58, 1967, págs. 1481-1499.

TAYLOR, A. R., *Renaissance Guides to Books*, Berkeley/Los Ángeles, 1945.

TEGA, W., *Arbor scientiarum*, Bolonia, 1984.

TEIXEIRA DE MOTA, A., «Some Notes on the Organisation of Hydrographical Services in Portugal», *Imago Mundi*, n.º 28, 1976, págs. 51-60.

TENG, S. Y., «Chinese Influence on the Western Examination System», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, n.º 7, 1942-1943, págs. 267-312.

TENG, S. Y. y K. Biggerstaff, *An Annotated Bibliography of Selected Chinese Reference Works* (1936), ed. rev., Cambridge, Mass., 1950.

TENNANT, E. C., «The Protection of Invention: Printing Privileges in Early Modern Germany», en G. S. Williams y S. K. Schindler (comps.), *Knowledge, Science and Literature in Early Modern Germany*, Chapel Hill, 1996, págs. 7-48.

THIEL-HORSTMANN, M., «Staatsbeschreibung und Statistische Erhebungen im Vorkolonialen und Kolonialen Indien», en Rassem y Stagl, 1980, págs. 205-213.

THOMAS, K. V., *Religion and the Decline of Magic: Studies in Popular Beliefs in Sixteenth and Seventeenth Century England*, 1971.

THORNDIKE, L., «Newness and Novelty in Seventeenth-Century Science», *Journal of the History of Ideas*, n.º 12, 1951, págs. 584-598.

THRIFT, N., «Flies and Germs: A Geography of Knowledge», en D. Gregory y J. Urry (comps.), *Social Relations and Spatial Structures*, 1985, págs. 366-403.

THRIFT, N., F. Driver y D. Livingstone, «The Geography of Truth», *Society and Space*, n.º 13, 1995, págs. 1-3.

TOSCANI, I., «Etatistisches Denken und Erkenntnis-theoretische Überlegungen in den Venezianischen Relazionen», en Rassem y Stagl, 1980, págs. 111-125.

TRENARD, L., «Le Rayonnement de l'*Encyclopédie*», *Cahiers d'Histoire Moderne*, n.º 9, 1965-1966, págs. 712-747.

TUCCI, U., «Ranke and the Venetian Document Market», en G. G. Iggers y J. M. Powell (comps.), *Leopold von Ranke and the Shaping of the Historical Discipline*, Syracuse, 1990, págs. 99-108.

TURNER, R. (comp.), *Ethnomethodology*, Harmondsworth, 1974.

TYACKE, N., «Science and Religion at Oxford before the Civil War», en D. Pennington y K. V. Thomas (comps.), *Puritans and Revolution*, Oxford, 1978, págs. 73-93.

UNNO, K., «Cartography in Japan», en Harley y Woodward, 1994, vol. 2, parte 2, págs. 346-477.

VAN DÜLMEN, R., «Die Aufklärungsgesellschaften in Deutschland», *Francia*, n.º 5, 1978, págs. 251-275.

—, *The Society of the Enlightenment* (1986), Cambridge, 1992.

VAN KLEY, E. J., «Europe's "Discovery" of China and the Writing of World History», *American Historical Review*, n.º 76, 1971, págs. 358-385.

VAN LEEUWEN, H. G., *The Problem of Certainty in English Thought 1630-1690*, La Haya, 1963.

VAN LIESHOUT, H. H. M., «The Library of Pierre Bayle», en Canone, 1993, págs. 281-297.

—, «Dictionnaires et diffusion de savoir», en H. Bots y F. Waquet (comps.), *Commercium Litterarium*, Amsterdam/Maarssen, 1994, págs. 131-150.

VANDERMEERSCH, P. A., «Teachers», en De Ridder-Symoens, 1996, págs. 210-255.

VEBLEN, T., «The Place of Science in Modern Civilisation», *American Journal of Sociology*, n.º 11, 1906, págs. 585-609.

—, *The Higher Learning in America: A Memorandum on the Conduct of Universities by Businessmen*, Nueva York, 1918.

—, «The Intellectual Pre-eminence of Jews in Modern Europe», *Political Science Quarterly*, n.º 34, 1919, págs. 33-42.

VENARD, M., «Le visite pastorali francesi dal XVI al XVIII secolo», en Mazzone y Turchini, 1985, págs. 13-55.

VENTURI, F., «Contributi ad un dizionario storico», *Rivista Storica Italiana*, n.º 71, 1959, págs. 119-130.

VERGER, J., *Les Gens de savoir en Europe à la fin du Moyen Age*, 1997 (trad. cast.: *Gentes del saber en la Europa de la Edad Media*, Madrid, Complutense, 1999).

VERICAT, J., «La "organizatoriedad" del saber en la España del siglo XVI», en F. de Solano y F. del Pino (comps.), *Homenaje a G. F. de Oviedo*, 2 vols., vol. 1, Madrid, 1982, págs. 381-415.

VERNER, C., «John Seller and the Chart Trade in Seventeenth-Century England», en N. J. W. Thrower (comp.), *The Complete Plattmaker*, Berkeley, 1978, págs. 127-158.

VIALA, A., *Naissance de l'écrivain*, 1985.

VILLEY, P., *Les Sources et l'évolution des Essais de*

Montaigne, 2 vols., 1908.

VÖLKEL, M., *«Pyrrhonismus historicus» und «fides historica»: die Entwicklung der deutschen historischen Methodologie unter dem Gesichtspunkt der historischen Skepsis*, Frankfort, 1987.

VON ALBERTINI, R., *Das Florentinische Staatsbewusstsein im Übergang von der Republik zum Prinzipat*, Berna, 1955.

VON DEN BRINCKEN, A. D., «Tabula alphabetica», en *Festschrift Herman Heimpel*, vol. 2, Gotinga, 1972, págs. 900-923.

VOSS, J., *Das Mittelalter im historischen Denken Frankreichs*, Munich, 1972.

—, *Universität, Geschichtswissenschaft und Diplomatie im Zeitalter der Aufklärung: Johann Daniel Schöpflin (1694-1771)*, Munich, 1979.

—, «Die Akademien als Organisationsträger der Wissenschaften im 18. Jht», *Historisches Zeitschrift*, n.º 231, 1980, págs. 43-74.

VUCINICH, A., *Science in Russian Culture: A History to 1860*, Stanford, 1963.

WALKER, R. B., «Advertising in London Newspapers 1650-1750», *Business History*, n.º 15, 1973, págs. 112-130.

WALLIS, P. J., «Book Subscription Lists», *The Library*, n.º 29, 1974, págs. 255-286.

WALLIS, R. (comp.), *On the Margins of Science: The Social Construction of Rejected Knowledge*, Keele, 1979.

WALZER, M., *The Revolution of the Saints: A Study in the Origins of Radical Politics*, Cambridge, Mass., 1965.

WANSINK, H., *Politieke Wetenschappen aan de Leidse Universiteit*, Leiden, 1975.

WAQUET, F., «Book Subscription Lists in Early Eighteenth-Century Italy», *Publishing History*, n.º 33, 1993a, págs. 77-88.

—, «Le *Polyhistor* de Daniel Georg Morhof, lieu de mémoire de la République des Lettres», en Kapp, 1993b, págs. 47-60.

WEBER, M., *Economy and Society* (1920), 3 vols., Nueva York, 1968 (trad. cast.: *Economía y sociedad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993).

WEBSTER, C., *The Great Instauration: Science, Medicine and Reform, 1626-1660*, 1975.

WEBSTER, F., *Theories of the Information Society*, 1995.

WELLISCH, H. H., *Indexing from A to Z* (1991), ed. rev., Nueva York, 1995.

WELLS, J. M., *The Circle of Knowledge*, 1966.

WERNHAM, R. B., «The Public Records», en L. Fox (comp.), *English Historical Scholarship*, 1956, págs. 11-30.

WIENER, N., *Cybernetics*, 1948 (trad. cast.: *Cibernética*, Barcelona, Tusquets, 1985).

WILLIAMS, A., *The Police of Paris, 1718-1789*, Baton Rouge, 1979.

WILSON, A. M., *Diderot*, Nueva York, 1972.

WILTERDINK, N., «Norbert Elias's Sociology of Knowledge», en *Human Figurations*, 1977, págs. 110-126.

WINCH, D., «Economic Knowledge and Government in Britain: Some Historical and Comparative Reflexions», en M. O. Furner y B. Supple (comps.), *The State and Economic Knowledge*, Cambridge, 1990, págs. 40-70.

—, «The Science of the Legislator: The Enlightenment Heritage», en M. Lacey y M. O. Furner (comps.), *The*

State and Social Investigation in Britain and the United States, Cambridge, 1993, págs. 63-91.

WITHERS, C. W. J., «Towards a History of Geography in the Public Sphere», *History of Science*, n.º 36, 1998, págs. 45-78.

WITTY, F. J., «Early Indexing Techniques», *The Library Quarterly*, n.º 35, 1965, págs. 141-148.

WOOD, P., *The Aberdeen Enlightenment: The Arts Curriculum in the Eighteenth Century*, Aberdeen, 1993.

WOODMANSEE, M., «The Genius and the Copyright: Economic and Legal Conditions for the Emergence of the Author», *Eighteenth-Century Studies*, n.º 17, 1984, págs. 425-448.

WOODS, J. M., «Das "Gelahrte Frauenzimmer" und die deutsche Frauenlexika 1631-1743», en Sebastian Neumeister y Conrad Wiedemann (comps.), *Res Publica Litteraria*, 2 vols., Wiesbaden, 1987, págs. 577-588.

WOOLF, D. R., «History, Folklore and Oral Tradition in Early Modern England», *Past and Present*, n.º 120, 1988, págs. 26-52.

WOOLGAR, S. (comp.), *Knowledge and Reflexivity*, 1988.

WORSLEY, P., «Émile Durkheim's Theory of Knowledge», *Sociological Review*, 1956, págs. 47-61.

—, *Knowledges: What Different Peoples Make of the World*, 1997.

YARDENI, M., «Journalisme et histoire contemporaine à l'époque de Bayle», *History and Theory*, n.º 12, 1973, págs. 208-229.

—, «Naissance du journalisme moderne», en su *Le Refuge protestant*, 1985, págs. 201-207.

YATES, F., *French Academies of the Sixteenth Century*, 1947.

—, *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, 1964 (trad. cast.: *Giordano Bruno y la tradición hermética*, 2.ª ed., Barcelona, Ariel, 1994).

—, *The Renaissance Art of Memory*, 1966.

—, *The Occult Philosophy in the Elizabethan Age*, 1979.

YAZAKI, T., *Social Change and the City in Japan*, Tokio, 1968.

YEE, C. D. K., «Chinese Maps in Political Culture», en Harley y Woodward, vol. 2, parte 2, 1994a, págs. 71-95.

—, «Traditional Chinese Cartography and the Myth of Westernisation», en Harley y Woodward, 1994b, vol. 2, parte 2, págs. 170-202.

YEO, R., «Reading Encyclopaedias: Science and the Organisation of Knowledge in British Dictionaries of Arts and Sciences, 1730-1850», *Isis*, n.º 82, 1991, págs. 24-49.

—, «Ephraim Chambers' Cyclopaedia (1728) and the Tradition of Commonplaces», *Journal of the History of Ideas*, n.º 57, 1996, págs. 157-175.

ZACHARIAS, T., *Joseph Emmanuel Fischer von Erlach*, Viena, 1960.

ZEDELMAIER, H., *Bibliotheca Universalis und Bibliotheca Selecta: das Problem der Ordnung des gelehrten Wissens in der frühen Neuzeit*, Colonia, 1992.

ZHANG, L., *Mighty Opposites: From Dichotomies to Differences in the Comparative Study of China*, Stanford, 1998.

ZIEGLER, W., «Tentativi di Accademia in ambito

monastico nella Germania del XVIII secolo», en L. Boehm y E. Raimondi (comps.), *Università, accademie in Italia e Germania dal '500 al '700*, Bolonia, 1981, págs. 355-378.

ZILFI, M. C., *The Politics of Piety: The Ottoman Ulema in the Post-classical Age*, Minneapolis, 1988.

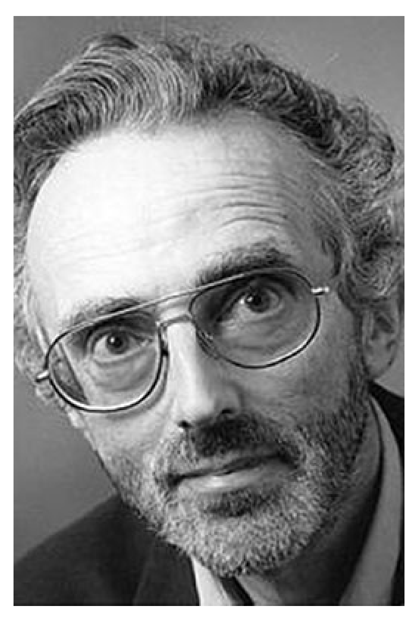
ZILSEL, E., *Die Entstehung des Geniebegriffes*, Tubinga, 1926.

—, «Problems of Empiricism», en *The Development of Rationalism and Empiricism*, Chicago, 1941a, págs. 53-94.

—, «Origins of William Gilbert's Scientific Method», *Journal of the History of Ideas*, n.º 2, 1941b, págs. 1-32.

ZIMAN, J., *Reliable Knowledge*, Cambridge, 1978 (trad. cast.: *La credibilidad de la ciencia*, Madrid, Alianza, 1981).

ZNANIECKI, F., *The Social Role of the Man of Knowledge*, Nueva York, 1940.



PETER BURKE (1937, Londres, Gran Bretaña) es un historiador británico especializado en Historia Moderna. Sus estudios están centrados en el área Cultura, lo que lo lleva a investigar las funciones sociales del lenguaje, las producciones iconográficas y la Literatura como fuentes históricas. Ha aprendido muchos idiomas de Europa occidental lo que le permite un amplio espectro de casos para analizar. En este capítulo el autor hace un recorrido por la historiografía del s. XX oponiéndola al positivismo rankeano del siglo XIX. Busca, desde este lugar, conceptualizar qué es la llamada Nueva Historia: una corriente que surge de cambios producidos en la academia (principalmente francesa pero también inglesa y alemana) entre 1970 y 1980. Así, en la Escuela Tradicional del s. XIX, la Historia se centra en los hechos políticos, mientras que en la Nueva Historia el objeto de estudio puede ser cualquier tipo de actividad humana. Esta nueva corriente entonces, persigue el objetivo de presentarse como una "Historia Total". En la Historia Política que escribían los primeros

historiadores, el objeto de estudio eran las altas cúpulas sociales. La Nueva Historia invierte la mirilla y se dedica a estudiar «la Historia de los de abajo». Por otra parte las fuentes de este primer modelo historiográfico debían limitarse a los documentos escritos. La Nueva Historia comenzó a mostrar las limitaciones de los mismos; y así propuso que los medios de obtener información sobre un hecho pasado son diversos y por tanto deben utilizarse aquellas que resulten más convenientes de utilizar según el tema que se está estudiando. Otro punto de partida de esta nueva corriente historiográfica sería el relativismo cultural, es decir, el presupuesto de que todo lo que los historiadores estudian es un construcción social. Desde este lugar se pudo cuestionar la pretendida y supuesta objetividad que tenía la Historia para los decimonónicos rankeanos. La Historia Tradicional se solía presentar como una narración de acontecimientos (políticos) mientras que la Nueva Historia busca analizar las macro-estructuras. La Historia Tradicional buscaba la profesionalización de la labor de los historiadores, la Nueva Historia buscaría, según Bruke, la interdisciplinariedad que permite aplicar métodos y técnicas procedentes de otras áreas para ampliar la percepción de la realidad, tomando puntos de vista nuevos (por ejemplo los puntos de vista de la «gente corriente»).

Notas

[1] Wiener (1948), pág. 11; Bell (1976); Böhme y Stehr (1986); Castells (1989); Poster (1990); Stehr (1994); Webster (1995). <<

[2] Machlup (1962, 1980-1984); Rubin y Huber (1986). <<

[3] Schiller (1986, 1996). <<

[4] Berger y Luckmann (1966); Mendelsohn (1977); Ziman (1978); Luhmann (1990). <<

[5] Bourdieu (1984); véase Ginzburg (1996, 1997). <<

[6] Geertz (1975); véase Veblen (1918). <<

[7] Fleck (1935), pág. 22; véase Baldamus (1977). <<

[8] Mannheim (1936); Stark (1960). <<

[9] Merton (1941). <<

[10] Durkheim y Mauss (1901-1902). <<

[11] Worsley (1956); Lukes (1973); Lamo de Espinosa, González García y Torres Albero (1994), págs. 205-226. <<

[12] Granet (1934); véase Mills (1940). <<

[13] Burke (1990), págs. 17-19, 27-30. <<

[14] Veblen (1906, 1918, 1919); véase Lamo de Espinosa, González García y Torres Albero (1994), págs. 380-386. <<

[15] Veblen (1918), págs. 1-2. <<

[16] Mannheim (1927). <<

[17] Mannheim (1925); véase Scheler (1926). <<

[18] Moore y Tumin (1949); Scott (1991). <<

[19] Foucault (1980), pág. 112; Shapin (1994). <<

[20] Merton (1938, 1941, 1945, 1957, 1968); Luhmann (1990). <<

[21] Berger y Luckmann (1966); Gurvitch (1966). <<

[22] Lévi-Strauss (1962, 1964). <<

[23] Foucault (1966, 1980). <<

[24] Kuhn (1962). <<

[25] Elias (1982); véase Wilterdink (1977). <<

[26] Habermas (1962). <<

[27] Bourdieu (1972, 1984, 1989). <<

[28] Geertz (1975, 1979, 1983). <<

[29] Goody (1978); Gellner (1988). <<

[30] Pred (1973); Thrift (1985); Machlup (1962, 1980-1984); Schiller (1986, 1996). <<

[31] Law (1986); Woolgar (1988). <<

[32] Barnes (1977); Woolgar (1988). <<

[33] Mannheim (1936), pág. 46n.; Fleck (1935); véase Baldamus (1977). <<

[34] Mendelsohn (1977); Knorr-Cetina (1981). <<

[35] Pels (1996, 1997). <<

[36] Berger y Luckmann (1966); Bourdieu (1972); Turner (1974). <<

[37] Crane (1972); Latour (1986); Brown (1989); Potter (1993); Alexandrov (1995). <<

[38] Foucault (1961); Shapin (1988); Ophir y Shapin (1991). <<

[39] Elkanah (1981); Crick (1982). <<

[40] Mannheim (1952); Fleck (1935). <<

[41] King (1976); Jardine (1983, 1985); Schiebinger (1989);

Phillips (1990); Shteir (1996). <<

[42] Belenky y otros (1986); Haraway (1988); Durán (1991); Alcoff y Potter (1993). <<

[43] Pred (1973); Thrift (1985). <<

[44] Said (1978). <<

[45] Ornstein (1913), págs. IX-X; véase Lux (1991a, 1991b). <<

[46] Ringer (1990, 1992). <<

[47] Eisenstein (1979); Giesecke (1991); Eamon (1994). <<

[48] Koselleck (1972); Kenny (1998). <<

[49] Lugli (1983); Impey y Macgregor (1985); Pomian (1987); Findlen (1989, 1994). <<

[50] Rossi (1962), pág. 15; véase Roche (1981), parte 3; Böhme (1984); Worsley (1997). <<

[51] Berger y Luckmann (1966), pág. 26. <<

[52] Gurvitch (1966). <<

[53] Figueiredo (1984); Bayly (1996); Grove (1996); Mundy (1996); Edney (1997), págs. 68, 76, 81, 98, 125. <<

[54] Roche (1981). <<

[55] Potter (1993). <<

[56] Ballester (1977, 1993); Huisman (1989). <<

[57] Burke (1998c), págs. 34, 175. <<

[58] Zilsel (1941); Panofsky (1953); Hall (1962); Rossi (1962); Eisenstein (1979). <<

[59] Albertini (1955); Gilbert (1965). <<

[60] Proust (1962), págs. 177-232; Wilson (1972), pág. 136. <<

[61] Mannheim (1936), págs. 137-138. <<

[62] Pipes (1960); Charle (1990). <<

[63] Le Goff (1957). <<

[64] Walzer (1965). <<

[65] Solt (1956). <<

[66] Gellner (1988), págs. 70-71, 79. <<

[67] Goldgar (1995); Bots y Waquet (1997); Burke (1999a). <<

[68] Znaniecki (1940). <<

[69] King (1976); Jardine (1983, 1985). <<

[70] Schiebinger (1989); Goodman (1994); Shteir (1996). <<

[71] Bouwsma (1973). <<

[72] Le Goff (1957): véanse Murray (1978), págs. 227-233, 263-265, Brocchieri (1987) y Verger (1997). <<

[73] Kristeller (1955); Dionisotti (1967); Romano y Tenenti (1967); Burke (1986). <<

[74] Benzoni (1978), págs. 159 y sigs. <<

[75] Schottenloher (1935). <<

[76] Elias (1939), págs. 1 y 73. <<

[77] Burke (1988); Prosperi (1981). <<

[78] Curtis (1962); véanse Chartier (1982) y Roche (1982). <<

[79] Nigro (1991). <<

[80] Stehr (1992). <<

[81] Viala (1985). <<

[82] Viala (1985), pág. 247. <<

[83] Viala (1985), págs. 270-280; Vandermeersch (1996), págs. 223-224, 246-248. <<

[84] Hall (1965); Rochot (1966); Solomon (1972); Webster (1975); Revel (1996). <<

[85] Kelley (1971, 1980). <<

[86] Goldie (1987). <<

[87] Hill (1972); Webster (1975), págs. 250-264. <<

[88] Houghton (1942); Kenny (1998). <<

[89] Hahn (1971, 1975); McClellan (1985), págs. XXIV-XXV, 233-251. <<

[90] Clarke (1966); Rosa (1994). <<

[91] Burke (1992). <<

[92] Ringer (1969). <<

[93] Citado en Dülmen (1978), pág. 257. <<

[94] Morgan (1929); Gardair (1984); Laeven (1986). <<

[95] Labrousse (1963-1964, 1983); Bost (1994). <<

[96] Haase (1959), págs. 404-417; Labrousse (1963-1964); Yardeni (1973, 1985); Martens (1974); Gibbs (1975); Bost (1994), págs. 232-239. <<

[97] Beljame (1881). <<

[98] Darnton (1982); Masseau (1994). <<

[99] Repp (1972, 1986); Fleischer (1986); Zilfi (1988). <<

[100] Itzkowitz (1972). <<

[101] Messick (1993); Robinson (1993). <<

[102] Marsh (1961); Miyazaki (1963); Chaffee (1985). <<

[103] Teng (1942-1943). <<

[104] Schumpeter (1942). <<

[105] Lemaine y otros (1976), págs. 8-9. <<

[106] Pareto (1916), sección 2233. <<

[107] Bourdieu (1989); Elias (1982). <<

[108] Le Goff (1957), págs. 80 y sigs.; De Ridder-Symoens (1992, 1996). <<

[109] De Ridder-Symoens (1992); Verger (1997). <<

[110] Innis (1950). <<

[111] Stock (1983). <<

[112] McClellan (1985). <<

[113] Webster (1975). <<

[114] Field (1988); Hankins (1991). <<

[115] Garin (1961); véase Goldstein (1965). <<

[116] Stevenson (1927); Pulido Rubio (1950), págs. 65, 68, 255-290; Goodman (1988), págs. 72-81. <<

[117] Yates (1947); Sealy (1981); Hankins (1990). <<

[118] Burke (1983). <<

[119] Grossmann (1975). <<

[120] Codina Mir (1968), págs. 18-49. <<

[121] Bentley (1983), págs. 70-111. <<

[122] Lunsingh Scheurleer y Posthumus Meyes (1975); Wansink (1975). <<

[123] Fletcher (1981); Giard (1983-1985); Rüegg (1992), págs. 456-459; Pedersen (1996). <<

[124] Shapin (1996). <<

[125] Hall (1962); Rossi (1962). <<

[126] Ruestow (1973), especialmente las págs. 1-13. <<

[127] Ornstein (1913), pág. 257. Véase Brown (1934), Middleton (1971). <<

[128] Hill (1965); Webster (1975), págs. 185-202. <<

[129] Ruestow (1973); Tyacke (1978); Feingold (1984, 1989, 1991, 1997); Brockliss (1987); Lux (1991a, 1991b); Porter (1996). <<

[130] Cohen (1989). <<

[131] Impey y Macgregor (1985); Pomian (1987); Findlen (1994). <<

[132] Evans (1973), págs. 196-242; Moran (1991), págs. 169 y sigs.; Smith (1994), páginas 56-92. <<

[133] Biagioli (1993); Stroup (1990), especialmente la pág. 108. <<

[134] Hill (1965), págs. 37-61; Mazauric (1997); Ames-Lewis (1999). <<

[135] Picard (1943); Lougee (1976); Viala (1985), págs. 132-137. <<

[136] Knowles (1958, 1959). <<

[137] Hunter (1989), págs. 1-14. <<

[138] Parker (1914). <<

[139] Hunter (1989), págs. 1, 188, 261, 264-265; Stroup (1990), pág. 51; Christianson (2000). <<

[140] Hahn (1975); Gillispie (1980); McClellan (1985); Lux (1991). <<

[141] Voss (1972), págs. 220-229; Gasnault (1976); Hammermeyer (1976); Ziegler (1981). <<

[142] Voss (1972), págs. 230-233; Roche (1976), 1978); Voss (1980). <<

[143] Klaits (1971); Keens-Soper (1972); Voss (1979). <<

[144] Im Hoff (1982; 1994, págs. 105-154); Dülmen (1986). <<

[145] Goodman (1994), págs. 53, 73-89; Im Hoff (1994), págs. 113-117. <<

[146] Habermas (1962); Stewart (1992); Johns (1998), págs. 553-556. <<

[147] Cálculos tomados de Sgard (1991). <<

[148] Julia (1986), pág. 194. <<

[149] Pedersen y Makdisi (1979); Makdisi (1981). <<

[150] Berkey (1992), págs. 20 y 30; Chamberlain (1994). <<

[151] Curtis (1959); Stichweb (1991), pág. 56. <<

[152] Berkey (1992), pág. 30; Chamberlain (1994), pág. 141. <<

[153] Repp (1972; 1986, págs. 27-72); Fleischer (1986); Zilfi (1988). <<

[154] Huff (1993), págs. 71-83, 151-160, 170-186. <<

[155] Eisenstein (1979). <<

[156] Gillispie (1980), pág. 75; Lux (1991a), pág. 194. <<

[157] Kuhn (1962); Shapin (1982); Elias (1982), pág. 50. <<

[158] Cipolla (1972); Schilling (1983). <<

[159] Koeman (1970). <<

[160] Duyvendak (1936). <<

[161] Thrift (1985); Thrift, Driver y Livingstone (1995); véanse Livingstone (1995), Harris (1998, 1999) y Jacob (1999). <<

[162] Hess (1974); Soucek (1992), pág. 269. <<

[163] Heckscher (1958); Foucault (1961); Habermas (1962); Hannaway (1986); Shapin (1988), etc. <<

[164] Aubert y otros (1976), pág. 80; Hulshoff Pol (1975). <<

[165] Webster (1975), págs. 193-194. <<

[166] Harris (1996); Miller (1996). <<

[167] Webster (1975), pág. 552. <<

[168] Basalla (1987); Macleod (1987). <<

[169] Schaffer (1996). <<

[170] Fumaroli (1988); Bots y Waquet (1997). <<

[171] Fiering (1976); Losman (1983), págs. 195-198; Åkerman (1991). <<

[172] Richter (1946), pág. 44; Vucinich (1963); Sazonova (1996). <<

[173] Anderson (1978). <<

[174] Livingstone (1995); Withers (1998). <<

[175] Lach (1965). <<

[176] Boxer (1936), especialmente las págs. 58-66; Keene (1952); Goodman (1967), págs. 18-24, 32-42. <<

[177] Lach y Kley (1993), pág. 1855. <<

[178] Bustamante García (1997); Brentjes (1999). <<

[179] Boxer (1948). <<

[180] Stevenson (1927); Pulido Rubio (1950), págs. 65, 68, 255-290; Lamb (1969, 1976); Goodman (1988), págs. 72-81. <<

[181] Brown (1978), págs. 21-43. <<

[182] Sardella (1948). <<

[183] Doria (1986); Burke (2000a). <<

[184] Ambrosini (1982); Caracciolo Aricò (1990). <<

[185] Barbour (1950), págs. 74-84. <<

[186] Smith (1984), pág. 987. <<

[187] Burke (2001). <<

[188] Chabod (1934); Albònico (1992); John Headley prepara un estudio de Botero desde esta perspectiva. <<

[189] Rochot (1966); Solomon (1972), págs. 60-99; Mazauric (1997). <<

[190] Hall (1965, 1975); Hunter (1989). <<

[191] Webster (1975), págs. 51-57, 125. <<

[192] Burke (1985). <<

[193] Evans (1973). <<

[194] Isaievych (1993). <<

[195] Brading (1991), págs. 366, 382; Burke (1995a). <<

[196] Kany (1932), págs. 62-64. <<

[197] Solomon (1972), págs. 21-59. <<

[198] Solomon (1972), págs. 217-218. <<

[199] George (1926-1929); Webster (1975), págs. 67-77. <<

[200] Grove (1991); Edney (1997), pág. 297. <<

[201] Latour (1983); véanse Jacob (1996) y Miller (1996). <<

[202] Jacob (1999), págs. 36-37. <<

[203] Schöffler (1936), pág. 113. <<

[204] Bowen (1981), págs. 77-90. <<

[205] Burke (1999b). <<

[206] Martin (1996); Ettinghausen (1984), pág. 5. <<

[207] Raven (1993), pág. 14. <<

[208] Boxer (1963); Figueiredo (1984); Grove (1996). <<

[209] Grove (1996); Bustamante García (1997). <<

[210] Karamustafa (1992), pág. 218. <<

[211] Yee (1994b), págs. 170, 174-175. <<

[212] Unno (1994), fig. 11.22, pág. 434. <<

[213] Durkheim (1912), pág. 28; véase Worsley (1956). <<

[214] Granet (1934); Lévi-Strauss (1962, 1964). <<

[215] Foucault (1966), págs. 54-55; véanse Elkanah (1981), Crick (1982); Zhang (1998), págs. 19-24. <<

[216] Kelley y Popkin (1991); Daston (1992); Zedelmaier (1992); Kusukawa (1996); Kelley (1997). <<

[217] Foucault (1966); Olmi (1992); Koerner (1996). <<

[218] Ackerman (1949). <<

[219] Principe (1992); Eamon (1994). <<

[220] Hill (1972), págs. 269-276; Dooley (1999), pág. 83. <<

[221] Yates (1979); Stolleis (1980); Eamon (1994). <<

[222] Blumenberg (1966); Ginzburg (1976); Kenny (1998). <<

[223] Feldhay (1995), pág. 207. <<

[224] Kristeller (1951-1952), pág. 175; Rossi (1962). <<

[225] Schmidt-Biggemann (1983), págs. XIII-XIV, 141-154; Waquet (1993b); Serjeantson (1999). <<

[226] Burke (1995b). <<

[227] Salmond (1982); Becher (1989). <<

[228] Rossi (1960), págs. 47, 51-61; Ladner (1979); Tega (1984); Serrai (1988-1992), vol. 2, págs. 120-131. <<

[229] Gilbert (1960), págs. 214-220; Zedelmaier (1992), pág. 125. <<

[230] Wood (1993). <<

[231] Zedelmaier (1992), págs. 112 y sigs. <<

[232] Kelley (1997), pág. IX. <<

[233] Stichweh (1991); véase Lenoir (1997). <<

[234] Feingold (1984), pág. 17. <<

[235] Costello (1958); Brockliss (1996). <<

[236] Grant (1996), págs. 42-49. <<

[237] Rosenthal (1970). <<

[238] Bouza (1988); Chartier (1992); Zedelmaier (1992), pág. 112. <<

[239] Besterman (1935); Pollard y Ehrman (1965); Serrai (1988-1992); McKitterick (1992). <<

[240] Serrai (1990; 1988-1992, volumen 2, págs. 211-571); Zedelmaier (1992), páginas 3-153. <<

[241] Drège (1991); Guy (1987). <<

[242] Chamberlain (1994), pág. 161. <<

[243] Wells (1966); Dierse (1977); Kafker (1981); Eybl y otros (1995). <<

[244] Curtius (1948), págs. 302-347; Gellrich (1985). <<

[245] Dierse (1977), págs. 11 y sigs.; Schmidt-Biggemann (1983), págs. 34-35. <<

[246] Teng y Biggerstaff (1936), pág. 110. <<

[247] Schmidt-Biggemann (1983), págs. 8-15. <<

[248] Gilbert (1960), págs. 125-128; Schmidt-Biggemann

(1983), págs. 19-21; Moss (1996), págs. 119-130. <<

[249] Schmidt-Biggemann (1983), págs. 59-66; Yeo (1991, 1996); Blair (1992); Goyet (1996), págs. 441-443; Blair (1997), págs. 46-48. <<

[250] Lemaine y otros (1976); Giard (1991). <<

[251] Flint (1904); Rossi (1960); Schulte-Albert (1971). <<

[252] Ong (1958); Gilbert (1960), págs. 129-144. <<

[253] Rossi (1960), págs. 179-184, 239; Schmidt-Biggemann (1983), págs. 100-139. <<

[254] Kusukawa (1996), esp. las págs. 51-52. <<

[255] Lemaine y otros (1976), págs. 1-23. <<

[256] Reiss (1997), págs. 135-154. <<

[257] Hammerstein (1972), págs. 216 y sigs.; Voss (1979). <<

[258] Dainville (1940); Brockliss (1987), pág. 156. <<

[259] Baker (1935); Broc (1975, 1980); Cormack (1997), págs. 14-15, 27-30; Jacob (1999). <<

[260] Brockliss (1987), págs. 393-394; Mandosio (1993). <<

[261] Hannaway (1975); Meinel (1988). <<

[262] Stolleis (1983); Seifert (1980, 1983); Smith (1994), pág. 69. <<

[263] Hammerstein (1972), págs. 62 y sigs. <<

[264] Meier (1966), pág. 214; Larrère (1992); Stichweh (1991), pág. 4. <<

[265] Meinel (1988); Lowood (1990). <<

[266] Lieshout (1994), pág. 134. <<

[267] Zedelmaier (1992), pág. 19n. <<

[268] Stegmann (1988); Chartier (1992). <<

[269] Blum (1963); Stenzel (1993); Revel (1996); Nelles (1997). <<

[270] Petrucci (1995), págs. 350-351. <<

[271] Schulte-Albert (1971); Palumbo (1993a, 1993b). <<

[272] Pomian (1987), pág. 121. <<

[273] Pomian (1987), págs. 49-53. <<

[274] Olmi (1992), págs. 195 y sigs., 201 y sigs., 274n., 285. <<

[275] Olmi (1992); Haskell (1993), págs. 131-135; Cropper y Dempsey (1996), págs. 110-113. <<

[276] Findlen (1994), págs. 3 y 50; véase Lugli (1983); Impey y Macgregor (1985); Pomian (1987). <<

[277] Yeo (1991). <<

[278] Briggs (1991), págs. 40 y 65. <<

[279] Thorndike (1951); Rossi (1962), págs. 68-102. <<

[280] Jacob (1992), págs. 88 y 112. <<

[281] Webster (1975), págs. 100-245. <<

[282] Venturi (1959). <<

[283] Dieckmann (1961); Gandt (1994); Malherbe (1994), esp. las págs. 29-31. <<

[284] Darnton (1984). <<

[285] Deutsch (1953). <<

[286] Carter (1964); Agrell y Huldt (1983); Bély (1990); Marshall (1994); Preto (1994). <<

[287] Glass (1973); Herlihy y Klapisch (1978); Rassem y Stagl (1980); Buck (1977, 1982). <<

[288] Bayly (1996); Cohn (1996); Mundy (1996); Edney (1997); Drayton (1998). <<

[289] Siebert (1965); Santschi (1978); Duke y Tamse (1987); Roche (1989); Myers y Harris (1992). <<

[290] Cormack (1997). <<

[291] Cohn (1996), págs. 16 y 53; Bayly (1996), págs. 56-96, 315-337; Pinch (1999), esp. las págs. 394-395. <<

[292] Giddens (1985), pág. 178. <<

[293] Clanchy (1979), pág. 19. <<

[294] Weber (1920), vol. 1, pág. 339. <<

[295] Nigro (1991). <<

[296] Parker (1998), pág. 48. <<

[297] Kelly (1994). <<

[298] Boulding (1966); Innes (1987). <<

[299] Barkan (1958); Hucker (1968); Metzger (1973); Thiel-Horstmann (1980); Bayly (1996), págs. 10-55. <<

[300] Soucek (1992); Unno (1994); Yee (1994a). <<

[301] Clanchy (1979), pág. 215; Stock (1983), pág. 37. <<

[302] Partner (1980, 1990); Prodi (1982). <<

[303] Burke (1979); Mazzone y Turchini (1985). <<

[304] Strauss (1975); Johansson (1977). <<

[305] Ollard y Walker (1929-1931); Jukes (1957). <<

[306] Henningsen y Tedeschi (1986). <<

[307] Mattingly (1955), págs. 109-114; Queller (1973); Toscani (1980). <<

[308] Mattingly (1955), págs. 244-246, 259-261; Preto (1994), págs. 90, 133-134. <<

[309] Burke (1998a), pág. 103. <<

[310] Carter (1964), esp. las págs. 6 y 123; Echevarría Bacigalupe (1984); Marshall (1994), págs. 134-135, 247. <<

[311] Bély (1990). <<

[312] Mirot (1924). <<

[313] Said (1978). <<

[314] Goodman (1988), págs. 50-87. <<

[315] Hoock (1980); Meyer (1981), pág. 222. <<

[316] Burke (1999b). <<

[317] Burke (2000b). <<

[318] Burke (1979). <<

[319] Bustamante García (1997). <<

[320] Cline (1964); Goodman (1988), págs. 65-72; Mundy (1996). <<

[321] Davids (1995), pág. 338. <<

[322] Golder (1922), págs. 6-8; Anderson (1978), págs. 128-136; Shaw (1996). <<

[323] Koerner (1996). <<

[324] Reinhartz (1994). <<

[325] Boxer (1957); Burke (2000b). <<

[326] Boutier, Dewerpe y Nordman (1984); Wolff (1994), págs. 130-134. <<

[327] Cline (1964), pág. 344; Bouza (1992), págs. 90-100; Parker (1998), págs. 59-65. <<

[328] Meyer (1981), pág. 105. <<

[329] Venard (1985), pág. 37. <<

[330] Cipolla (1976), pág. 25; Burke (1987), pág. 126; Bély (1990), págs. 610 y sigs., 621, 624, 652. <<

[331] Raeff (1983), págs. 225-228; Le Donne (1984), págs. 125-128. <<

[332] Blum (1969); Elliott (1986), pág. 316. <<

[333] Preto (1994), págs. 168 y sigs.; Elton (1972), pág. 331. <<

[334] Cobb (1970); Williams (1979), págs. 104-111. <<

[335] Buisseret (1992); Biggs (1999). <<

[336] Goodman (1988), págs. 65-66; Parker (1992). <<

[337] Alvar Ezquerra (1993). <<

[338] Hahn (1971), pág. 2; Konvitz (1978); Buisseret (1992). <<

[339] Pelletier (1990). <<

[340] Bély (1990), pág. 461. <<

[341] Anderson (1978), págs. 131-136. <<

[342] Seymour (1984), págs. 4, 15, 45; Edney (1997). <<

[343] Lander (1969), pág. 166. <<

[344] Buck (1982); Johannisson (1990), pág. 351. <<

[345] Glass (1973); Pearson (1978). <<

[346] Burckhart (1860); Goldthwaite (1972). <<

[347] Herlihy y Klapisch (1978). <<

[348] Letwin (1963); Glass (1973); Holmes (1977). <<

[349] Innes (1987); Brewer (1989). <<

[350] Buck (1977, 1982); Rassem y Stagl (1994), págs. 289-291. <<

[351] Grove (1996), pág. 155. <<

[352] King (1949), págs. 185-187; Meyer (1981). <<

[353] Esmonin (1964), págs. 113-130; Rothkrug (1965), págs. 107n., 284-286; Rassem y Stagl (1994), págs. 342-345. <<

[354] Nordenmark (1939), págs. 232-269; Confino (1962), págs. 160-164; Reichmann (1968); Glass (1973); Rassem y Stagl (1980), pág. 18; Klueting (1986). <<

[355] Burke (1987); Glass (1973), pág. 19. <<

[356] Bautier (1968). <<

[357] Clanchy (1979), págs. 138 y sigs.; Guénée (1980), págs. 91-100; Wernham (1956), pág. 13. <<

[358] Ranum (1963); Bautier (1968); D'Addario (1990); Parker (1997), págs. 28-29. <<

[359] Marini (1825); Gasparolo (1887). <<

[360] Ballesteros Beretta (1941); Cline (1964); Parker (1998), pág. 66. <<

[361] Boislisle (1874), pág. III; Baschet (1875), págs. 26-29, 37, 93-103; Church (1972); Pomian (1972); Kolmar (1979); Saunders (1991). <<

[362] King (1949), págs. 147-153. <<

[363] Baschet (1875), págs. 175-176. <<

[364] Prosperi (1997). <<

[365] Pardo Tomás (1991), pág. 298; Infelise (1999b), pág. 55. <<

[366] Santschi (1978). <<

[367] Davids (1995). <<

[368] Siebert (1965); Sutherland (1986), pág. 25. <<

[369] Martin (1969); Phillips (1997); Birn (1983, 1989). <<

[370] Lach (1965), págs. 151-153; Teixeira de Mota (1976). <<

[371] Buisseret (1992), pág. 106. <<

[372] Cortesão (1944), págs. LXV-LXVIII; Lach (1965), págs. 151-154. <<

[373] Preto (1994), pág. 433. <<

[374] Buisseret (1992), pág. 111. <<

[375] Kahn (1967), págs. 106-181. <<

[376] Dooley (1999), págs. 82-86, 117, 127. <<

[377] Dooley (1999), pág. 32. <<

[378] Bély (1990), págs. 328-329, 460. <<

[379] Thomas (1971), pág. 156. <<

[380] Fogel (1989). <<

[381] Dahl (1951), pág. 36. <<

[382] Marshall (1994), págs. 28-30. <<

[383] Moureau (1995). <<

[384] Koran (1874); Kahn (1967), págs. 106-181; Oakley (1968); Marshall (1994), págs. 85-95. <<

[385] Morel-Fatio (1913), pág. 152. <<

[386] Dooley (1999), pág. 32. <<

[387] Baschet (1870), págs. 348-352; Tucci (1990), págs. 99-107, esp. la pág. 100; Preto (1994), pág. 66. <<

[388] Heath (1983); Balsamo (1995). <<

[389] Prosperi (1996), pág. 162. <<

[390] Stigler (1961); Machlup (1962); Arrow (1965); Boulding (1966). <<

[391] Bell (1976); Machlup (1980-1984); Rubin y Huber (1986); Fuller (1992), etc. <<

[392] Schiller (1996). <<

[393] Lindey (1952); Hathaway (1989). <<

[394] Post (1932); Post, Giocarini y Kay (1955). <<

[395] Burckhardt (1860); Nisard (1860), esp. el vol. 2, págs. 12 y sigs; Zilsel (1926); Mannheim (1929); Innis (1950); Viala (1985), págs. 94-103; Chartier (1992). <<

[396] Eamon (1994), págs. 110 y 384. Véase Tennant (1996). <<

[397] Merton (1957); Iliffe (1992); Findlen (1994), págs. 324-325. <<

[398] Confino (1962), págs. 158-159. <<

[399] Walker (1973); Porter (1989); Money (1993); Lawrence (1996), págs. 163, 167-169. <<

[400] Landes (1998), págs. 276-291. <<

[401] Eamon (1994), págs. 75 y 81. <<

[402] Eamon (1994), págs. 88-89. <<

[403] Gerulaitis (1976), págs. 35-36; Landau y Parshall (1994), pág. 362. <<

[404] Schottenloher (1933); Armstrong (1990); Feather (1994); Tennant (1996); Johns (1998), págs. 326-379. <<

[405] Rowen (1987); Bély (1990), págs. 230 y sigs. <<

[406] Cobb (1970); Tucci (1990); Infelise (1997, 1999a); Dooley (1999), pág. 9. <<

[407] Webster (1975), págs. 388-396. <<

[408] Harris (1985); véase Cipolla (1972). <<

[409] Zacharias (1960); Robinson (1975); Lindqvist (1984),

págs. 95-178; Harris (1985, 1992, 1996a, 1996b); Davids (1995). <<

[410] Geertz (1979). <<

[411] Bec (1967); Heers (1976). <<

[412] Doria (1986). <<

[413] Yazaki (1968), pág. 235. <<

[414] Bassett (1960), pág. 225. <<

[415] Goody (1996), pág. 116. <<

[416] Steensgaard (1982), pág. 238. <<

[417] Koeman (1970); Schilder (1976), págs. 62-63; Smith (1984), pág. 994. <<

[418] Smith (1984), págs. 1001-1003. <<

[419] Poelhekke (1960); Smith (1984), pág. 996; Rowen (1987). <<

[420] Israel (1990b). <<

[421] Barbour (1950); Reinhartz (1987); Israel (1990a). <<

[422] Barbour (1928-1929); Dawson (1932). <<

[423] Morineau (1985), págs. 42-55; Popkin (1990), pág. 205; Sgard (1991). <<

[424] Harmsen (1994), pág. 164. <<

[425] Balsamo (1973). <<

[426] Darnton (1979). <<

[427] Richardson (1994). <<

[428] Dahl (1939); Sutherland (1986). <<

[429] Walker (1973). <<

[430] Raven (1993). <<

[431] Richardson (1999), págs. 42 y 69. <<

[432] Richardson (1999), pág. 133. <<

[433] Davis (1983). <<

[434] Lucas (1989). <<

[435] Gardair (1984), pág. 10. <<

[436] Koeman (1970). <<

[437] Hoftijzer (1987). <<

[438] Verner (1978). <<

[439] Dahl (1939); Davies (1952); Gibbs (1971); Bots (1983); Berkvens-Stevelinck y otros (1992). <<

[440] Shaw (1996), pág. 164. <<

[441] Davies (1952); Davies (1954), págs. 61 y sigs.; Kley (1971), pág. 31. <<

[442] Darnton (1982). <<

[443] McKenzie (1992); Raven (1992). <<

[444] Barber (1981). <<

[445] Cochrane (1964). <<

[446] Cochrane (1964), págs. 22-23, 40-45. Véase Sher (1997). <<

[447] Rogers (1972). <<

[448] Darnton (1979), págs. 131-176; Feather (1994); Johns (1998). <<

[449] Clapp (1931, 1933). <<

[450] Wallis (1974), pág. 273. <<

[451] Lankhorst (1990); Waquet (1993a). <<

[452] Wallis (1974); Darnton (1979), págs. 254-263, 287-294; Pedley (1979); Pelletier (1990), págs. 117-126. <<

[453] Martin (1957), pág. 285; Martin y Chartier (1983-1984), vol. 2, págs. 30-33. <<

[454] Seguin (1964); Infelise (1997); Dooley (1999), págs. 9-44. <<

[455] Harris (1987). <<

[456] Dahl (1939). <<

[457] Harris (1987). <<

[458] Goss (1932). <<

[459] Perrot (1981); Hoock y Jeannin (1991-1993); Elkar (1995). <<

[460] Lankhorst (1983). <<

[461] Proust (1962); Lough (1968), págs. 466-473; Quedenbaum (1977); Carels y Flory (1981). <<

[462] Garofalo (1980); Bradshaw (1981a). <<

[463] Bradshaw (1981b). <<

[464] Darnton (1979), págs. 33-37. <<

[465] Darnton (1979), pág. 26; Eisenstein (1992), pág. 132. <<

[466] Plumb (1973); McKendrick, Brewer y Plumb (1982); Brewer y Porter (1993); Bermingham y Brewer (1995). <<

[467] Robinson (1993). <<

[468] Shively (1991), pág. 731. <<

[469] Kornicki (1998), pág. 172. <<

[470] Rawski (1979); Rawski (1985), págs. 17-28. <<

[471] Bauer (1966); Monnet (1996). <<

[472] Giesecke (1991), págs. 124-129. <<

[473] Anderson (1983). <<

[474] Veblen (1918), pág. 7. <<

[475] Trenard (1965-1966); Shackleton (1970). <<

[476] Keynes (1940), págs. 18-19; Goldgar (1995), pág. 13. <<

[477] Clarke (1970), pág. 83. <<

[478] Findlen (1994), págs. 129-146. <<

[479] Sherman (1995); Blair (1997); Johns (1998). <<

[480] Engelsing (1969, 1974); Chartier (1987). <<

[481] Rossi (1960); Yates (1966). <<

[482] Marshall (1994), págs. 42-43. <<

[483] Kearney (1970), págs. 60-63, 137, 151; Grafton y Jardine (1986), págs. 15, 1820, 85n, 164-166, 170-173; Stagl (1980). <<

[484] Shackleton (1961), págs. 229-238. <<

[485] Schmidt-Biggemann (1983); Blair (1992, 1996); Moss (1996). <<

[486] Burke (1995c). <<

[487] Witty (1965); Daly (1967); Brincken (1972); Rouse y Rouse (1982, 1983). <<

[488] Taylor (1945), págs. 89-198; Hopkins (1992). <<

[489] Serrai (1988-1992). <<

[490] Clement (1991), pág. 274. <<

[491] Saunders (1991). <<

[492] Lieshout (1993), pág. 292. <<

[493] Wellisch (1991), pág. 319. <<

[494] Yeo (1991, 1996). <<

[495] Innis (1980). <<

[496] Pomian (1973). <<

[497] Woods (1987). <<

[498] Leedham-Green (1987), notas 71, 82 y 92. <<

[499] Parker (1992), pág. 137; Parker (1998), pág. 24. <<

[500] Brown (1989), págs. 16-41; Grafton y Jardine (1986); Grafton (1992); Sherman (1995); Blair (1997). <<

[501] Findlen (1994), págs. 42-44. <<

[502] Levy (1982). <<

[503] Villey (1908), vol. 1, págs. 244-270. <<

[504] Villey (1908), vol. 2, págs. 10 y 52; Goyet (1986-1987); Moss (1996), págs. 212-213. <<

[505] Dodds (1929), págs. 81, 94-95, 99-100; Shackleton (1961), págs. 229-238. <<

[506] Nakagawa (1992), págs. 247-267. <<

[507] Santos Lopes (1992). <<

[508] Duchet (1971), págs. 69, 72, 93, 109-110. <<

[509] Switzer (1967); Miller (1981). <<

[510] Grosrichard (1979). <<

[511] Brockliss (1987), pág. 155. <<

[512] Bernard-Maître (1953); Lach (1965), págs. 657, 660 y nota; Lach (1977), págs. 267-268. <<

[513] Pinot (1932); Lach y Kley (1993). <<

[514] Ziman (1978). <<

[515] Popkin (1960). <<

[516] Pintard (1943); Gregory y otros (1981). <<

[517] Popkin (1960), págs. 1-16. <<

[518] Borghero (1983); Völkel (1987); Burke (1998b). <<

[519] Yates (1964), págs. 398-431; Sgard (1987); Grafton (1990). <<

[520] Gregory (1961), pág. 41. <<

[521] Van Leeuwen (1963); Shapin y Schaffer (1985), pág. 67. <<

[522] Eisenstein (1979), pág. 74. <<

[523] Rennie (1995), esp. las págs. 54, 73, 75; Stagl (1995), págs. 171-207. <<

[524] Shapin y Schaffer (1985), pág. 39; Woolf (1988); Shapin (1994), págs. 251-252; Fox (1999), pág. 258. <<

[525] Shaaber (1929), pág. 241. <<

[526] MacDonald y Murphy (1990), pág. 306; Dooley (1999), págs. 3, 81, 88, 119 y sigs. <<

[527] Hazard (1935). <<

[528] Rossi (1960), págs. 235-258; Slaughter (1982); Eco (1995), esp. las págs. 238-259, 269-288. <<

[529] Shapin y Schaffer (1985), pág. 3. <<

[530] Crombie (1953), págs. 233-237; Shapin (1996), págs. 96-117. <<

[531] Fernández-Armesto (1997), págs. 4-5. <<

[532] Seifert (1976), esp. las págs. 97 y sigs., 116 y sigs.; Hassinger (1978). <<

[533] Ginzburg (1978). <<

[534] Daston (1991), pág. 340. <<

[535] Ginzburg (1978), págs. 108-111. <<

[536] Shapin y Schaffer (1985), págs. 58-59; Daston (1991), pág. 349; Shapin (1994), esp. las págs. 65-125. <<

[537] Burke (1984). <<

[538] Kenney (1974). <<

[539] Seifert (1976), págs. 163-178; Daston (1991), pág. 345; Shapiro (1994). <<

[540] Shapin y Schaffer (1985), pág. 56. <<

[541] Hacking (1975); Shapiro (1983), págs. 30-31, 81-85. <<

[542] Gillispie (1960); Daston (1991). <<

[543] Lipking (1977); Grafton (1997). <<

[544] Citado en Clark (1997), pág. 183. <<

[545] Goldie (1987), esp. la pág. 212n; Berti (1992); Benítez (1993). <<

[546] Meinecke (1924-1925); Gunn (1969); Hirschman (1977). <<

[547] Mannheim (1936), págs. 35 y 56. <<

Índice